

NEW ADULT

# confianza

**KYLIE  
SCOTT**





© *Jenny Ruddle Photography*

**Kylie Scott** es autora de best sellers del New York Times y del USA Today, Kylie Scott fue elegida escritora romántica del año 2013-2014 por la Australian Romance Writer's Association. Sus libros han sido traducidos a más de diez idiomas. Le encantan las historias románticas, la música rock y las películas de terror. Vive en Queensland, Australia, con sus dos hijos y su marido. Lee, escribe y nunca titubea cuando cuenta algo en Internet.

**Ser joven significa vivir muchas experiencias: la primera vez que te saltas una clase, la primera vez que te enamoras... la primera vez que te apuntan con una pistola a la cabeza.**

Tras ser retenida como rehén durante el robo de la tienda de alimentación local, Edie, de diecisiete años, siente que algo dentro de ella se ha roto. No le apetece soportar la tontería y el acoso de la escuela privada a la que acude, así que se matricula en el instituto público de su localidad, y ahí se cruza con John, el muchacho que arriesgó su vida para salvarla.

Mientras Edie se vuelve más rebelde, John está empezando a situarse. Tras años de fiesta loca y de coquetear con las drogas junto a su hermano mayor, ha empezado a cambiar: asiste a las clases puntualmente y ha comenzado a pensar en el futuro.

Y a pesar de que la distancia que los separa se va haciendo más amplia, John mantiene a Edie a salvo y la ayuda a ampliar sus horizontes. Pero cuando la ayuda con otro asunto, el de la pérdida de su virginidad, lo de ser amigos deviene complicado.

Mientras tanto, Edie y John se ven empujados otra vez hacia el peligroso mundo del que escasamente habían logrado escapar. La primera vez, tuvieron suerte y lo lograron, pero en esta ocasión lo que pueden perder es mucho más importante: pueden perderse el uno al otro.

Confianza

Título original: Trust

Copyright © Kylie Scott, 2017

© de la traducción: Elisenda Nierga Frisach

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)

[www.facebook.com/librosdeseda](http://www.facebook.com/librosdeseda)

@librosdeseda

[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Marta Ruescas

Imágenes de cubierta: © Solominvictor/Shutterstock

Conversión en epub: Books and Chips

Primera edición digital: octubre de 2018

ISBN: 978-84-16973-88-0

Hecho en España – Made in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

# Confianza

KYLIE SCOTT

Libros de  
*seda*

*La forma más común de la desesperación es  
no ser quien eres.*

SØREN KIERKEGAARD

## *Lista de canciones*

*(Don't Fear) The Reaper* – Blue Oyster Cult

*Bad Habit* – The Kooks

*I Wanna Be Sedated* – Ramones

*Girls* – The 1975

*Get It On* – T. Rex

*Liability* – Lorde

*Heart of Glass* – Blondie

*Teen Idle* – Marina and the Diamonds

*What Is and What Should Never Be* – Led Zeppelin

*Adore* – Amy Shark

*Because the Night* – Patti Smith

*Tear in My Heart* – Twenty One Pilots

# CAPÍTULO 1

—¡No te olvides las tortitas de maíz! —gritó Georgia asomándose por la ventana de su automóvil.

—Ya las tengo.

—Y la salsa picante, Edie. Nada de esa porquería de sabor suave, que te conozco, cobardica.

Le hice una peineta y seguí andando con la vista fija en el suelo.

La lluvia había convertido cada desnivel que había en el aparcamiento del Drop Stop en un pequeño pantano. Acabábamos de salir de una sequía, así que estaba bien que hubiera llovido. Tapas de botellas y cigarrillos flotaban como diminutos barquitos en sus turbias aguas. El viento de Carolina del Norte levantaba olas en los charcos, lo que distorsionaba la luz amarilla de la señal de «Abierto» que se reflejaba en ellos. Todo lo demás estaba a oscuras. Auburn, a medianoche, era un lugar tranquilo. Georgia y yo nos habíamos visto obligadas a cruzar en automóvil toda la ciudad con el objetivo de encontrar los aperitivos que necesitábamos para nuestra maratón de cine. Ver las ocho cintas seguidas de Harry Potter iba a ser nuestra contribución como ciudadanas de la Capital Mundial de la Resistencia.

—¡Ah, sí, las Oreos!

«Como si fuera a olvidarme las Oreos», me dije a mí misma mientras entraba en esa tiendecita destartalada.

Lo único que probablemente bajaba al entrar en el Drop Stop («Párate y Baja»), eran tus estándares. Lo que ya había pasado. Iba con las mallas negras



de hacer yoga, el sujetador de deporte y una vieja camiseta azul dada de sí, frente a la combinación de satén, con el dibujo de un unicornio, de Georgia. Si llevar ropa de andar por casa se pudiera confundir con un atuendo normal para competir, yo habría ganado de calle. Creo que a ninguna de las dos se nos había ocurrido molestarnos en vestarnos de verdad: demasiado esfuerzo estando de vacaciones de verano.

Dentro, la luz de los fluorescentes era cegadora y el aire acondicionado estaba tan fuerte que se me puso la piel de gallina. Pero ya estaba allí: ante un pasillo en el que podían encontrarse las peores cosas de comer que una persona pudiera elegir, y que, tal como mi trasero atestiguaba, yo ya había elegido. Alegre y repetidamente.

Tomé una cesta de la compra de plástico y me dispuse a buscar lo que quería.

Solamente había un par de clientes más: un tipo con una sudadera negra y otro muchacho a su lado, que hablaban en voz baja junto al frigorífico donde estaban las cervezas. Pensé que era poco probable que alguno de los dos tuviera la edad legal para beber. Uno de los alumnos de la universidad local despachaba en el mostrador de la tienda; se reconocía su estatus de estudiante por el libro de texto que ocultaba detrás del mismo. Nota mental para mí misma: «Estudia como una loca durante el último año si quieres recibir una oferta de Berkeley».

Tabletas de chocolate con leche, cacahuets recubiertos de chocolate, Oreos, ositos de goma, barritas energéticas, patatas chips, pastelillos recubiertos de chocolate, donuts recubiertos de chocolate y un bote de salsa. La etiqueta proclamaba que era infernalmente picante: incluso había dibujados, en un lado, unos demonios bailando. Todo fue a la cesta, en la que había productos de todas las marcas más conocidas. De todas formas, todavía quedaba un poco de espacio, y hubiera sido una tontería no ir hasta el final, teniendo en cuenta que habíamos venido conduciendo desde la otra punta de la ciudad. En fin, para llegar a casa de los padres de Georgia se tardaba, al menos, entre diez y quince minutos... Únicamente para semejante trayecto sería menester algo de sustento.

Un tubo de Pringles para tener buena suerte y prosperidad, y ya habíamos

acabado.

Vacíé la cesta sobre el mostrador, lo que hizo que el universitario se sobresaltase. Supuse que estaba totalmente absorbido por sus estudios. Unos ojos marrones me miraron con sorpresa a través de unas gafas de montura metálica.

Joder, qué guapo era.

Inmediatamente, me di la vuelta, solo para quedarme cara a cara con una estantería repleta de revistas de mujeres enseñando las tetas. «Vaya». Deseé sinceramente que un porcentaje de las ventas se destinara a ayudar a mujeres con problemas de lumbago. Algunos de aquellos pechos eran tan grandes que casi daban miedo.

Aunque no se podía ver mucho de lo que había en la calle a través de la sucia ventana, era posible que se hubiera puesto a llover de nuevo. Así que llevar unas chanclas probablemente había sido un error.

Bip, bip, bip... sonaba la caja registradora mientras se iban añadiendo los productos que había escogido. Perfecto. El guapo dependiente y yo no hacíamos ni caso el uno del otro. Ni siquiera volvimos a cruzar la mirada. Lo que era el mejor de todos los posibles escenarios. En general, la interacción humana era un suplicio para mí, pero la gente atractiva me resultaba, con diferencia, la peor. Me ponían nerviosa. Siempre empezaba a sudar y a ruborizarme, y mi cerebro se convertía en un lugar vacío e inútil.

Todo mi botín fue embutido en una pequeña bolsa de plástico blanco, que garantizaba romperse en mitad del aparcamiento. Daba igual. Me la apreté contra el pecho y la envolví con la parte inferior de la camiseta para reforzarla o algo parecido. Eso era mucho más fácil que pedirle al tendero que me pusiera otra bolsa más.

Le di el dinero de manera distraída, balbuceé «gracias» y proseguí mi camino. Misión cumplida.

Salvo por el hecho de que un tipo esquelético entró entonces en la tienda, con más prisa incluso de con la que yo salía. Chocamos y salí perdiendo; se me resbaló una de las chanclas, por culpa del suelo mojado. Me tambaleé contra la estantería antes de caerme del todo y probar lo duro y frío que estaba el suelo. La bolsa se rompió y la basura que contenía se esparció por todas

partes. «La madre que lo parió».

—Estupendo —musité sarcásticamente, a lo que siguió un no menos sarcástico—: Estoy bien, no me ha pasado nada.

Qué vergüenza. Aunque en realidad nadie me estaba prestando atención. Debía de haberme dado contra un canto de metal al caer, porque tenía un araño en la cintura. Y vaya si escocía, igual que el golpe en el trasero.

El universitario contuvo el aliento. Era lógico. Yo también me hubiera mosqueado si una gorda en pijama empezase a lanzar sus cosas por todas partes. Pero entonces, el capullo que me había hecho perder el equilibrio golpeó con la mano el mostrador y gruñó algo, mientras el universitario tartamudeaba:

—P-por f-favor, n-no...

Me quedé helada, al darme cuenta de que eso no tenía nada que ver con que me hubiera estrellado contra el estante.

Ni mucho menos.

El universitario hurgaba torpemente en la caja registradora, con cara de pánico. Aquello no era bueno. Nada lo era. El tiempo se ralentizó conforme el chico iba apretando las teclas de la máquina, al tiempo que las lágrimas le rodaban por las mejillas dado que, por alguna razón, la caja no se abría. El tipo flaco se puso a gritar y a agitar algo en el aire con la mano como si hubiera perdido la cabeza.

Repentinamente, el cajón de efectivo se abrió de golpe con un leve y disonante tintineo.

El universitario tomó un fajo de billetes y los metió en una bolsa de plástico mientras el flacucho volvía a golpear con la mano el mostrador, frustrado y rabioso. En ese momento, resonó una sirena de policía y oí el ruido de unos neumáticos derrapando. Horrorizada, vi como un maltrecho automóvil salía del aparcamiento y derribaba un cubo de basura, con lo que desparramó su asqueroso contenido sobre la acera. Un vehículo policial lo siguió subiéndose al bordillo, mientras otro se paró en seco delante de la tienda, con las luces encendidas.

El hombre del mostrador se dio la vuelta hacia la zona de estacionamiento, bramando algo indescifrable a la vez que se retorció sobre sí mismo, con ojos

desquiciados, de tan hinchadas y enormes que tenía las pupilas. Manchas rojas –llagas– le cubrían la cara, mientras que por dientes lucía lo que parecían poco más que muñones podridos. Entonces vi la pistola que llevaba en la mano y se me detuvo el corazón.

Había una pistola. «Una pistola». Estaba pasando, ahí mismo, ahora.

Unas luces azules y rojas centelleaban a través de las mugrientas ventanas, y me quedé sentada, estupefacta, con los ojos desorbitados y la mente en blanco. Todo sucedía demasiado deprisa. Vi el momento en el que el tipo del revólver se daba cuenta de que lo habían abandonado, puesto que se le tensó todo el cuerpo. Y a pesar de que sostenía la pistola con mano insegura, se giró hacia el universitario.

Por unos segundos, ambos permanecieron frente a frente, uno temblando de miedo mientras el otro lo apuntaba con el arma. Y entonces un fuerte restallido llenó el espacio. El universitario se desplomó. Parecía como si alguien hubiera arrojado un cubo de pintura carmesí sobre el anaquel de los cigarrillos.

El sonido de las sirenas se incrementaba conforme más vehículos iban rodeando el edificio.

—¡Putas! —gritó el hombre, incluso más fuerte que el volumen de las sirenas y el de los zumbidos de mis oídos—. ¡Joanna, serás puta! ¡Se suponía que no tenías que marcharte! ¡Vuelve aquí!

No podía respirar. Tenía un nudo en la garganta. Permanecí, cobardemente, en el suelo.

Él, por su parte, regresó hacia el sangriento desastre que había tras el mostrador y se puso a renegar muy alto y durante mucho rato.

—Suelte el arma —dijo la voz de una mujer a través de un megáfono—. Suéltela despacio y salga con las manos en alto, donde podamos vérselas.

Unas botas marrones, llenas de barro, resonaban pesadamente sobre el suelo al acercarse hacia mí. «Oh, no». Tenía que hacerle entrar en razón, disuadirle de alguna forma. Pero seguía con el cerebro en blanco y el cuerpo temblándome. Y por muy delgado que fuera, no le costó nada tirar de mí para ponerme en pie, sujetándome del brazo con tanta fuerza que me lo podría haber partido en dos perfectamente.

—Levántate. —Un puño me agarraba dolorosamente del pelo, al tiempo que la boca caliente de la pistola me apuntaba bajo la barbilla—. Ve hacia la puerta.

Paso a paso, con cautela, fuimos avanzando mientras él me utilizaba como escudo humano. Cuando casi me tropecé con las Pringles, cuyo tubo salió rodando bajo mis pies y casi hace que me caiga, me apretó con la mano el cabello rubio, hasta arrancarme un mechón. La agonía hizo que me cayeran lágrimas por las mejillas.

—Podemos acabar con esto sin más violencia —dijo la mujer policía, con voz quebrada—. Deje que se marche.

La luz de los faros era cegadora, iluminaba la lluvia. Pude distinguir la sombra de una cabeza; uno de los policías estaba agazapado detrás de la puerta de un automóvil, sujetando entre las manos una pistola con los brazos extendidos. Georgia estaba ahí fuera, en alguna parte. Dios, ojalá estuviera a salvo.

—Tenemos ambas salidas controladas. Déjela marcharse y suelte el arma —repitió la policía—. Todavía podemos acabar con esto de forma pacífica.

Volví a sentir un dolor lacerante en el cuero cabelludo cuando me tiró otra vez del pelo y me metió la pistola en la boca. Los dientes me castañetearon contra el duro metal mientras la punta del arma me arañaba el paladar. El hedor a pólvora me inundó la cabeza.

Iba a morir, aquí, esta noche, en el Drop Stop, llevando puesto un puñetero pijama. Así era. Fuera, en el aparcamiento, alguien chilló:

—¡La voy a matar! —bramó echándome su aliento fétido y caliente sobre un costado de la cara, mientras mantenía la puerta entreabierta con su cuerpo.

—No. —Ahora la voz de la mujer tenía un deje de pánico—. No. Háblémoslo.

El hombre armado no contestó. En vez de eso, me soltó el pelo y con la misma mano asió el picaporte de la puerta de la tienda y tiró de él hasta cerrarla. Seguidamente, hizo girar la cerradura con sus sucios dedos. No había escapatoria. No con la pistola en la boca y temblando igual que lo hacía su mano. Todas las cosas que nunca podría hacer si apretaba el gatillo llenaron mi mente: nunca volvería a casa, nunca podría despedirme de mi madre, nunca

me convertiría en profesora.

—¡Para atrás! —ordenó—. ¡Muévete!

La pistola se introdujo más adentro, lo que me dio arcadas. Vomité, pero fue inútil: no saqué nada. Di un paso atrás, luego otro, jadeando, mientras ambos nos íbamos moviendo poco a poco. Estantes repletos de revistas llenaban la fachada de vidrio de la tienda; no se nos veía nada hasta más debajo de la altura del torso. Por encima de esa línea, el mundo era rojo, blanco y azul. Se parecía a una retorcida discoteca, con luces de colores proyectándose y mezclándose entre los pósteres que anunciaban bebidas y otras cosas. A lo lejos, pude oír el ruido de un camión de bomberos acercándose paulatinamente.

Entonces, me sacó la pistola de la boca y me tiró al suelo, donde me quedé resollando, en un intento de permanecer calmada y hacerme así diminuta, invisible. Desde lo alto, el cromado del arma brilló mientras el brazo del hombre describía un poderoso arco hasta que, ¡plaf!, la culata de la pistola se estrelló contra mí y el cráneo me explotó de dolor.

—Zorra estúpida —masculló—. Quédate ahí.

Y entonces, nada.

No hizo nada más. De momento.

Francamente, no hubiera podido moverme ni, aunque hubiera querido. A los ocho años, me había roto el brazo al caerme de la litera superior cuando estaba de campamento. Y había sido un verdadero fastidio. Lo de ahora, sin embargo, estaba a un nivel completamente distinto. El dolor me asaltaba en oleadas que me recorrían de la cabeza a los pies y me dejaban la mente hecha trizas. Ser consciente de dónde estaba el hombre no era fácil entre el daño que me había hecho y la sangre que me goteaba desde la frente hasta uno de los ojos. Eché un vistazo a través del cabello que me caía sobre la cara: el mundo era apenas un borrón.

Ni movimiento ni ruido alguno. Me puse tensa al oír el rumor de unos pasos, pero esta vez se alejaban de mí. Tomé aire lo más flojo que pude y lloré quedamente.

Todo quedó en sombras cuando apagó la iluminación del techo, aunque todavía había suficiente luz para poder ver, procedente de la calle. Supuse que

a la mujer policía se le habían acabado las cosas que decir. La lluvia contra el tejado era el único sonido que se oía.

—No dispires —dijo una voz masculina, seguida de unos pasos amortiguados—. Tenemos las manos levantadas. Eres Chris, ¿verdad?

—¿Y quién coño eres tú? —espetó el tipo de la pistola.

—El hermano pequeño de Dillon Cole, John —contestó la misma voz.

—Dillon...

—Ajá. —Los pasos se acercaban hacia la parte delantera de la tienda—. ¿Te acuerdas de mí, Chris? Viniste un par de veces a casa a ver a Dillon. En el instituto, solíais salir juntos por ahí. Estabais los dos en el equipo de *rugby*, ¿no? Soy su hermano.

—Dillon. —El hombre armado se balanceó un poco, la voz le salía con dificultad—. Claro. ¿Cómo coño le va?

—Bien, muy bien. Muy ocupado.

—Joder. Bien. Dillon. —Las botas llenas de barro retrocedieron, de forma que quedaron al alcance de mi vista. Pero podía ver muy poco, ya que el cabello me tapaba la cara. El tipo se apoyó en el mostrador salpicado de sangre—. ¿Qué estás haciendo aquí... ah...?

—John —repitió su nombre. ¿Uno de los chicos que estaban delante del frigorífico de las cervezas? Tenía que serlo—. Aquí, reaprovisionándome. Ya sabes.

—Ya, ya—farfulló Chris—. Yo solo... Yo también venía a buscar suministros...

—Claro. —John, el chico de la sudadera, sonaba relajado y amable. Probablemente, drogado hasta las trancas igual que Chris, nuestro amistoso psicópata del barrio. No se me ocurría otra forma de estar calmado en una situación como esta—. Deberías probar por la puerta trasera.

—Sí —barbotó Chris, e inmediatamente se dirigió a la puerta en cuestión, conforme desaparecía de nuestro campo de visión tras agitar la pistola en dirección a todos nosotros—. Que ninguno de los tres se mueva, coño.

Se hizo un silencio absoluto. El ruido del cerrojo de la puerta de atrás al abrirse y el estrépito de un portazo unos segundos después se oyeron tan claros como el agua. Chris regresó al mostrador en dos zancadas, mientras maldecía

vehementemente.

—Es inútil.

—Mierda —dijo John.

—Pero no era mala idea, eh... Joder, había olvidado que esto estaba abierto. —Por el rabillo superior del ojo, pude ver a Chris estirándose sobre el mostrador para sacar dinero de la caja registradora—. ¿Quieres un poco?

—Veinte pavos no hacen daño a nadie, ¿no?

—Ya te digo —se rio Chris mientras le pasaba un par de billetes a su interlocutor—. Ve y alcánzame algunos cigarrillos, venga.

—Claro. ¿Qué marca fumas?

Chris resopló:

—Marlboro.

—Sin problema —respondió John, mientras se metía detrás del mostrador—. Joder, menudo desastre.

Se oyó un ruido de chapoteo procedente de ahí, del tipo que se obtiene cuando una suela de goma pisa algo húmedo. Se me revolvió el estómago y noté la bilis ardiéndome en el fondo de la garganta. Tragué saliva, una vez más intentando calmar mi respiración, intentando permanecer tranquila.

—¿Algún problema? —preguntó Chris.

—Resbala —respondió John—. Nunca se me ha dado muy bien la sangre.

—Nenaza —se rio Chris histéricamente, como un chiflado—. Te has puesto verde, joder. ¿No irás a vomitar?

Un gruñido fue la respuesta.

—No te pases, que todavía estoy en el instituto. Aún me quedan algunos años para volverme tan duro como tú. ¿Te importa si me llevo un cartón?

—No, chico. Sírvete tú mismo.

—Gracias.

Permanecía quieta, asimilando lo que pasaba. ¿No era maravilloso que John y su héroe Chris, el drogata, pudieran estar pasando estos buenos momentos juntos? «Me cago en todo».

Chris carraspeó.

—¿Quién es tu amigo? Que también agarre alguno.

—Ah, este es Isaac —aclaró John—. Un amigo del instituto. Está en el



equipo de *rugby*.

—¿En serio? —dijo Chris—. ¿En qué posición?

—Receptor —repuso una voz más baja y menos segura.

—Yo era corredor de poder, Dillon era mariscal de campo —comentó Chris con orgullo—. Qué buenos tiempos aquellos.

Isaac emitió un sonido de asentimiento. Encendió una cerilla y el olor acre a tabaco inundó el ambiente.

—¿Queréis algo de beber? —preguntó John como si estuviera dando una estúpida fiesta.

—Mmm.

Chapotea que chapotea, unos pies se acercaron hacia mí, calzados con unas Converse de un verde descolorido, cuyas suelas estaban rojas por la sangre. Yo permanecía inmóvil, tumbada en el suelo, con la cara sobre un charco de sangre. Al menos, la frialdad del suelo me calmaba el dolor de cabeza un poco. Muy poco.

El amigo de Chris, John, se detuvo junto a mí y se quedó mirándome un rato. Luego, sin decir una palabra, dio un giro de ciento ochenta grados y se alejó dejando tras de sí un rastro de pisadas ensangrentadas.

—Mejor no ir por la puerta —murmuró.

—No —lo secundó Chris, riéndose de nuevo—. Iría mal.

Las botellas tintineaban al entrec chocar unas con otras. Desde fuera me llegaba el ruido de puertas de automóviles cerrándose de golpe y el rumor de muchas voces distintas. Los destellos de rojo, blanco y azul eran más intensos que antes, como si todo un escuadrón de vehículos se hubiera sumado al espectáculo de luces. «Por favor, Dios mío, deja que alguno de ellos haga algo constructivo para sacarme de aquí». Iría a la iglesia; haría lo que fuera. Solo tenía diecisiete años y seguía siendo virgen, mierda. Y aunque sabía que seguramente nunca sería la reina del baile, al menos quería vivir lo suficiente como para poder asistir a alguno, aunque fuera una tontería.

—Qué bien —dijo John—. Hay Corona.

Más ruidos: el sonido de botellas de cerveza al abrirse mientras los chicos se acomodaban para celebrar toda esa situación de rehenes y tal. No podía ver al otro chico, Isaac, solamente a Chris, el yonqui,<sup>1</sup> y a John. Estaban sentados

en el suelo con la espalda apoyada en la parte inferior del mostrador, pasando el rato. Era ridículo. Y por mucho que se conocieran, no parecía que John consumiera drogas. Al menos, no de manera habitual. No tenía la media melena ni trasquilada ni grasienta como la de Chris; y si bien una descuidada sombra de barba le cubría la mandíbula y le enmarcaba la boca, su cara angulosa y delgada no tenía tampoco las mismas llagas ni la misma apariencia demacrada.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó cuando me sorprendió mirándole.

Me mojé los labios con la lengua, en un intento de recuperar algo de humedad.

—Eddie.

—¿Addye?

—No. E-di-e.

Asintió con la cabeza.

—¿Dejamos que E-di-e también tome un trago, Chris?

—Como quieras —masculló el aludido, con la mirada fija en un punto indeterminado.

John se levantó y se aproximó a mí con tanta cautela que parecía que fuese yo la que estuviera sujetando la pistola. Quién diría que el drogata no era su máxima preocupación... Entonces el pirado<sup>2</sup> —esto es, John— me guiñó un ojo. Y no fue la clase de guiño en plan «hola, nena», sino en plan «sígueme la corriente».

«Vaya». Lo había malinterpretado. No trataba de parecerse a Chris. Trataba de «manejarlo».

—Siéntate —murmuró, poniéndose en cuclillas a mi lado.

Dios, cómo me dolía. Moverme, pensar, respirar: hacer cualquier cosa. Logré incorporarme apoyándome en el borde de una estantería. Una nube grisácea me distorsionó la visión, al tiempo que el mundo me daba vueltas de un lado a otro. John le quitó la chapa a otra Corona, me la puso en la mano y me cerró los dedos en torno a la fría y húmeda botella. La forma en la que me tocó debió de ser la única cosa que no me hizo daño.

—Bébetela, Eddie —me dijo—. Estamos haciéndonos amigos, ¿verdad, Chris?

Este lanzó una carcajada exánime.

—Claro, amigos.

—Eso es —siguió John—. Todo va bien.

Me tuve que obligar a mí misma a no resoplar.

—A lo mejor podrías sostenerla contra la cabeza —sugirió en voz más baja—. *¿Okey?*

—De acuerdo.

La cerveza nunca había sido lo mío. En cambio, Georgia y yo teníamos un don para liberar, ocasionalmente, alguna que otra botella de la reserva de vinos de su madre; compuesta básicamente por basura barata y asquerosa. Así que no era como si la buena mujer fuera a darse cuenta, y mucho menos a importarle.

La cerveza se deslizó por mi irritada garganta, con lo que se sumó a las arcadas y a las náuseas que seguían revolviéndome el estómago. Quería que se estuviera quieto, por lo que respiré profundamente y me tragué con dificultad el contenido del primer sorbo.

John asintió.

Le devolví el gesto con la cabeza, al estar todavía viva y todo eso.

—Gracias.

Sus ojos eran profundos, su mirada intensa. En un concurso al chico más guapo, habría podido ganar fácilmente al guapo —y ahora muerto— dependiente. Vaya pensamiento más retorcido. ¿Cómo saber de quién sería la siguiente sangre que terminaría por decorar las paredes del local?

—¿A qué instituto vas?

—Greenhaven.

—Pobre niña rica —intervino Chris—. Son todas unas putas.

Permanecí muda como una tumba.

—A mi hermano Dillon siempre le gustaron las chicas de Green —comentó John mientras regresaba al mostrador, junto a Chris.

—Le gustaba follárselas.

—Eso también —repuso John con una sonrisa forzada—. Decía que era más fácil salir con una chica de Green. No podían fastidiarle en el instituto. Suponían menos mantenimiento.

Chris se rio entre dientes.

—¿Qué dices, Edie, te gustaría que saliéramos algún día? —preguntó John. No podía decirlo en serio. Debía de estar loco.

—Claro —contesté, dejando el «pero qué narices» circunscrito solo a mi cara.

—Pero ¿por qué estás interesado en «esa»?

Chris se rascó la barbilla con una mueca burlona en los labios.

—Me gustan las rubias. —John esbozó una ligera sonrisa—. Y se diría que a Edie le parece bien esto de beber cervezas robadas: mi tipo de chica.

Chris movió la cabeza en un gesto de desaprobación.

Como ninguna palabra era segura, me limité a dar sorbos a mi bebida.

Chris echó hacia atrás el brazo, para lanzar por encima de su cabeza la botella vacía, que se hizo añicos al estrellarse contra la pared trasera. Di un respingo: el estropicio había sonado sorprendentemente alto.

—¿Otra? —preguntó John, con absoluta calma. Como si viera este tipo de cosas cada día. Tal vez era así.

—Tú.

Chris alzó la barbilla en un ademán dirigido al amigo que permanecía en silencio.

—Iré a por más —dijo Isaac, con voz temblorosa.

—Me gustaría no haberme dejado mi alijo en el automóvil —comentó John—. Estaría bien poder devolverte el favor, Chris.

Chris rio entre toses.

—Otro día.

Asintiendo, John sonrió.

Un timbre repentino y obscenamente fuerte rompió el silencio, lo que me cortó la respiración. Era el teléfono. Solo el teléfono. A ese ritmo, moriría de un ataque al corazón mucho antes de que la herida de la cabeza me causara un daño irreversible.

—No contestéis —ordenó Chris, cuyo cuerpo se puso firme mientras nos fulminaba con la mirada. Como si nos hubiéramos atrevido a hacerlo.

La llamada paró, para empezar de nuevo un momento después.

—¡Cabrones!

Chris hizo un esfuerzo para ponerse en pie, manteniéndose agachado conforme apuntaba el arma, que disparó varias veces. Le costó tres intentos, pero, finalmente, logró anotar un tanto. Al menos, el timbre del teléfono dejó de sonar.

—Voy a... voy a esperar; Joanna volverá. Con un plan. Siempre tiene un plan. Seguro que tendrá algo que ver con embestir una ventana o algo así, no sé.

Isaac regresó y nos repartió más cervezas.

—Estupendo —dijo John mientras encendía otro cigarrillo y dibujaba un anillo con el humo.

—Entonces os podréis ir. —Chris sonrió mostrando una dentadura negra y rota—. Solamente tenemos que esperar.

John se mojó los labios.

—¿No querrías quitarte de encima a Edie de una vez?

Frunciendo el ceño, Chris giró la cabeza.

—¿Y por qué cojones haría eso?

—Como decías, no es más que una inútil de Green. No la necesitamos —comentó John con voz suave y persuasiva—. Qué te apuestas a que le da un ataque de pánico y lo lía todo, y te mete en un marrón aun peor. Lo mejor sería que la enviaras fuera, ¿eh?

—¡Ni hablar! —Más rápido de lo que creía posible, Chris agarró a su interlocutor—. ¿A qué coño estás jugando? ¿Crees que soy un estúpido?

—No, no. ¿Qué...?

—Cierra la puta boca —masculló Chris, con los dedos cerrándose en torno a la pistola—. Ella es el único rehén de verdad que tengo. ¿Crees que a los polis les importaría una mierda si me cargo ahora mismo a un imbécil como tú?

—No entraré en pánico —intervine, sin pararme a pensar—. Lo prometo.

Con la cara contraída, una mirada furibunda y algo confuso, Chris se volvió hacia mí.

—Solo tenemos que esperar a Joanna —añadí, con la respiración cada vez más acelerada—. Te agradezco... gracias por la cerveza.

Lentamente, Chris retrocedió un poco; la rabia le desapareció del rostro.

—Eso es. Solo tenemos que esperar a Joanna.

No me atreví a mirar directamente a John para agradecerle que hubiera intentado ayudarme ni para comprobar que estuviera bien. La mirada gacha y la boca cerrada: era lo más seguro.

—No tardaremos mucho —farfulló Chris como para sí—. Enseguida se acabará.

1 N. de la Ed.: En la jerga de la droga, es un adicto a la heroína. Procede del inglés *junkie*.

2 N. de la Ed.: De manera coloquial, alocado.

## CAPÍTULO 2

No sé cuánto tiempo permanecí sentada ahí, dando sorbos a la cerveza, pero bastó para que la cabeza dejara de sangrarme, aunque no de dolerme. A esas alturas, toda la oficina del *sheriff* del condado debía de estar fuera, a juzgar por el resplandor de los rayos de luz que se proyectaban dentro de la tienda y por el bullicio de la multitud.

Hacia un rato, Chris había empezado a rascarse, con lo que se había abierto las llagas. Y sus temblores habían empeorado. John, con absoluta calma, continuaba hablando, contando historias que sabía por su hermano, preguntándole por gente a la que ambos conocían. Conforme las botellas de cerveza vacías se apilaban a nuestro alrededor, su voz seguía y seguía, ronca y sorda, seguramente por culpa de tanto fumar. El amigo, Isaac, no decía nada.

—Chris, hijo —dijo la voz de un hombre por el megáfono—, soy el *sheriff* Albertson. He hablado con Joanna... Sé que todo esto ha sido sin querer.

—¿Jo?

Chris gateó hasta la fachada de cristal, sin soltar la pistola, y se asomó un poco, protegido por las estanterías de las revistas.

—¿Por qué no lo hablamos? Solos tú y yo.

—¡No! —chilló el yonqui, mesándose su corto cabello—. No está... No puedo verla.

John no pronunció palabra, tenía los ojos fijos en Chris.

No pude evitar ponerme a temblar. Primero, los brazos; luego, las piernas. «Por favor, por favor, por favor. Que alguien me saque de aquí».

—Levántate. —Chris se puso delante de mí, incorporando solo la mitad del cuerpo. —¡Muévete, gorda de mierda! Es el momento de demostrarles a estos capullos que voy en serio.

—N-no. P-por favor.

Con brusquedad, me quitó de la mano la botella, que, al estar prácticamente vacía, dio un par de vueltas sobre el suelo. Una vez más, me agarró del pelo y me obligó a ponerme de pie. Ahogué un grito al notar que me arrancaba algunos mechones, y le así la mano para tratar de aflojársela y disminuir un poco la intensidad con la que me estaba desgarrando el cuero cabelludo.

—Date prisa —dijo, dándome una bofetada con la mano completamente abierta.

Empecé a sangrar por la nariz, lo que me llenó la boca de sabor a cobre. El lado derecho de la cara me palpitaba. Me empujó hasta la puerta, con la pistola apretada contra mi columna vertebral.

—Ábrela.

Entorné los ojos al lanzar un vistazo a la noche. No era fácil distinguir nada. Había mucha luz y mucha gente ahí fuera, mirando. Pero nadie hacía nada para ayudar, maldita sea. Temblaba de pies a cabeza: lágrimas, sangre y mocos me bañaban el rostro. Con los dedos entumecidos, busqué el cerrojo a tientas y lo giré, abriendo la puerta hacia afuera. La mantuve así, sujetándola con una mano.

Chris me rodeó con el brazo, como si fuera un amante; eso si se obviaba la pistola que me había encasquetado contra la barbilla.

—¡Que venga Joanna! —bramó junto a mi oído.

—Chris... —empezó el *sheriff* con voz amable y tranquila.

—Ahora. Traedla ahora.

—No está aquí, Chris. Tardaremos un poco.

Detrás de mí, el aludido se puso a blasfemar.

—No; me la vais a traer ahora mismo.

—Si te la traigo, vas a tener que hacer algo por mí. ¿Por qué no dejas que la chica se vaya?

La respuesta de Chris fue de todo menos de alegría. Me enfermaba el olor rancio que desprendía, al tiempo que su pesada respiración y su parloteo para



consigo mismo retumbaban y se agrandaban en mi mente en blanco.

—No me estás escuchando. Aquí mando yo... «Yo». Vas a verlo.

—Chris...

—¡Cállate! ¡No quería tener que hacer esto! —gritó—. ¡Es culpa tuya!

Me tambaleé y la orina me corrió piernas abajo, sin ningún tipo de control por mi parte, hasta encharcarme las chanclas.

—Espera, de acuerdo —repuso rápidamente el *sheriff*—. Estoy llamando ahora mismo. Mantengamos la calma.

¿Estaría mi madre por ahí? Ojalá que no.

Algo pareció moverse a nuestro lado, entre las sombras. No pude distinguirlo. Las luces eran cegadoras, lo que hacía que el dolor del golpe que me habían dado en la cara fuera más agudo, al igual que la presión de la pistola. Chris me apretó con más fuerza la cola de caballo. Con el dedo en el gatillo, y todavía escudándose tras de mí, apuntó el arma en dirección a la voz del *sheriff*.

—Trae a Jo aquí —dijo—. Y también su automóvil.

—De acuerdo, todo lo que tú quieras, Chris.

—Tengo a tres. Y les levantaré la puta tapa de los sesos uno a uno si intentas...

John nos derribó desde un lado. Todo el peso de Chris me cayó encima cuando di de bruces en el suelo. La puerta se cerró sola. Una rodilla se me clavó en la espalda; era Chris, que se apoyaba en mí para tratar de levantarse. Pero otro cuerpo, el de Isaac, se echó sobre nosotros, dando patadas y puñetazos, luchando por obtener el control. Los cuatro formamos un amasijo, entorpeciéndonos los unos a los otros. Por eso, aunque debían de apuntar a Chris, fui yo quien recibió buena parte de los golpes de John e Isaac. En cualquier caso, el placaje de John había noqueado a Chris, y ya no me encontraba completamente aplastada por él. De tanto miedo que tenía los músculos se me animaron. Luché por liberarme, contorsionándome y apartando las caderas y las piernas de Chris, que se resistía. Justo encima de mí, Isaac agarraba desesperadamente el brazo de Chris, tratando de quitarle el arma.

Mientras tanto, John molió a puñetazos en la cara a Chris, hasta que se la dejó convertida en una masa informe y sangrienta. La pistola se disparó con un

estruendo ensordecedor. Alguien lanzó un grito de dolor y, por segunda vez durante aquella noche, la sangre volvió a salpicar a su alrededor. El peso de Chris se desplazó con el disparo y, por una fracción de segundo, tuve espacio para poder escabullirme de debajo de él. Libre al fin, me puse de rodillas y gateé. Isaac tenía las dos manos en la pistola, mientras le retorció a Chris el puño para quitársela. ¡Bang, bang, bang!. Después del último forcejeo, Isaac trastabilló hacia atrás, soltando el arma con violencia de la mano de Chris. «Gracias a Dios». El revólver cayó al suelo y fue repiqueteando hasta llegar hasta mí. Sin dudarlo, lo tomé y fui retrocediendo, sentada, hasta que ya no puede más. La sangre —ignoraba de quién— me empañaba el ojo derecho. Pero veía lo suficiente para hacer lo que me proponía: apretar el gatillo con el cañón directamente apuntado al pecho de Chris. Clic, clic, clic. No pasó nada.

«Oh, mierda». Sin munición.

La puerta se abrió de golpe y entraron un montón de policías con pistolas y chalecos antibalas. Una luz intensa se encendió desde fuera. Dos de los agentes apartaron a la fuerza a John de Chris.

Fue muy extraño. La boca de la gente se movía, pero todos sonaban como si estuvieran bajo el agua. Cada sonido parecía llegar apagado, retrasado. Un policía se agachó a mi lado y puso sus manos sobre las mías, para ponerle el seguro al revólver antes de sacarme el dedo del gatillo. En un primer momento no quería soltarlo. A lo mejor se le habían acabado las balas, pero seguía pudiéndolo usar para dar culatazos si hacía falta. Incluso reventarle la cabeza a ese pedazo de imbécil. Pero el policía tenía más fuerza en las manos que yo. Al final, ganó y le dio la pistola a otra persona, que se la llevó. Había tanta luz, tanto movimiento alrededor...

—¿Se ha acabado? —pregunté, mientras observaba la escena con un solo ojo, ya que el otro lo tenía hinchado y con el párpado pegado por culpa de la sangre reseca.

Lo que fuera que dijese el hombre de mi lado no pude oírlo.

Joder, el Drop Stop estaba hecho un asco, mucho más de lo habitual.

Chris permanecía en el suelo, su cara parecía carne picada. Apenas se le podía reconocer. Dos oficiales estaban de pie junto a John, que tenía las manos llenas de sangre y una herida de muy mal aspecto en la parte superior

del brazo. Isaac yacía encogido sobre el suelo, inmóvil. Con la mirada en blanco puesta en el techo. Su pecho estaba oscuro, algo empapaba el tejido gris pálido de su camisa. Seguí mirándolo, pero no se movió. Ni una sola vez.

Los técnicos en emergencias sanitarias fueron los siguientes en cruzar la puerta corriendo, con sus bolsas de equipo médico a cuestas. Supongo que no los hubieran dejado entrar si no fuera seguro.

Se había acabado. Cerré el único ojo bueno que tenía y recosté la cabeza contra el refrigerador de los lácteos.

## CAPÍTULO 3

Salí por mi propio pie. Más o menos.

Uno de los paramédicos me sujetaba de los codos y me llevaba, con cuidado, hacia una de las ambulancias. Se habían molestado cuando rechacé la camilla. A Chris se lo habían llevado atado a una, mientras protestaba de manera incoherente. Isaac y el dependiente de detrás del mostrador fueron transportados en bolsas para cadáveres. Y en cuanto a John, los policías seguían hablando con él.

Me acurruqué debajo de una manta para apartar la cara de la multitud de espectadores que se apiñaba tras el cordón policial. Los medios de comunicación y otra surtida variedad de curiosos de mierda rodeaban el lugar.

—Eddie.

Mamá estaba llorando, tenía la cara enrojecida y cansada. Abrió mucho los ojos al verme, aterrorizada por mi aspecto.

Tenía el delantero de la camiseta cubierto de sangre, sangre seca y sangre fresca. Apreté más la manta en torno a mí.

—No es toda mía.

Eso no tranquilizó a mamá.

—Vamos allá —dijo Bill, el paramédico, indicándome que me sentara en el escalón trasero de la ambulancia.

Hasta la última brizna de energía se me acababa de esfumar. Parecía que los brazos estaban a punto de desprendérsese, no podía levantar la cabeza. Bill se puso a trabajar, ocupándose de mi cara con tanta gentileza como

eficiencia. De hecho, en el resto del cuerpo solamente tenía algún moratón. Su compañero subió al fondo de la ambulancia, desde donde le fue dando vendas, compresas, etc.

Había un montón de vehículos policiales. Algunos agentes no paraban de ir y venir entre el aparcamiento y el Drop Stop, mientras que otros se limitaban a permanecer por ahí. Bill respondió a las preguntas de mamá en un tono parco y brusco, repitiéndole una y otra vez que pronto iríamos hacia el hospital, y que una vez allí los doctores ya le darían más detalles acerca de mi estado. A pesar de su invariable contestación, mamá continuó haciéndole preguntas.

Todo era como un sonido de fondo, nada parecía real. Mi amiga Georgia rondaba por allí, sus padres también habían venido, con la palidez y el cansancio pintados en sus rostros. Y seguramente aliviadísimos de que no fuera Georgia quien estaba sentada en la parte de atrás de una ambulancia, cubierta de sangre y con la cara machacada.

Dos John estaban siendo conducidos hacia un vehículo de patrulla, con las manos esposadas por delante. Lentamente, se fueron desdibujando hasta convertirse en uno.

¿Qué demonios estaba pasando? Intenté levantarme.

—Eddie. —Bill levantó la mano para detenerme—. A ver, jovencita, ¿adónde vas?

—Tengo que hablar con ellos.

—Estoy seguro de que algún detective querrá hablar contigo en el hospital.

—No. —Me puse de pie lentamente. Joder, no me sentía nada bien. No es que pensara que fuera a sentirme bien, pero de no haber sido porque Bill me estaba agarrando, mi pobre y magullado trasero probablemente habría acabado chocando contra el suelo. Otra vez—. Tengo que hablar con ellos ahora.

—Lo que tienes que hacer es dejar que te cure.

—No. Ahora.

Bill suspiró y decidió ayudarme.

—Alto —dije, con voz terriblemente débil, incluso para mis propios oídos, que me seguían zumbando—. ¿Qué están haciendo? ¿Por qué le han esposado?

El policía que llevaba a John lo metió en la parte de atrás del vehículo policial, frunció el ceño y cerró la puerta.

—Apártese, por favor, señorita.

—No ha hecho nada.

Un hombre con un arrugado traje gris dio un paso adelante y esbozó una sonrisa profesional.

—¿Señorita Millen? ¿Puedo llamarte Edie?

—Sáquenlo de ahí —exigí, aunque tambaleándome un poco, lo que no fue muy alentador—. Me ha ayudado. Me ha salvado la vida. ¡Su amigo acaba de morir, por el amor de Dios!

Su sonrisa se transformó en una de condescendencia.

—Edie, me temo que no es tan sencillo.

—¿Cómo? —Quería gritar de frustración pero, para ser francos, no tenía fuerzas. Me pregunté si podríamos seguir la conversación después de que me hubiera echado una pequeña siesta—. ¿Por qué hacen esto? No lo entiendo.

El policía abrió la boca, como si dudara en añadir más de lo mismo. Pero entonces John dio unos golpecitos en la ventana del automóvil. No sonrió ni arrugó el ceño; simplemente me miró. La sangre le salpicaba el rostro y manchaba el vendaje de su brazo. Su media melena de color castaño claro le enmarcaba la cara. También había grumos de sangre en ella. De las cinco personas que habíamos estado en la tienda, solo quedábamos él y yo. Aparte de Chris, por supuesto.

El motor del automóvil se encendió con un ruido sordo.

Los golpecitos se detuvieron, y John extendió la palma de la mano, herida y llena de sangre, contra el cristal de la puerta. Tal vez fuera su forma de despedirse, o de decirme que se alegraba de que yo estuviera bien. Pero con el resplandor metálico de las esposas en torno a su muñeca, el gesto solo sirvió para que pareciera solo y perdido. No cambió el gesto, siguió mirándome con sus ojos atormentados en mitad de un rostro pálido y conmocionado. Nada de lo que estaba pasando era justo. Y es que, mientras yo desdeñaba las atenciones de mamá y de Georgia, y del amable paramédico, se llevaban a John en el asiento trasero de un vehículo policial.

Nos sostuvimos la mirada conforme el automóvil avanzaba lentamente, mientras más policías despejaban su paso entre la multitud. Cámaras y periodistas se agolpaban alrededor como una horda frenética. En cuanto el

vehículo desapareció, giraron sus objetivos en dirección a mí. Convertí la manta en una capa estilo Jedi para ocultar mi rostro.

—Vamos, chica dura —dijo Bill, cuya firme mano me apartó de ahí—. Lo llevarán al hospital para curarlo. Al mismo lugar al que debes ir tú.

El hombre del traje gris no dijo nada, pero no parecía contento. Ya éramos dos.

## CAPÍTULO 4

Resultó que el hombre del traje gris era la detective Taylor. Ella, junto con el detective García, me interrogaron en el hospital, el domingo por la tarde. Fue lo más pronto que tanto los doctores como mamá les permitieron hacerlo. Mi historia nunca cambiaba, no importaba de qué manera venían o cuántas veces me hicieran repetir la secuencia de los hechos que habían tenido lugar el sábado por la noche. Al final, se dieron por satisfechos. La buena noticia era que, dado que todo había sucedido a la vista de todo el mundo, Chris se había declarado culpable, lo que significaba que yo no tendría que ir al juzgado como testigo ni nada así. Para mí, fue perfecto. Si me pasaba el resto de la vida sin volver a ver a Chris, mejor que mejor.

Una nada sonriente detective Taylor confirmó que a John lo habían soltado después de interrogarlo. Recibí esa noticia con alegría. No había cesado de reproducir en mi cabeza la imagen de John, solo y herido, mientras la policía se lo llevaba. Al menos, las cosas habían ido bien desde ese momento: Chris estaba entre rejas y John era libre. Esa idea hacía que me sintiera mejor; no recuperada del todo, pero mejor. Analgésicos y reposo fue lo que los médicos recomendaron. Sin embargo, resultaba difícil estarse quieta cuando mi mente creía que cualquier tipo alto que entrase por la puerta podría ser Chris. Por lo visto, temblar e imaginarme toda clase de locuras parecía ser mi nuevo estado de normalidad.

Cuando Georgia entró, se echó, llorando, encima de mí. No fue bonito ni tampoco agradable, teniendo en cuenta que tenía unas cuantas costillas rotas,



algunos cortes y unos cuantos cardenales. Pero fue estupendo verla.

—Les dije que estábamos ahí por aciago azar o algo así —comentó mientras se secaba las mejillas con las palmas de las manos.

—¿Has concedido entrevistas llevando tu pijama del unicornio?

Asintió con la cabeza.

—Parecía una lunática total.

Pese a mis heridas, no puede evitar echarme a reír. Un dolor punzante se mezcló con mi hilaridad.

—Dios, Edie, lo siento muchísimo.

—¿Por qué? Tú no tienes la culpa de lo que ha pasado.

Hice una mueca de contrariedad mientras trataba encontrar una postura más cómoda entre mi montaña de almohadas de hospital.

—Pero...

—No, en serio.

Un hondo suspiro resonó.

Por lo que atañía al aspecto, Georgia y yo éramos los polos opuestos. Ella tenía el pelo corto y oscuro y una figura delgada y menuda, perfecta para la carrera de actriz con la que llevaba soñando desde que nació. Nuestro análogo sentido del humor tonto, nuestro amor por Sephora y nuestro similar gusto con respecto a los libros propiciaron una estrecha unión entre ambas. Íbamos a ser amigas para siempre, Georgia y yo.

—Debutas en TV, con el pelo hecho un desastre, y ni siquiera vas maquillada —bromeé—. Catastrófico.

Se llevó las manos a la cara y puso una fingida cara de consternación.

—¿Puedes creértelo?

—Qué inoportunos.

—Ya ves. —Frunció el ceño un poco y sollozó. —¿Qué narices pasó allí dentro? No había pasado tanto miedo en la vida. Pero fuiste tú la que realmente estuviste atrapada ahí en medio, entre esos tipos.

—Era solo uno, el drogata de Chris.

—¿Estás segura? Se llevaron a ese otro chico esposado; los vi.

Negué con la cabeza, lo que me desenfocó la visión y me produjo punzadas de dolor en el cerebro. La conmoción cerebral era un asco. Con cuidado, me

habían dicho. Debía ir con más cuidado. Gemí.

—No, John conocía al tipo, pero intentó ayudar. De hecho, repartió cervezas y cigarros entre todos.

—¿Qué?

Arrugó la nariz poniendo cara de que no podía creérselo.

—Es la verdad. Bebí cerveza a punta de pistola. —Mi intento de esbozar una sonrisa me hizo daño, con lo que esta se torció en una mueca. Que también me dolió—. Trataba de mantener al imbécil tranquilo. Y funcionó... durante un rato.

—Pero conocía al ladrón, ¿no?

—Sí. —Había empezado a dolerme todo. Supongo que se me estaba pasando el efecto de los calmantes—. Al principio creí que eran súper amigos o algo por el estilo, pero luego John me guiñó un ojo y me di cuenta de que simplemente estaba tratando de sacarnos a todos de allí con vida. —Hablar, nada más, ya me dolía. Cerré los ojos para evitar que el dolor se me propagara por la cabeza. Diminutas personitas con diminutas piquetas estaban escavándome el lóbulo frontal. Solo Dios sabía qué andarían buscando—. El hermano de John y Chris eran viejos amigos, o algo así.

—Caramba. De todas formas, los polis debieron de tener sus motivos para sacarlo de allí, detenido de esa forma —insistió, con curiosidad y ansias de saber. Georgia siempre hacía demasiadas preguntas, usaba demasiadas palabras—. ¿Qué crees? Quiero decir que...

Desconecté la atención de ella y cerré los ojos, en un intento de aliviar el dolor. Y es que solamente respirar ya me hacía daño.

Mamá regresó entonces de tomar café o de lo que fuera. Murmuró algo y la silla en la que estaba sentada Georgia se movió. Oí pisadas y a alguien llamando a una enfermera en el pasillo. Ojalá fueran a traerme drogas de las buenas.

\* \* \*

—Más flores —me informó mamá al día siguiente, con una sonrisa tan radiante que casi resultaba dolorosa. Era un milagro que la cara no le doliera

más que a mí. Su determinación por mantenerse optimista era muy firme.

—Huele igual que en una funeraria —comenté olisqueando el ambiente.

—No digas eso. —Con cuidado, movió un par de jarrones para ajustar el arreglo floral en el alféizar de la ventana del hospital—. Ya está. Es de parte de todos los alumnos de tu instituto.

Me entró la tos cuando intenté echarme a reír. Si, las costillas seguían doliéndome un montón.

—Ya, claro.

A modo de respuesta, sacó su teléfono móvil y se acomodó de nuevo en la confortable silla de la esquina.

—No tienes por qué quedarte —le dije—. Sé que tienes otras cosas que hacer.

Enarcó las cejas.

—No pienso dejarte aquí sola, cariño.

—No pasaría nada.

No hubo respuesta.

Ah, bueno. Si mamá estaba decidida a interpretar el papel de perro guardián, no había mucho que yo pudiera hacer al respecto. Incluso podía tener algo de razón. Se había desatado una inmensa tormenta mediática en torno al suceso. La toma de rehenes había durado lo suficiente como para que buena parte de la prensa llegara hasta allí. Georgia me contó que incluso había imágenes de cómo disparaban a Isaac circulando por Internet. «Cerdos». Un reportero demasiado entusiasta ya había intentado colarse y llevarse la exclusiva. Como si yo tuviera algo que decir o incluso remotamente valiera la pena fotografiarme. A mamá no le había gustado la idea de que yo hablase con los medios de comunicación, pero me dejó a mí la decisión final. Yo llevaba escrito en la cara un gran N-O.

En sueños, todavía me rechinaban los dientes contra el cañón de una pistola mientras permanecía de pie sobre un appestoso charco de orina y de sangre. Revivir el atraco, para contar la historia... la simple idea hacía que quisiera vomitar. Encima, me habían dado puntos en la frente y en la ceja derecha, y para colmo lo tenía todo hinchado y lleno de hematomas. Vamos, que la novia de Frankenstein habría sentido celos de mí. ¿Por qué narices querría que

alguien, aparte de la policía, me sacara una foto como prueba?

—Por lo que veo, sigues insistiendo en que quieres volver a casa esta tarde, ¿no? —me preguntó mi madre.

—Sí.

Suspiró.

—Tus heridas no son una tontería, cariño.

—Por favor —le supliqué—. Ya has oído lo que ha dicho el médico: la conmoción cerebral va mejorando y no pueden hacer nada por mis costillas rotas. Y descansaría mejor en casa... Estoy segura. Me movería mucho menos y estaría en mi propia cama.

Entornando los ojos, volvió a suspirar, derrotada.

—¿Me prometes que descansarás y que seguirás las órdenes del doctor?

—Por supuesto.

—Lo digo en serio, Edie.

Puse mi cara más dulce e inocente: los ojos muy abiertos y una sonrisa pequeña y esperanzada. Luego, con el índice, me dibujé una línea sobre el pecho.

—Que me caiga muerta si miento.

—Deja de hablar de morir.

—Lo siento.

Se dio por vencida, no sin antes dedicarme una última mirada de reproche.

Estoy segura de que mamá tenía tantas ganas como yo de salir del hospital y de recuperar alguna clase de normalidad. Mi madre y yo éramos un equipo. Incluso me parecía mucho a ella: alta y rubia, pero con tetas, barriga y trasero, sin mencionar mis adorables muslos de hipopótamo. Mamá había hecho dieta casi todos los días de su vida. «Combatiente» sería el término más preciso para describir su relación con la comida; siempre privándose, tomándose una migaja cuando lo que en verdad quería era un pedazo entero de pastel. Tal vez, para ella, caber en una talla S hacía que mereciera la pena. No lo sé. En cualquier caso, yo no quería vivir así. Aunque en ese momento, simplemente me sentía feliz de estar viva, sin más.

Llegamos a casa sin percances. No había alcanzado ese nivel de celebridad que hiciera que el hospital tuviese periodistas acampados afuera ni nada por el

estilo. El sofá de la sala de estar nunca me pareció tan cómodo. Me desplomé sobre él. Estar en casa lo era todo.

Estar en casa era estar a salvo.

—El chico ese que la policía también se llevó —empezó mi madre—, ¿cómo supiste que era inocente?

—Trató de salvarme la vida.

—Según los detectives, ya había sido detenido antes bajo sospecha de traficar con drogas —añadió—. Entre otras cosas.

Negué con la cabeza, e inmediatamente me arrepentí. Otra vez. Hablando de no aprender nunca...

—Au. Tienes tantos prejuicios como Georgia. Qué importa lo que hiciera antes. Solamente había un delincuente psicópata aquella noche, y no era él. Joder, mamá; de no ser por John e Isaac, ahora estarías de pie ante mi tumba.

Los labios de mi madre se apretaron en un gesto de desaprobación, pero no volvió a molestarme con el asunto.

Cansada y aburrida, me recosté sobre los cojines con el mando a distancia en la mano, y me puse a hacer *zapping*. Normalmente, podía desperdiciar el día pasando de un canal a otro sin demasiados problemas. Pero hoy era distinto. Todo lo que había en la tele parecía ajeno y trivial: una vieja película en blanco y negro; gente discutiendo de política; un documental sobre ranas, y una tipa vendiendo una crema facial que te ayudaba a recuperar el brillo juvenil, fijo. La modelo a la que se la estaba aplicando debía de tener unos catorce años.

Después había un vídeo musical con una chica que movía el trasero delante de la cámara como si sufriera de hiperlaxitud. El trasero, no la cámara. A continuación vino la reposición de un partido de baloncesto universitario, y seguidamente, ahí estaba Georgia.

«Georgia».

A duras penas se la reconocía. Si no hubieran parado de poner fotografías de ella y de mí juntas en el campamento, además de un selfi en el cine y otro haciendo el tonto en su habitación, ni me habría molestado en ver aquello. «Oh, mierda, no». Incluso les había dado la foto en la que estábamos sentadas en su piscina el verano pasado, yo con un bikini. Era muy bonito, de estilo

retro, y me encantaba; pero aun así... Esa fotografía no pintaba nada en televisión sin mi permiso.

— ...se comporta como si fuera muy dura, pero en el fondo Edie es muy sensible y vulnerable.

—Debes de estar muy preocupada por ella. —El entrevistador, un hombre de mediana edad con un pelo divino, movía la cabeza con aire de tristeza.

—Sí, lo estoy. —Su voz emanaba una empalagosa inquietud—. No sé cómo lo va a superar.

—¿Tengo entendido que tu amiga te confió lo que había pasado en la tienda?

Georgia bajó la mirada en dirección a sus manos, que tenía entrelazadas sobre el regazo.

—Sí.

—¿Y sobre la implicación de John Cole, residente en el barrio y de unos dieciocho años?

—Conocía al atracador, sin lugar a dudas: Edie me lo dijo.

—Ha habido rumores de que el señor Cole tiene un historial de tráfico de drogas en la zona.

Georgia se encogió de hombros.

—No sé nada de eso. Pero, por lo visto, estaba robando cervezas y cigarrillos en la tienda. Como si estuvieran de fiesta. Incluso le guiñó el ojo a Edie y todo. Me parece muy mal que la policía dejara que se fuese.

El entrevistador arrugó el ceño, pensativo.

—Es solo... Yo no quiero que vuelva a hacerle daño —precisó Georgia, alzando la voz—. Y está ahí fuera, en libertad, haciendo quién sabe qué.

—Eres una buena amiga —dijo el hombre—. Señoras y señores, Georgia Schwartz. La mejor amiga de Edie Millen, tomada como rehén. Muchas gracias, Georgia.

—Gracias a vosotros. —Consiguió, incluso, soltar una lagrimita; todas las clases de interpretación a las que sus padres la habían obligado a asistir habían valido la pena.

El hombre del pelo divino empezó a hablar de un inminente concurso de perros en la ciudad: apagué la televisión. La rabia se expandía en mi interior y

quería salir, apretándome las magulladas costillas. En cambio, me quedé mirando fijamente la pantalla vacía en silencio, estupefacta. ¿Cuánta gente habría visto esto? ¿Cuánta basura del mismo estilo circularía por ahí? Gente enseñando fotografías mías, diciendo mi nombre, hablando de lo que había pasado como si tuvieran la más mínima idea. Opinando sobre John. Dios, quería vomitar.

Mi madre permanecía callada.

—¿Georgia no trató de venir a verme de nuevo? —le pregunté—. ¿No ha llamado?

Movió la boca y un brillo compasivo le iluminó los ojos, como si estuviera pensando en darme alguna excusa. Al final, sin embargo, no lo hizo.

—No.

—No —coreé, mientras cerraba los ojos—. No me dijo nada de esto, de que hablaría con ellos.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Seguro?

—Le conté esas cosas en privado. Confiaba en ella, mamá.

Cambió de postura y me miró con las cejas ligeramente fruncidas.

—Ha dicho que estaba preocupada por ti.

—¿Y por eso va y concede una entrevista? —Me había vuelto el dolor de cabeza, más intenso que nunca—. No, sabía de sobra que yo nunca querría esto, por eso no se molestó en preguntármelo. Y ni siquiera sabe de lo que está hablando. Dios, John va a pensar que yo me creo todas esas bobadas.

Mamá no dijo nada.

—¿Cómo puede haber hecho algo así?

Incluso aunque hubiera querido llorar, no hubiera podido. Podría haber sido catártico, un desahogo. Pero el muro que había entre mis emociones y yo solamente permitía que saliera lo peor de lo peor: el miedo, la angustia y todo lo relacionado con ambos sentimientos, en espera de montar una juerga en mi cabeza. Mejor seguir apostando por el entumecimiento, y ¿quién sabe? Con el tiempo, hasta podría funcionar.

Un día después, cuando Georgia finalmente me llamó, no le contesté. Traté

de no echarla de menos, pero era muy difícil. Luego me envió unos mensajes y tampoco hice caso; tras haberlos leído, por supuesto. No eran más que un montón de mentiras. En cualquier medio de comunicación que le hubiera dado día y hora, Georgia allí había estado, hablando, compartiendo sus opiniones sobre mí y sobre la situación, dándoles fotos nuestras y todo tipo de información personal que yo le hubiese confiado. Fueran verdades o mentiras, ella ya las había contado todas. No me quedó nada más que añadir.



## CAPÍTULO 5

Por lo general, en casa, las cosas iban mejorando. La gente me dejaba en paz. Casi siempre. Tuvimos que llamar a la policía por culpa de unos periodistas demasiado entregados, que se colaron a través del jardín y acecharon ante nuestra puerta. Asimismo, abandoné todas mis redes sociales y no contesté al teléfono ni de broma. Pero al menos no había doctores o enfermeras comprobando constantemente cómo estaba. Aunque echaba de menos los calmantes.

Después de unos cuantos días de asegurarle a mamá que estaba bien, regresó al trabajo. Se ocupaba de la recepción de un complejo turístico cerca del lago. Hacía un año, cuando cumplí los dieciséis, empezó a hacer el turno de noche. Por lo visto, lo pagaban mejor; aunque también creo que le gustaba por ser más tranquilo. Dadas las nuevas circunstancias, se ofreció a cambiarlo por el de día para que yo no tuviera que estar sola en casa por las noches. Pero le dije que no me importaba.

En casa, podía comer lo que me diera la gana o ponerme de los nervios sin motivo alguno. La mayor parte del tiempo no había nadie allí para juzgarme. Por si acaso, evité la televisión e Internet, salvo cuando mi madre y yo compartíamos nuestro momento de ver series juntas los domingos. El año pasado habíamos visto *Nashville*; este era *Los 100*. Francamente, no echaba de menos las redes sociales, habida cuenta de la mierda en la que se habían convertido. Carecía de la fuerza y de la energía para lidiar con ellas. Además, ¿quién las necesitaba? Tenía mi cama, perfectamente posicionada

bajo mi ventana para poder ver el cielo. Cuando no podía —o no quería— dormir, había estrellas que contar y una luna que contemplar. Seguro que se estaba mucho más tranquilo en ella. En paz, sin gente. El único efecto negativo era que mi concentración se había ido al traste. No podía ponerme a leer. Mis libros permanecían en las estanterías, mirándome de modo acusador. Cada vez que había intentado leer, las palabras se convertían en borrones y mi mente vagaba. Sin duda alguna, ya era suficientemente malo que mi mejor amiga me hubiera traicionado sin que mis libros también me abandonaran, ¿no? Vaya por Dios.

Había quitado todas las fotos de Georgia y las había tirado a la basura. Años de amistad, al traste. Me sentía enfadada y abandonada, total y absolutamente sola. Querer a alguien era un asco.

Cosa curiosa, resultó que ahora utilizaba el teléfono móvil, básicamente, para colgar a cualquiera que me llamara. Lo que me era muy fácil, ya que no había nadie con quien quisiera hablar realmente. Si alguien venía a visitarme, fingía que estaba durmiendo o no abría la puerta. Mi madre encontró un psicólogo para que fuera a hablar con él, y yo encontré excusas para no ir. Me costaba mucho, y lo lograba a duras penas, mantener a raya mis fobias, así que si un psicólogo hablase conmigo podría sacar a la luz todo tipo de horribles verdades.

Paulatinamente, los cardenales que tenía fueron pasando al amarillo y al verde. Joder, las costillas, en cambio, se lo tomaban con calma, de manera que, durante todo ese tiempo, cualquier movimiento me dolía. Por lo visto, poco se podía hacer por ellas cuando estaban rotas: simplemente tenías que esperar a que se curaran. Una fea línea rosada me seccionaba la ceja izquierda y me subía unos centímetros hasta el nacimiento del pelo. Cortesía del culatazo de Chris.

A pesar de que hacía todo lo posible por olvidarme del mundo, el tiempo pasaba. El instituto acechaba en el horizonte. Que Dios me ayudara. El nuevo año lectivo iba a volver a empezar en un par de semanas. En la vida, salvo que estés dispuesto a escaparte y a vivir en el bosque y a correr el riesgo de ser devorado por los osos, algunas cosas son inevitables.

## CAPÍTULO 6

—Eddie, date prisa —exclamó mamá, a voz de grito.

—Un momentito —le respondí, también a gritos, mientras me subía la cremallera de la falda del uniforme del instituto. Vivan los uniformes. «No».

Extendí la pasta de dientes y me puse a cepillármelos, moviendo el cepillo de arriba abajo con mucho esmero. Un poco de corrector y un montón de base ocultaban los cardenales que aún me quedaban, así como las ojeras. Me había hecho una coleta baja, dejándome un par de mechones sobre la frente y recogéndome el pelo tras las orejas. Si ese peinado no lograba disimular la cicatriz, yo misma me cortaría un poco de flequillo. La falta de sol en los últimos tiempos me había dejado una palidez enfermiza, pero qué se le iba a hacer. Había hecho lo que había podido para tener un aspecto presentable.

—¡Eddie, vas a llegar tarde!

Hice una pausa en el proceso de cepillarme las muelas para vociferar una respuesta. Un poco de espuma de la pasta de dientes me entró en la garganta y tuve el reflejo de devolver. Solo con algo tan trivial, se me disparó el corazón y me entró un sudor frío en todo el cuerpo. Dios, era igual que aquella noche, cuando tenía la pistola dentro de la boca.

Tosí y escupí la pasta en el lavabo. El desayuno, consistente en un café y una tortita rellena, salió a continuación, gracias a las arcadas. Tres, dos, uno... cero.

Mierda, las costillas me dolían. Qué mal.

Abrí el grifo del agua fría para limpiar el lavabo, pero también para beber

un poco y eliminarme el sabor ácido de la boca. Era asqueroso. Todo el baño apestaba a vómito. Tomé y expulsé aire lentamente. Todo iba bien. No estaba en el Drop Stop, con náuseas por culpa del cañón de un revólver. No había nadie detrás de mí; ni siquiera había alguien a la vista. Se trataba solamente de un absurdo accidente en el que estaba implicado un exceso de pasta de dientes, por el amor de Dios.

—Tranquilízate, pedazo de idiota —me dije a mí misma—. No pasa nada.

—Edie... —Mi madre apareció por la puerta y entonces se paró en seco—.  
¿Qué pasa?

Tragué saliva.

—Nada.

La preocupación se pintó en su rostro. Lo odiaba.

—En serio —insistí. Lo que necesitaba era enjuague bucal; por esta vez, dejaría en paz el cepillo de dientes. Hice gárgaras y el agradable sabor a menta me inundó la lengua; luego escupí—. Ya estoy.

—¿Seguro? Estás un poco pálida.

—Estoy bien.

—¿Quieres que te lleve en mi automóvil?

—No, no hace falta. —Me apretujé para esquivarla, con una falsa sonrisa en la cara—. Hasta la tarde.

Me siguió, con los ojos taladrándome la espalda.

—El pelo te ha quedado muy bien —me dijo.

—Gracias, mamá. —Me tiré nerviosamente de la coleta. «Ay». Mi cuero cabelludo no se había recuperado por completo del hecho de que Chris me hubiera arrancado un poco. Pero al menos no era algo visible como la cicatriz encima de la ceja—. Adiós.

Vivíamos en una casa de madera de un solo piso, en una calle tranquila. Con muchos árboles. Era un lugar bonito. Hice un gesto de despedida con la mano a mi madre mientras me metía dentro de mi funcional cinco puertas blanco, que tenía ocho años y había heredado de la abuela. Edith, mi tocaya, vivía en Arizona y, al parecer, estaba atravesando la crisis de la vejez. Y es que no había ninguna otra explicación por la cual, de pronto, pudiera necesitar un deportivo sexi. Aunque, como al final la cosa me había beneficiado, pues lo

que a ella le hiciera feliz.

La abuela también se ocupaba de pagarme el instituto privado. Creo que el adhesivo del parachoques «Mi nieta está en el cuadro de honor de Green», posiblemente le había costado casi tanto como el vehículo en el que lo había pegado. Muchos años atrás, había sido profesora. Y estaba totalmente en contra de que los chicos y las chicas estuvieran en la misma clase. Por lo visto, nuestras feroces hormonas nos impedían estudiar y todo era perversión y anarquía. Sin embargo, por lo que yo había visto, a los alumnos homosexuales en las escuelas con personas de su mismo sexo les iba bien. No es que estuvieran haciéndolo en las mesas de la cafetería todo el día y de cualquier manera.

La mirada fija al frente y muy centrada en la calzada; no podía permitirme ninguna distracción. Resultaba ridículo el modo en que una persona cualquiera que hubiera en la acera podía ponerme de los nervios. Y es que cualquier policía con una pistola podía ser Chris; mi imaginación hiperactiva los intercambiaba con una eficiencia alarmante.

Conduje súper lento, pero no sirvió de nada: la campana no había sonado todavía, no llegaba tarde y montones de chicas con sus uniformes grises llenaban los pasillos. Daba igual. Las multitudes son buenas para esconderse entre ellas. A lo mejor incluso fuera mejor así.

Con la cabeza gacha y la mochila en el hombro, fui hasta mi taquilla. Había tanto ruido a mi alrededor, tanta gente empujando... Pero podía aguantarlo: respirando profundamente, teniendo pensamientos positivos y todas esas bobadas.

Las manos se me empaparon de sudor mientras marcaba la combinación de la taquilla; la tela bajo las axilas estaba húmeda. Tarde o temprano tendría que lidiar con Georgia y, francamente, se podía ir a la mierda. Que me hubiera traicionado continuaba doliéndome igual que lo había hecho en su momento.

—Hey, Willy —dijo una malvada voz a mis espaldas. No me volví, no me hizo falta: Kara Lamont—. He oído que alguien intentó quitarte la libertad.

Era por la película, *Liberad a Willy*, al parecer era la única ballena que Kara conocía. Original y educada no describiría a la muchacha. Lo último que tomé fue el cuaderno de Lengua, tomándome mi tiempo. Se había congregado

un grupito, formado por más chicas de las que integraban la pandilla habitual de Kara. Podía oírles susurrar y lanzar risitas, moviendo los pies, impacientes por entrar en acción. Siempre solía haber unas cuantas listas para ver a una estudiante impopular recibiendo la dosis habitual recomendada al día de humillación.

Sin embargo, ese nivel de curiosidad iba mucho más allá. «Espléndido». Por desgracia, el Drop Stop me había hecho famosa.

—¿De verdad te ha quedado la cara hecha un asco? —me preguntó Kara, con regocijo—. Pobre Willy. Aunque supongo que, de todos modos, nadie va a mirarte.

Una ola de risas se extendió entre el grupo. A la gente le encantan los buenos espectáculos. Kara se creció con la atención, se irguió y sonrió ampliamente. Yo sabía que su opinión no debía importarme, pero siempre lo había hecho. A pesar de haberlo puesto todo de mi parte, la muy asquerosa aparecía demasiado a menudo en mi disco mental, con todas las asquerosas palabras que alguna vez me había dedicado. Cada insulto, cada comentario despectivo habían quedado guardados para la posteridad.

Pero esta vez, de alguna forma, era distinto. La voz de Kara sonaba muy lejos, como si se esforzara, simplemente, para que la oyesen.

—Debiste de ser un escudo humano estupendo —continuó—. Estás tan gorda como la parte trasera de una furgoneta; y apuesto a que, con la cantidad de grasa que llevas encima, seguro que hasta podrías parar una bala.

Más risas e, incluso, algunos susurros de indignación y sorpresa. Realmente increíble. Cualquiera que hubiera estado en el instituto más de media hora se habría dado cuenta de que Kara no era más que una abusona. Aun así, lo del robo le había dado material nuevo. Tras varios años de oír los mismos insultos un día sí y el otro también, en el fondo resultaba hasta refrescante. A veces me había preguntado si esto era la cúspide de su existencia; si veinte años después miraría hacia atrás y pensaría que esa había sido la mejor época de su vida, cuando había podido atormentar a la gente sin que eso tuviera ninguna repercusión en realidad, pues no éramos más que unas crías. Sin consecuencias reales, como si cuanto ocurría entre esas paredes no tuviera importancia alguna.

Ojalá fuera una orca «de verdad». Le arrancaría la cabeza de un mordisco y la usaría de pelota de playa. Al fin y al cabo, la tenía tan hueca como si lo fuera.

Por el contrario, no dije nada; se enardecía cuando la gente normal se enfrentaba a su pequeño reino del miedo. No hacerle caso e irme a la clase directamente era lo que tenía que hacer. Pero, cuando me di la vuelta, vi que había más gente mirando de lo que me imaginaba: unas cincuenta o sesenta personas, que abarrotaban el pasillo. Mierda, si incluso estaba escondida al fondo Georgia, en espera de ver qué iba a pasar.

Kara se puso al frente y en el centro, encantada por la atención. ¿Cuál era su puñetero problema? Era rica, delgada y popular, todo lo que yo no era, y aun así tenía que montar toda esta mierda.

Normalmente, en esa clase de situaciones, me notaba el corazón dándome golpes contra el pecho y las mejillas ardiéndome de vergüenza. Ahora no había nada. Mi ritmo cardíaco permanecía firme; mi respiración, calmada. Las risitas nerviosas de la multitud me eran tan indiferentes e irrelevantes como el rumor de los grillos en una noche de verano.

Kara parecía más pequeña de lo que recordaba. Peso ligero. A Chris le habría parecido muy fácil de maltratar, de meterle una pistola entre esos bonitos, blancos y afilados dientes.

—Apártate el pelo, *Liberad a Willy* —me ordenó, acercándose a mí con la mano extendida—. Vamos a ver.

Y un cuerno iba a tocarme. Ya me habían tocado lo suficiente contra mi voluntad para el resto de mi vida, y además lo había hecho alguien que daba mucho más miedo que Kara. El pulgar se me agazapó bajo los dedos y me moví con rapidez y fuerza. «Plaf», le di un puñetazo en pleno rostro. El crujido del hueso, el ruido que hizo su nariz al romperse, me pareció maravilloso. El dolor me desgarraba el brazo, los nudillos me palpitaban. Mierda, qué daño.

Kara estaba llorando y montando un escándalo. Sus gritos inundaban el pasillo, al tiempo que la sangre le caía a borbotones sobre el uniforme. La gente salió corriendo sin orden ni sentido, para poder alejarse lo máximo de ese lío. Incluso las amigas de Kara la habían abandonado, las muy cobardes. Yo permanecía sola, de pie ante mi taquilla, sosteniéndome la mano. Puede

que me hubiera roto un hueso, pero había valido la pena.

En cualquier caso, no era el regreso al instituto que había esperado. A mi madre no le iba a gustar.

—Joder —murmuró Georgia, que se me acercó lentamente—. Edie, ¿estás bien?

—Sí —contesté con cansancio.

Abrió la boca y luego la cerró. Se la veía tan perdida...

No sé; tal vez tendría que haberla perdonado por la campaña mediática y las pestes en contra de John. Ni ella ni yo teníamos dinero y, probablemente, le habrían ofrecido una buena suma por venderme. O al menos, deseaba fervientemente que se la hubieran ofrecido. Georgia había entrado en el instituto con una beca. Tenía grandes sueños. Todas esas entrevistas habían sido su primer paso para hacer contactos en la industria del entretenimiento... su primer paso para ser actriz. Sus lecturas le habían contado este tipo de cosas y más. Bajo un cierto punto de vista, era más que comprensible. Pero eso no significaba que tuviera que gustarme o que lo aceptase. La vida era demasiado corta para tener amigos de conveniencia, y Georgia me había roto el corazón.

—Deberías ir a clase —dije—. No querrás llegar tarde.

Retrocedió.

—*Okey*, te veo luego.

Asentí con la cabeza, mientras dejaba que se fuera para siempre.



## CAPÍTULO 7

—Hola, campeona.

—Hola, Bill. —Me senté en una camilla, en urgencias, balanceando las piernas hacia atrás y hacia adelante, en un intento, sobre todo, de no obsesionarme con los olores y los sonidos, demasiado familiares. Vomitar en el suelo no habría estado nada bien—. ¿Qué haces aquí?

—Vengo a que me miren un corte que me he hecho reformando la casa. —El paramédico de la noche del Drop Stop sonrió—. El fregadero me ha atacado.

—Y yo que pensaba que tu trabajo era peligroso...

Al oírlo, su sonrisa se agrandó.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Para qué has venido? —me preguntó mientras se apoyaba en la pared de enfrente. Debía de tener unos cuarenta años, estaba en forma y llevaba la cabeza rapada. Era sexi si lo que te iba eran los tipos maduritos. Seguro que a mi madre le gustaría.

—Me he dislocado el pulgar.

Le enseñé la mano vendada.

—¿Cómo demonios te lo has hecho? —volvió a preguntarme, cruzando los brazos, poniéndose cómodo.

—Le he dado un puñetazo a una chica en el instituto.

Frunció el ceño.

—¿Se lo merecía?

—Oh, sí. A más no poder. Lleva años acosándome.

Hizo un ademán con la cabeza en señal de censura.

—Meterse con los demás, burlarse de ellos para sentirte superior, es un comportamiento de capullo se tenga la edad que se tenga, la verdad.

—No puedo estar más de acuerdo.

—Dame un puñetazo con la izquierda —dijo, levantando la mano, como si hiciera una señal de *stop*—. Veamos ese gancho. Golpéame.

Le di un golpe con fuerza en la mano con la izquierda. Se oyó un sonido intenso del choque de piel contra piel.

—De acuerdo, aquí está el problema —comentó—. Las buenas noticias son que giras el puño y das en el objetivo. Te sale innato. Las malas son ese pulgar.

Suavemente, me dobló los dedos y luego me estiró el pulgar bueno hacia fuera de la palma.

—Así —dijo—. El pulgar hacia fuera, apoyando el resto de dedos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Tienes que golpear con estos dos malotes de aquí —declaró conforme me daba golpecitos en los dos primeros nudillos—. Si lo haces de otra forma, acabarás volviendo aquí con otra dislocación o una fractura. ¿Queda claro?

—Clarísimo. Gracias.

—Yo no te he enseñado nada.

—Por supuesto que no —asentí con una sonrisa—. Oye, dime, ¿estás soltero? ¿Te gustan las mujeres?

—Soy un poco mayor para ti.

—Estaba pensando más bien en mi madre.

—Ja, ja, ja —rio—. Estoy saliendo con alguien. Lo siento, campeona.

No me podía reprochar que lo hubiera intentado.

—Me alegro de volver a verte, Bill.

Con una inclinación de cabeza, se fue. He aquí un trabajo que yo no podría hacer, lo de ser técnico de emergencias sanitarias. Imagínate ir por ahí recogiendo a la gente, recomponiéndola lo justo para llevarla a los médicos. Las cosas que debía de haber visto. Vamos, incluso aquella noche en el Drop

Stop... Y así se formaba una idea que me iba a conducir a un lugar nada bueno. El estómago, dándome la razón, se me revolvió.

Necesitaba salir de allí. Cuanto veía y olía era una evocación de aquella noche. Por fortuna, mamá había acabado de hablar con el doctor y venía hacia mí.

—Vámonos —me dijo sin pararse, yendo hacia la puerta de salida. Su expresión era severa. Supongo que desde el instituto le habían informado de las medidas disciplinarias.

La directora nos había dado un sermón tanto a mí como a Kara mientras esperábamos a nuestros padres. Por suerte, la imbécil de Kara había decidido atacarme delante de una cámara de seguridad. Casi sentí cariño por aquella idiota, por haberme puesto las cosas tan fáciles. El hecho obvio de que hubiera sido ella quien empezó el espectáculo e intentara ponerme una mano encima en primer lugar había sido de gran ayuda, bendita fuera. Sin embargo, como respondí con un puñetazo, nadie me etiquetó de víctima.

Fuera, el sol del verano brillaba intensamente y los pájaros cantaban. A pesar de la pesada de mi madre, me sentía bien. El doctor me había dado calmantes.

Mamá seguía sin sonreír.

—Acabo de hablar con tu directora. Te han expulsado por una semana. Teniendo en cuenta los traumáticos sucesos recientes, ha decidido ser benevolente.

—No pienso volver.

—¿Qué?

Mamá se detuvo en seco y se me quedó mirando desde el otro lado de su sedán rojo.

—Nunca he encajado y nunca lo haré —afirmé, sosteniéndole la mirada—. Sobre todo, después de esto. En ese sitio solamente sobreviven los más ricos... No tienes ni idea de cómo son. Kara me la tiene jurada y tratará de hacerme la vida imposible, y no estoy preparada para eso.

—Cariño...

—No pienso volver —repetí, con voz firme, sin vacilar, sin dudar. Mis propios límites me resultaban muy claros en los últimos días—. Lo que voy a

hacer es ir al instituto público.

Mi madre frunció el ceño.

—Ni hablar.

Me sentía fatal al discutir con ella. Por lo general, tomábamos las decisiones importantes juntas. Ser madre soltera y haber dejado la universidad para poder cuidarme, habían hecho que mamá no lo tuviera nada fácil. Se había sacrificado por mí. Al final, la abuela había entrado en razón y le había echado una mano. Pero llevó su tiempo. Un tiempo durante el cual mamá había estado total y completamente sola. Odiaba ponerle las cosas difíciles. Esta vez, no obstante, no podía transigir. No podía dar el brazo a torcer. Ya tenía monstruos más que suficientes en la cabeza, ensañándose con mi cordura, cebándose con mis inseguridades. Kara y compañía eran, oficialmente, demasiado.

—Eddie, estamos hablando de tu educación —señaló en tono implorante—. De tu futuro.

—Lo sé. Y puedo aprender igual de bien en el instituto público que en ese sitio. —Me apoyé contra el automóvil, con las manos puestas en la parte superior—. Seguramente, mejor. La abuela lo superará.

—Hablaré con la directora para que mantenga a esa chica lejos de ti. A partir de ahora, me aseguraré de que estés protegida.

—Es una idea muy bonita, mamá, pero no va a funcionar.

—Haré todo lo posible para que funcione, demonios.

Le dediqué una mirada llena de escepticismo.

—Cariño, esa no volverá a molestarte. Te lo prometo. Pero, en cualquier caso, míralo de esta forma: va a haber siempre gente con la que no te lleves bien vayas donde vayas; es una parte desagradable de la vida, tener que compartir el planeta con más o menos mil millones de extraños —me dijo—. La gente puede ser estúpida. Sé que has pasado por mucho, por más de lo que seguramente yo sea capaz de entender. Pero salir corriendo cada vez que hay un problema no es la solución. Sería un precedente preocupante para ti.

—Capto lo que me dices —repuse—. En serio. Pero hay límites, mamá. Y el acoso diario como que sobrepasa los míos.

Hundió los hombros.

—¿No crees que esto sea una consecuencia más de la agitación por la que has pasado últimamente?

—No.

Silencio.

—Oye, mira... Primero hablemos con la directora. A ver si se puede hacer algo. —Mamá frunció tanto el ceño que las cejas casi se le juntaban en una—. Es tu último año de instituto, cambiarte de centro ahora sería un enorme trastorno.

—No, mamá —repliqué, en un tono más áspero de lo que pretendía—. Que casi me mataran fue un enorme trastorno. Cambiarme de centro será un alivio.

Durante un buen rato, simplemente me miró. Luego se puso las gafas de sol para ocultar toda la frustración y preocupación que había en sus ojos.

—Hablémoslo en casa.

Me encogí de hombros, aunque sintiéndome mal por tener que desautorizarla. Por raro que suene, una parte de mí se sentía satisfecha de que aquello me fastidiara tanto.

A mis oídos, Georgia, Kara y la directora sonaban como si estuvieran en una caja de resonancia. Podían hablar, pero nada de lo que dijeran tenía sentido realmente. Ahora sí sabía qué era lo que importaba. Lo que era la vida y la muerte. El resto no eran más que estúpidos detalles diarios.

Pero mi madre seguía siendo importante. Y me aferré a esa idea.

## CAPÍTULO 8

El instituto público de la zona tenía muchos más alumnos que el privado al que había asistido hasta ahora. Con suerte, eso incrementaría mis posibilidades de mezclarme con los demás y desaparecer. Además, ya habían pasado tres semanas de lo del Drop Stop: era agua pasada. La gente había pasado página. Al menos, nadie parecía fijarse en mí mientras caminaba por el corredor, con el plano, los horarios de las clases y otros documentos varios en la mano.

—¡Edie! —gritó una voz—. ¡Edie!

«Estupendo». Me volví y vi a una chica que venía corriendo hacia mí a toda prisa.

—Se suponía que tenías que esperar en el despacho de orientación a que llegara —dijo, deteniéndose para recuperar el aliento. Debía de tener más o menos mi edad, era asiática y guapa—. Tenemos la primera clase juntas. Te acompañaré. Luego, ya irás tú sola.

—De acuerdo. —Simplemente, me quedé mirándola.

—Oh, perdona, soy Hang. —Agitó la mano ante mi cara en señal de saludo, esbozando una sonrisa—. Vamos.

Ojalá mis pies no se hubieran parado al pasar por delante de una vitrina de homenaje en memoria de Isaac, el chico que había muerto. Así que aquí era donde estudiaba. Era lógico, si me detenía a pensarlo. Había muchas fotografías, poemas, flores marchitas (de tres semanas) y una camiseta de *rugby*. Todo evidenciaba pena y tristeza. A Isaac se le añoraba, y eso era algo. Me pregunto qué hubiera hecho mi antiguo instituto si yo hubiera muerto. Dudo

mucho que a la mayor parte de las estudiantes les hubiera importado. Era algo extraño, sin embargo, enfrentarse cara a cara con tu propia mortalidad.

Si alguien de tu misma edad podía morir, entonces, ¿qué te hacía creer que tú estabas a salvo?

Mi anterior centro, probablemente, habría montado algo de muy buen gusto y completamente falso. Esto no lo parecía. Emanaba pérdida y dolor.

Ese puto drogata. El odio hacia él me corroyó viva. Isaac no se merecía esto. Tanto él como John habían sido increíblemente valientes al intentar salvarme.

«Mierda». Isaac debió de tener un funeral; murió tratando de salvarme la vida y yo ni siquiera asistí a él. Había estado demasiado enfrascada en mí misma, en un intento de no seguir pensando en el Drop Stop y en lo que había pasado. También lo habría tenido el chico de detrás del mostrador. A estas alturas, ya estaría enterrado o lo habrían incinerado. Y mientras tanto, yo, que estaba viva, ¿qué hacía? Había salido bien parada, no tenía más que unas cuantas cicatrices y pesadillas, cosas ambas que, con el tiempo, irían desapareciendo.

—¿Estás bien? —me preguntó Hang, sacándome de mi ensimismamiento.

—¿Eh?

Miró primero a la vitrina y luego a mí.

—Murió en un atraco que hubo en un súper hace poco. Fue muy triste.

—Sí.

—No lo conocía personalmente, pero aquí tenía un montón de amigos.

Asentí con la cabeza y seguí andando.

—Para serte sincera, en el despacho me han dicho que tú también te habías visto envuelta en ese suceso... —me dijo con una sonrisa llena de amabilidad—. Pero no le diré nada a nadie.

—Gracias.

A lo mejor, solo a lo mejor, podría integrarme sin demasiados problemas. Lo único que quería era paz y tranquilidad. Una tenía derecho a soñar.

De camino a la clase de Lengua, Hang fue capaz de mantener ininterrumpidamente una conversación banal: qué cosas habían estado dando en clase, cuántos alumnos tenía el instituto, cuándo empezaban las temporadas de

*rugby* y baloncesto. En Green, a los deportes no se les daba demasiada importancia.

Era agradable tener a alguien a mi lado. Por lo menos, así sentía que llamaba menos la atención. Intenté apartar el sentimiento de culpa por Isaac. Como si mi madre, de todas formas, me hubiera dejado salir de casa para ir a un funeral. Solo por ir demasiado al baño la había puesto al borde de una apoplejía y me había caído otro sermón sobre la necesidad de descansar. Sin embargo, no parecía excusa suficiente. Ni de lejos.

—¿En qué instituto estabas antes?

Hang volvía a esbozar una sonrisa; la tenía muy bonita.

—Ah, en Green.

—Vaya, pues estarás contenta de librarte del uniforme.

—Sí.

—Además —añadió presentándose el sitio como si fuera la azafata de un concurso—, aquí tenemos variedad genérica para el disfrute visual.

—Sin duda, a Green le faltaban chicos —coincidí plenamente con ella.

En mi nuevo instituto podías encontrarte con todo tipo de personas: animadoras, deportistas, ratones de biblioteca, frikis, fumadores de porros, góticos, *emos*<sup>3</sup> y todos los demás.

Hang llevaba un precioso vestido *vintage* de flores, mientras que yo había optado por colores oscuros. Me parecía menos a un ninja y más a un oso panda, por lo blancos que tenía los brazos y las loras de la barriga. De todas formas, me sentía cómoda y más o menos segura de que la ropa me quedaba bien, con mis *jeans* rotos a la altura de la rodilla, mi camiseta negra y mis merceditas Dr. Martens del mismo color. Si es que el negro se podía considerar como tal, al ser la ausencia absoluta de luz. Tal vez, si lo llevaba lo suficiente, me haría completamente invisible a los ojos de los demás y podría vivir en paz. De todos modos, llegué hasta teñirme el pelo de negro y punto; luego me hice trenzas. Además, me pinté la raya de los ojos más ancha en la parte externa y me apliqué un pintalabios rosa pálido para ocultar la cicatriz.

Supongo que todavía me quedaba algo de vanidad.

Georgia me había enseñado a hacer algunas de las trenzas más complicadas que había después de ver unos vídeos de YouTube. Aprendimos a perfeccionar



el delineado de ojos en forma de ala de la misma manera. Y aunque las trenzas no me habían quedado tan bien como las suyas, tampoco estaban nada mal. Había conseguido taparme gran parte de la frente, que estaba de pena.

—Mis padres emigraron desde Vietnam durante la guerra y se instalaron en esta zona —comentó Hang—. ¿Y tú? ¿Has nacido y crecido en la ciudad o fuera de ella?

—Mmm, sí, crecí aquí.

—Qué bien.

Un golpe repentino resonó por todo el pasillo. Di un respingo y miré a un lado y a otro, en busca de la causa. Se me disparó el corazón y se me hizo un nudo en la garganta. Había sido un chico cerrando la puerta de su taquilla. Nada más. «Mierda».

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Hang.

Qué vergüenza. Asentí con la cabeza.

—Lo siento, son los nervios del primer día.

—No te preocupes. —Sonrió nuevamente y me guio hasta nuestra clase. Con la cabeza gacha, la seguí casi hasta el fondo, y dejé la mochila en el pupitre vacío que había junto al de ella—. Cualquier duda, estoy aquí mismo. También te puedo presentar a algunas de mis amigas en el bar, durante la comida.

—Gracias.

—No, mujer, de nada.

Me senté y saqué un cuaderno y un bolígrafo. Disimulé un bostezo poniéndome la mano sobre la boca. No estaba completamente operativa: necesitaba más café. Gran parte de la noche anterior la había pasado contemplando las estrellas en vez de durmiendo. A veces, parecía que Chris estaba siempre al acecho en la oscuridad, listo para abalanzarse sobre mí en cuanto cerrase los ojos. No quería pensar en él, pero en cuanto bajaba la guardia al empezar a dormirme, reaparecía.

Qué cosas: no le había disparado y no estaba muerto; y, sin embargo, igualmente se me aparecía como un fantasma.

Algunas miradas curiosas se posaron sobre mí. No les hice ni caso. Como de costumbre, al sentarme el trasero desbordó el asiento: un pensamiento de

mierda que podía irse a paseo. Era eso de «chica nueva en su primer día de clase» lo que me estaba poniendo nerviosa.

Además de mi último ataque de pánico y de lo loca que estaba en los últimos tiempos, por supuesto.

Me daba por cualquier cosa que me recordara a aquella noche. Y no quería ni nombrar al innombrable. Me puse a buscar en Google acerca de aquellos síntomas, en plan médico: ansiedad, náuseas, sudoración, falta de aire, corazón desbocado, etc. Seguro que podía controlarlo todo yo sola. ¿Quién decía que necesitaba terapia? Mamá debería estar agradecida por la gran cantidad de dinero que le estaba ahorrando. En serio.

Aunque, por otro lado, la abuela se puso fuera de sí al enterarse de que me cambiaba a un instituto público y de que iba a ahorrarse un buen dinero. Insistió en que mamá me deportara a Arizona de inmediato para que así pudiera lidiar conmigo en persona. Por suerte para mí, mamá se negó. Se amenazaron mutuamente, la abuela prometió borrarlos de su testamento y luego nos acusó de causarle una apoplejía... El dramatismo venía de familia.

Una mujer mayor entró en el aula, y nos dedicó una mirada de las duras. Se alzó un incómodo silencio.

—Buenos días —dijo, tras lo que regresó a la puerta—. Nos alegramos de tenerle de vuelta, señor Cole. Siéntese.

Cuando el chico entró, la estancia se inundó de un murmullo generalizado. Excelente. Alguien que desviaría la atención de la chica nueva. Si lo hubiera planeado, no habría salido mejor.

Caminaba pausadamente, con la cara gacha y la mochila medio colgándole del hombro. Llevaba el cabello castaño claro recogido con una goma elástica. Era alto y delgado, pero no flacucho. Se podía apreciar en la forma en como su camiseta se le ajustaba ligeramente a la altura de los hombros, por los músculos de los brazos. Fue directo al asiento libre que había detrás de mí. Llevaba unos *jeans* como los míos, con agujeros en las rodillas, incluso se veían los hilos del deshilachado. Sin embargo, esos agujeros se debían al uso.

«Joder». Era John. Mi compañero de cautiverio y, en última instancia, mi salvador en el Drop Stop. Las familiares Converse verdes (afortunadamente, sin sangre) eran toda una pista, aparte del vendaje que se le adivinaba bajo la

manga.

Boquiabierta, fijé los ojos en él.

Me pasó por encima su mirada de aburrimiento, para volver sobre sus pasos enseguida, entrecerrando los ojos. Los tenía azules, y la expresión que se adivinaba en ellos no era precisamente de alegría. Supongo que pasar por lo que había pasado en el Drop Stop no le apetecía a nadie. No dio muestra alguna de haberme reconocido. No dijo hola, yo no lo saludé con la mano y el momento pasó.

Sin pronunciar palabra, ocupó el asiento de atrás y tuve que esforzarme por volver a prestar atención a la parte delantera de la clase. Seguramente me estaba comportando como una paranoica, pero sentía su mirada clavada en la espalda. Apuesto a que me odiaba después de todas las bobadas que Georgia había dicho en televisión. Un par de personas nos observaban con interés, pero no les hice caso y seguí con la vista fija en mi pupitre.

La profesora se puso a hablar, pero no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Mi mente era un caos y seguía con la atención focalizada en él. Pues claro que tenía que estudiar en algún instituto. Y lo más probable es que fuera en algún instituto del vecindario. Y con su amigo Isaac. «Obvio». Solo que no se me había ocurrido que fuera allí. Pero, siendo sincera, no había querido pensar en él en absoluto; ni en nada que tuviera que ver con aquella noche.

John. «Vaya».

Seguramente continuaríamos sin hacer caso el uno del otro, pretendiendo que nunca nos habíamos conocido. Y sería lo mejor. Tal vez.

<sup>3</sup> N. de la Ed.: Del inglés *emotional hardcore*. *Emo* es una corriente musical y estética que deriva del *hardcore punk* y del rock alternativo. Los adolescentes que siguen dicha estética visten con camisetas de manga corta, pantalones entubados y lucen largos flequillos de pelo liso que a menudo les tapan los ojos.

## CAPÍTULO 9

Dios, el ruido del bar era ensordecedor. Aunque dudo que el de Green fuera más tranquilo. Lo que pasaba era que últimamente tenía los nervios a flor de piel. Ante mí, tenía un libro abierto y una lata de refresco. No miraba a nadie. No necesitaba a nadie. Estaba mejor sola.

—Has logrado mantenerle la mirada a John Cole durante un buen rato — dijo Hang mientras ponía su bandeja encima de la mesa con una amplia sonrisa —. ¿Te das cuenta de que ese es el sueño de mi vida?

Me limité a encogerme de hombros, aunque me sentía incómoda y avergonzada. Otra vez.

Tras ella vinieron otras dos chicas: una latina con un cabello rizado por el cual yo mataría y una pelirroja que iba masticando una manzana.

—Oh —exclamó Hang—. Edie, te presento a Carrie y Sophia.

Ambas me sonrieron y se sentaron a la mesa. En vez de comer sola mientras leía un libro, me vi, de pronto, rodeada. Pero no debía ponerme nerviosa. Podía manejar su curiosidad; era completamente normal que los alumnos se preguntaran por la nueva.

—Volviendo a John Cole, el rey de los buenorros —dijo Hang tanteando con un dedo un trozo de lechuga, de aspecto revenido, lo que la llevó a decidirse solamente por los tomates y el queso—. Seamos sinceras, esa cara suya es para sentarse...

—¿...y mirarla embelesada? —acabó Carrie.

Hang ni se inmutó.

—Exacto, sí: eso es lo que iba a decir.

—Lo imaginaba.

—¿Qué John? —pregunté mientras ponía un punto de libro en la página donde me había quedado, puesto que solamente un monstruo desalmado e ignorante, condenado a las llamas del infierno, doblaría la esquina de la hoja de un libro.

—Ni te molestes —protestó Hang—. Casi te caes de la silla cuando ha entrado. Lo que es una respuesta absolutamente normal a su belleza varonil, no tienes nada de lo que avergonzarte.

—Mi silla se ha torcido —repliqué, sorprendida al advertir que estaba sonriendo y pasándomelo bien de verdad—. No es la primera vez que rompo una. Tanta alegría me pesa.

Carrie se echó a reír mientras daba otro bocado a la manzana.

—Bobadas —intervino—. Hang dice que «él» se te ha quedado mirando.

—Pues seguramente se equivoca —repuso Sophia—. No me miréis así. No estoy torturando a cachorros o siendo mala. Lo que pasa es que ninguna de nosotras somos lo suficiente molonas como para atraer «su» atención.

—O lo suficiente sosas —puntualizó Carrie.

—O lo suficiente fáciles —añadió Sophia.

—Habla por ti —dijo Hang—. Por él, sería todo lo fácil del mundo.

—No hay nada malo en que te guste el sexo —la secundó Carrie—. No llames prostitutas a las que les gusta.

Sophia hizo un gesto de aceptación con la cabeza.

—¡Amén! *Mea culpa*.

—¡Ay, caramba! ¡Ya lo tengo! —exclamó Carrie, interrumpiendo su propia cháchara y mirándome con una expresión de sorpresa casi cómica—. Tú eres la chica esa, la del atraco en el que él estuvo implicado.

—Oh —murmuró Hang, que advirtió por fin la tensión de mi rostro—. Mierda, Edie... Tengo esta fijación por John y no he caído...

—No pasa nada. Y John no estuvo implicado en el atraco —precisé, con un deje cortante en la voz—. Estaba allí por casualidad, igual que yo.

—De acuerdo, pero no me extraña que te mirara.

Fruncí el ceño y agaché la cabeza. Ojalá nadie que estuviera cerca lo

hubiera escuchado.

—La chica... —Sophia abrió mucho la boca—. Oh, Dios mío.

—Pensé que ibas a Green. Eres mucho más guapa en la realidad, ¿sabes? —comentó Carrie—. Esa foto tuya que aparecía en todas las noticias no te hace justicia para nada.

—Gracias —contesté para intentar evitar el asunto del cambio de instituto.

—Lo siento —balbuceó Hang.

Carrie y Sophia se quedaron mirándome estupefactas, en silencio. Ya era el momento de que saliera corriendo a esconderme.

—Lo mejor que puedes hacer es relajarte y afrontarlo —dijo Sophia—. No ha pasado tanto. No vamos a ser las únicas que te reconozcan.

Seguramente, llevaba razón; lo que no significaba que tuviera que gustarme.

—Te aseguro que se va a correr la voz —confirmó Hang bebiendo de su refresco—. John Cole es famoso aquí. Para mal.

—¿Para mal? —pregunté.

—Oh, sí. —Hang apartó la bandeja, desistiendo de la ensalada—. Es el tipo que vende marihuana por la zona, al que hay que acudir si te interesa ese material. Incluso los tipos más corpulentos lo respetan. Lo necesitan para que les venda, y por lo visto tiene relaciones con alguien que trafica al por mayor. Además, es un tipo complicado. Igual que su hermano. Dos elementos peligrosos. Viven juntos; sus padres están desaparecidos del mapa.

—Sabes muchas cosas sobre él —dije, un poco incómoda—. Y creía que la marihuana había sido legalizada en California.

—Bueno, a lo mejor he estado un poco colada por él. No me juzgues. Y en cuanto a la marihuana —Hang se encogió de hombros—, todos somos menores de edad, o sea que es como si siguiera siendo ilegal.

—He oído decir que John ha abandonado los negocios —dijo Sophia—. Que se ha alejado de todo el mundo del instituto y que se pasa la mayor parte del tiempo en la vieja pista de *skateboard*.

Carrie asintió mientras se enroscaba un mechón de su larga melena con el dedo.

—Sí, yo también he oído decir que ha dejado de vender; desde el robo.

—Por la atención policial, supongo —observó Hang.

Por supuesto, el hecho de que John conociera vagamente a Chris ya lo hacía sospechoso. Pero si no hubiera hablado con él, si no hubiera hecho que se mantuviera tranquilo, tal vez hoy yo no estaría viva. Como mínimo, le debía al tipo un inmenso «gracias».

—Os agradecería que mantuvierais lo de que yo estuve en el atraco en secreto, al menos por el momento —dije tratando de esbozar una sonrisa, que no acabó de salirme bien ni de ser adecuada—. Es que yo... preferiría prescindir de la atención que, sin ninguna duda, despertaría, ¿me entendéis?

—Claro —repuso Hang, palmeándome la mano para tranquilizarme.

Tanto Carrie como Sophia asintieron con la cabeza, aunque en sus ojos se adivinaba el escepticismo con un toque de emoción. En fin. Aparte de llevar una bolsa de papel en la cara, no había nada más que yo pudiera hacer para evitar que me reconocieran. Con suerte, alguna otra gente de la zona estaría ocupada haciendo estupideces dignas de un telediario y los recuerdos del Drop Stop pronto se irían olvidando.

—Gracias —les dije, haciendo cuanto podía por relajarme y confiar en ellas.

John no apareció por el bar. No es que estuviera esperándole.

## CAPÍTULO 10

O alguien había hablado o alguien me había reconocido. Fuera lo que fuese, escapó a mi control.

El primero en abordarme fue mi nuevo compañero de laboratorio en clase de Biología. Caleb fingió tocar la batería sobre la mesa con dos bolígrafos, en una imitación bastante convincente de una gran interpretación. A su lado había uno de los pocos asientos libres de la sala.

—Dicen que estás muy unida a John —comentó—. ¿Podrías hacerme un favor?

Dejé de hacer la práctica de golpe.

—No, no lo estoy, y no, no puedo. Lo siento.

—No seas así, mujer. —Me ofreció una sonrisa hipócrita—. ¿Cómo te llamabas?

Gruñí.

—Te estoy diciendo la verdad. Lo cierto es que no lo conozco y no puedo ayudarte.

Al oír aquello, masculló «zorra», recogió sus cosas y se mudó a otra mesa. Curiosamente, igual que me había sucedido con Kara, las palabras no me afectaban como antes. El haber tenido una pistola apuntándome a la cabeza ayudaba a distinguir las minucias de la vida de las cosas importantes. Así que la opinión de un extraño acerca de mí, dada además en forma de insulto, no era nada del otro mundo.

La realidad era que, al carecer del poder mutante para controlar las mentes,



no podía afectar el comportamiento de la gente ni de lo que decidieran hablar. Si estaba condenada a tener mala reputación durante un tiempo... que así fuera. Nuevo instituto, nuevo mantra, nueva yo... Y me importaba un pimiento.

Poco después, una chica negra y alta se sentó a mi lado y me sonrió amistosamente. Me dijo que se llamaba Marie y durante toda la clase de Biología no mencionó a John ni me pidió que le echara una mano para buscar droga. Mucho mejor.

El siguiente encuentro relacionado con John Cole se produjo junto a mi taquilla, al final del día.

—Los nativos están inquietos —me dijo Hang, con una mirada recelosa—. La gente ha estado hablando de ti.

—Ya, me he dado cuenta —repuse.

—Con todo el asunto de John, ahora mismo eres demasiado interesante como para que no te hagan caso. Lo siento.

Me encogí de hombros.

—Te juro que no hemos sido ni Carrie ni Sophia ni yo. Las amenacé con recurrir a la violencia si le decían una palabra a alguien.

—Gracias. —Sonreí. —No pasa nada. Era inevitable, supongo.

Un chico con un monopatín se paró a nuestro lado luciendo una sonrisa cargada de esperanza.

—No —exclamó Hang, poniéndose en plan bruto—. No lo conoce. Lárgate. Esa basura mata las neuronas, ¿lo sabías? Pregúntate a ti mismo: ¿Me puedo permitir perder alguna más? No, no lo creo. Adiós.

La sonrisa se borró de su rostro conforme regresaba por donde había venido.

—John era aquí el tipo de los contactos —suspiró Hang—. Pero tarde o temprano ya captarán el mensaje de que no puedes ayudarles a obtener marihuana de él.

Asentí.

—No hablas mucho, ¿verdad? —Hang sostenía un libro de Trigonometría contra su cuerpo—. Supongo que yo tampoco lo haría si hubiera pasado por algo así. Tuvo que trastocarte mucho mentalmente. No quiero decir que seas inestable ni nada así. Solo que el estar expuesta a ese tipo de violencia, justo

delante de ti, ha debido fastidiar mucho la forma en la que ves el mundo, ¿no? Yo nunca he visto un cadáver. Quiero decir, mi abuelo murió en casa, pero mi madre no me dejó entrar en la habitación y luego llegaron los paramédicos y ya se había ido. Así que...

No quise pensar en sus palabras, así que no dije nada y me concentré en cerrar la taquilla. Sin sangre, sin cadáveres, sin nada. Estaba bien.

—Bueno, de acuerdo. Un buen primer día —dijo Hang, captando el mensaje y retrocediendo un poco.

—Hasta mañana. —Traté de sonreír mientras me colgaba la mochila del hombro—. Y gracias por enseñarme el sitio y todo lo demás.

Levantó los dos pulgares.

—Nos vemos.

Como haría cualquier estudiante cuerdo, a la mínima oportunidad la mayoría de los alumnos habían aprovechado para huir de las instalaciones del instituto. Para cuando yo salí, el aparcamiento estaba casi vacío. Alguien había puesto un folleto informativo en uno de los limpiaparabrisas de mi automóvil. No, era una hoja arrancada de una libreta. Se me tensó la espalda, preparándome para la ronda habitual de «eres gorda y fea, no te queremos aquí, blablablá». Curiosamente, nada más lejos; por el contrario, era una invitación para una fiesta ese fin de semana. Una chica llamada Sabrina quería desesperada y vehementemente que yo asistiera. Y si podía traer a John conmigo, ya sería maravilloso.

Sí, claro.

Arrugué el papel y lo tiré en el asiento del copiloto. Me gustó notar el sol del atardecer en la cara, mientras soplaba una cálida brisa. Alguien me miraba desde un par de filas más atrás. Y más ojos se posaban en mí de entre un grupo que había en las escaleras de la entrada.

A los que estaban sentados en los escalones, los podía obviar; pero el chico que estaba de pie junto a un viejo deportivo negro americano llamó mi atención. Dios, menudo automóvil. Su aspecto era el de una fábrica de niños, el de un desastre medioambiental y el de un peligro a cuatro ruedas. Me hubiera apostado que era un Charger, un GTO u otro similar. No había forma de que mi económico y práctico compacto blanco pudiera competir con él.

Aunque las gafas de sol le tapaban media cara, supe que era John. Lo supe incluso antes de darme la vuelta. Daba la sensación de que había algo inevitable en su presencia, como si de alguna manera compartiéramos un vínculo. No lo sé. Quizá solamente se trataba de un poco más de esa anormalidad que había contraído en el Drop Stop. Una chica más valiente se le habría acercado y le habría dado explicaciones por el desastre de Georgia en televisión. Pero me quedé quieta.

La mirada de John, oculta tras las gafas de sol, me pasó por alto sin dar la más mínima muestra de que me hubiera reconocido. Al parecer, estaba más interesado en la pareja de alumnos que merodeaban cerca de nosotros.

—¡JC! —Un chico alto venía corriendo mientras hacía botar una pelota de baloncesto—. Sálvame, JC. Líbrame del mal.

Se metieron en el automóvil negro del apocalipsis, se encendió el motor y, hala, se fueron.

Al cuerno con la inevitabilidad.

Me metí en mi vehículo, me fui a casa y le conté a mi madre lo bueno que había sido mi primer día. Lo mucho más relajada que me había sentido allí y que ya había hecho un par de amigas. Se sintió inmensamente aliviada, casi eufórica. Hacer que mi madre sonriese ya era de por sí un premio. Preparamos juntas la cena y vimos un rato la televisión antes de que se tuviera que ir a trabajar. Bien mirado, no había sido un primer día nada malo.

Aunque todavía no se había acabado.

## CAPÍTULO 11

Estaba tumbada en la cama escuchando a Lorde; mi intención era no pensar en nada, y casi lo conseguí, hasta que de pronto apareció una cara en la ventana —que estaba abierta— de mi habitación. Gritando, me incorporé y me quité los auriculares, otra vez preparándome para la muerte o para lo que fuera.

—Hola —musitó John.

—¡La madre que te parió! —exclamé, con una mano sobre el pecho, tratando de recuperar el aliento. Menos mal que no se me había ocurrido agarrar el cuchillo que ahora guardaba debajo de la almohada—. ¡Casi me da un infarto!

—He llamado a la puerta, pero no contestabas. —Se acomodó en el alféizar de la ventana, doblando las piernas sobre el marco con facilidad, en una combinación de flexibilidad y equilibrio. Pero fruncía ligeramente el ceño.

—No lo he oído.

Un asentimiento de cabeza.

Lentamente, mis funciones corporales volvieron a la normalidad, aunque todavía quedaba la cuestión de John Cole sentado en el alféizar.

Apagué la música y me senté delante de él, vestida solamente con un top negro con sujetador incorporado y unos pantalones cortos de dormir, cuyo estampado eran unos pequeños arcoíris. Enseñaba demasiada carne.

¿Qué hacía este chico para sorprenderme siempre en pijama?

En mi defensa, el reloj marcaba casi la media noche. Agarré un cojín y me

lo puse sobre el regazo, con lo que reduje la cantidad de muslo que quedaba a la vista. Seguidamente, me arreglé un mechón de cabello que me caía sobre la frente, recogiéndomelo tras la oreja. A ver si así se ocultaba la cicatriz tan fea que tenía.

Él, por supuesto, y a pesar de ser una noche extrañamente cálida, estaba muy bien. *Jeans* azules, una camiseta gris, la melena sobre los hombros. No había tenido realmente la oportunidad de observarle de cerca. El chico/hombre intimidaba. Hang tenía razón sobre su rostro. Había algo especial en esa mandíbula prominente y en esos pronunciados pómulos, la frente amplia y despejada y sus malditos labios, tan perfectos. John Cole era estúpidamente guapo, es decir, tan guapo que me convertía en una estúpida. No es que me hubiera quedado mirándolo fijamente ni nada parecido...

—Perdona por no haber ido al funeral de Isaac —espeté—. Y por todo lo que dijo en televisión sobre ti mi ex mejor amiga, si es que llegaste a enterarte. Los dos sabemos que las cosas no fueron así. Nunca le dije que...

—¿Ex? —Su voz cortó mi balbuceante disculpa.

—Sí.

Apoyó la cabeza en el marco de la ventana e hizo un gesto de asentimiento con aire pensativo.

—Perdona si te he asustado —dijo—. Lo de aparecer así. No iba a venir, pero... —Se interrumpió de repente y sus ojos vagaron por la habitación. Menos mal que hacía unos años había insistido en dejar atrás las paredes de color rosa intenso y la colcha con lazos a juego. Pinté mi cuarto de un gris pálido y azulado y logré que la abuela me diera una cama de metal blanca de estilo *retro*. Los libros seguían desperdigados por todas partes; algunas cosas nunca cambian. Pero la mansión de Barbie había desaparecido hacía tiempo y únicamente quedaba, a la vista de todo el mundo, mi peluche favorito: un maltrecho osito llamado *Sugar*. Me negué a sentirme avergonzada por ello. De niña, había estado a mi lado a las duras y a las maduras.

La mirada de John volvió a posarse en mí y respiró hondo. Frunció el ceño del todo.

—Quería darte las gracias por decirle a la poli que no estuve implicado en el robo y que intenté que todos saliéramos vivos de allí. —Cambió de postura

en el alféizar, quedando con medio cuerpo dentro de la habitación y medio fuera—. Es lo que deseaba decirte cuando te llamé.

Ladeé la cabeza. Sus escasas palabras desencadenaron una multitud de preguntas. Le hice la última en primer lugar:

—¿Me llamaste?

—Sí, un par de días después. Hablé con tu madre.

«¿Qué?».

—No me dijo nada de que hubieras llamado.

—Oh. —Se llevó la mano a la nuca y se la restregó—. Vaya.

Una expresión inescrutable se pintó en su rostro. A veces era casi imposible determinar qué había tras ella. ¿Por qué demonios no me había contado mamá que me había llamado? Supongo que le debió de lavar el cerebro la policía; y también ayudaron las acusaciones de que pasaba drogas. Lo que, de todas formas, no significaba que hubiera actuado bien.

Cambiando de tema: mi madre se pondría hecha una furia si supiera que había un chico en mi cuarto. Aunque técnicamente no estaba «en» mi cuarto, sino solo sentado en la repisa de la ventana. En cualquier caso, dudo mucho que tal tecnicismo me librara de que me castigase.

—Lo siento mucho. Es muy amable de tu parte que llamas para comprobar cómo estaba. Me habría gustado mucho hablar. —Intenté mirarlo a los ojos, pero me conformé con fijarlos en un punto indefinido sobre sus hombros—. Te habría devuelto la llamada y...

—No tiene importancia, Edie —dijo, despachando rápidamente mis preocupaciones—. Solo quería darte las gracias. De verdad que marcó la diferencia.

Hablaba moviendo afirmativamente la cabeza y con aire de satisfacción, como si al expresar su gratitud hubiera llevado a cabo lo que se había propuesto hacer.

—¿Por qué marcó la diferencia?

Su silencio fue mi respuesta. Clavó los ojos en los míos y, por un momento, ese halo de chico malo que gusta a todas lo abandonó, para parecer un muchacho solo y perdido. Y joven; y eso a pesar de que tenía el rostro anguloso y barba de un par de días en el mentón.

—Isaac no era amigo mío —me dijo mientras respiraba hondo—. Yo era su camello, le estaba pasando material aquella noche, en el Drop Stop. Estaba allí por mí. —Tragó saliva y desvió la mirada, posándola en la oscuridad. Aguardé a que dijera algo y, finalmente, siguió con lo que estaba diciendo—: La policía encontró sesenta gramos en el maletero del Charger. Pero me dieron un respiro por esa vez porque una testigo decía que yo era un héroe y que le había salvado la vida. Tuviste que ser muy persuasiva. Nunca antes un poli había hecho la vista gorda conmigo.

—Bueno, pues me alegra haberte ayudado —repuse—. Pero solo estaba diciendo la verdad: realmente me salvaste la vida.

La sombra de una sonrisa triste se le insinuó en la comisura de la boca.

Me incorporé sobre el borde de la cama, con lo que las sábanas se me apilaron en torno a las piernas.

—¿Por qué pensaste que no debías venir aquí?

—Porque soy tóxico. —Me miraba fijamente—. No quiero arrastrarte conmigo. Por eso no te he dicho nada en el instituto. Si los profesores nos ven, aunque solo sea hablando, te meterán dentro de la categoría de «no vale la pena que nos molestemos» sin pensárselo dos veces. Y ya no habrá vuelta atrás. Y los imbéciles del instituto no son mejores. Se creerían que pueden utilizarte para lograr marihuana a mejor precio.

—Ya, eso ya ha pasado, de hecho.

John arrugó el ceño.

—Lo siento.

—Da igual —afirmé—. Nada que no pueda manejar.

—Avísame si cambia —repuso arrugando más el ceño.

—Da igual —repetí—. Me importa un pito.

—Pues debería importante —me riñó—. Sobre todo, los profesores. Hace una semana intenté pasarme por un grupo de estudio de Matemáticas durante la hora de comer y el profesor ni me dejó entrar en el aula. Creyó que había ido a traficar o a causar problemas.

—Qué injusto.

—Te equivocas. Me lo he ganado. —Su voz rebosaba amargura conforme los labios se le torcían en una mueca. Caramba. Padecía un caso grave de odio

hacia sí mismo—. Pero sería injusto que algo de esto te salpicara. No te lo mereces.

Dobló las piernas y se inclinó hacia afuera, como si estuviera a punto de escabullirse desde el borde de la repisa hasta el jardín.

—¿Te cuesta dormir? —espeté—. ¿Desde que pasó?

Se detuvo en mitad de movimiento, como si la pregunta le hubiera tomado por sorpresa. Entonces, volvió a sentarse con firmeza en el alféizar, cambiando la postura para ponerse más cómodo. De cara a mí, aunque no del todo, movió ligeramente la cabeza en señal de asentimiento.

—¿También tienes pesadillas? —le pregunté.

—Cada noche —contestó. Una repentina sonrisa le iluminó el rostro, como si algo en su interior sintiera alivio al oír mis palabras. Pero enseguida ocultó esa cara, al apartar y bajar los ojos.

—He oído que pegaste a alguien en tu anterior instituto —comentó.

«Supongo que las noticias vuelan».

—Sí, es cierto.

Otra vez el movimiento de cabeza afirmativo, pero esta vez seguido de un silencio. Se le veía tan campante, acomodado en la repisa de la ventana mientras balanceaba una mano, con la que apretujaba distraídamente las sábanas.

—¿Cómo está tu hermano? —pregunté, felicitándome en mi fuero interno por haber encontrado algo que decir.

—Oh, sí —dijo mientras se apartaba el cabello de la cara con una mano—. Últimamente no le he visto demasiado, la verdad. Dillon no es mucho mejor que Chris. Hace un año que pasó de vender marihuana a fabricar él mismo drogas duras. Probablemente será igual que Chris en un par de años.

—Lo siento.

—Yo también —murmuró—. Me estaba preguntando una cosa...

—¿El qué?

—Cuando agarraste la pistola...

Sentí un nudo en la garganta.

—¿Sí?

—¿Crees que habrías sido capaz de apretar el gatillo?



—Lo fui, solo que no había balas.

Enarcó las cejas.

—¿De veras?

—Sí —dije con una sonrisa tensa.

—Vaya.

Tampoco hacía falta que se mostrara tan sorprendido.

—No te quedes tan impresionado. Si hubiera habido balas, lo más probable es que te hubiera dado a ti por error.

Lanzó una carcajada y me resultó imposible no corresponderle con una amplia sonrisa.

Entonces John pestañeó una vez, y luego otra.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Nada. Es que no te había visto sonreír hasta ahora. —Por un momento, pareció que reflexionaba sobre algo, como si sus palabras llevaran a alguna parte. Pero no pasó nada.

—Tendría que marcharme ya. —Soltó la sábana y se movió para irse—. Este es un buen barrio —añadió mientras salía a través del alféizar—, pero lo mejor sería que no dejaras la ventana abierta de par en par por las noches.

Me encogí de hombros.

—No me gusta tener el aire acondicionado todo el rato, me produce congestión.

Resopló con aire de desaprobación y saltó desde la repisa hasta abajo. Afortunadamente, mamá no se había decidido todavía a plantar flores.

—Buenas noches, Edie.

—Nos vemos en el instituto —dije, mientras movía la hoja de la ventana para poder verlo y me envolvía con las sábanas, en plan toga.

—Mmm. —De pie en el jardín, y a oscuras, solamente pude distinguir entre la tenue luz cómo se le tensaba la mandíbula—. Lo decía en serio. Lo mejor es que me mantenga lejos de ti.

—No es cierto; al menos, no si lo piensas detenidamente...

Durante un minuto, simplemente nos miramos el uno al otro, sin decir nada.

—Quiero decir que me ha sentado muy bien poder hablar —farfullé—. Estoy contenta de que hayas venido. Todo lo que ha pasado supongo que me ha

dejado un poco aislada.

Me mantenía la mirada con una expresión inescrutable en el rostro.

—Sí, ya sé a lo que te refieres; he perdido un montón de amigos al dejar de vender marihuana.

—Dudo que fueran realmente amigos tuyos si solo te usaban para conseguirla.

—Ah, tal vez no.

—Lo siento. —Odié cómo se le hundían los hombros, derrotado. Una bocazas, eso es lo que era—. He sido un poco dura.

—Pero probablemente tengas razón.

No añadí nada.

—Buenas noches. —Y, sin más, desapareció entre las sombras. Pronto, se oyó el motor de su automóvil retumbando en el silencio. Saqué medio cuerpo por la ventana para escucharlo hasta que se desvaneció en la distancia. Las estrellas brillaban en lo alto, las nubes flotaban y se amontonaban.

Qué noche más extraña.

Cerré la ventana e intenté dormir, pero, por supuesto, mi mente no paraba: una y otra vez le daba vueltas a la visita de John. Volvía a repetir la conversación y cortaba y modificaba cosas. La versión en la que se echaba a mis pies, me declaraba su amor eterno y me prometía todo tipo de gratificaciones sexuales se convirtió en mi favorita. Me pregunté si alguna vez volvería a tener la oportunidad de hablarle.

## CAPÍTULO 12

—Perdona. —Al día siguiente, durante la comida, dos chicas se acercaron a nuestra mesa y se quedaron de pie junto a ella. Una de las dos me miraba con la boca contraída en una violenta mueca—. ¿Tú eres Edie?

—Sí.

—Yo, esto...

Al vacilar, la otra chica empezó a acariciarle la espalda. Ambas llevaban uniformes de animadoras, eran guapas y esbeltas. El haberme pasado los dos últimos días rechazando a todos los que me pedían ayuda para conseguir marihuana había hecho que, afortunadamente, el interés por mí se hubiera ido enfriando. Pero otra vez estábamos con el mismo cuento.

—Estabas ahí cuando Isaac murió —dijo la otra chica. Fue una afirmación, no una pregunta.

Asentí con la cabeza, un poco alarmada.

Las lágrimas empezaron a caer por la cara de la primera muchacha, que preguntó con la voz rota:

—¿Sufrió mucho? ¿O fue rápido? ¿S-se... se...?

—Está bien, Liv —murmuró su amiga gentilmente, antes de volverse hacia mí con una mirada cargada de tristeza—. Llevaban juntos casi un año.

—Lo siento mucho —le dije.

Dentro de mí despertaron emociones de pérdida y desesperanza que ya conocía. La muerte y el dolor habían proyectado sombras y aislamiento sobre mi existencia. Pero ver la desesperación de la gente que había quedado atrás,

formar parte de los escombros de la vida de alguien, me destrozó. Detrás de sus lágrimas se escondían las recriminaciones, la culpa, y no tenía nada que decirle que sirviera para aliviarla, nada auténtico que ofrecerle.

¿Por qué todavía estaba yo aquí cuando Isaac se había ido?

Había pocas posibilidades de que hiciera algo especial con mi vida. El destino y la suerte no eran más que patrañas. Algunas veces, las cosas pasaban, simplemente; y tratar de buscarles un puñetero sentido no llevaba a nada.

—Fue rápido —contesté, mientras me clavaba las uñas en la palma de las manos—. No creo ni que se diera cuenta. Se fue, y ya está.

Con los labios temblándole, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, aunque se pareció más a un escalofrío.

—Me salvó la vida. Él, y John. Es importante que lo sepas.

—¿Te salvó la vida?

Moví la cabeza para decir que sí.

—Nos íbamos a tomar un año sabático para ir a Sudamérica —sollozó, entre lágrimas—. Hay un programa para ayudar a construir casas.

Yo permanecía allí, sentada, sin servir para nada.

—Le alegraría saber que conseguiste salir bien —me dijo.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

Se hizo un largo silencio, y finalmente la amiga se llevó de allí a la novia de Isaac.

Pensaba que ya no podía llorar más; sin embargo, la vieja y punzante sensación del llanto inundándome los ojos me asaltó con facilidad.

—Tengo que irme.

Hang suspiró.

—Edie...

Casi corriendo, fui directa al primer lavabo que encontré. No me paré hasta que me encerré en uno de los retretes. Me senté en el váter, que tenía la tapa bajada, y traté de recuperar el aliento. Inspirar, espirar, los pulmones en movimiento... No había nada en ellos, así que, ¿por qué narices me costaba tanto respirar?

Me quedé allí durante el resto de la comida. A veces, esconderse era lo mejor. Probablemente, debería hacerlo más a menudo.

\* \* \*

El problema empezó con *El guardián entre el centeno*.

De acuerdo, es cierto que solo es un libro: páginas, tinta, pegamento... nada más. Pero estaba sobre mi pupitre, mirándome, burlándose de mí, mientras la profesora de Lengua lanzaba una perorata sobre algo ante el resto de la clase.

— ...sus redacciones deberán ofrecerme una interpretación de los temas que aparecen durante el viaje de Holden a la Nueva York de los años cincuenta... —Blablablá—. Es para el próximo viernes y será el veinte por ciento de sus notas... —Blablablá—. ¿Alguna pregunta?

Levanté la mano.

—¿Edith? Prestando atención para variar, ¿no? Bien hecho.

O sea, que mi capacidad de concentración se había ido al cuerno últimamente; bueno, todo el mundo tenía sus problemas.

—Es Edie. Y, por favor, ¿podríamos escoger otro libro?

—No, Edie. —La señorita Ryder me lanzó una mirada cansada por encima de las gafas—. *El guardián entre el centeno* «es» el libro. ¿Alguien más tiene preguntas?

Levanté la mano de nuevo.

La profesora me lanzó una mirada adusta.

—Es que acabábamos de leer este libro en mi instituto anterior.

—Pues entonces no deberá de darle problemas esta vez —observó.

—Pero es que no tiene sentido —insistí—. Va de un chico deprimido que vaga por Nueva York, que tiene encuentros fortuitos con amigos y con extraños, ninguno de los cuales sirven para que se sienta mejor, luego se pone enfermo, vuelve al internado y fin, se acabó.

Se hizo un silencio sepulcral. Todos los ojos de la clase estaban puestos en mí. Los únicos que tenían alguna relevancia eran los que estaban detrás de mí y que pertenecían a cierto chico.

—Es una gran obra de la Literatura Norteamericana. —La señorita Ryder apretaba los labios.

—Pero es un libro que viene con una lista de bajas incorporada. —No podía callarme; no quería. Tenía que hacer que me comprendiera—. La gente ha muerto por culpa de él. Me sorprende que la Asociación Nacional del Rifle no le haya puesto una pegatina en la portada con su certificado de garantía, ¡por el amor de Dios!

Detrás de mí, John soltó una palabrota.

—Edith —murmuró la profesora, con una mirada más suave, mientras se ponía de pie—. Tranquilízate. Ya basta.

—Pero ¿y si vuelve a pasar? —pregunté, también de pie, con el corazón y los pulmones funcionándome con dificultad—. ¿Y si la angustia adolescente y masturbatoria de Holden Caulfield vuelve a provocarle un ataque de furia a alguien y empieza a disparar a la gente? ¿Entonces, qué? Ya ha pasado antes, pero esta vez sería culpa suya.

—Eddie...

—¡Holden Caulfield es un asesino!

\* \* \*

El sofá del consultorio del loquero (psiquiatra) era cómodo a más no poder. Me podría haber acurrucado en él y haberme puesto a dormir de no ser por todas esas estúpidas preguntas.

—¿Y cómo te encuentras hoy, Edie?

—Bien. —Me despatarré en el sofá de color melocotón, con una sonrisa plantada en medio de la cara. No estaba segura de si iba a poder mantenerla a lo largo de los cincuenta minutos que me quedaban; y es que ya empezaban a dolerme las mejillas—. Gracias.

Toda la estancia estaba decorada en un tono blanquecino muy relajante y nada amenazador. Una pulcra hilera de títulos universitarios enmarcados colgaba de una de las paredes. Desde la ventana, se distinguía la bonita vista de un parque. Qué agradable.

—¿Por qué no hablamos de la noche del atraco? —preguntó el señor

Solomon, con los ojos cargados de amabilidad e interés.

Me las apañaba bien sin que ambas emociones vinieran de un extraño.

—¿Porque fue horrible, una mierda, una maldita locura, y ahora ya se ha acabado?

El terapeuta arrugó el ceño.

—Mire, déjeme explicarle mi abierta hostilidad hacia usted. Verá, es que mi madre me obliga a venir —expliqué mientras me secaba las empapadas palmas de las manos en los *jeans*. Como si necesitara más estrés en mi vida. Sinceramente, con ganas me habría puesto a chillar—. Estoy aquí para que ella se sienta mejor. No quiero hablar del atraco. Ni a usted, ni a nadie en realidad, nunca jamás. Compréndalo, no me va a ayudar, esto de que hablemos, sino que solo hará que piense más en ello, cuando estoy haciendo todo lo que puedo para evitar darle vueltas constantemente.

—Muy bien, entonces, ¿qué es lo que quieres tú, Edie?

—Quiero irme.

El señor Solomon miró su reloj.

—Teniendo en cuenta que tu madre está esperando en recepción, diría que preferirías no hacerlo durante los próximos cuarenta y cinco minutos.

Fantástico.

—Así que, ¿por qué no hablamos de otra cosa?

Suspiré y clavé la mirada en el techo.

—¿Acostumbra a leer?

—Sobre todo, libros médicos. —Apretó los labios, obviamente concentrándose mucho—. Supongo que no te van los bolos.

—Para nada. ¿Le gusta el cine?

—Sí, voy siempre que puedo.

Me recosté, crucé las piernas y me puse cómoda.

—De acuerdo, pues hablemos.

Al acabar la sesión, me remitió a un médico para que me recetara píldoras de la felicidad. Supongo que mi predilección por las películas de zombis le preocupó.

## CAPÍTULO 13

Durante el resto de la semana, me quedé castigada después de clase por tardar demasiado (léase, por esconderme en los aseos cuando tuve un par de ataques de pánico menores) y por no prestar atención en clase dos o tres de veces. O a lo mejor fueron unas cuantas más. Nunca antes me habían castigado; siempre había sido una estudiante tranquila y estudiosa. Una buena chica. Golpear a la gente, discutir con los profesores y llegar tarde... Las buenas chicas, normalmente, no tenían esa clase de comportamiento de mierda. Por desgracia, no me importaba demasiado. Quiero decir, ¿y qué más daba? La vida seguía y nadie iba a morir por eso. El director me dijo que constaría en mi expediente de forma permanente. ¿Permanente? ¡Por favor! Las balas sí eran permanentes; todo lo demás resultaba temporal.

A la larga, incluso mamá lo superaría.

Me hallaba rodeada por la típica variedad de chicos de mala conducta. Una chica con un cabello de color azul claro, como el de una sirena, grababa su nombre en el pupitre. Algunos leían o hacían los deberes. Otros miraban fijamente al techo o a la ventana. Mientras tanto, al frente, el profesor permanecía enfrascado mirando el teléfono móvil, lo más probable era que jugando a Candy Crush o enviándole mensajes eróticos a alguien.

—¡Chist! —oí detrás de mí, seguido de un seco tirón de mi trenza.

—¡Oye! —protesté, lanzándole una mirada asesina al payaso—. No me toques.

—Perdona. Me llamo Anders. —Tenía una sonrisa muy amplia y el cabello



muy corto. Todo su envoltorio contenía un exceso tanto de ser adorable como de ser el más divertido.

No contesté.

—Tú eres Edie —prosiguió él—. John me ha hablado de ti.

—Ah, ¿sí? —Fruncí el ceño mientras me venía a la memoria: el chico del equipo de baloncesto con el que John se había ido en su automóvil el otro día. Exacto—. Hola.

—Hola. —Con la barbilla apoyada en la mano, me miró de arriba abajo. «Venga, allá vamos». Poniéndome rígida, esperé la habitual ristra de insultos: gorda, fea, lo que fuera. Tal vez fuera una amargada; o quizá me había acostumbrado a esperar lo peor de la gente. En cualquier caso, en vez de eso, dijo—: Deberíamos ser amigos. Salir por ahí. O algo por el estilo.

«¿Cómo?».

—¿Juntos?

—Eso es, tú, John y yo. Sería divertido. Hagámoslo. —Su boca no paraba, soltando una palabra tras otra—. ¿Es cierto que se te fue la pinza<sup>4</sup> el otro día en clase y que empezaste a despotricar sobre un libro que mata a la gente?

Miré hacia otro lado.

—Sí.

—¡Estupendo! —exclamó, riéndose por lo bajo—. ¿Qué piensas del baloncesto?

—Nada.

—Lástima. —Volvió a agarrarme la trenza por la punta y la balanceó entre ambos hasta que le di un palmetazo en la mano. Vaya bicho raro.

—¿Así que John te ha hablado de mí? —pregunté, tratando de no sonar emocionada, puesto que eso habría sido comportarse como una tonta.

Anders se encogió de hombros.

—Sí, dijo algo como: «Esa chica estaba en el Drop Stop».

—No es mucho.

—Es mucho más de lo que me ha dicho nunca sobre cualquier otra chica. —Entrelazó las manos y las puso sobre la mesa—. Normalmente, yo hablo por los dos. Y empieza a ser un poco un problema, la verdad.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes. La cuestión es que John ha estado un poco... ¿Cómo te lo diría? Jodidillo. Sí. John ha estado jodidillo desde que sucedió lo del atraco y la muerte de aquel muchacho.

—Oh.

Me quedé de piedra.

—Aun así, no sabes cómo me duele en lo más hondo toda esta cuestión de no hablar. No sabes cómo me afecta. Quiero decir, estoy en el equipo de baloncesto: no debería ser un problema para mí. Pero la cosa es, Edie, mi buena amiga, que algunos tenemos que hablarles a las chicas para que se quiten la ropa. —Enarcó una ceja—. Jodido o no, a él no le hace falta. JC solamente tiene que mirarlas y de repente las bragas y el sostén les explotan entre llamaradas. Entran en combustión espontánea o algo así. No estoy seguro de cuál es el término científico para eso.

Hice una mueca de disgusto.

—Creo que no me hacía falta saberlo. Además, en el fondo suena a que eso duele.

—¿A que sí? —Se inclinó para acercarse más a mí—. Que quede entre nosotros, pero creo que es su pelo a lo Fabio.

—¿Fabio? —le pregunté.

—¿No sabes quién es Fabio? Edie, amiga mía: Fabio es una parte esencial, y gloriosa, de la historia de la novela romántica estadounidense.<sup>5</sup> O eso me dijo mi madre.

—Pues ya lo buscaré.

—Hazlo.

—¿Qué le pasa a John? —le presioné, preocupada.

—Buena pregunta. —Se puso a mordisquear el extremo de su bolígrafo mientras me dedicaba una mirada inquisitiva—. ¿Vas a la fiesta este fin de semana?

—¿Qué fiesta? ¿La de Sabrina?

Me pareció recordar que ese era el nombre de la chica que había dejado la invitación debajo de uno del limpiaparabrisas de mi automóvil.

—Sí.

Arrugué el ceño.

—Pues no pensaba hacerlo. No soy muy sociable.

—¿No? —Con la boca muy abierta, poniendo cara exagerada de sorpresa, Anders empezó a deslizarse de la silla, hasta que evitó caerse de ella en el último segundo—. No puedo creérmelo. Se te ve tan abierta y extrovertida...

«Listillo».

—La mayoría de la gente se queda deslumbrada conmigo, ya lo sé. ¿Podemos, por favor, seguir hablando de John?

Se limitó a parpadear.

—Ven a la fiesta.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿No es suficiente con que yo te lo pida?

Y ahí me ves, contemplando la idea a lo largo de todo un segundo entero.

—No.

—De acuerdo, lo respeto. —Al hablar, se escarbaba los dientes con la uña de uno de los dedos—. Pero ¿qué otra cosa vas a hacer en esta ciudad un viernes por la noche, a ver?

Estar sentada sola en mi habitación, leer un libro y comerme un paquete de Oreos. Exactamente en ese orden, a ser posible. Sonaba al Paraíso. Una de las pocas ventajas de ser hijo único era no tener que compartir las galletas con nadie. Aun así, estaba preocupada por John. Y sacarle información a ese chiflado era difícil.

—Ven a la fiesta y trae a más gente —dijo—. Especialmente chicas, ¿de acuerdo?

Fruncí el ceño una vez más. No es que me invitaran normalmente a muchas cosas. Tal vez tenía que esforzarme por ser más sociable y encajar. Me pregunté si Hang y compañía se apuntarían. Por otro lado, se trataba de una fiesta. Puaj. Muchísima gente apiñada en un mismo sitio con una serie de comportamientos preestablecidos, etc.

—No lo sé. ¿John irá?

—Anders —exclamó el profesor, asumo que porque ya se había cansado de jugar con el teléfono móvil—. Silencio.

El aludido apretó los labios en una mueca de frustración y frunció el ceño.

\* \* \*

No volvimos a hablar. Cuando pasó la hora, me fui rápidamente hacia el aparcamiento mientras una brisa fría me daba en la cara. Todo tenía un brillo dorado bajo la luz del crepúsculo. Me puse las gafas de sol negras y ejecuté por segunda vez mi rutina diaria de buscar las llaves de mi vehículo. Algún día tendría que ordenar todo lo que llevaba en el bolso, un montón de basura.

—¡Oye, Edie, espera! —En un par de zancadas de sus largas piernas, Anders llegó hasta mí. Cómo se notaba que hacía deporte—. ¿Puedes llevarme?

—¿Adónde?

—A la rampa de la antigua carretera del cementerio. —Se frotó con la mano la cabeza rapada—. El muy capullo de JC no me ha esperado y la batería del teléfono móvil se me ha agotado. De camino, ¿podríamos pasar por McDonald's?

—No está de camino ni por casualidad. ¿Y por qué quieres ir al viejo cementerio?

—No quiero, tonta —respondió—. Quiero ir a la rampa que hay «cerca» del viejo cementerio.

Lo que no tenía ningún sentido para mí.

—A la rampa en forma de U para hacer *skateboard*. Oh, venga, vamos; John estará ahí...

Le obsequié con mi mejor ademán de indiferencia: encogí únicamente uno de los hombros. Aunque pude notar que lo que decía era falso.

—Por favor.

—De acuerdo.

Abrí la puerta del lado del conductor y me metí adentro. El aire estaba cargado. Cuando lo dejé entrar, Anders observó el desastre que era el interior del vehículo con curiosidad. Ojalá no lo hubiera hecho. Botellas de agua vacías rodaban por el suelo en compañía de bolsas del Starbucks arrugadas y un desodorante en barra. Gomas de pelo de una gran variedad de colores decoraban el cambio de marchas, mientras que un par de piezas de ropa cubrían el asiento trasero. Nota mental: tenía que limpiar el automóvil de vez

en cuando.

Volvió a enarcar una de las cejas.

«Creído».

—Por tu actitud, se diría que tu vehículo está immaculado... esté donde esté.

—En realidad, le pasó algo muy triste y mis padres no me darán otro. Por eso JC me lleva.

—¿Algo muy triste?

—No me gusta hablar de ello. —Se rascó la barbilla—. Verás, es que me lo llevé campo a través y luego bajé una colina y, bueno, algunos sedanes no están hechos para eso.

—Diría que no.

—Uf... ¡Chicas! —suspiró Anders, para seguidamente volver a catalogar el desastre del automóvil—. Tantas cosas, tan caras de mantener. ¿No es normal que no quiera sentar la cabeza?

—Yo no soy cara de mantener. —Las chicas como Kara sí lo eran; mis tres o cuatro tonterías no eran nada en comparación a su obscena exhibición de materialismo—. No tienes ni idea.

El muy idiota se echó a reír tan fuerte que se dobló sobre sí mismo, llevándose los brazos a la barriga.

—¿Quieres ir a pie? —mascullé.

De inmediato, se puso serio.

—No, jefa.

—Cuéntame qué le pasa a John. ¿A qué te refieres, exactamente, con «está jodidillo»?

—Mmm, no lo sé —contestó mientras se mordisqueaba una uña—. Me siento un poco desleal al hablar de él a sus espaldas. En cualquier caso, ya lo verás por ti misma.

La frustración causó que acelerara demasiado al salir del aparcamiento del instituto, con lo que los neumáticos chirriaron levemente. «¡Venga, que eres un genio!». Por suerte, Anders mantuvo la boca cerrada un buen rato. Si no iba a darme ninguna información útil, pues casi que mejor. Y en esas me veía, reducida a llevar a extraños en mi vehículo solamente para poder ver a John

de nuevo. A pesar de su estatus superior en el escalafón del instituto, debido a que pasaba droga, además de su atractivo en general, la idea de seguir sin hacernos caso el uno al otro ya no me parecía buena, si es que alguna vez me lo había parecido. Y era culpa suya. ¿Cómo no iba a sentir curiosidad después de que apareciera en mi ventana, en mitad de la noche?

En las afueras de la ciudad, pasado el viejo cementerio, había un parque cuyo estado de abandono era obvio, a juzgar por lo crecida que estaba la hierba —llegaba hasta las rodillas—, por la basura esparcida a diestro y siniestro y por la gran cantidad de flores silvestres que crecían por doquier. Grafitis con todos los colores del arcoíris cubrían el castillo de madera para jugar de los niños, así como los columpios.

—¿Dónde estamos? —pregunté mientras aparcaba junto a un par de vehículos más.

—En la primera intentona de un benefactor de la ciudad para crear una pista de *skateboard*. El problema es que está demasiado lejos, te ves casi obligado a venir en automóvil —explicó Anders—, lo que para la mayoría como que da al traste con la pista en sí.

—Claro.

—Supongo que no querían que nosotros, unos gamberros adolescentes, al salir por ahí destrozáramos un sitio a la vista de todos los buenos ciudadanos.

—¿Y cómo les salió la jugada?

Lanzó una risita.

—Pues no demasiado bien. Al final tuvieron que construir otro dentro de la ciudad. Pero para nosotros ha sido lo mejor. Ven a verlo.

Aseguré las puertas del automóvil y lo seguí por un camino de tierra pisada. Había gente congregada alrededor de las rampas de *skateboard*, algunas personas observando atentamente, a la espera de su turno. Otros tipos apuraban latas de bebidas energéticas y daban caladas a sus cigarrillos. La música retumbaba a todo volumen, de forma que casi ahogaba el ruido de unos neumáticos que chirriaban estrepitosamente sobre el asfalto. Me levanté las gafas de sol y las dejé apoyadas en la cabeza. Solamente había una persona que bajaba y subía por la pista de *skateboard*, y cuyo cuerpo y tabla de patinar se movían al unísono, como los ángeles.

John Cole, que llevaba únicamente unos *jeans* gastados y sus Converse, no menos desvaídas, me deslumbró por completo. Añadámosle a ello que tanto su pecho firme como sus musculosos brazos y hombros brillaban con el sudor, cortesía del sol del atardecer. Me faltó poco para ponerme a componer un poema en su honor, aunque fuera malo.

Unas chicas de aspecto *fashion* que había allí cerca lo aplaudían y coreaban su nombre. Una de ellas advirtió que lo estaba mirando y me miró con rabia, como si él fuera de su propiedad y estuviera marcando su territorio. Por desgracia para ella, las miradas asesinas no servían para nada. Mearse hubiera sido mejor: nadie quiere tener manchas de orina en sus Dr. Martens.

—Hola —saludó John, deteniéndose sobre la parte baja de la rampa junto a la que estábamos, con un pie todavía en la tabla, con el que la hacía rodar hacia atrás y hacia delante—. ¿Qué hacéis aquí?

—Me ha acercado ella, así que la he invitado a echar un vistazo. —Anders le pasó una botella de agua con una amplia sonrisa—. Por cierto, he escupido dentro.

John se bebió la botella de un sorbo mientras yo le dedicaba a Anders una mirada suspicaz.

—¡Es broma! —gritó éste, levantando las manos—. He conocido a mi nueva amiga en el aula de castigo.

—¿En el aula de castigo, dices?

—Pues sí —constaté yo, conforme metía las manos en los bolsillos de la falda.

—No tendrías que haberla traído aquí —le recriminó John.

—¿Por qué no? Pero si la conoces. —Anders se balanceaba de un lado a otro sobre la punta de los pies—. Es una amiga, ¿no?

John no dijo nada.

—Bueno, de acuerdo; de todos modos —farfulló Anders— nos lo estábamos pasando bien.

John apretó la mandíbula, tenso.

—Muy bien, como veo que el ambiente se está enrareciendo, os voy a dejar a los dos solos para que «habléis».

Y sin añadir una palabra más, Anders se alejó y se puso a charlar con otra

gente que había por ahí.

Inspiré profundamente.

—Podríamos hablar, claro que sí.

Frunció el ceño.

—Quiero decir, que estaría bien si tú quisieras hablar de cualquier cosa. Conmigo.

—No —replicó sin vacilar—. Todo va bien. ¿Qué te ha dicho?

—Nada que tuviera mucho sentido —contesté ladeando la cabeza—. ¿Estás seguro de que no quieres hablar?

—Sí.

Un incomodísimo silencio.

—Perdona —dijo al fin—. Me alegro de verte.

Sentí que el cuerpo se me distendía de alivio.

—Y yo a ti.

Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza mientras me ofrecía una media sonrisa reprimida, consistente, más que nada, en curvar los labios. Y qué Dios me ayudara, incluso así estaba guapo. A la luz del día, sus ojos eran de un azul claro salpicado de pequeños puntos marrones y toda su piel estaba bronceada por el sol; aparte, claro, de que tenía el brazo vendado. Era bello y yo... yo no era nada, salvo una chica fuera de lugar que llevaba demasiada ropa negra y a la que le daba miedo la mayor parte de la sociedad. «¡Hip-hip, hurra por mí!».

—Tendría que irme —murmuré, apartándome un poco.

—Te acompaño hasta el aparcamiento —dijo John haciendo saltar su tabla para que le quedara en la mano y poniéndose de pie a mi lado.

—No hace falta.

No respondió.

Me quedé mirándolo por el rabillo del ojo. Mi cerebro estaba en alerta máxima por culpa de mis hormonas y de los sueños subidos de tono que me asaltaban. Nunca en toda la vida había sentido tanta curiosidad por alguien. ¿Qué le pasaba por la cabeza, cómo era su vida? John Cole era un misterio apasionante. Solo esperaba que me hubiera dicho la verdad y que realmente estuviera bien. Lo del estoicismo le salía tan bien que era difícil de juzgar.

Las abejas y otros insectos varios revoloteaban por el aire; la música se



desvanecía conforme la naturaleza tomaba el control. Se estaba bien allí fuera, a pesar de las colillas de los cigarros y de las ocasionales botellas de cerveza que se escondían entre la maleza. El verano tenía un olor particular, pero él también. Dudo que nunca antes hubiera querido restregar la cara en el pecho sudoroso de alguien.

Y hablando de cosas perturbadoras. La gente no debería ir por ahí medio desnuda a menos que estuviera en una piscina o en un lago o en un lugar así. Lo de ver los pezones tendría que reservarse, de hecho, para ocasiones especiales: Navidad, cumpleaños, Bar Mitzvah...<sup>6</sup> cosas por el estilo. Además, con cada paso que daba, la pretina de sus *jeans* se deslizaba un poco sobre sus delgadas caderas. No digo que estuviera babeando exactamente, pero me encontraba muy cerca.

Tal vez debía tratar de darme un poco de placer solitario al llegar a casa. El sentimiento que se acumulaba dentro de mí, el hecho de que fuera más que consciente de él física y mentalmente —y, en general, en todos los sentidos posibles—, me hacía sentir cada vez más agitada. Más inquieta. No sé ni cómo.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Sí, ¿por qué?

—Es que estabas poniendo una cara rara...

«Mierda».

—Ah, estaba pensando en los deberes.

Se agarró la barbilla con la punta de los dedos.

—¿Qué tal te va en el instituto?

—Bien, estupendamente. ¿Y a ti?

Una afirmación con la cabeza.

—¿Te sigue doliendo el brazo? —le pregunté señalando el vendaje.

—Me caí del monopatín el otro día y se me volvió a abrir. Pero está bien.

—Ay —me estremecí—. O sea que Anders es uno de los amigos que has mantenido cuando dejaste de dedicarte a vender droga.

—Sí.

—Es diferente —declaré.

—Es una forma de decirlo —John esbozó una especie de sonrisa—. No le

importa que pueda o no conseguirle mierda. En buena parte, eso era lo que en realidad quería la mayoría de gente.

—Idiotas —gruñí, enfadándome en su nombre.

Se encogió de hombros.

—¿Lo de acostumbrarse al instituto va bien?

—Claro, todo va bien.

—Estupendo. Gracias por traer a Anders hasta aquí; de otro modo, me habría hecho explotar el teléfono móvil.

—No, de nada.

Silencio incómodo.

—Anders me ha estado mareando con no sé qué de una fiesta el viernes por la noche —comenté mientras jugueteaba inconscientemente con la punta de la trenza—. ¿Vas a ir?

—No sé. Aún no he tenido tiempo de pensarlo.

Hice repiquetear mis llaves.

—Una chica llamada Sabrina me dejó una nota sobre la fiesta en el parabrisas. Supongo que estaba intentando llegar hasta ti, como me advertiste.

Frunció el ceño y se apartó el cabello de la frente.

—Bree no está tan mal. Deberías ir. Puede ser divertido.

Bree, no Sabrina. Mmm.

—Este es mi automóvil.

Sin hacer comentario alguno, miró mi sobrio compacto blanco. Al contrario que su bestia de vehículo, el mío no sembraría el terror en las calles dentro de un rato. Con un «bip», se desbloqueó.

—Nos vemos en el instituto —dije mientras me sentaba al volante.

—Claro. —Se inclinó hacia mí, con el codo apoyado en la puerta que estaba abierta, la del lado del conductor—. No te vas a enemistar con los grupos pro armas ni nada así, ¿verdad?

Hice una mueca de vergüenza y volví a ponerme las gafas de sol sobre los ojos: lo mejor era esconderme.

—La gente me ha estado llamando «Holden».

—Montaste un buen número.

—Ja, sí —musité, arrastrando las palabras para recalcar el sarcasmo—:

Vivo para impresionar a los demás. ¿Quién quiere ser aburrido y encajar cuando puedes comportarte como si fueras carne de psiquiátrico delante de toda la clase, ¿verdad?

—Se olvidarán. —Con una sonrisa pícaro, cerró la puerta—. Con el tiempo.

—Estupendo.

—En serio, no te preocupes —insistió—. Mañana, a esta hora, Anders ya habrá hecho algo tan estúpido que nadie te mirará dos veces.

—¿Me lo prometes?

Se encogió de hombros.

—Puedo pagarle si hace falta.

Me eché a reír y él esbozó una amplia sonrisa. Ahora todo resultaba natural, amistoso e infinitamente mejor. Esto era lo que había estado necesitando durante todo el día: más John Cole. (Insertar aquí un suspiro de felicidad). Menos mal que las gafas de sol ocultaban lo encandilada que estaba.

Me miró fijamente. La tentadora curva de la comisura de su boca fue desapareciéndole, al decirme:

—No te preocupes por eso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Ninguno de los dos pronunció palabra alguna. Pareció que pasaba una eternidad antes de que apartase la mirada y golpeará con los nudillos el techo de mi vehículo.

—Nos vemos —musitó.

—Espera —espeté, agarrándole del brazo. Oh, su piel recalentada por sol... Qué gusto daba tocarla. Inmediatamente, le ordené a mi mano que lo soltara—. Dame tu teléfono, deja que te dé el mío. Solo por si acaso, por si alguna vez, más adelante, te entrasen ganas de hacer eso que tanto evitas: hablar.

En su cara se dibujó un semblante de terquedad.

—Ya lo entiendo, de veras. No quieres hablar del Drop Stop, quieres dejarlo atrás —dije, con el estómago encogido ante el simple hecho de haber mencionado ese sitio—. Pero ¿sabes qué? Que lo «entiendo». Que ambos

estuvimos ahí. A lo mejor, conversar sobre ello alguna vez ayudaría, ¡vete tú a saber!

Durante un buen rato, se limitó a mirarme.

—Por cierto, no ha sido un intentó patético de conseguir tu número.

Río entre dientes.

—Lo sé.

—¿Entonces?

Otra larga mirada.

—No llevo el teléfono móvil encima. Dame el tuyo.

Moviéndome con mayor rapidez de lo que nunca hubiera creído posible, lo saqué de la mochila, lo desbloquéé y se lo di. Antes de introducir en él su número, se secó concienzudamente las manos en los pantalones. Luego me lo devolvió.

—Aquí lo tienes.

—Gracias.

Intenté mantener la sonrisa dentro de unos límites aceptables, para que no se notara la sensación de triunfo que me inundaba. Y fracasé.

—Adiós.

—Eh, sí... —Podría haberme perdido en sus atractivos ojos durante días. En vez de eso, pestañeé para volver a la realidad—. Adiós.

Dio un paso atrás y se quedó contemplando cómo yo daba marcha atrás con bastante poca gracia. Por un motivo muy concreto, me resultaba difícil concentrarme. Era incapaz de dejar de mirarlo una y otra vez, así que mantener los ojos en la carretera me costó un gran esfuerzo.

Dios mío, cómo me saltaba el corazón en el pecho... Aquello no podía ser bueno. Tenía que volver a mi habitación, sería lo mejor, leer un libro o tal vez escuchar música. Me hacía falta encontrar mi paz interior, si es que eso existía en mi vida en los últimos tiempos.

El aire estaba cargado de un polvo que interfería con los neumáticos del automóvil. Me quedé mirando a John por el espejo retrovisor hasta que desapareció de mi vista.

Con toda probabilidad, había estado observándome para darle una vez más las gracias a su buena estrella por el hecho de que, en el Drop Stop, la pistola

estuviera vacía cuando me hice con ella. O tal vez solo sentía curiosidad por mí, de la misma manera en la que yo la sentía por él. Habíamos pasado juntos por una auténtica locura. Aun así, era una estupidez por mi parte preocuparme tanto por alguien tan sexi como él. Tenía que olvidar todo lo relativo al Drop Stop: y eso incluía a John. Cuanto teníamos en común era una noche de sangre y violencia. Y punto. La cordura decretaba que nunca más quisiéramos que nuestros caminos se cruzaran de nuevo, incluso desde el punto de vista de las reglas de la jerarquía del bachillerato. Lo que gustaba, lo bonito y yo no nos mezclábamos. Los egos y otras estupideces siempre se interponían. Tenía que olvidarme de él antes de que mis delicados e insignificantes sentimientos resultaran heridos.

De ninguna manera pensaba ir a la fiesta de Sabrina. Si Anders no me hubiera estado taladrando la cabeza con ese asunto, semejante estupidez ni siquiera se me habría pasado por la mente. Toda esa gente sin hacer nada salvo ponerse hasta las cejas de todo, mientras juzgan los gustos de los demás y cotillean sobre quién podría estar liado con quién....

Ni hablar: eso no era para mí.

<sup>4</sup> N. de la Ed.: En el español peninsular, «irse la pinza» significa hacer locuras o comportarse de un modo irracional.

<sup>5</sup> N. de la Ed.: Fabio Lanzoni nació en Italia en 1959 y luego adquirió la nacionalidad estadounidense. Fue uno de los modelos de portadas de novelas románticas más famoso de Estados Unidos en las décadas de 1980 y 1990. De la mano de la ilustradora Elaine Duillo, protagonizó algunas de las más famosas de las novelas de Johanna Lindsey (*Ángel, No traiciones a mi corazón, Amable y tirano, Corazones en llamas*, etc.). También ha hecho algunos cameos en cine y, a partir de 1992, empezó a escribir sus propias novelas románticas, que firma con su nombre y no con un seudónimo.

<sup>6</sup> N. de la Ed.: En la tradición judía, un joven es *Bar Mitzvah* cuando llega a los trece años. A partir de entonces, se le considera responsable de sus actos. Para las niñas que profesan esta religión, la edad de su *Bat Mitzvah* está en los doce años. Es una ocasión que se celebra, los niños reciben regalos; algo parecido a la primera comunión entre los cristianos católicos, aunque esta suele celebrarse a edades más tempranas.

## CAPÍTULO 14

—Gracias por invitarnos a que te acompañáramos a la fiesta.

—No, de nada. —Forcé una sonrisa para Hang, sentada a mi lado en una de las zonas bajas del muro del jardín—. Me alegro de que hayáis podido venir.

Resulta ser que Sabrina tenía una piscina. El lugar era Ciudad Bikini. La música, muy alta, llenaba el aire de la noche, y la gente se esparcía fuera de la inmensa casa, estilo mansión, a lo largo de los escalones que llevaban al amplio patio trasero. Por supuesto, también había un barril de cerveza y un montón de vasos de plástico para todo el mundo. Las estrellas centelleaban en lo alto y las sombras de los árboles se balanceaban con el viento.

—¿Son pareja? —pregunté.

—¿Eh? —Hang apartó la atención de la piscina para mirar hacia donde estaba la pista de baile, en la que Carrie y Sophia se besaban mientras se movían al son de la música. —Claro. ¿No lo sabías?

—No.

Se le endureció la expresión.

—Supongo que eso no será un problema...

—No, claro que no. Me parece maravilloso que sean felices —repliqué—. Lo que pasa es que me gustaría que alguien también quisiera estar conmigo.

—Ya. Y a mí.

Ambas sonreímos. Antes de venir a la fiesta, habíamos ido las cuatro a cenar al Old Town Pizza. Y no nos faltaron temas de conversación, aunque Hang y yo éramos las que teníamos más cosas en común. También sentía

debilidad por Harry Potter y leía un montón de novelas fuera del horario escolar. Además, era tranquila y de trato fácil. Y no importaba quién se me hubiera acercado preguntándome por John. No había vuelto a mencionarlo; ni a él ni al Drop Stop. Lo que era de agradecer. Aparte de evitar ese asunto, cualquier pensamiento que le pasara por la cabeza le salía tal cual por la boca, y eso me encantaba. Por qué soportaba a una pesada de humor cambiante como yo, no tenía ni idea; pero esperaba que le diera algunos puntos extra de buen karma.

Sin embargo, a pesar de que Hang parecía buena gente, yo no lograba confiar en nadie plenamente; no después de lo que me había pasado con Georgia. Mis historias y secretos permanecían a salvo dentro de mi cabeza.

No nos habíamos metido realmente dentro de la fiesta, nos limitábamos a observarla. De momento no había visto ni a John ni a Anders; no es que estuviera buscándoles obsesivamente ni nada parecido. Básicamente, me había dedicado a estar sentada allí, sudando a raudales, preocupándome por todo e intentando que no se notase. Las apariencias importaban. Casi había muerto; por lo tanto, asistir a la fiesta de una chica popular era imposible que fuese peor que eso. Y claro que era mejor que estar sola en casa. Bueno, quizá. No lo sé: intentaba mantener una mente abierta.

—Echemos un vistazo, a ver quién más hay por aquí —sugirió Hang. Sin esperar a mi respuesta, me asió de la mano y tiró de mí hasta ponerme en pie.

No cabía ni un alfiler. Hang le dijo «hola» y «qué tal» a un par de personas. Yo sonreía, pero evitaba el contacto visual. Era bueno saber que el robo no lo había cambiado todo: mis habilidades sociales seguían siendo un asco. Alguien gritó: «¡Ahí está Holden!», y unos cuantos se rieron, pero no les hice caso.

—¿Quieres algo de beber? —le pregunté a Hang, con la intención de hacerle regresar a la piscina.

Movió la cabeza para asentir.

—¡Edie! —De repente, un brazo me rodeó el cuello y me asaltó un olor intenso a alcohol y a tabaco—. Qué bien que hayas venido.

—¡Anders! Hola. —Me costó unos instantes recuperar el aliento y el control del ritmo cardíaco. No era Chris, no era un perturbado demente.

Bueno, no del todo—. ¿Qué tal estás? Te presento a mi amiga Hang.

—Pasó algo entre nosotros, ¿verdad? —le preguntó Anders.

—Sí —contestó Hang—, que me pediste una vez que te hiciera los deberes. Anders frunció el ceño.

—¿Y dijiste que sí?

—No.

—Qué mala.

Hang se echó a reír.

—Anders, hoy estás que derretirías a cualquiera —le dije, tratando de que apartase los brazos de mí.

—¿A que sí? Gracias, Edie.

—Por lo elevado de tu temperatura, tontorrón. ¿Por qué no te llevas a Hang a nadar?

Se volvió hacia mi compañera mientras hacía un movimiento extraño de subir y bajar las cejas.

—¿Vamos a mojarnos?

—Y tú, ¿qué? —me preguntó Hang, haciendo caso omiso del comentario de Anders.

—No pasa nada —respondí—. Venga, va, vete a nadar. Sé que te apetece.

Entrecerró los ojos y osciló la mirada de mí a la piscina, pasando por Anders.

—En serio, no me va mucho lo de nadar. Además, no he traído bañador. — Aunque dudo que me hubiera sentido lo suficiente cómoda para hacer algo así incluso sabiendo lo de la piscina—. Voy a beber algo.

—Edie, ¿estás segura? —insistió Hang.

—Segurísima.

—Señoras, por favor —gimió Anders—: decídanse.

—Está bien —dijo Hang, encogiéndose de hombros—. Allá vamos.

Con eso, Anders se echó a correr hasta lanzarse a peso muerto en la piscina, completamente vestido. El agua salpicó por doquier y todo el mundo fue presa de una risa nerviosa. Hang lo siguió con un paso mucho más relajado, tras dedicarme una mirada de ligera preocupación.

—Todo irá bien —le dije levantando los dos pulgares en señal de triunfo.



Dios, ojalá Anders no la ahogara accidentalmente.

Con un vaso de cerveza en la mano, me senté a un lado de la piscina y me dediqué a balancear los pies en el agua fría. No había nada malo en solo mirar. Sobre todo, teniendo en cuenta que no conocía a la mayoría de la gente. Carrie y Sophia habían desaparecido hacía un rato en el interior de la casa. Hang y Anders estaban charlando con otra gente en la zona menos profunda de la piscina. Al final, él se había quitado los calcetines empapados y las zapatillas deportivas, y los había dejado fuera para que se secaran. El resto de la ropa, no obstante, se la siguió dejando puesta. Anders era un tipo raro, pero obviamente popular. Y es que había gente que rondaba cerca de él, a la espera de que fuera su turno para poder disfrutar de su atención; para ser el blanco de uno de sus chistes malos, felicitarlo por una victoria de baloncesto o algo así. Me gustaba ver cómo mantenía a Hang a su lado y no paraba de hacerle reír. Dado que se había ofrecido voluntaria para conducir esa noche, podía asegurar que no iba a irse pronto.

Lo que estaba muy bien.

No había sido mala idea, lo de venir aquí. Claro que yo no estaba en el centro de la fiesta, pero me merecía la puntuación máxima por haber salido de casa y tratar de llevar una vida social, como una persona normal. Y eso que tenía esperándome un libro nuevo y todo lo demás. Aunque no se había dañado a ningún animalito, sí que se habían hecho ciertos sacrificios. Y en cuanto a lo de mirar el cielo nocturno y no dormir, bueno, me podía permitir practicar ambas aficiones ahí mismo. Estupendo.

Mi madre se había puesto eufórica al saber que iba a salir con unas amigas nuevas. Había sido la primera vez que la había visto sonreír en días. Cómo odiaba que gran parte de su felicidad dependiera de mí cuando yo era incapaz de mantener mi propia mente bajo control.

—¿Qué narices haces escondida entre los matorrales?

John se agachó y cruzó el jardín que crecía junto a la piscina.

—Oye, hola; ya sabes, simplemente respirando un poco de naturaleza.

—Claro. —No sonaba nada convencido.

—Así que al final has venido —dije con una sonrisa.

—Igual que tú.

Se sentó a mi lado y se tumbó apoyando la cabeza sobre las manos. Caramba, qué guapo estaba, y sin esforzarse, con la melena recogida, las Converse, unos *jeans* y una camiseta azul marino. Y pensar que yo, en cambio, había tenido que trabajármelo con el maquillaje durante casi una hora, y me había cambiado tres veces de modelito hasta decidirme a ponerme el vestido que llevaba... Seguro que a él solo le habían hecho falta un par de minutos para estar listo.

—No estoy escondida —afirmé, dando un sorbo a la cerveza. Puaj. Seguía sin ser algo que me gustase, pero era lo que tenían.

Se limitó a mirarme. De acuerdo, allá él: que pensara lo que le diese la gana.

Durante un rato, permanecimos sentados en silencio, contemplando la fiesta y escuchando la música. Me parecía de lo más maravilloso tenerle a mi lado, por lo que hice todo lo posible para hacer caso omiso de esa sensación.

—Si tanto te interesa, estoy sentada tan lejos porque Anders va por ahí salpicando de agua a la gente como un loco y no quería que me empapara —le informé mientras tiraba de la falda del vestido para taparme los muslos—. Es como un pato que estuviera teniendo un ataque o algo por el estilo. En el fondo da bastante miedo.

John sonrió.

—Por eso estoy aquí —concluí devolviéndole la sonrisa. Porque todos los bikinis y la gente guapa no habían puesto en alerta máxima mis inseguridades: en absoluto—. Y tú, ¿qué? ¿No tendrías que estar allá, con Bree?

No dijo nada. Seguramente, yo le daba pena o algo parecido. Era lógico.

—No hace falta que me hagas compañía, ¿de acuerdo? —dije—. Estoy bien sola.

—¿Te molesto? —me preguntó, frunciendo el ceño.

—No, es solo que pensaba que...

Se quedó esperando a que completara la frase.

—No me hagas caso —suspiré—. Ni siquiera sé de qué estoy hablando y voy a parar de hacerlo ahora mismito.

Me miró con asombro.

—De acuerdo.

Se hizo un silencio que se prolongó aproximadamente un minuto; tal vez menos.

—Es que me dijiste que lo más probable es que no fueras a hablar conmigo en público —señalé—, pero esta es la segunda vez en la que estamos hablando en público desde que me lo dijiste.

Frunció el ceño todavía más.

—Ya, bueno, por aquí no hay profes. Además, no estamos exactamente «en público»: estamos escondidos entre la maleza en un rincón oscuro de una fiesta.

—Es cierto.

—¿Así que admites que te estabas escondiendo? —preguntó.

—Cállate.

—En cualquier caso —murmuró reprimiendo una sonrisa—, ya no paso droga: captarán el mensaje tarde o temprano. Y no pareces muy preocupada porque te estén molestando, o sea que...

—Pues no. No lo estoy.

Hizo un gesto de asentimiento.

—La que está con Anders es amiga tuya, ¿no?

—Sí.

—¿No te gusta nadar?

Arrugué la nariz.

—No. Bueno, no delante de una multitud. Soy más bien de nadar sin dar el espectáculo en público. Quiero decir que, claro que me gusta el agua: mucho, en realidad; y soy bastante... pero no en este tipo de fiestas, básicamente.

—Ejem, ¿Edie? —Tenía una expresión reconcentrada—. No has sido muy clara.

—Muy bien —suspiré nuevamente—. ¿Podemos fingir que no he dicho nada y cambiar de tema?

—Claro.

Un suministro constante de información, centrada en John, había estado fluyendo hacia mí durante toda la semana por medio de Hang: sobre que casi nunca se acostaba con la misma chica dos veces (tuvimos un gran debate acerca de si debíamos culpar de ello al aburrimiento o a los intentos de

«echarle el lazo» de ellas); sobre que había heredado el tráfico de marihuana de su hermano, cuando este abandonó la secundaria y se dedicó a otras cosas; y sobre que había dejado de faltar a las clases y llegaba puntual todos los días desde lo del Drop Stop (debido a una súbita fe en la educación o a la continua supervisión policial, Hang y las chicas no estaban seguras).

John despertaba mi curiosidad, aunque hacía cuanto estaba en mis manos para que no se me notara. Y por lo visto, «cuanto estaba en mis manos» daba pena, si la obsesión de Hang sobre el asunto era un indicio de ello.

—¿Puedo...? —dijo el hombre (el chico) en cuestión, haciendo un gesto de cabeza en dirección a mi bebida.

Le pasé el vaso de cerveza.

—Sírvete tú mismo. No tengo piojos, te lo prometo. Solo los gérmenes típicos de las chicas normales.

Su sonrisa me mató. Entonces el rostro se le arrugó como si hubiera probado algo horrible y me devolvió el vaso.

—Llevas aquí un buen rato, ¿no?

—Ya, está bastante caliente —dije entre risas—. Y la cerveza no me va mucho, así que... bueno. No sé ni por qué sigo intentándolo; supongo que es porque no hay otra cosa. Sí. Lo siento.

Ladeó la cabeza.

—¿Te pongo nerviosa o algo?

«Mierda».

—¿Qué? ¡No, claro que no!

Se limitó a mirarme fijamente.

—Que no.

—Es que no dejas de decir cosas y luego vas y te paras de golpe y... bueno...

—¿Igual que acabas de hacer tú? —le pregunté en tono irónico.

—Exactamente igual que acabo de hacer yo.

Me eché a reír.

—Tú también me pones un poco nervioso. —No me miraba al decírmelo; no hacía falta—. Si eso te consuela...

Dejé de reír y empecé a sufrir un ataque al corazón en miniatura.

Carraspeó.

—No me has llamado ni me has enviado ningún mensaje.

—Bueno, en realidad no querías darme tu número.

—No, al principio no. —Se encogió de hombros—. Pero luego te lo di.

—Es cierto. De acuerdo. —Solté un enorme suspiro—. Lo cierto es que no se me ocurría nada inteligente que decirte.

—Pues dime algo aburrido. Me da igual.

Ese chico quería que me comunicara con él. Lisa y llanamente, mi corazón cantaba de alegría.

—De acuerdo.

—¿Alguien te toca las narices en el instituto?

—¿Con lo de Holden? —Me encogí solamente de un hombro, tratando de parecer una chica de esas que van con la moda—. Sinceramente, no me importa. Antes lo habría hecho, todo el numerito. Pero ahora... me da igual, en serio.

—Mmm. —Una reticente sonrisa le dobló los labios. —Hay muchas cosas que ya no parecen importantes...

—Supongo que una experiencia cercana a la muerte tiene ese efecto.

En silencio, volvió a contemplar a la gente de la fiesta. Al tipo de personas que se congregaban en torno al barril de cerveza, a la multitud agolpada en la pista de baile, a Anders y Hang pasándose lo bien en la piscina.

—¿Te gustaría que nos fuéramos de aquí, que diésemos una vuelta en automóvil?

—¡Claro!

Con gracia atlética, se levantó y se quitó el polvo de las manos antes de ofrecerme una. Qué caballeroso. Sin embargo, de ninguna manera dejaría que notase cuánto pesaba. Fingí que no había visto su mano y me puse de pie yo sola.

Como estábamos más o menos escabulléndonos, le envié a Hang un mensaje informándole de que ya volvería a casa por mi cuenta. Rodeamos la casa, evitando a la mayoría de la gente. Cuando una maliciosa vocecilla dentro de la cabeza me dijo que era porque no quería que lo vieran conmigo, la desconecté rápidamente: era la segunda vez que John había venido a por mí.

De cerca, su viejo Charger era incluso más ruidoso, con aquel motor que rugía y traqueteaba. Tenía asientos de cuero agrietado y olía a aceite y a ambientador de pino casi evaporado. Como no había aire acondicionado, imité a John y bajé la ventanilla. A diferencia de mí, él sí mantenía limpio su vehículo. No me extrañó que Anders se sintiera intimidado por la cantidad de cosas que había en el interior del mío. Pero es que, en verdad, el mío era solamente una extensión de mi habitación, mi taquilla y mi mochila; eso, además, por supuesto, de cuatro ruedas para llevarme adonde quisiera.

Más allá de la fiesta de Sabrina, el barrio de las afueras estaba muy tranquilo, tan tarde un viernes por la noche. Nada se movía en los círculos de luz que dejaban las farolas. Un viento caliente me despeinó la melena. Por si acaso, apoyé el codo en la ventana abierta y me cubrí la cicatriz con la mano. Estaba realmente allí, pasando el rato con John Cole. Hang alucinaría si lo supiera.

—¿Por qué no diste ninguna entrevista? —me preguntó sin apartar los ojos de la carretera—. Después de lo que pasó.

No me apresuré a responderle. El asunto se hallaba en mi mente detrás de señales de advertencia y luces intermitentes. Pero si alguna vez hablaba de ello con alguien, sería con John.

Me lanzó una mirada por el rabillo del ojo.

—¿No querías el dinero?

—No quería ser el foco de atención y no quería hablar de ello. — Incómoda, me removí nerviosamente con el cinturón de seguridad puesto, de forma que la correa se convirtió en el tirante de un sujetador negro sobre mi hombro—. Ya se sabía todo lo que había pasado. ¿Qué quedaba por añadir? Y, de todos modos, ¿por qué alargar el asunto?

Hizo un ruido con la garganta. Solo Dios sabía qué significaba.

—Hubo muertos. La idea de convertir eso en un espectáculo de masas no me resultó atractiva.

—Mmm.

—¿Y tú? —le pregunté.

—No me pareció bien.

—¿Te molestaron en Instagram y todo eso?

—Sí —contestó apartándose el pelo de la frente con una mano—. Me he limitado a no hacerles caso.

—Yo cerré mi cuenta. Lo echo un poco de menos. Quiero decir, solo había colgado fotos de libros, pero aun así...

Casi sonrió.

—Oye, ¿te llamó ese tipo del grupo anti armas de la ciudad? —le pregunté.

—No.

Solté una carcajada.

—Querían que fuera su nueva imagen, que diera charlas públicas y que los ayudara a reclutar a los jóvenes para su causa.

—¿En serio?

—Oh, sí. No sé, tal vez debería haberlo intentado. Evidentemente, no soy una fan de la Asociación Nacional del Rifle —comenté—, pero sí estoy convencida de que la metanfetamina tuvo más que ver con lo que sucedió que las armas de fuego.

—¿Crees que habría llegado tan lejos con un cuchillo?

—Buena pregunta —dije—. No lo sé. ¿Tú qué crees?

—Un loco como él, y tan agitado como estaba... es posible... es muy posible que no.

—Mmm.

La carretera se extendía interminablemente ante nosotros, mientras las luces de los faros cortaban la oscuridad.

—Ni siquiera me he sentido con fuerzas de hablarlo con mi madre —murmuré—. Ella sigue haciéndome preguntas, cree que eso quizá me ayude y... en fin. Vete a saber qué les hizo creer que yo sería capaz de dar un discurso sobre el tema delante de un montón de desconocidos.

No obtuve nada de su parte.

—Ni siquiera quiero pensar en eso. Pero algunas veces, se te queda atascado en la cabeza, ¿sabes?

—Sí —repuso en voz baja—, sí, lo sé.

Dentro de una hora se cumplirían las cuatro semanas del incidente. Casi un mes desde que vi cómo asesinaban a dos personas y tuve una pistola en la boca; desde que John se jugó la vida para salvarme y yo estuve a punto de

disparar a Chris. Era extraño cómo, simultáneamente, parecía que hubieran pasado años y apenas unos instantes desde que había perdido mi juventud e ingenuidad detrás de un cordón policial y de la cinta amarilla que acotaba la escena del crimen.

—Es raro —musité mientras veía pasar una tras otras las casas—... Ahora que sé cuánto hay por el mundo que temer, estoy aterrorizada. Pero al mismo tiempo siento como si, al haberlo superado, eso que nos pasó, pudiera sobrevivir a cualquier cosa. En plan: ¿Al fin y al cabo, de qué he de tener miedo? Raro, ¿no?

—No, la verdad es que no.

—Perfectamente podríamos haber sido nosotros los que ahora estuviéramos bajo tierra.

—Casi lo fuimos —recalcó.

—Y no sé tú —proseguí volviéndome en el asiento para poder verle mejor la cara—, pero lo más seguro es que yo no vaya a descubrir una cura para el cáncer en breve. ¿Por qué fuimos nosotros los que sobrevivimos y ellos, los que murieron? Todo es aleatorio.

—No, no todo —murmuró, con los ojos clavados en la carretera—. Fue idea mía.

—¿El qué, fue idea tuya?

—Ese momento, en el Drop Stop, cuando Chris te arrastró hasta la puerta... —Sus ojos se posaron en mí, con una mirada oscura que se debía a algo que se parecía mucho a la culpa—. Tomé una de las cervezas que no estaban abiertas, para usarla como arma. Entonces miré a Isaac para ver si me apoyaba. El pobre muchacho estaba más blanco que la cera, pero hizo un gesto de asentimiento. Y así, en un abrir y cerrar de ojos, decidió confiar en mí, su «camello». Menuda idiotez, ¿eh?

—Se comportó como un héroe. Los dos lo hicisteis.

—No es aleatorio —repitió—. Confió en el tipo equivocado y ahora está muerto. Supongo que así va la cosa

—¿Y qué hay del pobre dependiente? ¿Qué hizo para merecer que lo mataran?

—¿Y qué hay de Chris? —replicó—. Cada paso que dio hasta tomar su



primera dosis de metanfetamina lo llevó al Drop Stop. Cada elección que hizo lo fue hundiendo progresivamente en ese pozo.

Arrugué el ceño al concentrarme, escudriñándole el rostro mientras él miraba la carretera.

—¿Por eso has dejado de vender marihuana?

La incomodidad se hizo patente en su forma de moverse, mientras su mirada, cargada de culpabilidad, fue de la carretera a mí sucesivamente. Apreté los labios para mantener la boca cerrada. No necesitaba que lo psicoanalizase. Ambos ya teníamos demasiadas tonterías de ese estilo en nuestras vidas; pero aun así...

—Tú no provocaste la situación, John. No deberías echarte la culpa.

Permaneció en silencio durante un buen rato.

La música rock llenaba el reducido habitáculo y se esparcía por las calles conforme avanzábamos. Una voz femenina cantaba que la noche pertenecía a los amantes.

—¿Qué canción es esta? —pregunté.

—Patti Smith. Es muy vieja. Joder, el automóvil seguramente es más viejo que los dos juntos. —Le echó un vistazo a la ranura del casete. Sonaba bastante aliviado de que yo hubiera cambiado de tema—. Pero es que, ejem, la cinta se ha quedado atascada.

—Me gusta.

Tamborileó con sus largos dedos el volante, mientras la palma de su otra mano permanecía sobre el cambio de marchas.

—¿Por qué haces eso? —me preguntó señalando con la cabeza la mano con la que me sujetaba la frente. Luego volvió a poner la mirada en la carretera—. Es por la cicatriz, ¿no?

—Sí.

—No tienes que esconderte.

No supe qué decirle.

Seguimos conduciendo, hacia el lago, en silencio. Todo ese conjunto de pequeñas y silenciosas playas, con sus correspondientes parques rodeándolas, era conocido por ser un sitio clave para ir con tu pareja y hacer el amor. Por supuesto, no era ese el motivo por el que estábamos allí. De hecho, no tenía ni

idea de por qué estábamos allí.

—Vamos —dijo mientras salía del Charger y se quitaba la camiseta. Pero ¿por qué tenía la puñetera manía de quedarse siempre medio desnudo?

Francamente, no estaba segura de cuánto más iban a aguantar mi corazón y mis hormonas, dado que el placer solitario no había funcionado. Y es que primero me había imaginado a John, sus manos y su boca, y había notado el calor descendíendome por el cuerpo, hasta que de pronto había regresado al Drop Stop, rodeada de sangre, con lo que al final solamente había logrado un subidón de adrenalina y sentir miedo. Nada parecía funcionar: tanto mi cuerpo como mi mente estaban en mi contra. Quise gritar, dar un puñetazo a la pared. Me sentía desconectada de todo.

—¿Adónde? —le pregunté, de pie junto al automóvil, mientras él se quitaba los zapatos.

—A nadar. Venga, aquí no tienes público.

«Oh, joder».

—Pero ¿qué nos vamos a poner?

Paró de desnudarse y me miró.

—La ropa interior. Claro. Olvida la pregunta —murmuré.

Una media luna brillaba en el cielo; mejor que si fuera llena, pero aun así... En una lista de cosas por hacer, desnudarme delante de John no aparecía como la más destacada. En realidad, ni aparecía.

—¿Algún problema? —me preguntó mientras se quitaba los *jeans*—. No te dará miedo, ¿verdad?

—No.

«Sí».

—Te has tirado antes desde la roca, ¿no?

—¿La roca? —Miré a mi alrededor y por fin me di cuenta del lugar exacto del lago en el que estábamos—. ¿Quieres saltar desde un acantilado al agua a oscuras? ¿Estás loco?

Dobló hacia atrás la cabeza y se echó a reír a carcajada limpia.

«Capullo».

El sonido de su risa me produjo una extraña sensación.

—Lo dices en serio.

—Del todo... Date prisa. —Dejó los *jeans* en el asiento del conductor, cerró la puerta y se apoyó contra el Charger. —Si te sientes más cómoda, no miraré.

—Mierda.

—Es normal tener miedo, Edie. Pero no puedes permitir que te impida hacer nada.

Podía hacerlo.

En realidad, no, no podía.

«Ay, la virgen».

Con manos temblorosas, me bajé la cremallera y me saqué el vestido por la cabeza, luego seguí con los calcetines y las botas y lo dejé todo en el automóvil. Gracias a Dios, llevaba un sostén negro de encaje bastante decente y un funcional culote de algodón del mismo color.

—Vamos.

La hierba y el barro bajo mis pies; encima de mi cabeza, el cielo se dedicaba a brillar. La gente solía tirarse desde la roca durante todo el verano. Era casi como un rito iniciático, en primer lugar, por ser lo suficientemente estúpido para saltar desde el acantilado y, en segundo lugar, por ser lo bastante buen nadador como para volver a la playa.

—¿Acostumbras a traer aquí a las chicas? —le pregunté, mientras lo seguía por el camino que subía hasta lo alto del peñasco. Al tenerle delante de mí, todos los pedacitos blancos y flácidos de mi piel quedaron fuera de su vista. Aun así, mis manos seguían sin estarse quietas, tapándome el pecho, metiendo la barriga, ocultándome los muslos. Estúpidas inseguridades. Aunque, en serio, ¿qué narices estaba haciendo? Me sentí tentada de darme la vuelta y salir corriendo. Ni en sueños podía imaginarme a alguna animadora, o a cualquiera de las otras muchas chicas a las que Hang había señalado como amigas especiales de John, yendo de escalada en medio de la noche.

—No. —La hilaridad se le adivinaba en la voz—. Anders y yo venimos de vez en cuando, eso es todo.

—¿Hace mucho que sois amigos?

—Desde el primer día del primer curso.

Igual que Georgia y yo; es curioso lo rápido que el «para siempre» podía

acabarse. Pensar en ella me produjo el acostumbrado dolor, pero la aparté de mi mente. Lanzarme a aquella aventura con John era mucho más interesante que atormentarme.

—Ahora hay que tener cuidado. —Se volvió para darme la mano. Sus dedos eran más fuertes que los míos y su piel, más áspera. Juntos llegamos hasta lo alto de la peña y nos quedamos de pie al borde de la misma. Entonces nos soltamos las manos y todo volvió a una relativa normalidad.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? —me preguntó—. ¿Quieres que salte yo primero?

—Está muy oscuro, no puedo ver bien el agua.

Pateé algunos guijarros, que se desperdigaron y cayeron, para acabar sonando a chapoteo ya en el agua.

—No te preocupes: está ahí —puntualizó.

Lo más interesante era que había estado tan ocupada subiendo a trancas y barrancas hasta la cima de la colina y preocupándome por la caída que no había tenido tiempo para hacerlo por mi cuerpo. John me hizo un rápido repaso de arriba abajo con la mirada; ninguna expresión de horror, ni nada así, le cruzó el rostro. Al parecer, éramos amigos. Lo que estaba bien. De todas formas, la idea de él en el agua mirando hacia arriba mientras yo caía a plomo, no me atraía nada. Como tampoco lo hacía que lo viera desde arriba.

—¿Quieres que te empuje? —me preguntó.

—¡Ni se te ocurra!

Más risas del muy capullo.

—Tranquila, Edie. Nunca haría eso.

Con los ojos entrecerrados, le dediqué una mirada de disgusto.

—Lo siento. Puedes confiar en mí, te lo juro.

—Lo que tú digas —murmuré.

—Bueno —dijo finalmente—. ¿Cómo lo hacemos?

—¿Podemos saltar juntos?

—Claro.

Me tendió la mano y yo se la agarré con firmeza.

—A la de tres —dijo—. ¿Lista?

—Sí.

—Uno, dos... ¡tres!

Y saltamos.

Yo grité y él rio mientras el lago se precipitaba a recibirnos. La adrenalina me recorrió todo el cuerpo, haciéndome sentir más viva de lo que lo había hecho en mucho tiempo; pero todo terminó rápidamente. Enseguida estuvimos en el agua, sumergidos en la oscuridad. Por supuesto, tuve que soltarle la mano para nadar hacia la superficie. Todavía viva —gracias, Dios mío—, notaba la sangre palpitándome en los oídos. Mi ropa interior incluso se las había arreglado para permanecer intacta.

John flotaba erguido en el agua, el pelo mojado sobre la cara.

—¿Estás bien?

—Sí. ¡Ha sido estupendo!

—¿Qué más no has hecho antes?

—No lo sé. —Di unas cuantas brazadas en el agua, manteniéndome a flote. Hablando de un tema vergonzoso de conversación... No quería mentirle, pero tampoco estaba dispuesta a especificar más—. Lo normal.

—¿Alguna vez has fumado un porro?

—No, nunca. —Y me sentí un poco tonta solo por admitirlo—. Las chicas buenas no hacemos esa clase de cosas. Nos quedamos en casa y pensamos en Dios y todas esas tonterías.

—¿Eres una chica buena?

—No —dije, sopesando la respuesta—. Ya no. Creo que hace poco he cambiado de religión.

Una sonrisa fugaz le cruzó el rostro. Había una comprensión en sus ojos que yo no podría obtener en ningún otro sitio.

—Sí, yo también —precisó.

—¿Una carrera hasta la playa?

—Hecho.

—Listo, preparados... ¡Vamos!

Aparentemente sin esforzarse demasiado, dio un par de brazadas y me dejó a mí, y a mi forma de nadar estilo perro, muy lejos. Aunque en verdad ni me había molestado en tratar de vencerle.

—¡Tú ganas! —grité, y oí una risa.

Los deportes no eran mi fuerte. En cualquier tipo de competición, aparte de ir de compras, ver la tele o leer, estaba garantizado que yo llegaría la última. No me importaba. Todo el mundo tenía sus puntos fuertes y débiles. Todos y cada uno de nosotros éramos girasoles pequeños y únicos.

Ser la última me permitió, por otro lado, disfrutar de una magnífica vista de la llegada de John a la playa. Los *boxers* de color gris oscuro que llevaba se le pegaban a las nalgas; y menudas nalgas tenía. Caramba. Ojalá mi memoria fuera fotográfica. No es que estuviera cosificando a mi nuevo amigo ni nada parecido, porque no estaría bien. Y sería una tontería.

Como si fuera un perro enorme, se sacudió el agua del pelo. Yo me lo agarré con las manos y lo escurrí, mientras seguía a John con lentitud, tratando de recuperar el aliento. Lo más seguro es que el maquillaje se me hubiera resbalado hasta la mitad de la cara, pero qué más daba. La mayoría de mi energía nerviosa se había quemado al saltar. John sacó un encendedor y una bolsita del interior del Charger.

—Siéntate en el capó —dijo mientras se subía en él y se recostaba contra el parabrisas.

—¿Eso no le irá mal a tu automóvil?

—No, pero servirá para que mantengamos caliente el trasero y nos sequemos antes.

—Bien pensado.

Subí despacio. Confiaba en que el metal del vehículo no empezara a crujir o algo así bajo mi peso. Tendría que haberme vuelto a poner el vestido. Eso habría sido lo más inteligente, pero ¡al diablo!

Una llama brilló y John encendió un porro, para luego tendérmelo.

—Dale con ganas, Edie.

—Cierra el pico. —Mi sonrisa vaciló un poco por los nervios.

Con cuidado, me lo dio, devolviéndome la sonrisa. Casi sin titubear, me lo llevé a los labios y di una profunda calada, lentamente, dejando que me inundara los pulmones antes de expulsarlo. Una bocanada de humo me salió de la boca y los ojos me escocieron un poco. Luego intenté expectorar, sin éxito.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Asentí con la cabeza mientras tosía en mi mano y le devolvía el porro.

—Por supuesto. Soy una rebelde.

—Eres una chica bastante dura. De hecho, me das un poco de miedo.

—Gracias.

—Tienes que dar caladas con más suavidad —dijo—. La marihuana arde más intensamente que el tabaco.

Nos lo fuimos pasando sucesivamente, relajados sobre el Charger, mirando las estrellas. Mi cuerpo se disolvía, todas mis preocupaciones terrenales y mi peso se desmoronaban. Así que mis muslos eran gruesos y la barriga me sobresalía. «Y qué». Estaba viva y me estaba permitido ocupar cierto espacio.

—Que le den al ser infeliz.

—¿Que le den al ser infeliz? —repitió John, mirándome con curiosidad.

—Sí. Completamente.

La comisura de la boca se le curvó mientras sus ojos se recreaban en mí: desde mi cara hasta a mi pecho y vuelta a empezar. Con toda probabilidad, se estaría riendo por dentro de lo rojos que tenía los ojos o algo así. Crucé los brazos sobre los pechos, al sentirme demasiado consciente de mí misma.

Una brisa se levantó desde el lago, más fría que la anterior. John había dado en el clavo al glosar los beneficios de sentarse encima de un motor caliente; quién hubiera dicho que un deportivo de gran cilindrada pudiera ser tan cómodo...

—No tienes pinta de traficante —dije en voz baja.

—Lo que seguramente es bueno. Para el negocio, me refiero. Es un engorro si la policía te ve y ya sabe que lo eres.

—Es cierto. —Crucé las piernas—. ¿Crees que volverás a hacerlo?

—No, he acabado con eso. —Apartándose el pelo de la cara, permaneció en silencio por un momento—. Dillon empezó el negocio; y yo más o menos lo heredé cuando él dejó la secundaria. Pero pasó a vender cosas más duras, y eso no fue nada bueno.

Muy callada, me limitaba a escucharle.

—Tenías razón con lo de que el Drop Stop ha cambiado las cosas. Una parte de mí sintió que ver a Chris era como ver en lo que se convertiría Dillon más pronto que tarde. Y pensar en mi hermano hizo que me preguntase en qué me convertiría yo también, y sin tardar mucho. —Una vez más, dio una larga

calada al porro y expulsó el humo lentamente—. Así que, en fin, le dije a Dillon que lo dejaba y me fui a vivir con mi tío.

—¿No vivís con vuestros padres? —Una de las chicas lo había mencionado... De todas formas, era extraño.

—A mi padre le salió un trabajo en el norte —fue todo cuanto contestó.

Asentí con la cabeza, pues me pareció que hacía falta algún tipo de respuesta por mi parte.

—En cualquier caso, vender marihuana no tenía futuro. Tengo que pensar en otra cosa.

—Sí, seguramente llevas razón —repuse mientras estudiaba su sombría expresión. Mis amigas se preguntaban el porqué de su súbito interés por asistir a clase y obtener una educación. Supongo que con eso quedaba respondida su pregunta.

Durante un rato, no hablamos, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos. Era extraño, pero los signos latentes de madurez se mostraban en él de forma más clara: por su altura y constitución, por la gravedad de su voz, por la sabiduría de sus ojos. Volvió a contemplar el cielo nocturno. A pesar de lo mucho que John me atraía, hice lo mismo. No iba a servir para nada que me hiciera ideas estúpidas, no importaba lo alto que volase.

La medianoche vino y se fue; por primera vez en la vida superé mi hora límite de volver a casa. Con mamá en el trabajo, tampoco es que importara mucho. Pero, en cualquier caso, la chica buena que era se habría muerto de miedo si la hubieran descubierto allí. Sus miedos no eran más que nimiedades y tonterías: nada que de verdad importase.

—Qué noche tan bonita. La naturaleza y todo eso es estupendo. Es lo que más me gusta hacer: mirar la luna y las estrellas. —Era mi turno con el porro, y esta vez no tosí tanto. Hablar con John se volvía cada vez más fácil, no sé si por nuestra historia reciente, la marihuana o el salto. Pero me gustaba, lo de dejar que mis palabras fluyeran mientras él me escuchaba. Lancé un suspiro de felicidad—. Junto con los libros, son mis dos cosas favoritas. Y los pasteles y el café y la música y... el cine e ir de compras. Uno puede tener tantas cosas preferidas como le hagan falta.

—Claro.



—Te toca.

—¿Eh? —Ahora era él quien le daba a la droga prohibida—. El *skateboard*.

—Sí. —Esperé—. ¿Y?

Arrugó el ceño al pensar. Por lo visto, tenía menos palabras para dejar fluir que yo.

—Meter canastas con Anders.

A la sazón, él poseía un cuerpo y yo poseía otro, y jamás iban a converger. Triste pero cierto.

—¿Algo que no sean los deportes?

—El cine me gusta. Películas de terror, cosas así.

—Sí, estoy de acuerdo. ¿Qué más?

Se hizo un silencio conforme pensaba. Los insectos, las aves nocturnas y la brisa que agitaba los árboles pasaron a un primer plano. Finalmente, lanzó un largo suspiro.

—Si te soy sincero, he dedicado la mayor parte del tiempo a vender marihuana.

«Y a salir con animadoras», añadí mentalmente, porque los celos son muy perros, etc.

—Necesitas un nuevo pasatiempo que no sea ilegal.

—Pues sí. —Entornó los ojos para seguir mirando el cielo—. Seguro que aquel dependiente de la politécnica tenía miles de planes. Cientos de personas fueron a su funeral. Vi a su novia; estaba destrozada.

—¿Fuiste a su funeral?

Asintió.

—Me pareció que era lo correcto.

—Yo estaba intentando tomármelo con calma por las costillas rotas y eso.

Fruncí el ceño, dado que no estaba segura de que hubiera tenido el valor de ir, aunque hubiera podido.

En lo alto, la luna no hacía nada. De ese modo uno podía confiar en ella, pues se limitaba a dar vueltas en el cielo sin juzgar, a lo suyo. La luna y yo éramos grandes amigas, sobre todo en los últimos tiempos. Me había hecho compañía durante las noches largas y horribles. La luna guardaba mis secretos,

no le contaba a nadie la cantidad de veces que me despertaba presa del pánico, empapada de un sudor frío.

—¿Cómo son tus pesadillas? —le pregunté.

Se volvió para mirarme y los ojos se le oscurecieron. No habló.

—No quiero volver a dormir nunca más.

Hizo un gesto de asentimiento.

—Piensa en la cantidad de tiempo que perdemos durmiendo —proseguí—. Qué desperdicio. Quiero decir, que me encanta mi cama, pero estaría mejor si no soñara.

No obtuve nada de su parte.

—Gracias por esta noche —murmuré—. Se está muy bien, aquí.

Sonrió.

—Sí, es verdad.

—Tendríamos que ser amigos.

Enarcando las cejas, me dedicó una mirada divertida.

—Ya lo somos, tontorrón.

Y John Cole burlándose de mí también me hacía sentir súper bien. Sin embargo, de repente otra sensación focalizó toda mi atención.

—Dios, qué hambre tengo.

Fuimos a un McDonald's antes de que me dejara en casa. Incluso sin estar colocada,<sup>7</sup> hablar con él, después de todo, resultaba fácil y reconfortante. Me entendía porque había pasado por lo mismo: aún seguía pasando por lo mismo. Incluso logré dormirme sin estar demasiado tiempo desvelada y dando vueltas. Fue la mejor noche de mi vida.

<sup>7</sup> N. de la Ed.: En español peninsular, drogada, aturdida por las drogas o el alcohol.

## CAPÍTULO 15

Domingo por la noche...

Yo: ¿Estás despierto?

El teléfono móvil vibró poco después.

—¿Hola?

—Hola —dijo John con voz queda—. ¿Qué tal estás?

—Bien. ¿Y tú? ¿En qué andas?

—Espera un minuto. —Al fondo, se oía a una chica preguntándole a John con quién hablaba. Supongo que eso contestaba mi pregunta. Él murmuró algo y escuché un susurro, seguido del cierre de una puerta. Al final, suspiró—: Perdona.

—No pasa nada. —Acababa de interrumpir su sesión de Netflix y sexo. Maravilloso. «Dos hurras por mí».

—¿Qué has hecho hoy?

—Ah, he estado con mi madre, he tratado de estudiar un poco, lo habitual. ¿Y tú?

—He arreglado unas cosas del Charger. He leído *El guardián entre el centeno*.

Lancé un bufido.

—¿Qué te ha parecido?

—Que has sido un poco dura con él, a decir verdad.

—A lo mejor —dije—. Aunque el centro de mi escandalosa, vergonzosa e irracional diatriba era más sobre lo que los idiotas habían hecho en nombre del libro.

—De lo que no puedes culparlo a él, en realidad.

—Supongo que no —balbuceé—. Por lo visto, es un libro que me activa los «detonadores». Porque ahora tengo detonadores.

—Bueno, era de esperar.

Silencio.

—¿Otra vez con pesadillas? —me preguntó.

—Sí.

—¿Era en la que volabas muy alto, pero no lo suficiente para escaparte de los problemas? ¿O en la que morías en vez de Isaac?

«Mierda».

—Te conté demasiadas cosas el viernes.

Una suave risita.

—Te guardaré el secreto. Lo he entendido, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dije, más por educación que por otra cosa. Mostrarle el completo desastre que era a ese chico tan guapo y simpático... ¿Hasta qué extremos podía llegar mi demencia?

Una pausa.

—Sigo despertándome con el sonido de los disparos, creyendo que esta vez el tiro me ha dado en el pecho en vez de solo herirme —contó.

—Dios, es horrible —murmuré.

Un nuevo silencio.

—Sigo oliendo la sangre, aunque ya no haya —admití.

Su risa sonó sin una pizca de alegría.

—Nunca he llevado bien lo de la sangre. Ahora... me tiene un poco fastidiado.

—¿Cuánto crees que se tarda en superar este tipo de cosas?

—No sé si se llega a superar. —Sonaba deprimido y un poco perdido. Muy parecido a como me sentía yo. Oí un clic y acto seguido empezó a inspirar y espirar hondamente. Fumaba—. No me imagino olvidándolo.

—Supongo que se convierte en parte de ti. Que te acostumbras.

Estaba tumbada sobre la cama, mirando el cielo nocturno. Con pensamientos profundos. Con pensamientos profundos e inútiles, en medio de la noche, sobre la vida y la muerte y el dolor y la desmembración.

—Por cierto, me olvidé de darte las gracias por aparecer en el instituto el lunes por la mañana —comenté—. Me salvaste el pellejo.

—¿Y eso?

—Porque me quitaste de encima el peso de la atención de ser la chica nueva.

—Ja. De nada.

—Te debo una. Si necesitas ayuda con algún trabajo de Lengua, te echaré una mano, ¿de acuerdo?

Durante un rato no hubo respuesta. Incluso dudé de que siguiera al teléfono.

—¿John?

—De acuerdo, trato hecho. —Su voz sonaba precavida—. Las Matemáticas me van bien. Pero si empiezan con poesía y todas esas bobadas...

—Lo capto —dije echándome a reír—. ¿Eres de números? Yo nunca sé qué hacer con ellos. Los números y yo no nos llevamos bien.

—Pues hacemos un intercambio. —Otra exhalación pesada—. Lo digo en serio, Edie.

—Está bien —acepté con una sonrisa, y luego me acordé de algo—. Ah, bajo la categoría de peticiones extrañas, me preguntaba si te gustaría visitar la tumba de los chicos alguna vez. No te sientas obligado. Es solo una idea.

—Sí, eso es... Podemos hacerlo. ¿Qué tal si vamos mañana por la noche?

—Perfecto.

—Tengo que irme a casa —dijo—. ¿Ya estás bien como para tratar de dormir?

—Sí. Gracias por hablar conmigo.

—No hay de qué.

Dentro de las costillas, el corazón me iba a mil.

—Buenas noches, John.

—Buenas noches, Edie.

## CAPÍTULO 16

Llevé dos ramos de flores. John trajo un pack de seis cervezas. A su manera, ambas cosas parecían apropiadas.

Andábamos por el cementerio, con la luna que brillaba sobre las lápidas y las aladas estatuas de ángeles. Nunca antes había tenido las agallas de estar en semejante sitio en la oscuridad. Todo el lugar me ponía de los nervios. Pero, como John tenía que trabajar al salir de clase, no pudimos ir hasta muy tarde. Lo que me vino bien, porque no tuve que mencionarle nada a mi madre acerca del Drop Stop o de por qué sentía la necesidad de ir a visitar a gente muerta. Ambas cosas le habrían preocupado, y estaba harta de ser la causa de sus altos niveles de estrés.

Por fortuna, John sabía el camino, guiándome a través del camposanto sin vacilar. Hoy olía diferente. Picante, como si se hubiera aplicado loción para después del afeitado. Y qué Dios me perdonara por darme cuenta de detalles así en un lugar como aquel. Iba de cabeza a la parrilla del infierno, esa era la pura verdad.

—¿Dónde trabajas? —le pregunté con la vista puesta en el suelo, intentando no tropezarme con nada.

—En una empresa de jardinería que tiene mi tío —respondió—. Empecé hace un par de semanas. He pasado de vender hierba a cortarla. Irónico, ¿verdad?

—Ja —le sonreí, a pesar de que me daba la espalda—. Tengo que encontrar un trabajo. Es lo próximo en mi lista.

—¿No te dan una paga o algo así?

—Ya no, por culpa de mis problemas de comportamiento.

—¿Otra cosa que harás por primera vez?

—Sí, será mi primer trabajo. ¿Me hace sonar eso como una cría malcriada y desagradable de instituto privado?

—Bah, no eres lo suficiente odiosa.

—Podría serlo —dije mirándolo por encima del hombro con mi mejor expresión de altanería—. Aunque, en serio, ¿quién tiene energías para eso?

John se paró

—Aquí están.

Una mezcolanza de flores frescas y mustias cubría el terreno delante de una tumba negra. Intenté acordarme del chico que estaba detrás del mostrador, del dependiente; de los detalles de su cara y de la mirada de sobresalto que me dedicó cuando puse todo el cesto repleto de comida basura sobre el mostrador. Los pormenores de aquella noche, o bien eran atterradoramente nítidos, o bien borrosos y estaban a punto de perderse. Era probable que, en cualquier momento, se desvanecieran en el interior de los recovecos de mi mente para siempre.

—No puedo acordarme de su cara —dije mientras ponía uno de los ramos de flores que traía junto a los otros—. ¿Por qué no puedo acordarme de su cara?

John puso una botella de cerveza delante de la lápida y luego me pasó una abierta antes de sacar otra para él.

—Llevaba trabajando en la tienda desde hacía algún tiempo, y no le importaba que yo traficara allí. Algunas veces, incluso me compraba. Siempre me pareció un buen chico.

Me bebí de un trago el frío líquido, haciendo caso omiso del sabor de la levadura y el lúpulo. La cerveza nunca me gustaría. Y menos ahora, que se relacionaba con aquella noche, cuando, sentada en suelo, sangraba y escuchaba a John tratando de evitar que a Chris se le fuera completamente la cabeza y nos matara a todos. Sin embargo, no permitiría que los malos recuerdos me detuvieran, ni siquiera en este caso.

—Era un estudiante que hacía el turno de noche de un trabajo basura y que

murió sin razón alguna.

Pestañeé luchando por reprimir las lágrimas, tan inútiles, que nunca me han ayudado en nada.

—Sí.

—Ese cerdo de Chris.

El odio me quemaba el corazón. Nunca le había deseado a nadie una muerte atroz tanto como se la deseaba a él. Era una losa pesada y oscura en mi mente y me revolvía el vientre. El perdón ni siquiera existía.

John dio un largo sorbo a su botella.

—Ven, Isaac está aquí.

Mientras le seguía, di un traspié, y la cerveza se me cayó de la mano. La tumba de Isaac estaba cubierta de flores y velas consumidas. John dejó allí también una de las cervezas.

Deposité las flores restantes, mirando sin ver los pétalos y las espinas; las blancas tarjetas de pésame brillaban intensamente en la oscuridad. La muerte era una piedra que me arrastraba hacia lo hondo. La vida era mucho más fácil y sencilla antes de que esto sucediera. Había sido inmortal, el mañana no existía. Todo era ahora, aquí, hoy. Hasta que Chris y su arma lo destruyeron.

—Murió por culpa mía —dije, tambaleándome. Algunas verdades pesaban mucho—. Si no hubierais tratado de ayudarme, él a lo mejor estaría...

—Para. No te culpes de lo sucedido. —Una sombra le cubría el rostro, pero extendió la mano y con su áspera palma me acarició la mejilla. El gesto, el vínculo, fueron totalmente inesperados—. Fue decisión nuestra, Edie. Chris se habría vuelto contra nosotros a continuación. No lo habría dudado ni un segundo.

Con él tocándome, apenas podía respirar, y mucho menos hablar.

—¿Lo entiendes?

Logré asentir ligeramente y él volvió a dejar la mano extendida a su lado. Sentí una punzada de pérdida.

El caos me llenó la cabeza, que se vio asediada por multitud de preguntas, de síes y de peros. Las respuestas sobre la vida y la muerte no venían fácilmente. Traté de no pensar acerca de lo que quedaba del cuerpo que yacía allí enterrado. Acerca de lo que su familia debía de estar pasando. El destino



era incierto y la suerte no era mejor. Y aun así siempre buscamos un significado, una verdad oculta. Qué mierda.

—No es culpa tuya —insistió John—. Si alguien la tiene, soy yo. Lo empujé para que atacara a Chris, fue idea mía.

El dolor en carne viva de sus palabras me hirió en lo más hondo del corazón. Exhalé fuertemente.

—No. Tienes razón: Chris se habría vuelto luego contra vosotros dos.

No dijo nada.

—Y yo también habría muerto. No iba a detenerse, y la policía no iba a darle de ninguna manera lo que él quería. La situación era horrible. Nosotros solo nos vimos atrapados en ella. —Negué con la cabeza y bebí más de la asquerosa cerveza. No es que ayudara demasiado.

—La culpa no la tenemos ninguno de los dos. —Por desgracia, no parecía mucho más convencido. Dio otro trago de cerveza y alzó la vista para mirar hacia las estrellas—. Es toda de Chris, ese maldito drogadicto.

Antes de que pudiera pensar en autocensurarme, espeté:

—A veces desearía que aquella pistola hubiera tenido munición. Sé que los dos estábamos más o menos a salvo a esas alturas: la policía ya estaba allí. Pero aun así...

La risa de John sonó hueca, amarga.

—Ya. A veces yo también deseo que le hubieras disparado.

Era a la vez gracioso y no lo era. Tal vez tenía que avergonzarme; o tal vez era que mi sentido del humor había dado un giro hacia lo negro y macabro y no pasaba nada. No lo sabía.

—Por supuesto, eso me habría convertido en una asesina —murmuré.

—No, todavía estábamos luchando. Habría sido defensa propia. Qué crees, ¿que te sentirías mejor si lo hubieras hecho, o peor? —me preguntó, mirándome atentamente.

Fruncí el ceño para pensar.

—No lo sé. Habría matado a alguien, pero... A lo mejor habría sido más parecido a sentir que se había hecho justicia, ¿sabes? Dudo mucho que estuviera ante su tumba bebiéndome una cerveza.

John asintió.

—Tenía que hacer esto, venir aquí —admití—. Gracias por acompañarme.

—No hay de qué.

—¿Crees que alguna vez todo volverá a parecernos como solía hacerlo antes?

—No. —Tiró al suelo la botella vacía y empezó otra—. Sinceramente, creo que si eso pasara, es que estaríamos más hundidos de lo que ya lo estamos ahora.

Miré la luna, cuyo brillo intenso y dorado se propagaba en la oscuridad.

—¿Sabes? Puede que tengas razón.

## CAPÍTULO 17

Oficialmente, el castigo por darle un puñetazo a Kara e interrumpir en clase fue quedarme sin paga. El plazo de la sentencia quedó sin decidir, tras una gran discusión en la que incidí en el hecho de que recientemente había pasado por una experiencia traumática. Sin embargo, mi madre estaba convencida de que ciertas normas debían seguir acatándose. Como no agredir a la gente, no importaba lo pedazo de imbécil que alguien fuera. Puse cara de póquer y me guardé mis pensamientos para mí misma.

Mi madre me dio dinero para los costes de ida y vuelta del instituto, la comida y poco más. Pero se había convertido en un problema desde que empecé a recrearme en dar atípicas vueltas conduciendo por la noche. John tenía razón: de alguna manera, ayudaba. Tenía un poco de dinero guardado de Navidad y además había dejado de gas-tármelo porque no podía leer. Pero eso era entonces, y ahora era ahora. Habían salido nuevos libros; nuevos libros que necesitaba. Especialmente, la tercera entrega de una saga fantástica juvenil que me moría por leer, aunque había estado esperándome hasta que todas las partes estuvieran publicadas.

Si había algo capaz de devolverme la capacidad de concentración, similar a la de un mosquito, sería esa novela. Y, sí, podría haber ido a la biblioteca y reservar lo que quisiera para leer. La paciencia y yo, no obstante, no nos llevábamos bien. Al menos, no en los últimos tiempos. Si uno quería hacer algo, que lo hiciera enseguida. Antes de que cualquier psicópata con un arma acabara con todo. O un accidente de tráfico. O lo que fuera.

Habida cuenta de lo mal que le sentó a mi madre que me castigaran después de las clases, el dinero, sin embargo, no iba a entrar en mis bolsillos pronto. Y la abuela no aprobaba que los estudiantes dividieran sus energías con un trabajo de media jornada: todos tendríamos que estar estudiando continuamente. Pero la abuela estaba en California, y aparte del intenso interrogatorio telefónico al que me sometía semanalmente, su poder era limitado, sobre todo desde que ya no pagaba mi educación. En ese sentido, las cosas estaban cambiando, y me gustaba.

—Carrie, ¿necesita tu madre a alguien en la peluquería? —le preguntó Hang el lunes por la mañana.

—No —contestó mientras negaba con la cabeza y se acercaba a la boca una porción de *pizza*—. Ahora mismo me tiene a mí y a una aprendiz, lo siento.

—Necesito un trabajo —informé.

Hang gimió.

—Yo necesito otro.

—Me he quedado sin paga.

—Ayer por la noche se me cayó el teléfono móvil al retrete.

—Tú ganas —dije haciendo una mueca de pena.

—Ahora entiendo por qué no me contestabas las llamadas —comentó Carrie—. A mi padre también le pasó una vez, aunque él se cargó un *smartphone* nuevito.

—Qué mierda —intervino Sophia con una sonrisa, dándole un codazo a Carrie en el brazo—. ¿Lo captas, lo captas?

Con cara de dolor, Carrie lanzó un ostentoso quejido.

—Mmm, sí, no es que fuera demasiado sutil.

—Para nada —confirmó Hang—. Le daría como máximo un dos sobre diez.

—¡Un dos! —exclamó Sophia exultante, levantando los brazos.

—No. —Hang apoyó con suavidad la frente sobre la mesa—. Culpa mía. Yo solita me lo he buscado.

—Vergüenza tendría que darte, por animarla —dijo Carrie, que masticaba y reía al mismo tiempo—. Y en cuanto a ti, Soph, eres muy mala.

—Ay, lo siento. —Sophia apoyó la cabeza en el hombro de Carrie y la miró—. ¿Aún me sigues queriendo?

La mirada de Carrie se suavizó.

—Sí, supongo que sí.

Caramba, se les veía tan bien juntas que sentí una punzada de dolor en el corazón. No es que lo de estar sola fuera nada malo. Estar sola era bueno, era estupendo. Pero le faltaba la emoción de estar con John. Estar en compañía, saliendo con la persona adecuada, también tenía sus ventajas.

—¿Por dónde vais a empezar la búsqueda de trabajo? —preguntó Sophia. Tenía un empleo de media jornada en una tienda de ropa. Sin embargo, no me había molestado en preguntarle los horarios de apertura, pues ni siquiera tenían existencias de mi talla.

Hang se encogió de hombros.

—Mirando en el periódico local.

—Y deberíamos preparar currículos, para ir dejándolos por las empresas —puntalicé—. ¿Has probado a meter el teléfono móvil en una bolsa de arroz, para que absorba toda la humedad?

Hang asintió.

—Se ha muerto. Mis padres no me regalarán otro hasta Navidad. No puedo esperarme tanto.

—Pues se abre la temporada de la búsqueda de trabajo.

—De acuerdo.

Entrechocamos los puños por encima de la mesa. Eso. Sororidad. Sonó la campana y todas recogimos nuestras cosas.

—Hasta luego —dijo Sophia tras darle un beso fugaz a Carrie.

Hang y yo caminábamos juntas por los pasillos abarrotados de gente. Al menos, ya no me encogía de angustia al pasar por delante del memorial a Isaac. Aunque seguía desviando la mirada, como si eso sirviese de algo: todas esas flores muertas y esas fotos estaban grabadas en mi memoria.

Pero no era el chico fallecido lo que hoy me ponía nerviosa.

No sentía mariposas en el estómago; lo más probable es que la carne misteriosa de hoy me hubiera producido gases. «Respira profundamente: ver a John en clase de Lengua no es motivo para sentirte mareada». Apreté el libro de texto contra el pecho, para hacerme descender de las excitadas alturas donde estaba. Alguien chocó conmigo y el libro salió volando por los aires.

La cabeza se me disparó, con una disculpa lista ya en los labios para pedir perdón por no mirar por dónde iba. Salvo que la chica de la expresión desdeñosa y el pelo largo y negro que había visto en el parque de *skateboard* era quien estaba delante de mí. No había sido un accidente. Y yo no iba a seguirle el juego: no permanecería en silencio y asustada, no interpretaría el papel de víctima. Las chicas como ella lo tenían todo; pero aun así siempre querían más. El asunto no acabaría aquí.

—Es mío —dijo entre dientes, con su bonita cara deformada por el odio.

Ladeé la cabeza.

—¿Quién?

—No te hagas la tonta. Ya sabes de quién hablo. —Detrás de ella, su séquito de amigas sonreía burlonas y me dedicaban miradas de absoluta aversión—. Como si fuera a darme por vencida con una estúpida gorda como tú.

—Muy bien, pues que te diviertas —declaré con total menosprecio, apartándola. Por lo visto, esta era la versión Kara de mi nuevo instituto. Es curioso comprobar que todos tienen una.

Sin embargo, se dirigió a Hang para escupir más veneno:

—Y si crees que Anders va en serio contigo, te engañas, mierdecilla asiática.

—Oye, quieta ahí —dije, con la voz firme mientras insertaba mi pesada figura entre ella y Hang—. Nada de basura racista, muchas gracias.

—¡Cállate, estúpida fo...!

—Quiero decir, ¿por qué no nos podemos llevar todos bien? ¿No sería la vida mejor sin estos ridículos prejuicios de gente de mente estrecha? —Mi voz era fría, casi indiferente. Era como si la pistola de Chris me hubiera entrado dentro de la cabeza y me hubiera hecho saltar algún relé importante. Y solo por eso, habían venido las pesadillas y el insomnio y la impaciencia. Pero el mismo interruptor también había acabado con cualquier tipo de influencia que personas como Kara pudieran tener sobre mí. Aunque seguía sin gustarme ser el centro de atención, ni me acordaba de cómo era tenerles miedo. Sencillamente, se había esfumado—. ¿No es cierto, Hang?

—Oh, del todo —confirmó.

La muy estúpida solo nos miró con desdén.

—Y encima es tan aburrido —dije marcando las palabras mientras cerraba los puños—. Tú eres una furcia porque te gusta llevar minifalda o practicar el sexo. En cambio, tu amiga tiene que ser una frígida porque lleva siempre ropa ancha y oí que el otro día rechazó a un tipo. Y así sin parar, tan superficial y sin significar nada de nada. Solo son etiquetas insultantes sin sentido, ¡que ni siquiera se acercan a quienes somos en realidad como personas!

—Pues lo cierto es que tienes toda la razón —opinó Hang.

—¿De qué narices estáis hablando? —preguntó la reina de las estúpidas.

—De que todo el mundo debería ir a su aire sin que idiotas como tú les fastidiaran —contesté—. ¿De verdad sería algo tan malo?

—¿Me acabas de llamar...?

—Es que ni siquiera eres original —proseguí—. Por Dios, ir por lo de llamarme gorda. ¿Tienes idea de cuántas veces lo he oído? Quiero decir, ¿y si me tomo la palabra solamente como una descripción? Entonces vas lista. Pero que te apuestas que, si te esfuerzas, puedes inventarte insultos mucho mejores. Inténtalo; me espero porque tu opinión significa mucho, muchísimo para mí. Seas quién seas.

Abrió la boca; la rabia se convirtió en confusión antes de que se transformara en cólera.

Y entonces llegó mi momento. Con los puños puestos correctamente esta vez, di un paso atrás, dispuesta a golpear. Pero una mano me agarró con fuerza del brazo y me detuvo.

—No —dijo mientras me obligaba a poner los puños a ambos lados del cuerpo.

—Ay, ay —farfulló Hang.

—John. —La chica se apartó nerviosamente la melena—. Hola.

—¿Qué pasa aquí?

Carraspeé.

—Creo que tu novia estaba marcando su territorio o algo así.

—Joder. Lo hemos hecho un par de veces, Erika, eso es todo. —La mirada que le dedicó era adusta—. No vuelvas a meterte con Edie.

—Pero...

—Puede que no esté por aquí la próxima vez para evitar que te dé una paliza.

Con los ojos muy abiertos, la chica se irguió cuan larga era. No particularmente impresionante. Habría podido con ella fácilmente.

John recogió mi libro y me lo dio con un gesto afirmativo de cabeza.

—Gracias —le dije.

Tras dedicarle una mirada final de disgusto a la chica, me escoltó hasta dentro de la clase. Sus dedos me rozaban la parte baja de la espalda, algo que me gustó demasiado.

—Ha sido emocionante —comentó Hang, que nos seguía—. Nunca antes había estado en una pelea.

Levanté los pulgares en señal de aprobación. Había permanecido a mi lado, hasta la intervención de John. Eso se merecía un respeto.

—¿Peleándote otra vez en el instituto, Edie? ¿En serio? —dijo John.

—Empezó ella. —Me coloqué en mi asiento, con los brazos cruzados. Sentirme como una niña traviesa no casaba con mi indumentaria.

—Sí, y tú estabas a punto de acabarlo. —Se puso en el pupitre de detrás de mí, con una expresión inequívocamente contrariada—. La que te habría caído encima por pegar a Erika no vale la pena, y lo sabes.

—¿Tendría que haberme limitado a dejar que insultara a mi amiga?

—Ya le habías dejado clara tu postura. No hacía falta que empezaras a puñetazos.

—De acuerdo.

Me volví para mirar al frente. No lo entendía y yo no estaba de humor para explicárselo. Alguien como él probablemente no había sufrido acoso en la vida.

—¿Qué ha pasado con eso de no darle importancia a lo que la gente diga, a ver? —insistió—. Estoy tratando de arreglar las cosas aquí y ya he conseguido un récord. No me voy a ver arrastrado otra vez por tus tonterías, ¿entendido?

Indignada, me volví.

—Debo de tener mala memoria, John. ¿Puedes reproducir el momento en el que te pedí que me ayudaras?

El azul de sus ojos se volvió gélido. Probablemente pensó «imbécil».



Porque yo sí que pensé «idiota».

Afortunadamente, entonces entró la profesora, pidiendo silencio. Pero la intensidad de la mirada de enfado de John me taladró desde atrás durante toda la clase. Al no ser él mi guardián, eso no me impresionó en absoluto. Ni tampoco el irritante, absurdo y completamente erróneo sentimiento de culpa.

## CAPÍTULO 18

Hubo suerte con la búsqueda de trabajo. Un nuevo local de zumos y batidos estaba a punto de abrir en el Rock Creek Plaza. Hang y yo llegamos justo cuando la encargada estaba pegando el cartel de «Se busca personal» en el escaparate. Hablando del momento oportuno... La tienda consistía, básicamente, en brillantes exprimidores de acero inoxidable, licuadoras, batidoras y cosas por el estilo, y en imágenes gigantescas de frutas y una decoración de un naranja tan chillón que producía dolor de ojos.

Dando saltitos, la encargada, Ingrid, nos dijo que volviéramos al día siguiente, por la tarde, para la formación. Resultó que daba montones de saltitos. No sé si esnifaba azúcar o solamente estaba colocada por la vida misma. En cualquier caso, Ingrid tenía energía de sobra. Me cayó bien, incluso a pesar de que solo con mirarla me sentía agotada.

—Este es el «Amanecer veraniego» —dijo Ingrid con gran entusiasmo, agitando las manos, con guantes de látex, mientras hablaba—. Un puñado de calabacines crudos y trozos de calabaza, unos cuantos trocitos de naranja, un chorrito de limón, un par de hojas de lechuga, una taza de hielo y una pizca de semillas de chía.

Hang estudió el grumoso mejunje con una cara admirablemente impasible.

—Increíble.

—¿A que sí? —Con la facilidad que da la práctica, Ingrid puso los ingredientes en la licuadora y sus cuchillas arrancaron con un zumbido—. Solo hacen falta treinta segundos. ¿Alguna pregunta?

—No, todo claro —le dije, con una sonrisa profesional estampada en la cara—. Parece rico.

—Y lo es, en serio. Nos vamos a divertir mucho trabajando juntas, chicas. Qué ganas. —Ingrid vertió la turbia mezcla naranja en una taza y me la entregó—. Puedes tomarte este, Edie.

—Oh. Gracias. —Di un sorbo pequeño y vacilante, en un intento de no notar el sabor de nada, esforzándome todo lo que podía para no vomitar. Sin embargo, cuando comencé a toser, Hang me palmeó la espalda, lo que hizo que el «Amanecer veraniego» se me deslizara por la garganta.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Ingrid.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Mmm, riquísimo.

—¿A que sí? Ahora vamos a preparar el «Bombardeo de bayas verdes», esta vez para ti, Hang —exclamó Ingrid—. Lleva col rizada, repollo, apio y fresas. Me faltan palabras para contarte lo bueno que es para el tracto digestivo.

El miedo cruzó los ojos de Hang.

—No puedo esperar a probarlo.

—Qué suerte tienes, Hang —comenté.

—Bebe, Edie —me la devolvió.

—¿Ingrid?

Había una mujer de pie en la puerta, mirándonos con abierto disgusto. Era toda huesos y vestía con un chándal de diseño.

—¡Susan! Qué oportuna. —Ingrid se dio un impulso extra en su saltito—. Estas son las chicas que he contratado a media jornada, Hang y Edie.

Susan no dijo nada, ni disminuyó su mirada de aborrecimiento.

—Chicas, esta es la dueña, Susan —continuó Ingrid, sin darse cuenta de nada—. Ella sola inventó todas estas fantásticas recetas. ¿No es sorprendente?

Con nuestras mejores sonrisas en su sitio, ambas asentimos obedientemente.

—Fuera. Ahora. —Susan giró sobre sus talones y salió fuera.

—¡Claro! —Despidiéndose de nosotras con un movimiento de dedos, Ingrid la siguió—. Será un momento, chicas.

Las vimos irse en silencio.

Metí una pajita en la fría papilla naranja, y le di vueltas una y otra vez.

—Para alguien con un tracto digestivo tan sano, Susan no parece muy feliz.

—Estaba pensando lo mismo.

Y a pesar de su amabilidad, Ingrid no parecía ser, precisamente, la persona más brillante del mundo. Había dejado la puerta abierta de par en par, con lo que fragmentos de su conversación —o más exactamente, de Susan arremetiendo contra la pobre mujer— llegaban flotando a través de la tienda. «Estamos vendiendo a las personas la idea de una buena salud. ¿Esa chica parece sana? ¿Su cuerpo te dice Susan's Smoothies? ¿O te dice “Acabo de comerme una caja de donuts y volveré a por más”? ¿Entonces? No puedo creerme... La asiática pequeñita puede quedarse. No queremos parecer racistas. Pero tienes que volver allí inmediatamente y despedir a esa...»

«Ay. Menuda zorra».

Con la cabeza bien alta, dije, fingiendo indiferencia:

—De todos modos, nunca podría haber vendido este lodo.

Sin decir una palabra, Hang me arrebató el «Amanecer veraniego» de las manos y lo estampó contra el mostrador, de manera que aquella papilla helada lo ensució todo. Luego me agarró de la mano y lideró el éxodo.

—¿Estás segura? —le pregunté, porque sabía que ella necesitaba el dinero.

—Ni siquiera me voy a dignar a contestarte a esa estupidez —espetó.

«Caramba».

—De acuerdo.

—Hang. Edie. —Ingrid había dejado de dar saltitos—. Esperad.

Levanté una mano en señal de despedida, pero Hang ni siquiera disminuyó la velocidad. Tenía la misión de sacarnos de ese lugar lleno de verduras crudas y miseria.

—Eres fantástica, Ingrid. En serio. ¡Pero tú eres una imbécil! —Le hice un alegre ademán de saludo a Susan—. Adiós.

Hang soltó una carcajada.

—Supongo que todavía estamos en la temporada de búsqueda de empleo.

—Sí.

## CAPÍTULO 19

La semana no mejoró.

John y yo seguíamos sin hablarnos, y no nos hicimos ni caso el uno al otro a lo largo de la clase de Lengua del martes. Era un asco. Lo echaba de menos. Pero se había equivocado al decirme que debía aguantarme cuando alguien me insultara. Durante años había permitido a Kara que me avasallase, y eso no le había hecho perder el interés en mí ni se había dedicado a atormentar a otra pobre desgraciada. Tampoco había experimentado ningún tipo de epifanía que la llevase a decidir no ser una imbécil total y absoluta. La cosa solamente había ido intensificándose. Quería explicarle todo esto a John, pero el orgullo me lo impedía.

¿Cómo se atrevía a echarme la culpa?

Apreté con decisión el acelerador, para circular a toda velocidad por la carretera secundaria, con las ventanas bajadas y el aire agitándome el pelo, mientras los miembros de The Kooks gritaban sobre el hecho de tener malos hábitos. Me gustaba. John había tenido razón al señalar el carácter terapéutico de conducir de noche. Si conseguía la velocidad suficiente, podría superar los malos recuerdos y los sueños aterradores, dejarlos bien atrás en la oscuridad.

Un ruido sordo, como el de un disparo, quebró el silencio de la noche al explotar un neumático. Dado que se desgarró bruscamente, hizo chirriar y traquetear el vehículo. Frené en seco, y la cabeza se me cayó de golpe hacia adelante, mientras mi cuerpo se estrellaba contra el cinturón de seguridad.

«Mierda».

Con cuidado, con mucho cuidado, conduje hacia un lado de la carretera y apagué el motor. Todo cuanto podía escuchar era el martilleo de mi corazón. Me temblaban las manos, todavía agarradas firmemente al volante. No estaba muerta, solo muy conmocionada. Bueno.

Lo primero era lo primero: dejé de aferrarme al volante como una posesa. Lo que no resultó sencillo. Con la puerta del lado del conductor abierta, salí; las piernas solo me temblaban un poco. Todo iba bien. No hacía falta exagerar.

El olor a goma quemada llenaba el aire. Apenas unas astrosas tiras de neumático permanecían en la rueda trasera. Podría haber sido peor. Aun así, lancé mil y una palabrotas, luego abrí el maletero y saqué el gato y la rueda de repuesto. Mamá y yo habíamos practicado para semejante ocasión. Las tres primeras tuercas salieron bien, pero la cuarta... Giré y tiré y pronuncié cada insulto jamás inventado, junto con algunos nuevos que incluso Shakespeare hubiera podido apreciar.

No sirvió de nada.

Una y otra vez, el estruendo del neumático al estallar me resonaba en la mente. «No es un disparo». Necesitaba recobrar la compostura; salvo que no ayudaban los extraños ruidos que provenían de la oscuridad, más allá del alcance de las luces. Unos pies arrastrándose sobre los adoquines, el murmullo de unas voces. Esa noche, definitivamente, la naturaleza no era mi amiga.

—Para—susurré—. Es solo tu imaginación. No hay nadie ahí afuera.

Chris emergiendo de la oscuridad, caminando hacia mí con una pistola en la mano. Y esa sonrisa. Esa asquerosa y demente sonrisa de asesino.

—Te estás poniendo de los nervios a ti misma, idiota —musité.

Mi madre todavía estaría trabajando. No me importaba lo que diría si supiera que había salido a dar una vuelta conduciendo a la una de la madrugada... Hang vendría a rescatarme... Sin embargo, si yo no podía quitar el puñetero neumático, tampoco ninguna de las dos tendría la menor posibilidad de hacerlo. Sostuve el teléfono móvil contra la oreja.

—¿Edie? —preguntó mi interlocutor, con voz ronca por el sueño.

Inspiré profundamente.

—John.

—¿Qué pasa?

—El... esto... uno de los neumáticos ha explotado mientras conducía. He intentado cambiarlo yo misma, pero...

—¿Dónde estás? —Oí unos ruidos de fondo, un crujido, el tintineo de unas llaves.

—Bell Road. A un par de millas.

—Métete en el automóvil y bloquea las puertas —ordenó—. Voy enseguida.

—Está bien. Gracias.

Solté el gato e hice lo que me había dicho. Sentada en la oscuridad, con el teléfono móvil apretado entre las manos temblorosas y sudadas, me dediqué a respirar profunda y calmadamente y a tener pensamientos positivos. Cerré los ojos para poder concentrarme en cosas buenas. Gatitos y pasteles y libros y ese tipo de tonterías. Cosas que me hacían feliz. Al menos me había medio vestido con unos *leggings* negros y una camiseta sin mangas, y llevaba unas chancas.

Pasó una eternidad. O al menos veintitrés minutos. Alguien dio unos golpecitos en la ventana y solté un chillido.

John. Desbloqueé las puertas y salí lentamente del automóvil.

—¿Estás bien? —me preguntó, con cara inexpresiva.

Asentí.

—Gracias por venir.

—¿Qué hacías aquí?

—Tenías razón —contesté—. Sobre conducir de noche. Ayuda.

Ahora fue él quien asintió.

—Ven, sujeta la linterna. —Me la puso entre las manos y se agachó, apoyándose en una rodilla, junto a la rueda rota y el neumático más malvado de toda la creación. Por supuesto, a él, la tuerca le salió en el primer intento con facilidad. Maldita tuerca.

—Debo de haberlo aflojado para ti —le dije, con las puntas de las orejas ardiendo de vergüenza.

Se limitó a refunfuñar.

—Sé cómo cambiar un neumático. El problema ha sido la tuerca, ¿sabes?

Un movimiento afirmativo de cabeza.

John dejó el automóvil listo para volver a circular en unos dos minutos. Dios, para él todo había sido tan simple. Probablemente estaría pensando que lo había traído allí bajo un falso pretexto. Porque quería que me hiciera caso o algo así de estúpido.

—¿Estás bien para conducir? —me preguntó.

Oculté mis temblorosas manos detrás de la espalda.

—Totalmente.

—Te escoltaré hasta tu casa —dijo—. Para asegurarme de que llegas bien.

—Gracias.

Ya en casa, no hizo lo que me esperaba —despedirse con la mano o quizá con un suave pellizco en la barbilla—, sino que aparcó y salió, para acercarse donde yo estaba.

—¿Está tu madre en casa? —preguntó.

—No, no sale de trabajar hasta las cuatro.

Había dejado encendida la luz del vestíbulo y la lámpara de noche de mi dormitorio. Entrar en una casa completamente a oscuras acostumbraba a ponerme los pelos de punta en los últimos tiempos. Mientras tanto, las estúpidas manos seguían temblándome. El ruido que había hecho el neumático al estallar había sido impactante, era cierto: pero eso había pasado hacía casi una hora. Las agité con fuerza, para expulsar el miedo, para que el temblor disminuyera.

Cuando levanté la vista, John me observaba en silencio.

—Si quieres, me puedo quedar un rato.

—No —rechacé la oferta por un sentimiento de culpa—. De veras. Deberías irte a casa, dormir un poco. Yo también voy a hacerlo.

Se limitó a mirarme.

—Gracias por rescatarme. Me habría metido en un buen lío si no hubieras venido —dije.

Una fugaz sonrisa apareció en sus labios.

—No hay de qué.

Le devolví la sonrisa, respiré hondo y levanté la mano en señal de despedida.

—Buenas noches.



—Igualmente.

—O buenos días.

—Sí.

La curva de sus labios podría mantenerme ocupada durante horas. Noté un cosquilleo en el vientre, a la vez aterrador y emocionante. Amigos de nuevo o no, que me gustara John más que eso era una tontería. Incluso una locura. Aun así, solo para asegurarme de qué terreno pisaba, quise preguntarle si la pelea ya estaba archivada y olvidada. Excepto que volverla a mencionar parecía arriesgado durante ese lapso de paz. Aunque quizá tenía que hacerlo. Despejar la atmósfera y todo eso.

—Edie —dijo, sacudiendo la cabeza—, estoy esperando a que entres dentro.

—Oh, claro.

—¿Estás segura de que no quieres que me quede?

Más de lo que podía decir, y por razones menos que puras.

—Oh, no. Yo... Mmm...

—No me importa.

—No, no. Estoy bien. En serio. Gracias. —Corrí hasta la puerta principal y abrí la cerradura con la rapidez que se merecía—. Adiós.

—Nos vemos mañana en el instituto.

Retrocedió sobre sus pasos, sin apartar la mirada de mí. Luego dio media vuelta y se dirigió directamente hacia su automóvil.

—Hoy en el instituto —precisé.

Sonrió.

—Lo que sea.

Tal era la magia de John Cole... Incluso pude conciliar el sueño. Y apuesto a que lo hice con esa estúpida sonrisa todavía en el rostro.

## CAPÍTULO 20

John: Hola.

Yo: Hola. ¿Cómo te está tratando la 1:38 de la mañana?

John: Fatal. ¿Y a ti?

Yo: Igual.

John: No has vuelto a conducir de noche sola, ¿verdad?

Yo: Supongo que quieres oír que no...

John: Exacto.

John: Me quedé preocupado.

Yo: De acuerdo. Te enviaré un mensaje antes si lo hago.

John: Ok, gracias.

Yo: Y tú también me lo dirás.

John: ¿Quieres saber cuándo salgo?

Yo: Eso es lo que me estás pidiendo a mí.

Yo: ¿Hola?

John: Ok, trato hecho.

John: Aunque puedo cuidar de mí mismo.

Yo: He dejado un bate de béisbol en el automóvil.

John: ¿Ahora vas armada?

Yo: O lista para juegos de béisbol improvisados.

John: Claro.

Yo: Entonces... ¿De qué más deberíamos hablar? ¿Qué es lo que generalmente les dices a las chicas cuando les envías mensajes a la una de la madrugada?

John: No lo hago.

Yo: Claro que sí. Venga. Dímelo.

John: No quieres saberlo.

Yo: Pues claro que sí.

John: Hablemos de películas o algo así.

Yo: Estoy esperando.

John: Mierda, Edie.

John: Les pregunto si puedo dejarme caer.

Yo: ¿Eso es todo?

John: Sí

Yo: ¿No les envías nada más?

John: No.

Yo: ¿Nada de «qué llevas puesto» antes?

John: No.

Yo: A ver si lo he entendido bien: ¿No les haces ningún tipo de introducción?

John: Ya te he dicho que no. ¿Podemos hablar ya de otra cosa?

Yo: Oye, pero qué vago eres.

John: Funciona.

Yo: Ahora mismo me siento realmente decepcionada.

John: QTD

John: Ambos obtenemos lo que queremos. ¿Por qué complicar las cosas?

Yo: Estoy empezando a pensar que la vida va de complicaciones.

John: Ya suficientes cosas en la vida son complicadas, gracias. El sexo puede seguir siendo fácil.

Yo: ¿Ni siquiera una cita para el baile de graduación en el horizonte?

John: Yo no voy.

Yo: ¿Tienes otros planes?

John: Tal vez ir al lago. Qué te parece.

Yo: ¿Me estás invitando?

John: Claro.

Yo: Estupendo. Suena bien.

John: Podríamos saltar de la roca otra vez.

Yo: Bien. Pero solo para que lo sepas, te advierto que llevaré un vestido de fiesta, aunque no vaya a bailar y no sea una cita. Será algo realmente brillante y estúpido.

John: Recuérdame que lleve flotadores para que no te hundas.

Yo: Gracias, lo agradezco sinceramente.

John: No hay de qué.

Yo: ¿En serio no te daría vergüenza que te vieran conmigo?

John: No. Si eso es lo que quieres, adelante, pírrate.

Yo: ¿Estás seguro? Porque estoy hablando de pelo rizado, un ramillete y una falta mullida, con una gran cantidad de lentejuelas y de tul.

John: Lo que te haga feliz. Incluso compraré el ramillete para ti.

Yo:

John: Traeré las flores y las bebidas y te pondrás el vestido.

Yo: Hecho.

John: Dime algo alegre.

Yo: Estamos en nuestro último año de bachillerato.

John: ¿Y?

Yo: Y es hora de salir echando chispas de aquí.

John: ¿Para ir adónde?

Yo: A todas partes.

John: ¿Qué hay de la universidad?

Yo: La universidad está fuera de la ciudad. Es un comienzo.

John: Sí

Yo: ¿Estás pensando en ir?

John: Quizá. He buscado donde obtener una certificación en paisajismo y gestión de la construcción. Pero a mi hermano no le va demasiado bien, y dejarlo podría ser difícil.

Yo: Lo siento.

John: Voy a intentar dormir. Necesito mantener las fuerzas para sacarte pronto del lago.

Yo: Ja, ja

John: ¿Y tú?

Yo: Yo también podría tratar de dormir. Buenas noches, John.

John: Buenas noches, E. Dulces sueños.

## CAPÍTULO 21

Al día siguiente, por la noche, una mano apareció agitándose delante de mi cara y me incorporé en la cama mientras lanzaba un grito. El movimiento me arrancó los auriculares, pero Marina and the Diamonds siguieron sonando sin mí.

—Hola —saludó John, tan tranquilo como siempre.

—Mierda —murmuré, con las manos sobre el pecho—. De verdad te digo que me gustaría que dejaras de hacer eso.

—Solo es la segunda vez que lo hago.

—Que no haya una tercera.

Se quedó tumbado en el alféizar de la ventana con la mochila en la mano por alguna razón.

—No contestabas cuando llamé a la puerta. ¿Qué se supone que tenía que hacer?

—Bueno, de acuerdo. —Agarré una almohada para cubrirme los pantalones cortos de dormir, de color azul claro. Poco se podía hacer con el top ligeramente ajustado. Al menos tenía un sujetador incorporado y nada colgaba de forma natural—. Así que... qué me cuentas.

—Que vamos a estudiar.

—¿Que vamos a qué? —Con cara de sorpresa, apreté el botón de stop de la música—. Son las nueve de la noche del sábado.

Se encogió de hombros, simplemente.

—Trabajo todo el fin de semana. Ahora es el único momento que tengo.

No era de extrañar que estuviera tan bien bronceado, segando la hierba del jardín y dedicándose a la jardinería todo el fin de semana. Y los músculos. No nos olvidemos de los músculos. Lo respetaba sinceramente por los músculos que tenía.

—No te salió muy bien el trabajo del libro —continuó—. Mejor que a mí, pero aun así...

—Oye, que un seis es más que aprobado.

—Pero normalmente lo haces mejor, ¿verdad? —No esperó una respuesta: con la culpa pintada en mi cara, no le hizo falta. Y no es que tuviera remordimientos por mi propio bien: me hubiera importado un pito sacar un «muy deficiente». Pero sabía que mamá se sentiría decepcionada—. Cada vez que te miro en clase, Edie, tienes los ojos puestos en la ventana. No prestas atención.

El corazón se me aceleró.

—¿Me miras en clase?

—Te sientas delante de mí —respondió con una sonrisa—. Es difícil no verte.

«Estúpido corazón».

—Claro.

—No es que no tenga a nadie más con quien estudiar —comentó, apartando la cara—. Anders está sacándose con esfuerzo la beca de baloncesto. Pero, de todas formas, está en una fiesta.

—Pensaba que tú también irías.

—No, no me apetecía. —Se retiró el cabello de la frente—. Además, no quiero suspender Lengua, y dijiste que me ayudarías.

Y sin mayores ceremonias, lanzó la mochila sobre de la cama, con lo que el colchón rebotó. O bien llevaba todos los libros de texto conocidos por la humanidad o bien una bola de boliche. Por desgracia, todo apuntaba a la segunda opción. Y no porque yo fuera para nada experta en bolos.

—Pues claro que te ayudaré —dije—. Y tienes razón, he tenido problemas para concentrarme en los libros y en las clases desde que «aquello» pasó. Es una tontería: mi cerebro parece que no quiere seguir haciendo lo suyo, simplemente.



—¿Sigues yendo al terapeuta ese?

Asentí.

—¿Le has hablado de esto?

—No exactamente.

Entornó los ojos.

—¿Por qué no?

—No lo sé. —Miré hacia otro lado, avergonzada—. Algunas personas murieron aquella noche y aquí estoy yo, tomándome pastillas a mansalva por cosas como terrores nocturnos o ataques de pánico. Pobrecita de mí.

—Por otro lado, no tiene mucho sentido que estés viva si no estás dispuesta a poner en su sitio todos tus problemas. —Sus palabras eran sensatas y la expresión de su cara, también—. ¿No te parece?

—Ay.

—¿Me equivoco?

Bajé la cabeza.

—No.

—Cuéntaselo todo. Deja que te ayude.

Mirando enfurruñada hacia el suelo, busqué algo para cambiar de tema. Cualquier cosa serviría.

—¿Y qué hay de ti, John? ¿Quién tienes tú para hablar?

Buscó mi mirada y la sostuvo a propósito.

—Yo no estoy especialmente calificada —objeté—. Y tampoco es que me hables demasiado.

—Pues te hablaré más.

«¿Eh?».

—¿O es un problema? —me preguntó, apoyando la barbilla en la mano.

—No, claro que no. —El corazón estaba a punto de salirseme del pecho—. Ya sabes que me encanta hablar contigo.

—Pues no —repuso, esquivándome la mirada—. La mitad de las veces no estoy seguro de si no te estoy fastidiando o algo así.

—¿Crees que me has estado fastidiando? ¿En serio?

Sin molestarse en contestar, se sentó junto a su mochila. Llevaba puesto su atuendo habitual, consistente en una camiseta y unos *jeans*. Inmediatamente, se

quitó sus Converse Chuck Taylor.

—Menos mal que has decidido quitártelas —dije mientras él las tiraba al suelo con un gesto de aprobación—. Mi madre se enfadaría un montón si hubiera calzado sobre la cama. En cambio, ¿un tipo súper atractivo pasando conmigo la noche en mi habitación? Eso no sería ningún problema. Joder, probablemente me chocaría esos cinco.

—¿Crees que soy súper atractivo?

—¿Qué? No. Solo sacaba temas de conversación. —Tenía la cara como un tomate. Nota mental: cinta americana sobre la boca a las primeras de cambio—. Caramba, menudo ego tienes.

Lanzando una risa, movió la cabeza.

—¿Se supone, por tanto, que no puedes tener chicos en tu habitación? No estoy al día.

—Los chicos están totalmente prohibidos —confirmé—. De hecho, se supone que no puedo traer a nadie mientras ella está en el trabajo. No sin su permiso.

—He venido a estudiar.

—Sería igualmente un «no» rotundo.

Arrugó la frente.

—¿Quieres que me vaya?

—No, claro que no —dije con una sonrisa—. Me gusta que me fastidies: un montón.

Rio suavemente.

—¿Queda claro?

—Clarísimo. Estás un poco en plan de romper las normas estos días, ¿no? —Recogiéndosela hacia atrás, se anudó la melena con una goma elástica que llevaba en la muñeca.

—Eso no le va bien a tu pelo; usa esto. —Le pasé una goma de pelo de mi mesita y él la tomó con una de esas miradas suyas, con los labios contraídos por una vaga sonrisa, aunque fruncía el ceño. Lo más interesante era que ponía mucho esa expresión cuando estábamos juntos. Como si no supiera muy bien por qué me seguía la corriente cuando yo decía o hacía algo. Como si lo divertiera y confundiera al mismo tiempo. El sentimiento era mutuo.

—¿Les molestaría a tus padres? —le pregunté con curiosidad. No acostumbraba a hablar de ellos.

—Lo dudo. Solo hablo con ellos por teléfono de vez en cuando, desde que se mudaron hace un año. A papá le salió trabajo en Anchorage, y como Dillon ya era mayor de edad, decidieron trasladarse —contó, como si fuera lo más normal del mundo—. Yo tenía que cuidar del negocio, así que no quise cambiar de centro y por eso me quedé.

—Sabía que se habían mudado al norte, pero, ¿a Alaska?

—Ajá.

—¿Nunca has pensado en cambiar de opinión después de lo del Drop Stop? Escapar a una isla helada con pocos habitantes a mí me parecía la mar de atrayente.

Apretó los labios.

—Nunca pensé que echaría de menos a mis padres; cuando nos dijeron que se iban a mudar, en lo único en lo que Dillon y yo pensamos fue en la libertad. —Negó con la cabeza—. Pero no, tampoco querría irme de aquí. Mi tío, que es súper simpático, ya hace tiempo que me insistía en que trabajara para él. Irme a vivir con él en mi último curso es mucho más fácil que empezar de cero en el norte. Y me sigue ayudando con mi hermano.

—Vaya.

—Incluso cuando mis padres estaban aquí, las cosas no eran muy diferentes. A mi madre no le gustaba la gente con la que Dillon se juntaba, pero se le daba fatal decirle que no. Además, asistía a un grupo de la iglesia y hacía otras cosas. Se mantenía ocupada —contó—. Mi padre trabajaba casi de sol a sol, con lo que llegaba muerto de cansancio a casa, de forma que solíamos mantenerlo al margen de cualquier desavenencia familiar.

—¿Sabían que traficabais?

Una de las comisuras de la boca se le dobló.

—Mi madre, seguro que sí. Pero creo que era realmente buena en no ver las cosas que no le convenían, ¿sabes?

Fruncí el ceño.

—No sé mi padre. No recuerdo que Dillon ni yo tuviéramos que pedir permiso nunca. En cuanto mi hermano entró en el instituto, siempre estaba por

ahí. Y la mayoría de las veces no le importaba que me pegara a él como una lapa. Tenía un pedazo de chatarra de camioneta, que siempre se le estropeaba, y yo era mejor con los motores que él.

—No puedo creerme que vuestros padres se mudaran y te dejaran solo con tu hermano —dije con mayor acidez de lo que pretendía.

—Piensa que, a esas alturas, ya habían tirado la toalla.

Solo de pensarlo me ponía furiosa. Y sin embargo...

—Y aquí estás tú ahora, queriendo estudiar un sábado por la noche: se equivocaban.

Sus ojos se detuvieron en los míos, como sopesando mis palabras.

—¿Seguro que no prefieres que me vaya? No quiero meterte en problemas con tu madre.

—No, quédate —le dije, contestándole así también a la pregunta de antes—. Verás, tengo la teoría de que muchas de las normas que nos han impuesto son, de todas formas, una tontería. Prefiero tener mi propia opinión sobre las cosas. Por ejemplo, el hecho de que estés tú aquí a estas horas. Mi madre no tiene nada por lo que preocuparse. No pasa nada ni nada va a pasar.

—Lo único que ha pasado es que me he colado por la ventana de tu habitación para estar contigo en tu cama —co-mentó mientras se rascaba la incipiente barba del mentón.

—Ahora piensas como mi madre. No hagas eso.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó.

—Diecisiete.

—Ya ves, ni siquiera eres mayor de edad todavía. Eres casi una niña.

—Por favor —me mofé—, pero si solo me llevas unos meses.

—Esa no es la cuestión. Edith Millen, eres una menor que vive con su madre —siguió insistiendo en ese punto—. Eres lista y simpática, y no tiene el más puñetero sentido que estés a solas con un tipo como yo, y lo sabes. Soy un ex camello, ¡por todos los santos! Y aparte de Tecnología y Matemáticas, lo suspendo todo. Oh, y Educación física: también apruebo eso. En serio, no podías haber escogido peor amigo ni haciéndolo a propósito. Tu madre se volvería loca si lo supiera.

—No te menosprecies así.

No obtuve respuesta.

—Y no me llames Edith. —Me erguí, la rabia me dominaba de nuevo—. ¿Y qué si tienes un pasado? Eso es lo que es: pasado. Te estás esforzando en el instituto y tienes un trabajo como Dios manda. También eres la clase de persona que arriesga su vida por un absoluto desconocido. ¿Cuánta gente crees que haría algo así?

Permaneció con la boca cerrada.

—Para mí es un honor ser tu amiga, tontorrón.

—Solamente estaba señalando que tu madre se preocupa por ti —repuso con un amago de sonrisa—. Teniendo en cuenta lo cabreada que te has puesto porque mis padres desistieran conmigo, las normas de la tuya no son tan malas.

—Incluso si las estamos rompiendo.

—Para estudiar —precisó—. Pero gracias. Y ahora saca los libros.

—Sacaré también mi manual de Matemáticas; creo que voy a suspender. Dijiste que podrías ayudarme con eso, ¿verdad?

—Totalmente. Soy muy bueno con los números. Llevé un negocio de éxito durante años, ¿no?

—¿Te refieres a vender marihuana?

—Exacto.

Con los ojos abiertos de sorpresa, lo miré de arriba abajo. John como un emprendedor. Ilegal, pero emprendedor, al fin y al cabo.

—Supongo que nunca me lo había planteado de esa forma.

Apoyándose contra la pared, se puso cómodo, con las piernas estiradas y los tobillos cruzados; John Cole en mi cama, actuando como si estuviera en casa. Qué felicidad. Aun así, intenté impedir que mi cuerpo o mi cerebro se sobreexcitaran. Solo éramos amigos, a fin de cuentas. Y cuanto más me lo recordase a mí misma, más pronto se me pasaría. Enamorarse de los amigos no era inteligente. Su amistad, bien lo sabía, era una parte importante de lo que me mantenía más o menos cuerda en esos momentos.

—Desarrollar la base de clientes, obtener y mantener su lealtad, tratar con los diferentes proveedores, hacer un seguimiento de todo... —dijo—. No soy solo un porrero, Edie. Joder, ni siquiera fumaba tanto. Bueno...

—¿Bueno?

—La mayoría de las veces. De todos modos, yo estaba en ello por el dinero, y eso significaba tomármelo en serio.

—¿Y tu hermano todavía sigue traficando?

—Oh, sí. Él es su mejor cliente. —En ese momento, el dolor le llenó los ojos, pero desapareció en un instante. Lo apartó a un lado.

—Lo siento. Pero me alegro de que hayas salido.

—Yo también. —Palmeó el colchón—. Deja de entretenerte. Venga, explícame a este tipo, Poe, y te ayudaré con tus problemas de Matemáticas.

—Trato hecho.

—Ah, y oye... ¿Edie?

Estaba ocupada revisando el contenido de mi mochila.

—¿Mmm?

—Estás muy guapa cuando te enfadas.

Giré la cabeza con la misma brusquedad que la niña de El Exorcista, pero él estaba leyendo su libro de texto, sin siquiera mirarme. Qué extraño.

—Gracias. Pero prefiero la palabra «fiera».

## CAPÍTULO 22

Yo: Estoy aburrida. Envíame un mensaje.

John: ¿Sobre qué?

Yo: Cualquier cosa. ¿Cuál es tu color favorito?

John: No lo sé. Verde. Supongo que el tuyo es el negro.

Yo: Cierto. Aunque en realidad no es un color, es una sombra o un tono o una paranoia o así. ¿Comida favorita?

John: Pizza. ¿Tú?

Yo: Tacos.

John: Buena elección. ¿Música?

Yo: Mucha. Demasiada para tener una favorita.

John: Yo también. ¿Película?

Yo: Deadpool. Un equilibrio perfecto entre humor, sensualidad e inmoralidad.

John: Era buena. ¿Programa de televisión?

Yo: Solía ser Stranger Things, pero ahora no estoy tan segura. ¿Tú?

John: Samurai Jack. ¿Por qué no estás segura?

Yo: No sé. Tal vez necesito más felicidad y luz en mi vida.

John: Lo entiendo.

Yo: También me encantaba Orphan Black.

John: Excelente serie.

Yo: No has dicho tu película favorita...

John: No lo sé. La guerra de las galaxias.

Yo: Un digno clásico. Dime algo que no sepa sobre ti.

John: ¿Cómo qué?

Yo: Cualquier cosa que te guste.

John: Vaya, mierda.

John: A veces como tortitas rellenas para desayunar.

Yo: ¡¿Qué?! No... realmente acabas de exponer tu ser más oculto ante mí. Nunca te habría tenido como un tipo de tortitas rellenas. La imagen mental que tenía de ti ahora se ha resquebrajado. Es como si el mundo entero se hubiera puesto patas arriba.

John: Estupendo. Tu turno.

Yo: Me gusta enviarte mensajes.

Yo: Y de vez en cuando yo también como tortitas rellenas.

John:

Como la felicidad está sobrevalorada, las cosas entre John y yo se fueron de nuevo al traste a la semana siguiente.

El problema vino en forma de John, de pie junto a su taquilla, cubierto por las manos de Erika. Se diría que la tipa no podía decidirse por qué parte de él toquetear primero públicamente. Si su pecho, sus caderas delgadas o las líneas duras de sus brazos. Y qué clase, la forma en la que Erika trataba de frotarse



el sexo contra la pierna de él. Sinceramente, esperaba que John se acordara de lavarse con desinfectante en cuanto ella hubiera terminado.

¿Por qué esa zorra? Cualquier otra mujer y lo habría soportado. Pero no: pobre de mí, con mis delicados sentimientos heridos y mi corazón roto, la lealtad traicionada, etc. Sin lugar a dudas, había sido culpa mía por soñar hasta el delirio con ese chico. Pero, aunque solo fuera mi amigo y un amor platónico, dejar que aquella guarra lo sobara en el pasillo después de todo lo que ella me había dicho... ¿Cómo era capaz?

Antes de que ninguno de los dos me viera, me di la vuelta hacia la salida más cercana. Lo más valiente fue huir de inmediato. Solo Dios sabía qué habría pasado si me hubiera quedado. Una extremidad podría haberseme desprendido o algo así. Había superado las tres cuartas partes del viernes sin esconderme de la realidad, tan solo encerrándome en un baño durante media hora o un poco más; esperar otra cosa de mí esa semana hubiera sido una locura.

—Oye —dijo Hang—, que vas en dirección opuesta.

—Ni hablar. —Negué con la cabeza—. A menos que, por supuesto, «quieras» ver a la Erika esa intentando montar a John junto a su taquilla.

—¿Qué? —Hang arrugó la nariz—. Puaj.

—Lo sé —afirmé—. Y si bien me doy cuenta de que la política de educación sexual de la escuela podría considerarse inadecuada, las demostraciones en directo de la vida real tampoco son lo que yo busco.

—Me parece bien.

—Así que me voy a saltar las clases por primera vez en la vida. Es mi próxima nueva experiencia, lo acabo de decidir. —La sonrisa que le dediqué es muy probable que fuera un poco demente—. Toma los apuntes por mí, por favor.

Negó con la cabeza.

—Que le den, me voy contigo. Larguémonos de aquí.

Primero nos detuvimos en la Auburn Coffee Company, por la cafeína. Luego, tomamos una serie de decisiones. Una noche de viernes vacía se cernía amenazante en lontananza: eso era inaceptable.

No voy a mentir: algo de miedo y de culpa pervivía en mi interior por

saltarme la clase. Pero hice caso omiso con coraje de esos necios impostores. ¿Y si me volvían a castigar o se lo decían a mamá? De hecho, preferiría que mi madre nunca se enterase; sus niveles de estrés con respecto a mí ya eran suficientemente elevados. Sin embargo, se trataba de una miserable clase en toda mi carrera estudiantil frente al fin del mundo.

—Fui abducida por extraterrestres —me contó Hang, sentada en su cama con las piernas cruzadas. Los planes anteriormente mencionados incluían una fiesta de pijamas en su casa. Como sus padres tenían un mini bar bien abastecido y habían salido a cenar con unos amigos, terminamos nuestros cafés y comenzamos a tomar cervezas—. Me sacaron directamente de un pasillo del instituto. No pude hacer nada, salvo dejarles llevar a cabo sus enfermizos y pervertidos experimentos sobre mí.

—Dios, pobrecita. —Di un sorbo de mi bebida.

—¿He mencionado que todos los extraterrestres parecían modelos masculinos?

—Todas esas sondas. Eres tan valiente.

—Lo intento —resopló—. ¿Y tú? ¿Por qué faltaste a la última clase?

—Oh, me resbalé y me torcí el pecho izquierdo —informé muy seria—. Tuve que irme a casa y descansar de inmediato.

—Por supuesto. Eso parece insoportable.

—Mucho. —Me di unas palmaditas en la teta—. El médico dijo que no podría usar sostenes con aro durante semanas. Estamos hablando de un posible descuelgue aquí. El dolor es auténtico.

Hang se partía de risa.

—Esos son problemas que las chicas de pecho plano como yo nunca tendremos. Tú y tu delantera, manteneos alejadas de mí. Me quedo con mis sostenes deportivos y la comodidad, ¡muchas gracias!

Un *reality show* se emitía en silencio en la pequeña pantalla plana de televisión que colgaba de la pared. Dibujos o cuadros hechos por Hang cubrían la otra pared, cuyos temas iban desde autorretratos a dibujos de amigos, de casas de su calle a pequeñas y cotidianas cosas del hogar.

—Realmente, tienes muchísimo de talento —le dije, y no por primera vez.

—Cállate.

—Lo tienes.

—No. —Dio un trago a la cerveza—. Papá sí tiene mucho talento. Yo soy mediocre.

Solo sacudí la cabeza.

—Mi hermano y yo tenemos suerte —dijo—. Entre mamá, que es contable, y papá, que es profesor de Arte, cubrimos el lado izquierdo y el derecho del cerebro.

—No estoy segura de tener ninguna parte del cerebro cubierta —bromeé—. Mamá es inteligente, pero tuvo que abandonar la universidad para tenerme a mí. El donante de espermatozoides no quiso saber nada de nosotras. Él se lo pierde.

—Desgraciado.

Me encogí de hombros.

Claro, a veces dolía, pero eso no cambiaba la verdad. Me querían. No permitiría que el mierdecilla que le había roto el corazón a mamá y nos había dejado tiradas de la peor manera jugara con mi cabeza. No se produciría una emotiva reunión, no habría ni comprensión ni perdón definitivo. Para mí, él no existía. Con que uno de tus progenitores te ame puede ser más que suficiente. Fin.

—Entonces... —murmuró Hang, tendida de costado, acercándose de nuevo la cerveza a los labios—. ¿Cuándo vamos a empezar a insultar a John?

—Ejem, ¿nunca?

Se quedó con la boca abierta por la sorpresa.

—Venga, vamos. Permitted que esa zorra le metiera mano después de que dijera toda esa mierda sobre ti. ¿Dónde está su lealtad?

—No soy su dueña. Si él quiere tener mal gusto con las mujeres, ese es su problema. —Me había hecho morir por dentro un poquito, pero no era gran cosa.

—De ninguna manera, no puedes dejarlo pasar. ¡Amistad! ¡Camaradería!

Tal vez debería haberle contado la historia de que vino a rescatarme cuando me estalló el neumático trasero en mitad de la noche. Pero a pesar de que realmente me gustaba Hang, la confianza todavía no era fácil. Mi privacidad había sido tan invadida en las últimas semanas que ahora la valoraba profundamente.

Hang me tendió la mano, haciendo señas con los dedos.

—Solo dame tu teléfono móvil. Le enviaré un mensaje corto y conciso, eso es todo. Algo como «Espero que tengas un buen día y que se te caiga el pene».

—No. No vamos a mandarle mensajes a John y mucho menos borrachas.

«Dos horas después...».

—Es «picha floja» una o dos palabras, ¿eh? —preguntó Hang, mordiéndose el labio inferior mientras estudiaba la pantalla de mi teléfono móvil.

—¿Lo estás llamando picha floja?

—Ingenioso, ¿verdad?

—Sí.

Me tumbé a su lado en la cama. El techo parecía estar dando vueltas sobre sí mismo.

—Ojalá se me hubiera ocurrido a mí eso.

—Como te decía, el vodka ayuda con la creatividad. Libera al artista que llevamos dentro.

—Obviamente.

—A mi hermano no le va a gustar nada que haya robado esta botella de su habitación. Aunque realmente no bebo a menudo. Aun así, debemos esconder la prueba y no contárselo. Y, sobre todo, tenemos que impedir que mis padres lo descubran. —El móvil le sonó de nuevo y Hang lo alcanzó de la mesita de noche. Había que admirar la habilidad de la chica para realizar múltiples tareas. ¿Quién sabía con cuántas personas diferentes a la vez estaba sosteniendo conversaciones de texto esa noche?—. Oh, qué bien. La cena de Carrie y Sophia con los padres de Sophia está yendo de perlas.

—Me alegro. —Suspiré—. Todo el mundo debería ser feliz y estar enamorado y todas esas cosas.

—Mmm. O eso, o beber y enviarle imaginativos mensajes de enfado a los chicos.

—Sí.

Se oyó un ruido fuerte que provenía de la puerta principal. Ambas nos sentamos, sorprendidas, y luego comenzamos a reír por alguna razón. No sé, tenía sentido en ese momento.

—Mi hermano debe de haberse olvidado las llaves. —Hang saltó de la

cama y yo la seguí por curiosidad, pero también porque era hora de ir al baño. Afortunadamente, no nos habíamos cambiado la ropa que habíamos llevado al instituto, así que, para variar, nadie me encontraría en pijama.

La casa era una vivienda unifamiliar baja y larga de ladrillo visto, cuyas paredes estaban repletas de pinturas grandes, brillantes y bellas, todas ellas hechas por el padre de Hang. Si él hubiera sido mi padre y a mí me hubiera interesado el Arte, también me habría sentido intimidada. Era bueno.

Más golpes en la puerta principal.

—Un momento —gritó Hang, abriendo la cerradura y la puerta.

—Señoras. —Anders ocupaba la entrada, con una amplia sonrisa—. Estabas equivocado, JC. No están borrachas, ni mucho menos.

Algo dentro de mí —mi estómago, mi orgullo, no sé qué— se hundió por debajo del nivel del suelo. Agarré a Hang del brazo, mientras le susurraba:

—¿Les has dicho que estábamos aquí?

—Anders me ha tendido una trampa.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo?

—Me preguntó dónde vivía.

—¿Y eso... esa es una pregunta trampa? —pregunté, desconcertada.

Hang aleteó los brazos.

El chico en cuestión, sin embargo, se rio entre dientes. «Imbécil».

John empujó a Anders a un lado y entró en el vestíbulo. No estaba contento.

—¿Hay algún motivo en concreto por el que me has enviado la dirección de cada clínica de ETS del estado?

Abrí la boca, la cerré y luego la abrí de nuevo.

—Bueno, en realidad es una información muy útil para cualquiera, ¿sabes?

No lo convencí.

—Y quieres que mi polla pequeña e inútil se me reseque y se me caiga, ¿por qué?

—Joder —rio Anders—, con ese comentario es que me partía de risa. Aunque todos han sido bastante buenos.

Hang sonrió.

—Los escribimos a medias.

—Buen trabajo. —Anders levantó la mano, anormalmente grande, y se la chocó a Hang. Increíble.

Mientras tanto, una expresión vagamente homicida llenaba los ojos de John.

—¿Edie?

—Como si no lo supieras —intervino Hang, y toda la buena voluntad y la alegría desaparecieron de su rostro—. Sinvergüenza.

John solo la miró, con el ceño apretado.

—Erika —le espetó.

—¿Erika? —John se volvió hacia mí—. ¿Qué pasa con ella?

Miré a otro lado. Al suelo, a las paredes... todo eran cosas súper interesantes que merecían mi inmediata atención.

—Junto a tu taquilla, esta tarde —puntualizó Hang—. Después de toda esa mierda que le dijo a Edie. ¿Cómo has sido capaz?

Anders silbó y se apoyó contra la pared, poniéndose cómodo.

—Edie estaba tan dolida que ha faltado a clase por primera vez —continuó Hang, irguiendo con orgullo la cabeza—. Su educación está arruinada. Por tu culpa.

«Aniquíleme ahora mismito, por favor, Jesusito».

John se agachó para hacer coincidir sus ojos con mi línea de visión.

—Edie, Erika se ha acercado a mí y le he dicho que se vaya al cuerno. ¿Era eso lo que querías saber?

—Yo... ¿Has hecho eso? —pregunté—. ¿Pero primero has dejado que te metiera mano?

—Joder. La he mandado a paseo, ¿de acuerdo? Solo que le ha costado un poco captar el mensaje. —Se enderezó y sacó su habitual goma elástica del bolsillo para recogerse el pelo—. Hay montones de chicas por ahí. ¿Por qué iba a liarme con una que insulta a mis amigos?

Yo nunca había podido meterle mano, así que, ¿por qué ella sí? De todas formas, al final John había hecho lo correcto. Suspiré de alivio y de momento conseguí no hacer caso a la momentánea punzada de celos que sentía.

—Ah.

—Uf, qué metedura de pata —murmuró Hang.

John, de pie frente a mí, esperaba.

—Lo siento —dije, haciendo una mueca—. Pero tienes que admitir que, desde fuera, se veía muy mal.

—¿Estamos saliendo? ¿Estamos juntos o algo así y no me he dado cuenta?

—¿Qué? No.

—¿Pues entonces?

Fruncí el ceño.

Con los brazos cruzados, él no dijo nada.

—De acuerdo, lo de enviarte mensajes de texto insultantes... nos dejamos llevar. Yo, mmm, te prometo que en el futuro solo usaré tu número para el bien en vez de para el mal.

—Te lo agradecería. —El brillo de sus ojos seguía sin ser amistoso. Lo cierto era que tampoco podía culparlo por eso.

—De acuerdo, criaturas. —Anders juntó las manos y se las frotó—. Ya que estamos aquí, ¿qué entretenimiento nos podéis ofrecer?

—¿Queréis ver una película? —preguntó Hang, cerrando la puerta de entrada.

—Buena idea.

Juntos, se dirigieron hacia la sala de la familia, mientras discutían sobre qué película elegir. John y yo, sin embargo, nos quedamos quietos.

Entrelazando las manos, le ofrecí una pequeña sonrisa de arrepentimiento.

—Siento haber sido una imbécil integral.

—La próxima vez que tengas un problema conmigo, Edie, ven a mí directamente —dijo—. Es cierto que, probablemente, debería de haber parado antes a Erika. Pero cómo se supone que he de quitarme sus manos de encima, ¿eh? Empujar a una chica frente a las cámaras de la escuela no queda muy bien.

No le faltaba razón.

—Estoy acostumbrado a que la gente piense que soy escoria, pero esperaba algo más de ti —aclaró, con expresión herida.

—Yo no pienso así.

—Entonces, ¿por qué no has confiado en mí?

Mi cerebro, empapado de alcohol, no tenía nada que argüir.

John desvió la mirada, con los hombros todavía tensos.

—La única razón por la que hablé con ella fue porque tenía un mensaje de mi hermano. Erika todavía le compra.

—Oh.

Durante un buen rato no dijo nada.

—Dile a Anders que lo veré más tarde.

Cuando se marchó, no cerró la puerta ni nada. La silenciosa despedida casi fue peor.



## CAPÍTULO 23

—¿Y este? —preguntó mamá, sujetando otro top—. Es bonito.

Entorné los ojos para mirarlo por encima de las gafas de sol.

—¿Te has dado cuenta de que no es negro?

—¿Todo lo que lleves tiene que ser negro?

—Sí. Mayormente.

—De acueeeerdo. —Con un profundo suspiro, volvió a colgar el top donde estaba.

Nos encontrábamos en los dos metros cuadrados de espacio, más o menos, que los grandes almacenes habían asignado para las «Tallas grandes». En fin. Por lo general, en Internet había bastantes cosas bonitas para mí, como si el hecho de ocultar esas tallas en el ciberespacio hiciera que las marcas más famosas y más de moda se mantuvieran en la cresta de la ola al distanciarse, de alguna manera, de la gente como yo. «Tontorrón».

—¿Podemos ir ya a la zona de maquillaje? —le pregunté. Sephora era la razón principal por la que había sugerido ir hasta Roseville y visitar el Galleria. Al menos, allí no tenía que preocuparme de caber dentro de lo que vendían.

—Claro —dijo mamá—. Sabes que no engañas a nadie con esas gafas de sol, ¿verdad?

—Soy carismática y misteriosa.

—No, cariño. Tienes resaca —me corrigió—. Te regañaría si no fuera porque una o dos veces hice lo mismo a tu edad, y prefiero no ser hipócrita

siempre que pueda evitarlo.

—Y por eso te quiero.

—Mmm. Lo que no significa que no me preocupe por ti —puntualizó—. Espero que te hayas comportado con bastante sensatez y estuvieras en un ambiente seguro. Estuviste en casa de Hang toda la noche, ¿no?

—Así es. —Me puse las gafas encima de la cabeza y me froté los ojos cansados. — Pasan cosas malas, ya lo sé. Te prometo que no hicimos nada peligroso.

Siguió con el ceño fruncido.

—¿Y sabes que puedes llamarme en cualquier momento, sin que te haga preguntas, si necesitas que te lleve a casa?

—Sí.

—De acuerdo. Gracias.

Un mechón de pelo gris se había escapado de la impoluta coleta rubia de mi madre. Brillaba con fuerza bajo las descarnadas luces de la tienda. A la abuela también se le había vuelto canoso en la treintena, como le encantaba señalarme con espeluznante regocijo. Sin embargo, mi madre siempre me había parecido indestructible, dura y lista para enfrentarse al mundo por mí. Por eso esas canas me molestaban enormemente.

—Estás haciéndote mayor demasiado rápido últimamente. No puedo seguirte el ritmo. —Me acarició la mejilla con la mano, que tenía fría—. ¿Te lo pasaste bien con tu nueva amiga?

—Pues sí. —Sonreí y le cubrí la mano con la mía—. Hang es un cielo. Creo que incluso podría ser de fiar: terror, intriga...

—Nunca vas a perdonar a Georgia, ¿verdad?

Me di la vuelta, con lo que nuestras manos abandonaron mi cara.

—No. Es que... No puedo.

—Edie... —mamá fruncía el ceño—. Las dos habéis sido amigas desde niñas.

—Ya. —Sentí náuseas en el estómago. O la resaca o Georgia, no estaba segura—. Y luego me traicionó por completo, de paso insultando a la persona que me había salvado la vida.

—La gente comete errores.

Negué con la cabeza.

—Lo sé. Créeme, lo sé. Si hubiera hablado con algún periodista sobre mí, podría haberla perdonado. Pero ¿ir a todos los programas y hablar con cualquiera que le diera día y hora? Pues va a ser que no.

—Oh, mi pequeña. —Lugar público o no, mamá me abrazó—. Las cosas han sido difíciles para ti últimamente.

Intenté sonreír. No funcionó del todo.

—Me gustaría conocer a tus nuevos amigos en algún momento.

—Por supuesto. En algún momento. —De ninguna manera quería saber cómo reaccionaría si viera a John, si es que alguna vez llegaba la ocasión en la que él volviera a tener ganas de hablar conmigo. Mi madre lo había visto salir esposado del Drop Stop, igual que yo. También había oído hablar de su vida anterior como el amistoso traficante de drogas del barrio.

Ni hablar. Incluso si por un milagro lograba recuperar a John, él y mamá no tenían que conocerse.

—Anoche metí un poco la pata —dije, porque necesitaba hablar de ello. Dios era testigo de que lo sucedido ocupaba mi pobre mente, dañada por el alcohol. Las manos se me retorcieron por su cuenta. Hablando de una conciencia culpable...

—¿Qué quieres decir? —preguntó mamá.

—Saqué una conclusión incorrecta sobre uno de mis nuevos amigos y puedo haber quedado como una completa burra delante de todos.

Mi madre arrugó la nariz y dio un paso atrás.

—Vaya. ¿Te disculpaste?

Asentí.

—No solucionó nada, ¿eh? Bueno, si se trata de alguien importante para ti, tienes que seguir disculpándote —dijo mientras me palmeaba la mejilla con su fría mano—. Y busca formas nuevas y variadas de hacerlo. Prepárale unos *brownies*, escríbele una canción, constrúyete una cabaña en el bosque: desmelénate.

—Tal vez.

—Sabes que aquí me tienes para lo que sea, ¿no? —me preguntó, con los ojos brillantes.

—Lo sé.

La agarré de la mano.

—Cualquier cosa de la que necesites hablar, a mí me interesa —insistió—. Del robo, de tu nueva escuela, de cómo van las cosas con el terapeuta, de tus relaciones, de tus amigos, de chicos o chicas, de lo que sea...

—Está bien, mamá. De verdad. Estoy bien. —Si pasábamos por alto el insomnio, los ataques de pánico ocasionales y las locuras que me cruzaban por la cabeza—. Las cosas se están calmando.

Lanzó un sollozo.

—Ay, Dios mío, estamos en un sitio público. No te pongas a llorar —le ordené—. No es el lugar ni el momento.

—Por supuesto que lo es. Nos estamos abrazando en medio de unos grandes almacenes. —Mamá me apretó con fuerza—. Es un bonito momento madre/hija. Vamos a pedirle a ese desconocido que pasa que nos saque una foto.

Puse los ojos en blanco. Entonces una marca en su cuello me llamó la atención y entrecerré los ojos.

—¿Mamá? ¿Eso es un chupetón?

—¿Qué? —Rápidamente, se cubrió con la mano el pequeño moratón que tenía debajo de la oreja—. ¡No, claro que no!

—Lo es. —Me quedé boquiabierta—. Estás saliendo con alguien.

La culpa se tradujo en unos labios apretados y en unos ojos agrandados y llenos de pánico.

—Por supuesto que no. No seas tonta. ¿De dónde narices voy a sacar el tiempo, siquiera?

—Mamá...

—Entre tú y el trabajo, estoy hasta arriba. —Me plantó un beso en la mejilla y sonrió—. Me pellizqué al quitar-me un collar anoche, eso es todo. El cierre se atascó.

—Sabes que no me importaría —le dije, mirándola con atención. No la creía del todo—. Tienes derecho a vivir. Simplemente, no me hagas caso porque me haya disgustado al saber que estás saliendo con alguien.

—Te lo agradezco, cariño. —Me miró con sequedad—. Pero, Edie, no

estoy saliendo con nadie.

Poco a poco, dejé escapar un suspiro.

—De acuerdo.

—¿Un café y un *cake-pop*?

—Sería un salvavidas en potencia ahora mismo.

Sonrió.

—¡Esta chica es de las mías! Vamos.

Y todo volvió a estar bien. O casi todo.

## CAPÍTULO 24

El lunes, dejé una bolsa de galletas caseras en el pupitre de John en la clase de Lengua. Enarcó una ceja y luego la guardó en la mochila. No hablamos.

El martes, le di un *cupcake* cuando nos cruzamos por el pasillo. La palabra «perdóname» era demasiado grande como para que cupiera en la parte superior, pero pensé que la P que puse en glaseado verde era elocuente. Todavía seguimos sin hablar.

El miércoles, agotados tanto los productos de repostería como mi dinero, deslicé en su taquilla un haiku titulado «Soy lo peor». Componer una canción estaba descartado. Al principio lo había intentado con un soneto, hasta que me di cuenta de que era malísima con la poesía y, de todos modos, los haikus eran más cortos. Ese día, en realidad, ni lo vi.

El jueves, en Lengua otra vez, coloqué un pequeño paquete de papel marrón, cuidadosamente envuelto, sobre su escritorio. Tenía ojeras de cansancio. Ladeó la cabeza, curioso o confundido, no pude precisarlo.

—Lechuga, jamón, queso suizo y pepinillos —le informé.

—¿Me has hecho un sándwich?

—Sí.

—Ah.

—No tienes que comértelo, si no quieres.

—No —dijo, colocando una mano posesiva sobre el bocado—. Sí que quiero.

—De acuerdo.

Con eso aclarado, me di la vuelta en el asiento, para ponerme de cara a la pizarra.

—¿Eddie?

Giré la cabeza por encima del hombro.

—¿Sí?

—Te perdono —dijo—. Puedes parar con los regalos.

Exhalé lentamente.

—Qué bien. Me estaba quedando sin ideas. Mañana, probablemente, me hubiera ofrecido a llevarte los libros.

—¿Me habrías llevado los libros?

La hilaridad henchía sus ojos.

—Por supuesto. ¿Por qué no? —pregunté—. Si la cosa se alargaba hasta el fin de semana, ya me veía lavándote el Charger o algo así.

Hizo una pausa. Luego negó con la cabeza y la melena le cayó hacia adelante para ocultar una sonrisa.

—Debería haber seguido resistiendo.

—John, no creo que seas una mala persona... Y confío en ti.

Se limitó a mirarme fijamente.

—Gracias.

De repente, sentí que respiraba con facilidad. Al igual que mis costillas, ya sanas, que parecían haberse encogido, pero que ahora volvían a su tamaño normal. Si John hubiera decidido que era un quebradero de cabeza relacionarse conmigo, habría sobrevivido. Lo sabía. Pero que me perdonase, sin embargo, sentaba mucho mejor. El taconeo de unos zapatos anunció la llegada de nuestra profesora. Miré hacia adelante con una sonrisa.

## CAPÍTULO 25

Esa noche...

Yo: ¿Estás despierto?

John: Sí

Yo: ¿Qué estás haciendo?

John: TV. ¿Estás bien?

Yo: Todo Ok. ¿Quieres estudiar?

John: Allí en 15.

Supongo que estaba nervioso porque, en cuanto llegó, en vez de estudiar propuso salir a dar una vuelta. Fuimos a un restaurante de carretera situado en la autovía que llevaba al parque nacional. Era un edificio largo, tipo cabaña, con un gran letrero de cerveza Bud encendido en la parte superior. Seguro que había cabezas de animales muertos colgando de las paredes. Incluso en mitad de la noche, unos cuantos camiones y motos estaban aparcados delante.

—No tengo un DNI falso —le dije, el asfalto crujiendo bajo mis pies.

—No hace falta. El dueño es un viejo amigo de mi padre.

—Caramba. La primera vez que bebo en un bar siendo menor de edad.

Levantó la mano y chocamos esos cinco. Una calidez me llenó el pecho que nada tenía que ver con el alcohol o las drogas. Haber recuperado a mi amigo



era estupendo.

Dentro había reservados con bancos corridos y una larga barra de madera, separados por varias mesas. Desde una vieja máquina de discos salía música country. Y cabezas de animales muertos... lo sabía. Una pequeña pista de baile y un par de mesas de billar se situaban a un lado.

—¿Quieres jugar? —le pregunté, yendo en esa dirección.

—Claro.

—John. —Una camarera de veintitantos años se acercó a él con una sonrisa de bienvenida. Iba muy guapa con una falda de denim ajustada. Seguidamente lo abrazó con todo el cuerpo. O ya se conocían en el sentido bíblico o ella quería que lo hicieran. Hagan sus apuestas.

—Ruby. Hola. —La apretujó antes de apartarse—. Esta es mi amiga, Edie.

—Hola. —Su sonrisa vaciló ligeramente cuando sus ojos se posaron en mí. Definitivamente, lo habían hecho—. Bienvenida.

—¿Podemos tomar una sidra y una cerveza? —preguntó John.

—¡Marchando! —Ruby se apartó, balanceando ostentadamente las caderas. Por supuesto, John la miró.

Preparé las bolas y seleccioné un taco, cuya punta froté un poco con tiza. No estaba celosa porque eso habría sido inútil. Total y completamente inútil. Y en cuanto a la estúpida parte de mí que insistía en fantasear sobre él, podía cerrar el pico.

John se aclaró la garganta.

—Espero que te parezca bien.

—¿El qué?

—¿La sidra? Como he notado que de hecho no eres demasiado aficionada a la cerveza, pues...

—Es cierto. Estupendo. Gracias. —Los hombros se me relajaron y respiré tranquila—. ¿Quieres romper?

—No, hazlo tú.

Inclinándome sobre la mesa, alineé el tiro. La bola blanca se estrelló contra un lado del prolijo triángulo de bolas de colores, lo que las envió en todas direcciones. Una cayó ruidosamente dentro de uno de los agujeros de las esquinas. Qué gratificante.

—Qué bonito —comentó John.

Me encantaba esto: el roce del fieltro en los dedos y la sensación del taco entre las manos. Sobre todo, me gustaba el satisfactorio crac que las bolas hacían al impactar, seguido por el sonido de rodar por los túneles debajo de la mesa hasta llegar al final. Estaba centrada. Con el siguiente golpe, envié otra bola abajo. Y luego otra.

—Has jugado antes —observó John.

Me agaché un poco, alineando el siguiente tiro en mi cabeza.

—Mamá tuvo un novio durante un tiempo. Era estupendo. Tenía una mesa de billar y me enseñó a jugar.

John carraspeó.

—Creo que quería llevar las cosas más lejos con mamá, pero ella no estaba lista. Lástima. —El disparo me salió mal e hice una mueca—. Vaya. Tu turno.

Ruby regresó con las bebidas y las colocó en la mesa que había junto a John. Ella le guiñó un ojo; él le sonrió. Me tragué la mitad de la bebida.

—Por la amistad —dije, y volví a dejar el vaso.

John tomó un taco y se inclinó sobre la mesa, midiendo su disparo. Traté de no fijarme en cómo se le ajustaban los *jeans* al trasero, y fallé. Como de costumbre, lo que yo hacía fatal él lo lograba con despreocupada facilidad. Una bola cayó, seguida de otra.

—¿Has visto a tu hermano últimamente?

—Sí. —Una nube oscura le cubrió el rostro—. Vino la otra noche, quería hablar conmigo sobre volver a vender. Le dije que no. Otra vez. Mi tío no lo quería en su casa; sabe en qué mierda está metido Dillon. Se pusieron a gritar. No me gustó. —Falló el lanzamiento, se acercó a la mesa y dio un sorbo de su bebida—. En fin... ¿Y cómo va el psicólogo?

—Bueno, hemos ido más allá de hablar solo de películas. —Supongo que habíamos llegado a la parte sin barreras personales de la noche. Hice mi lanzamiento y la bola se hundió—. Le hablé de ti.

La cara de John se volvió inexpresiva.

—Ah, ¿sí?

—Su opinión profesional fue que ser amigos después de haber pasado por una experiencia tan traumática juntos podía ser tan beneficioso como dañino.

No dijo nada y se llevó la botella de cerveza a los labios.

—A veces los psicólogos hablan con rodeos.

Un gruñido.

—Pero ¿ahora sí le hablas sobre tus problemas de atención, el insomnio y esas cosas?

—Sí —afirmé. No había sido fácil, pero lo había hecho. Y mientras tanto me habían dado una nueva medicación y me habían recomendado algunas estrategias de adaptación psicológica. Ya veríamos si funcionarían.

—Bien —dijo.

Otra bola fue a parar al agujero.

—¿No debería haberte mencionado?

—Lo que sea que te ayude. Supongo.

—¿Estás seguro? Puedo dejar de hablar de ti con el señor Solomon si prefieres que no lo haga. Solo preguntaba por mis amigos.

—Está bien, Edie.

—No hablo de ti con nadie más —aclaré—. Por si acaso te lo preguntabas. Sé lo que es tener a gente hablando de ti a tus espaldas. Chismes y porquería.

—¿Ni siquiera con Hang?

—No. Bueno... —Arrugué la nariz—. En general, no. No hablo de nada personal. Aparte del desafortunado incidente con los mensajes de texto...

Una sonrisa irónica de su parte.

—Ya.

—Lo siento. —Me coloqué en posición, inclinada sobre la mesa, con el taco en la mano—. Una vez más.

—Estás perdonada. Una vez más. —Bebió un poco de cerveza—. Fue el sándwich lo que lo logró. Era la primera vez que alguien me preparaba el desayuno.

Sonriendo, apunté y disparé. La pelota cayó en una tronera. Me moví sobre la mesa, apartándome de él, para preparar el siguiente disparo. Casi había llegado el momento de que yo, oh, sí, ganase con gracia.

John me miraba en silencio. Me hubiera encantado saber qué le pasaba por la cabeza. Salvo que, en ese instante, la mirada se le posó en el escote del cuello de mi camisa y allí se quedó, pegada a mis pechos.

«De ninguna manera».

Y no era como si no me hubiera puesto un sujetador. No era que se transparentasen ni nada así. Además, tampoco era como si no me hubiera visto antes en ropa interior, y mojada, cuando estuvimos en el lago. Si la memoria no me engañaba, entonces también se había fijado en ellos. Brevemente. Aun así, por la forma en la que ahora los miraba embelesado, se hubiera dicho que el chico nunca había visto un par de tetas. Como si una chica fuera un objeto extraño y desconocido.

Lentamente, me erguí.

Pasado el trance, me miró, con los ojos muy abiertos. Lo había sorprendido y ambos lo sabíamos.

—Estás a punto de que te entierren —le dije.

Él parpadeó repetidamente.

—Eddie, yo...

—A dos metros bajo tierra, John. —Hice un gesto con la cabeza en dirección a las bolas de la mesa.

Frunciendo el ceño, también dirigió su atención hacia ahí.

—Oh.

—Mamá dice que no debería bromear sobre la muerte, pero, no sé... El humor negro parece adecuado después de lo que pasamos.

No dijo nada.

—¿No estás de acuerdo? —le pregunté, entreteniéndome para darle tiempo a sobreponerse. Fingir que me daba igual lo que respondiera no habría sido raro; habría sido rarísimo. Acababa de recuperarlo como amigo: no podía volver a perderlo. Había sido un accidente ocular fortuito, nada más. Al fin y al cabo, ambos sabíamos que yo no era su tipo. Aun así, tal vez debería esforzarme más por darme un revolcón. Por lo visto, el sexo era una manera fantástica de combatir el estrés. Y ahora mismo, mi mejor amigo me estaba haciendo sentir un poco estresada.

«Sí, genio de la ciencia». Acababa de encontrar mi próximo «la primera vez que» para cerrar la lista.

—Sí, ya voy —dijo finalmente, señalando con la cabeza la mesa—. ¿A la mejor de tres?

Sonreí.

—Venga.

Después de ganarle una o dos veces más, y de largo, me llevó a casa. No pasó nada entre nosotros. Quiero decir, que claro que, por supuesto, no pasó nada entre nosotros.

## CAPÍTULO 26

—Solo digo que creo que, desde un punto de vista educacional, la película tenía mucho que ofrecer —observó Hang, mordisqueando una pajita.

Era viernes por la noche y estábamos en una fiesta improvisada al aire libre, pasado el parque de *skateboard* de la carretera del viejo cementerio. Lo suficientemente lejos de la ciudad como para no despertar la preocupación de los padres, los ciudadanos responsables o la policía; pero lo suficientemente cerca como para que muchas personas de nuestro instituto aparecieran por ahí, junto con otra gente.

Las luces de los automóviles iluminaban el espacio. Uno tenía abierto el capó, con unos altavoces que emitían música a todo volumen desde la parte posterior. Otro tenía el indispensable barril de cerveza y los vasos de plástico rojo haciendo horas extras.

—*El hombre feroz* —dijo Hang con una voz grave y profundamente inquietante.

Lancé un gemido. O fingí que lo hacía.

—Estuvo muy mal. Aún tengo ganas de arrancarme los ojos.

—Por favor... Te encantó.

—No, ni mucho menos.

—Sí, claro que sí. Otra primera vez que ya ha pasado... ya has visto una película porno. —Hang sonrió—. No puedo creerme que mi hermano tuviera eso en su ordenador. Con eso podré chantajearle toda la vida.

—Nunca más volveré a ver algo así —dije, dándole un sorbo a mi vaso de

cerveza. Me gustara o no, era lo único que se ofrecía en esa fiesta—. Me siento sucia, como si tuviera el alma manchada.

—Ah, pero es que la tienes. Ahora arderás en el infierno junto con todos nosotros.

Asentí con tristeza.

—Y no dejo de acordarme de esa pobre e inocente chica de las cavernas sacrificándose a los deseos antinaturales del Hombre Feroz. Qué valor...

—Salvó al clan.

Me llevé la mano al pecho.

—Un modelo a seguir para todas las mujeres jóvenes.

—Sí —suspiró Hang—. Quiero ser como ella cuando sea mayor.

Estábamos diciendo tal cantidad de bobadas que nos echamos a reír a carcajada limpia.

—Buenas noches, señoras —dijo Anders, apareciendo de la nada como de costumbre. Cómo alguien tan grande lograba escabullirse tan fácilmente era para mí todo un misterio.

—Hola, Anders —lo saludé con una sonrisa, secándome las lágrimas de reír tan intensamente.

—¿De qué va esto? —preguntó, con ojos curiosos.

—De vida. De disfrutar de la vida.

No parecía muy convencido.

—JC está haciendo *skateboard*. Me he impacientado y he pensado en venir a hablar con vosotras.

—Qué suerte la nuestra —dijo Hang—. Sabes que hay muchas otras chicas aquí a las que podrías molestar.

Anders le lanzó una mirada. Ni idea de lo que significaba.

Hang me dio un discreto codazo mientras saludaba con un gesto de cabeza a alguien cercano. Pelirrojo, altura media, guapo. El chico de Trigonometría acababa de llegar. Aparentemente, la misma persona que le había preguntado a mi nueva mejor amiga acerca de mí y que había expresado un gran interés en conocerme. Bebí un poco más de cerveza, tratando de estar tranquila en lugar de hecha un manojo de nervios, como solía, además de sudada. No funcionó.

—Ha venido —informó Hang.

—Ya veo. —«Inspira profundamente, espira lentamente»—. No sé...

—Agradable, nada amenazador, sabe lo que se hace si creemos a su última novia.

—¿De qué estamos hablando? —murmuró Anders, que bajó la cabeza a nuestro nivel—. ¿A quién estamos mirando?

—A nadie. Vete —dijo Hang.

—¡Pero quiero ser una de las chicas!

—No. —Le puso una mano sobre la cara y lo empujó.

Anders pronunció una especie de extraño de «ay» y desapareció en la noche.

—Eras tú quien quería acabar con su virginidad —señaló Hang con calma—. Pero depende totalmente de ti, Edie. Tú mandas.

Más cerveza.

—Recuérdame otra vez cuál fue mi razonamiento.

Levantando la mano, fue agarrándose los dedos uno por uno.

—Que puede ser complicado y doloroso y que posiblemente da vergüenza. Y que lo único que quieres es terminar con ello de una vez, para que cuando conozcas a alguien con quien quieras tener una relación, lo que podría no suceder hasta dentro de unos años, seas su igual.

—Claro, eso tiene sentido —confirmé—. La lógica es consistente.

—Además, si él sabe realmente lo que está haciendo, deberías tener un orgasmo. ¡Premio! Encima, es también otra primera cosa que querrías experimentar en caso de que, de alguna manera, mueras mañana en un accidente estrambótico —prosiguió—. Atrapada en una estampida de llamas desbocadas. Atacada por una manada de perros shih tzu rabiosos. Esa clase de cosas.

—Te burlas de mí, pero podría suceder. —Chasqué los dedos—. Así, en un visto y no visto, te has ido, muerta. Fin.

—Está bien, mi macabra amiga. Lo que tú digas. —Me quitó la cerveza y se la terminó—. Tropieza casualmente con él mientras vas a buscar más bebida. Dile algo... He oído decir que a los chicos les gusta.

No podía moverme.

—O no. Te quedas a dormir en mi casa, así que tienes toda la noche —



recalcó—. Siempre puedes decidirte más tarde. Sin prisas.

—Sin prisas. —Aparte de la mano que me agarraba el corazón y cuyos dedos se iban apretando lentamente en torno a él. No tendría un ataque de pánico. No perdería el control.

—Podrías esperar un poco más, mágicamente conocer a alguien maravilloso y desear que sea el primero. —Hang se encogió de hombros—. Nunca se sabe. Solo has estado en nuestro instituto un par de semanas.

—Cierto.

—O tal vez ese tipo de ahí es de quien te enamorarás, os casaréis después de la universidad y tendréis hijos. —Una sonrisa soñadora se dibujó en su cara—. Entonces podrás decirle a todo el mundo que te casaste con tu novio del instituto.

—Mmm.

—Y solo practicarías el sexo con una persona.

Fruncí el ceño.

—Sí —dijo ella—. No estoy muy segura de que sea una gran opción, después de todo. Para siempre es mucho tiempo.

—Solo tengo diecisiete años, o sea que yo tampoco lo creo. Aunque podríamos equivocarnos.

—Tal vez —coincidió—. Concentrémonos en desvirgarte y dejemos el «vivieron felices y comieron perdices» para otro momento.

—Creo que sería lo mejor.

Hang había salido con un chico del último curso el año pasado. Habían roto cuando él se fue a la universidad. Había perdido la virginidad hacía mucho tiempo en aras del amor.

—La melena rubia te brilla, te has maquillado perfecto, llevas unas botas estupendas y me gusta realmente ese vestido que te has puesto —declaró echándome un vistazo general.

—Gracias. —Alisé la falda de algodón negro—. No hay nada como un vestido largo.

—Cierto.

—Es solo un pedazo de piel sin sentido, con un nombre penoso —dije, y me puse de pie, irguiendo los hombros y los pechos—. No lo necesito.

—Pues claro que no. —Hang me puso el vaso de cerveza vacío en la mano, con cara seria—. Sin piedad. A matar. O haz lo que sea con lo que te sientas cómoda, ¿de acuerdo? Es tu cuerpo y tu elección, y lo respeto.

—Me alegro de que seamos amigas. —Rodeándole los hombros con un solo brazo, casi la abracé. Separó los labios por la sorpresa. Supongo que el hecho de que yo mostrase afecto no sucedía a menudo. Mi madre, en general, tampoco era especialmente cariñosa y no solía abrazarme.

—Yo también —dijo, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

No más dudas: con el vaso vacío en la mano, me dirigí hacia el gentío. Todos y cada uno de mis pensamientos se concentraban en qué demonios decirle al chico; no es de extrañar, pues, que casi lo atropellara.

—Oh —murmuré y me detuve de golpe, ya que me encontraba mucho más cerca de él de lo previsto—. Lo siento. Debería haber mirado por dónde iba.

Los amigos que estaban a su lado siguieron hablando, pero él se volvió hacia mí, mirando la taza.

—Eres una mujer en una misión.

—Sí. Sí, lo soy. —Forcé una sonrisa—. Me llamo Edie.

—Duncan. —Su mirada era cálida, amistosa—. Vamos a la misma clase de Trigonometría, ¿verdad?

—Así es.

Éramos más o menos de la misma altura, pero él tenía los brazos llenos de músculos. Claramente, se entrenaba. Una nube de pecas le cubría la nariz. De cerca, me parecía más guapo que nunca.

—¿Te gusta el nuevo instituto?

—Mucho más que el último.

—Qué bien. Venga, deja que te ayude con esa bebida.

—Gracias. —Le di mi vaso y él fue abriendo camino para los dos a través del gentío. Con frecuencia, se volvía para sonreírme. Hoy era la noche. Sí, hoy, y eso a pesar de los nervios que me asaltaban.

Un par de personas nos observaban, no tengo ni idea de por qué. Uno de los tipos que se apiñaba junto al barril palmeó a Duncan en la espalda mientras otro le decía «hola». La cerveza fluía, y me llenó el vaso hasta el borde antes de devolvérmelo y llenar el suyo. La cerveza fría me refrescó la mano durante

solo un minuto, antes de que John tomara el vaso y derramase el contenido sobre la hierba.

«Pero ¿qué narices?».

—Nunca dejes que otras personas te traigan la bebida —dijo, riñéndome como a un niño; uno que hubiera sido particularmente travieso.

—He estado aquí todo el tiempo —repliqué.

—Estaba de espaldas a ti cuando te lo llenó. —Sus ojos azules se volvieron de hielo—. Puede haberte echado algo dentro.

—Yo nunca haría eso —exclamó Duncan, ofendido.

John apenas le dedicó una mirada asesina.

—Eddie, ¿lo conoces? ¿Cómo has podido ser tan estúpida?

—Basta —espeté, bajando la voz y acercándome más—. Tienes razón, debería haberme servido la bebida yo misma. Pero tienes que calmarte, joder.

—Perdóname si la idea de que te droguen y te violen me parece un poco inquietante.

—¡John!

—Cole, capullo. —Duncan dobló los músculos de los brazos y cerró las manos en puños—. Tú eres el traficante, no yo. No le he echado nada en la bebida. Yo nunca haría eso. Eddie...

—No le hables —gruñó John—. Ni siquiera la mires.

—¡Oye! —exclamé.

La gente comenzó a agruparse a nuestro alrededor, emocionada, soliviantando los ánimos. La testosterona llenaba el aire como un miasma maloliente. Con la mandíbula rígida y las venas del cuello sobresaliendo, John dio un paso adelante. Obviamente listo para pelear.

Le puse la mano sobre el pecho y lo contuve por pura fuerza de voluntad y gracias, también, a que puse cara de cabreo.

—Ya basta. Vámonos.

Su mirada, furiosa, osciló entre mi cara y la de Duncan.

Duncan no dijo nada. Curiosamente, y a pesar de su anterior actitud combativa, ahora nos miraba con cautela.

—John. —Metí la mano que me quedaba libre en la suya, forzándolo a que abriera los dedos y la aceptara—. Venga.

Aunque ligeramente, relajó la postura y distendió los hombros. Con eso me bastaba. De inmediato, medio lo conduje, medio lo arrastré, entre la multitud. Lejos de la gente, las luces y la música; tan lejos que no paré hasta que estuvimos solos él y yo en el aparcamiento, de pie junto a su automóvil.

Todo había acabado. Bien.

—Oh, mierda —murmuré conforme los latidos del corazón me disminuían gradualmente. Le solté la mano y anduve un poco, respirando con dificultad. Me pregunté si eso era lo que él había sentido al impedir la pelea entre Erika y yo. La idea de que se lastimara, de que se metiera en líos con la policía o algo parecido, hizo que quisiera vomitar—. Joder, John —añadí—. Pero ¿qué demonios ha sido eso?

—¿Pensabas perder la virginidad con Duncan Dickerson? —se burló—. ¿En serio?

Me paré y me quedé mirándolo. Aquello no me gustaba nada.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Anders os escuchó a Hang y a ti comentándolo.

—Desgraciado.

—¿Y bien? —exigió autoritariamente. «Idiota».

—Para ser justos, no sabía que su apellido era Dickerson —comenté—. Algo lamentable. Aunque, en realidad, no estaba planeando casarme con él, así que...

—No tiene gracia.

Me encogí de hombros.

—Apenas conoces a ese tipo.

—Mmm, sí. Y este asunto no te incumbe. No vamos a hablar más de esto. —¡Qué humillante! La cara me ardía. La gente debería reunirse a nuestro alrededor y calentar malvaviscos—. Aprecio de veras que seamos amigos. Significas mucho para mí. Pero esto, definitivamente, no es ni de broma asunto tuyo, así que vete, por favor.

—Vamos a seguir hablando de esto. —Dio un paso adelante.

—No, no vamos a hacerlo. —Retroceso.

—Ibas a dejar que un completo extraño te tocara a su antojo. —Avance.

—La gente lo hace todo el tiempo. «Tú» lo haces todo el tiempo. —

Retirada.

—Pero tú, no —dijo, dando el paso final, de forma que me acorraló contra un costado del Charger y se me encaró—. Edie, estamos hablando de tu primera vez, ¿no es así?

—Sí, y va a ser desagradable y doloroso y probablemente muy vergonzoso, y solo quiero hacerlo y que termine. —Traté de mirarlo a los ojos, pero fallé, de ahí que me conformara con apuntarlos hacia un punto por encima de su hombro derecho—. No eres una chica: no lo entenderías. Además, la última vez que lo comprobé, no eras el guardián de mi himen, John Cole. Así que vete a la mierda.

No dijo nada.

Respiré profundamente para calmarme.

—Mira, algún día conoceré a alguien que realmente me gustará y tendremos una relación profunda y significativa y lo haremos como conejos. Pero no quiero ser la virgen tonta en ese escenario.

Él negó lentamente con la cabeza.

—Además, no quiero morir virgen.

—¿Qué? ¿De qué narices estás hablando?

—Oye, tú y yo sabemos que la muerte puede llegar en cualquier momento.

—Eso es de locos.

—¡Estoy yendo al psicólogo! —exclamé a su hombro—. No sé si te has dado cuenta, pero estoy un poco deshecha últimamente. Me cuesta confiar en la gente. Y eso no va a cambiar pronto.

Él me miró con cara de desaprobación.

—Qué...

—Solo trato de ser práctica.

—Bueno, pues estás siendo ridícula. Nada de todo esto tiene sentido.

—Para mí, sí.

Nuevamente, no dijo nada.

De hecho, no dijo nada durante tanto rato que, al final, le miré a los ojos. La ira lo había abandonado, reemplazada por una emoción que no reconocí. Lo peor de todo es que él todavía olía igual que el verano: a un poco de sudor y al aire abierto de la noche, todo lo que yo amaba. Todo lo que me gustaba.

Quería decir todo lo que me gustaba.

—¿Qué? —dije, finalmente.

Dejó escapar un suspiro.

—Yo lo haré.

Abrí la boca. Parpadeé. De alguna manera, parecía que el cerebro se me había atascado. No podía haber dicho lo que pensaba que acababa de decir porque sería una locura.

UNA LOCURA.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Qué has dicho?

—He dicho que yo lo haré. —Vaciló y el rostro se le ensombreció—. Si quieres.

—Caramba.

Los dos permanecemos en absoluto silencio durante unos instantes, ya que toda la situación era endiabladamente extraña. Luego John tragó saliva con dificultad.

—Así que... ¿Quieres que lo haga o no, Edie? ¿Sí o no?

—S-sí. De acuerdo.

Un gruñido.

—Gracias. —Me quedé inmóvil, muy perpleja—. Pensaba que no te gustaban las vírgenes... Ya sabes, la posible visión de sangre y esas cosas.

—Pues no, normalmente no. Pero tú me gustas. Venga.

—¿Esto va a afectar nuestra amistad? —pregunté, indecisa y tal vez un poco asustada.

—No. —Entró en el automóvil, extendió la mano y desbloqueó la puerta del lado del pasajero.

Subí y me puse el cinturón de seguridad.

—Tenemos que asegurarnos de que no lo haga.

—No lo hará —insistió con tanta seguridad que una mujer de menor altura moral se habría sentido insultada.

Sin dudas, sin titubeos. Su rostro tenía una expresión decidida.

—Solo una vez. Y se acabó.

—Está bien.

—Vamos a mi casa. Mi tío no está.

La ansiedad me dominaba por completo. Hice un gran esfuerzo para no montar un drama y para permanecer sentada y quieta, con una expresión calmada y la vista puesta en la carretera que tenía delante. John y yo practicando el sexo. Desnudos. Haciéndolo. Mi mente apenas podía comprender la enormidad de la situación. Afortunadamente, me acordé de enviarle un mensaje a Hang y de decirle que John y yo íbamos a dar una vuelta en el Charger. Por la forma en la que seguía desapareciendo de su radar durante las fiestas, me estaba convirtiendo, probablemente, en la peor amiga de la historia.

El tiempo comenzó a comportarse de una manera extraña: el viaje había durado una eternidad y, sin embargo, llegamos demasiado pronto. Nos detuvimos frente a una casa de dos pisos rodeada de altos árboles. La luz del porche estaba encendida, en señal de bienvenida.

No intercambiamos palabra alguna mientras lo seguía hacia el interior de la oscura casa. De repente, la luz me deslumbró, mostrando una estancia llena de libros sobre horticultura, parafernalia de fútbol, fotografías de colinas y lagos y demás, y la televisión de pantalla plana más grande del mundo. Nada allí reflejaba realmente a John. Sus botas subieron las escaleras y yo fui detrás con lentitud, arrastrando los pies. Lo encontré de pie en medio de un dormitorio, mirando alrededor. Una lámpara en la mesita de noche brillaba suavemente.

—Está hecho un desastre —comentó, antes de ponerse en acción. Arrojó los zapatos y la ropa dentro del armario, mientras apartaba a un lado la mochila y los libros de estudio—. Cambié las sábanas ayer, lo juro.

Me quedé en la puerta, sin saber cómo proceder.

—De acuerdo.

No lo había desempaquetado todo; una pila de cajas se acumulaba a un lado. Sin embargo, fotografías de él y de un chico de aspecto similar, algo mayor, colgaban de la blanca pared. Tenía que ser su hermano. Junto a ellas había una estampa de la familia al completo, que incluía a su madre y a su padre, y seguidamente aparecía una imagen de un John mucho más joven con una mujer, posando junto al Charger. Cortinas azul marino, un póster de los Ramones y una gran cama.

De acuerdo.

—Perdona por el desorden —dijo, todavía ordenándolo todo con ganas—. No suelo traer chicas aquí.

—No pasa nada.

Hizo una pausa.

—Adelante. Siéntate.

Hice lo que me dijo, dando el último paso fatídico (emoción, intriga, dolor de barriga) hacia el interior de la habitación de un chico. Conforme avanzaba, las cosas parecían más fáciles. Como se me indicó, me senté en el borde de la cama y el colchón se hundió un poco debajo de mí. Firme pero flexible.

—John, realmente no pasa nada. Deja de agobiarte.

Arrugó el entrecejo.

—Solo soy yo —le recordé, intentando sonreír—. Relájate.

Soltó una carcajada. Supongo que los dos estábamos nerviosos. Entonces dijo «condones» y salió corriendo de la habitación. Se oyeron ruidos provenientes del baño, al fondo del pasillo, y regresó triunfante, con una hilera de paquetes plateados colgada de la mano.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—¿Y tú qué? ¿Estás seguro?

Cerró la puerta de la habitación, echando la cerradura con un clic.

El corazón me latía con fuerza.

—¿Estás «tú» seguro?

John se limitó a mirarme.

—Los zapatos son incómodos. Deshagámonos de ellos enseguida.

—De acuerdo. —Las instrucciones eran algo bueno: podía seguirlas. Me desaté los cordones con torpeza, pues las manos me temblaban. Metí los calcetines dentro y luego las empujé debajo la cama, fuera del paso—. Hecho.

De espaldas a mí, se levantó y hojeó un libro. Había un portátil nuevo, y de aspecto caro, sobre el escritorio. Me pregunté si formaba parte de su determinación de ponerse serio con los estudios.

Se sentó junto a mí y me colocó el libro abierto sobre el regazo.

—Aquí —señaló.

—¿Qué es esto?



—En caso de que tengas alguna pregunta —comentó—. ¿Sabes lo suficiente para distinguir las partes del chico y de la chica o necesitas ayuda?

Si lo hubiera hecho, el texto de Biología que me había proporcionado tenía diversos diagramas, grandes y bien etiquetados, que explicaban la anatomía más relevante y el proceso de fornicación en profundidad. No solamente era informativo, sino que se trataba de un libro pesado y que podía ser una buena arma. Lo cerré, usándolo para tratar de pegarle en la cabeza. Por desgracia, John era demasiado rápido. Esquivó mis golpes y me arrancó el libro de las manos, lanzándolo lejos. Me conformé con darle unos cuantos cachetes.

—Perdona —dijo entre risas.

—Ni hablar —refunfuñé.

Me agarró las manos y me hizo volver a la cama. El muy tonto. En esa posición, podía usar también las piernas.

—Mierda —dijo, luchando por mantener mi rodilla fuera de su entrepierna—. Edie, quieres que eso me funcione, ¿recuerdas?

—He cambiado de opinión.

A pesar de mi ira, él ganó. Con las manos me agarró de las muñecas y las sostuvo sobre mi cabeza. Su cuerpo se asentó sin problemas entre mis muslos. Lo peor que podía hacer ahora era golpearle con los talones en la parte posterior de las piernas en señal de protesta. Y lo hice.

—Perdona —dijo de nuevo—. De verdad.

—Todavía estás riéndote.

De alguna manera, logró calmarse.

—En realidad no has cambiado de opinión, ¿verdad?

Resoplé tan desdeñosamente como pude.

Siendo realistas, sin embargo, dudaba que pudiera aguantar más de un minuto, o dos como máximo. Aunque parte de su peso lo apoyaba sobre los codos, la sensación de su cuerpo presionándome contra la cama hacía que todo se me agitara dentro.

Pacientemente, esperó.

—Mmm. Supongo que no —dije.

—Necesito algo más definitivo.

Tragué saliva.

—No, no he cambiado de opinión. Sí, todavía quiero tener sexo contigo.

Una progresiva sonrisa, que me revolvió de arriba abajo, le cruzó el rostro. Acostado sobre mí, tan cerca, parecía más guapo que nunca. No era justo. Pasara lo que pasase después de esa noche, de la forma en la que esto pudiera cambiar las cosas, nunca me arrepentiría de haber entrado en la habitación de este chico. No podía.

—Parece que ya hemos asumido la posición —dije, la comisura de mi boca doblándose en un intento de sonreír—. ¿Era este tu vil propósito con el libro de texto todo el tiempo?

—Tal vez. —Se pasó la lengua por los labios—. Solo quería molestarte, sobre todo. Distráerte para que no estuvieras nerviosa y dejaras de ponerme nervioso a mí. No tenía ni idea de que intentarías hacerme daño.

—Soy una chica dura.

—Lo eres.

—No estás realmente nervioso, ¿verdad? —le pregunté, pero no me contestó.

Por el contrario, su boca se posó sobre la mía, gentil, vacilante casi. Como si todavía tuviera dudas sobre mi compromiso con toda esa historia de la pérdida de la virginidad. No era suficiente. En un impulso, hice que rodásemos y me puse encima, él de espaldas contra el colchón. La sorpresa se convirtió en una sonrisa, sus manos se deslizaron por ambos lados de mi cuerpo sobre el algodón de mi vestido. Arrodillada sobre él, lo besé como quería, como me había imaginado en mis más locas fantasías. Con dulzura, intensidad y ansia. Sin contenerme.

El ruido que emitió desde la parte posterior de la garganta sonó como algo a medio camino entre un jadeo y un gemido. De cualquier modo, estaba cargado de aprobación. Un beso nunca había sido tan bueno, tan absorbente. Éramos todo labios y lenguas y dientes. Sus manos se movían incansablemente, acariciando mi piel febril, apretándome contra él. Estar tan cerca, tocarlo como quería, sentir su firme cuerpo debajo de mí... Busqué con los dedos su pecho y los deslicé debajo de su camiseta, sin necesidad de barreras.

Lo quería todo. Cada parte de él.

La barba de dos días me rascó la mejilla, mis labios se movieron hacia su cuello. Su aroma, ahí, era más fuerte, más cálido. Lo besé, lo lamí e hice lo que quise. Mordisquearlo solo porque podía. John maldijo con una voz mil millones de veces más profunda de lo normal, mientras me recorría con las manos la parte posterior de los muslos. Con la cara contra su cuello, podría haberme quedado allí para siempre. Me sujetó el trasero con dedos fuertes, presionando mi cuerpo contra él.

—Eddie —susurró.

—¿Eh?

—Lo que quieras.

—Quiero esta camiseta fuera —le contesté, jadeando un poco, tirando del ofensivo objeto.

Se sentó, obligándome a hacer lo mismo, y luego se quitó la camiseta. El brillo de sus ojos, su absoluta concentración... Dios, todo en él. Toda esa piel dorada, a mi disposición para ser explorada... Posé la palma de la mano sobre su corazón y noté lo rápido que latía. Por dentro parecía estar tan agitado como lo estaba yo.

—¿Te acuestas a mi lado? —preguntó.

Asentí con la cabeza, y con la mano, guio una de mis piernas para ponerla sobre él, mientras mi cuerpo volvía a caer encima del colchón. Levantado sobre un codo, me miró. Con los dedos trazó dibujos en mi brazo, alrededor de mi hombro y sobre mi clavícula. Nos besamos como si nunca nos hubiéramos de separar. La vida y la muerte, el tiempo mismo, nada de eso importaba. Esta noche sería interminable y no existiría nada más allá de la cama.

Me agarró uno de los pechos, palpando su peso, con los ojos enormes. Fue algo impresionante, la sucesión de palabras realmente obscenas que brotaron de sus labios. Básicamente, creo que le gustaban mis tetas. Y me gustaba que le gustara esa parte de mí. Dios, me gustaba tanto...

Suavemente, el dorso de su mano descendió por mi pecho, pasó por mis tetas y luego fue más allá. No se detuvo hasta que llegó al dobladillo del vestido, que se remangaba en lo alto de mis muslos. Mis muslos rotundos y voluminosos. Mi abultado vientre. Por desgracia, la vergüenza que me

producían algunas partes de mi cuerpo todavía me duraba. Qué puñetero asco. Acabé con el beso, respirando pesadamente, con las manos enredadas en su cabello.

—¿Estás bien? —Todo el cuerpo se le quedó quieto—. ¿Quieres que me detenga?

—No.

—¿Qué pasa? —La mano que había estado sobre mi cadera, debajo del vestido, pero encima de la ropa interior, se movió para acariciarme la mejilla—. Hola.

Las dudas y una oleada de negatividad me invadían rápidamente y ahuyentaban la felicidad del momento. «No, de ningún modo. No aquí, no ahora, no nunca».

—No pares. —Le agarré la mano y me la puse de nuevo en la cadera—. La cabeza, que se me está poniendo tonta. No hagas caso.

Con las cejas arrugadas, permaneció sin moverse.

—¿Tonta acerca de qué? Dime.

Oh, Dios, qué vergüenza. Me cubrí la cara con las manos, incapaz de mirarle a los ojos. Era lo peor. Cuenta siempre conmigo para estropear un buen momento.

—Solo estás haciendo esto por lástima.

—No, no es cierto.

Tal vez debería arrastrarme hasta debajo de la cama o desaparecer dentro del armario. Esperar a que se fuera a dormir y luego salir pitando hacia casa. Y si se lo pedía amablemente, mientras le seguía trayendo sándwiches durante un tiempo, incluso podríamos fingir que esto nunca había sucedido.

—¿Eddie?

No respondí.

Curiosamente, se oyó el sonido de una cremallera al abrirse. A continuación, John me agarró de una mano y se la llevó, primero, a la su boca y luego a la mejilla.

—Mírame.

Suspiré, pero lo hice.

—Eres sexi y suave. Y me pone como una moto tenerte debajo de mí.

—Qué amable eres.

—Para nada. —Me apretó la mano contra su corazón, que todavía le latía el doble de veloz—. ¿Lo notas?

Asentí.

Seguidamente, me metió la mano en sus *jeans* y presionó la palma contra la dureza que había bajo su ropa interior.

—¿Y ahora, lo notas? Es lo que llamamos un pene. Has visto uno antes en el libro, ¿te acuerdas?

Aturdida, no dije nada. Por supuesto que sabía que él tenía uno y que estaría involucrado en las actividades de esta noche. Pero dudaba que hubiera entendido completamente que iba a tocarlo, a sentirlo, incluso aunque fuera cubierto por sus calzoncillos: atribuyámoslo a la falta de oportunidades de sobar a los chicos. Nunca había ido más allá de besarme y, ocasionalmente, de que me tocaran una teta. Y heme aquí, con un pene casi en la mano.

—Para ser justos, he oído decir que se ponen duros con algunos pretextos bastante endebles —observé.

—Tengo dieciocho años, Edie, no doce. —Una, dos, tres veces, me besó en los labios—. No estoy cerrando los ojos e imaginándome a otra persona. Eso no es lo que está pasando. Estoy aquí, contigo. Te deseo, ¿lo entiendes?

Sentí un nudo en la garganta y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Y que te menosprecies no está bien —dijo, con los ojos abiertos, sincero y un poco enojado.

—De acuerdo. —Sorbí las lágrimas para recuperar el control de mí misma. Yo era un quebradero de cabeza tal que fue un milagro que John no me echase de la cama a patadas. Lentamente, con cuidado, cedí a la curiosidad y cerré los dedos alrededor de su miembro—. No es muy pequeño.

Una leve sonrisa le dobló los labios.

—Ni inútil tampoco.

Con un gruñido, apretó las caderas para incrementar la presión. Su boca cubrió la mía una vez más y luego volvió a ponerme, firme pero suavemente, la mano sobre su pecho.

—Más tarde —murmuró.

Sus hábiles dedos resiguieron el contorno de la cintura de mi culote, con lo

que estimulaban la sensible piel de la zona. Una y otra vez, apretó con suavidad los nudillos contra la parte delantera de mi ropa interior, desde el ombligo hasta la entrepierna. Notaba el bajo vientre tenso, con la sangre corriendo por mis venas.

Cuando finalmente deslizó la mano dentro de mi ropa interior, quería que él lo hiciera, lo necesitaba desesperadamente. Incluso el más mínimo contacto me hacía temblar. Moví las piernas desnudas, inquietas contra el colchón, cada músculo se me contraía más y más. John sabía cosas, cosas mágicas. Y aunque sí, era algo que podría haberme hecho yo misma, tenerlo a él conmigo lo hacía mucho mejor.

No tenía tiempo de ser autoconsciente o de ponerme nerviosa. La sensación me recorría de arriba abajo, emocionante y completa. Chisporroteos y destellos en los ojos y el mejor subidón de endorfinas. Todo el cuerpo se me puso tenso, hundí los dedos en su espalda, boqueé en busca de aire. Tardé un poco en volver a recuperarme.

Un dedo se colgó de la parte delantera de mi cintura, interrogativo.

—Podríamos parar aquí —jadeó John.

—No te atrevas.

—Gracias a Dios.

En un abrir y cerrar de ojos, mi ropa interior salió volando hacia una esquina de la habitación. Juntos subimos el vestido hacia arriba y me lo quité, por encima la cabeza. Me cubrió el pecho de besos con su boca caliente, mientras con los dedos luchaba con la parte posterior del sujetador. Entretanto, yo intentaba quitarle los *jeans*. Éramos un desastre excesivamente entusiasta, un barullo de bocas y extremidades. Dios, cómo me gustaba.

Le pasé uno de los condones de la mesita de noche, resuelta, aunque poniéndome de los nervios por lo bajito. Se deshizo de su ropa interior y se puso la protección. Con una expresión seria al subir encima de mí, me cubrió el cuerpo con el suyo, caliente y grande.

—¿Estás segura del todo? —preguntó.

—¡John! Por favor, ¿podrías, de una vez, fo...?

Su boca cayó sobre la mía, la mano acariciándome el costado antes de colocarse entre los dos. Lentamente, presionó hacia delante. Era extraño, estar

tan físicamente cerca de alguien. Una y otra vez, dejaba de besarme para comprobar cómo estaba yo, y siempre volvía a mis labios. Cerré los ojos y me agarré fuerte, tratando de estar relajada.

Dolía. Por más natural que fuera, igualmente mis músculos se tensaron para resistirse a la intrusión, no sabía si a causa de los nervios o de la leve punzada de dolor. Luego John ya estaba dentro, hasta llegar a lo más profundo, cuando su cuerpo empezó a sacudirse contra el mío. Una mano fuerte me sostuvo el muslo, manteniendo mi pierna levantada en torno a él. La calidez de su aliento me cosquilleaba sobre parte de la cara y el cuello. Le acaricié la espalda, resbaladiza por el sudor, en un intento de memorizar cuanto pudiera de él así, tan cerca. Me agarré a él y esperé.

Pasado un tiempo, sus movimientos se hicieron más irregulares, más rápidos. El cuerpo se le tensó, gimió y me apretó con fuerza contra él. Resollando, se desplomó sobre mí, tan solo sosteniendo parte de su peso sobre sus brazos.

Lo había hecho. Había practicado el sexo. Qué increíblemente extraño.

—¿Estás bien? —me preguntó en voz baja.

—Sí.

Con cuidado, se retiró y se dejó caer sobre el colchón, a mi lado. Luego se miró a sí mismo.

—Joder.

—¿Qué?

Hizo una mueca.

—Sangre.

«Mierda». Entre mis piernas, todo tenía un aspecto desastroso.

—Oh. Mmm, perdona

Me levanté de la cama y recogí el sostén, el vestido y la ropa interior. Tras entreabrir la puerta de la habitación y buscar cualquier señal de vida en el resto de la casa, batí todos los récords de velocidad de la tierra corriendo hacia el baño al fondo del pasillo.

La chica del espejo no se veía diferente. Cabello revuelto, mejillas rosadas y labios hinchados. Nada permanente, no obstante, parecía haber cambiado por fuera. Por dentro, las cosas estaban un poco sensibles. Me lavé y me vestí.

Luego busqué una toalla facial para mojarla y llevársela a John.

—Por un momento me he olvidado de que no te gusta ver sangre —dije, regresando furtivamente a la habitación.

Un gruñido.

—¿Estás bien?

—Enseguida vuelvo. —Después de recoger los *jeans* del suelo, fue su turno en el lavabo. Por lo visto, no iba a responder a mi pregunta.

Tan feliz que no cabía en mí, me senté en el escritorio y comencé a ponerme las botas. Hacerlo sobre la cama no me pareció correcto, porque habíamos hecho lo que nos habíamos propuesto hacer y John no me parecía del tipo de hombres de los que hacían arrumacos. Ya era hora de volver a ser solamente amigos.

Claro, y podía con ello.

Se oyó la cisterna del inodoro y John reapareció, con el pelo recogido con una goma elástica. No me miró. Supongo que habíamos entrado en la parte de la velada en la que evitábamos el contacto visual. Qué incómodo. Así la cosa, no funcionaría.

—John, mírame.

Hizo lo que le dije.

—Claro. ¿Todo bien?

Asentí con la cabeza y sonreí.

Su sonrisa regresó progresivamente.

—¿Estás segura?

—Sí.

—De acuerdo. Bien. —Suspiró, relajándose un poco—. ¿Quieres que te acerque a casa?

—Si me llevas a la de Hang sería estupendo, gracias.

Un movimiento afirmativo con la cabeza.

Tomé el teléfono móvil y escribí un mensaje.

Yo: Regreso en 15.

Hang: ???!!!



Yo: ¿Todavía estás en la fiesta?

Hang: No, ven a mi casa.

—Estamos bien, ¿verdad? —pregunté, para nada ligeramente nerviosa—.  
¿Seguimos siendo amigos?

Levantó la vista, sorprendido.

—Pues claro.

—Bien. Eso es bueno.

Con la camiseta y los zapatos otra vez puestos, se puso de pie y colocó los brazos en jarras.

—No ha cambiado nada.

—Bien —repetí—. Gracias. Por lo que hemos hecho.

—Claro. —Otra sonrisa—. ¿Lista para salir?

—Del todo.

## CAPÍTULO 27

Ese fin de semana, hice la colada como una no virgen. También limpié la cocina, intenté estudiar y luego traté de comenzar a leer una nueva saga de ciencia ficción juvenil. Estudiar no funcionaba tan bien sin John, pero mandarle un mensaje para que viniera tan pronto después de los acontecimientos de la noche anterior me pareció un poco raro. Finalmente, me di por vencida y me eché una siesta.

En cualquier caso, llevé a cabo todas esas milagrosas hazañas sin himen.

Sorprendentemente, nada parecía haber cambiado. Logré lavar la ropa y fallé en ambos frentes, el del estudio y el de la lectura. Al igual que mi yo con himen. Cuando salimos a comer juntas el domingo a una taquería local, mi madre ni siquiera notó que su hija, aparentemente, se había convertido en mujer. Por supuesto, Hang adivinó lo que había sucedido. Echó un vistazo a mi cabello y a mi maquillaje desordenado y chilló de alegría. Aunque es verdad que había estado en las etapas de planificación.

No me desperté a la mañana siguiente sintiéndome particularmente más inteligente o más madura. Por ahí abajo las cosas estaban un poco doloridas, pero eso era todo.

Honestamente, siempre y cuando hubiera consentimiento mutuo y usaras protección, el mayor peligro al hacerlo por primera vez parecía ser el recuerdo que forjarías y que llevarías contigo para el resto de tus días. Ser capaz de vivir con tu decisión y todo lo de la realidad frente a las expectativas, etc. Sin embargo, una vez que ya lo habías hecho, ¿eso

significaba automáticamente que deberías continuar y hacerlo automáticamente con la siguiente persona que te gustase? Porque eso, en realidad, no tenía sentido. Supongo que dependía de cómo te sintieras respecto a la siguiente persona. También estaba el riesgo de que entraran en juego las emociones. Si la persona con la que habías tenido relaciones sexuales después no te hacía caso, o hablaba mal de ti, sería un asco (aunque aprender a lidiar con capullos parecía ser una desafortunada parte de la vida). No sé. Todo el mundo es diferente. Y sobre cómo me sentiría cuando volviera a ver a John, pues no tenía ni idea.

Sin embargo, me enteré a primera hora del lunes por la mañana en la clase de Lengua.

Con unos *jeans* rasgados, una camiseta desteñida y la madre de todos los bostezos, John me pellizcó suavemente la barbilla. Yo le sonreí. Increíble. No era incómodo en absoluto. Sobreviviríamos a todo ese asunto de haber tenido sexo sin problemas.

—Hola, ¿cómo estás? —le pregunté, volviéndome en la silla.

—Bien, ¿y tú?

—Bien.

Sacó su libro y un bolígrafo, muy ordenadamente.

—¿Quieres estudiar esta noche?

—Te envió un mensaje más tarde —contesté, y me volví para mirar al frente.

Fue estupendo. ¡Qué estúpida de mí, haberme preocupado tanto por el hecho de que haber tenido relaciones sexuales pudiera cambiar las cosas! Porque el aroma de su sudor, el tacto de su piel, el sabor de su boca, el calor de su aliento, los ruidos que hacía, el peso de su cuerpo, la fuerza de sus manos y sus ojos, oh, Dios, sus bellos ojos, ni siquiera habían llegado a entrarme en la cabeza.

Seguíamos siendo solo amigos. Excelente. Todo estaba perfecto.

## CAPÍTULO 28

Si bien en apariencia todo se mantenía normal entre John y yo, las cotillas de la escuela estaban alborotadas. Por lo visto, el chisme había estado circulando todo el fin de semana: habíamos dejado la fiesta juntos. ¡Oooh!

Había habido un altercado entre John y Duncan por mí. ¡¡DIOS MÍO!!

Pero, a fin de cuentas, la posibilidad de que John Cole, «el» John Cole, pudiera estar interesado en alguien como yo era tan fantásticamente... ¡¡¡JA, JA, JA!!!

Nadie se atrevía a creer algo tan ridículo.

Duncan había intentado acorralarme fuera de la clase de Lengua española. Hice gestos vagos a mi reloj, me disculpé profusamente y realicé uno de mis más exquisitos trucos de desaparición. Ahora que había tenido sexo con John, ahora que sabía exactamente lo que implicaba y qué se sentía... la idea de hacer algo remotamente similar con Duncan (o, ya puestos, con cualquier otra persona) me asustaba un poquito. El sexo era tan íntimo, tan privado. Por el momento, había colgado un letrero de «cerrado» sobre mis partes femeninas. Lo que era más fácil. Ni siquiera la idea de salir me resultaba atractiva.

—¿Qué hay del baile en barra? —preguntó Hang en la cafetería durante la comida—. ¿Alguna experiencia en la industria del entretenimiento para adultos en vivo y/o en el ámbito del estriptis?

—No. Lo siento.

—Mierda. Lamentablemente, eso nos descarta para una gran parte del mercado laboral. —Hojeaba las páginas de empleo de los periódicos locales

en el teléfono móvil—. ¿Servicios de peluquería y estética para gatos?

—Tal vez.

Hang se colocó un dedo sobre los labios.

—Lo que pasa es que me dan mucha alergia. Pero hay buenos medicamentos antialérgicos en la actualidad, ¿verdad?

Me limité a mirarla.

—No. De acuerdo. —Dio un sorbo de su refresco—. Seguiré buscando.

—Buena idea.

—¿Qué es una buena idea? —terció Anders, introduciendo su cuerpo sudoroso en el asiento que había entre Hang y yo.

—Tienes que darte una ducha —dijo Hang—. Puaj. Apeestas.

—Es un olor varonil.

—No. Es un olor de pies sudados.

Anders levantó las palmas al aire.

—¿Por qué eres tan mala conmigo? ¿Qué te he hecho?

—A la ducha. He acabado con esta conversación. —Tras subirse las gafas por encima del puente de la nariz, Hang volvió a estudiar los anuncios de empleo—. Edie, no tendrás algún título secreto de asesora empresarial que no hayas considerado apropiado compartir conmigo, ¿verdad?

—Eh, no. —Mordí mi manzana y mastiqué—. De hecho, estoy bastante segura de que voy a suspender las Matemáticas.

—Podemos trabajar más en eso esta noche —dijo una voz familiar. Se sentó frente a mí, con sus inescrutables ojos azules.

Me quedé helada. No sabía por qué. O peor aún: sí lo sabía.

La verdad era que había salido del paso bastante bien al tenerlo sentado detrás de mí en clase de Lengua. Fingir no había sido muy difícil. Sin embargo, con él ahí mismo, mirándome, todas las complicaciones y todos los problemas restallaron en mi cabeza. Una tempestad digna de «oh, mierda, qué demonios he hecho con mi mejor amigo».

Tiempo. Eso era lo que necesitaba.

El tiempo y el espacio para volverlo a poner en la casilla de solo amigos. No había necesidad de entrar en pánico; todo iría bien. Tenía un plan. Al fin y al cabo, no es que tuviera tantos amigos como para poderme permitir perder

uno por lujuria. Sobre todo, uno tan importante para mí como John. Aun así, en lo único en lo que podía pensar cuando lo veía era en que le había metido la lengua en la boca y él me había metido el pene en la vagina. Y a pesar de que la parte de sexo había sido real, también había sido malísima, así que puede que, la próxima vez, con el himen fuera de juego, fuera mejor. Demonios, puede que la próxima vez fuera increíble. Con alguien que no fuese John Cole, por supuesto.

Sí, él y yo volveríamos a ser solo amigos. Solo amigos.

—¿Y bien? —preguntó.

—Ah, quizá.

—Hablémoslo más tarde.

Mantuve la cara de cordialidad, como si tal cosa, mientras Hang miraba a John y luego a mí con interés, una y otra vez. Por suerte para mí, John no se dio cuenta. Además, Hang lo hizo con mucha sutileza, que Dios la bendijera.

—¿Lanzamos unas canastas? —le preguntó Anders—. ¿O vas a la biblioteca otra vez, como un perdedor?

—Canastas.

—Pues muy bien. —Después de secarse el sudor de la frente, Anders deslizó un dedo húmedo por la mejilla de Hang—. Hasta luego, nena.

—¡Oh, mierda, qué asco! —gritó mi amiga, zafándose de su alcance—. Aléjate de mí.

—Sé que me deseas —declaró Anders y se puso de pie.

Arrugando la nariz, Hang lo miró con disgusto.

—¿Cómo habrás podido adivinarlo? Acostarme con un demente de pueblo y que está desquiciado es justo mi sueño.

John frunció el ceño.

—Déjala en paz, Anders. Hasta luego, Edie.

«Y el premio a la Mejor Sonrisa Falsa del año va para (insertar aquí redoble de tambores). A la señorita... ¡yo!»

—Adiós.

—Dios, ahora voy a tener que desinfectarme con lejía o algo así. —Hang se frotó la mejilla con un pañuelo de papel.

—¿De qué iba eso? —preguntó Sophia, caminando hacia nuestra mesa.

Carrie estaba a su lado y le agarraba la mano. —¿Pasa algo entre el chico del baloncesto y tú?

—Buena pregunta —dije, a pesar de que yo misma necesitaba privacidad—. Parece que le gustas.

—No, no. Rotundamente no —repuso Hang—. No tengo el más mínimo interés en ese idiota larguirucho. Y que os siga hablando a cualquiera de las tres es una prueba fehaciente de nuestra amistad.

Cuando Sophia se volvió hacia mí en busca de respuestas, hice un pequeño movimiento de negación con la cabeza. Mejor ni hablar del asunto durante una temporada.

—¿Estás segura de que no pasa nada? —insistió, mientras se sentaba—. ¿Segura, segurísima?

—Antes los he visto hablando al salir de la clase de Historia —nos informó Carrie—. Parecían muy a gusto.

Con mucha pasión, Hang golpeó la mesa con la mano.

—Se acabó. Las dos estáis muertas para mí y ni siquiera os voy a llorar.

—Ooh. —Sophia se ahogaba de la risa—. A la manada de zorras eso no les va a gustar. Primero, Edie y John; ahora, Hang y Anders. Deberíais haber visto la cara que ponían cuando los chicos estaban aquí. Ay.

La mesa llena de las chicas en cuestión se encontraba en el lado opuesto de la cafetería. Se reían demasiado alto y movían tanto el pelo que acabarían por hacerse daño en el cuello. No me importaba a quién estuvieran mirando ese grupo de guapas, o lo que pensarán. Sin embargo, mis primeros años me condicionaban y me decía que sí era algo fundamental.

«Va a ser que no».

Hang ladeó la cabeza, sin dejarse impresionar.

—¿En serio, chicas?

—No estoy con John —aclaré, terminándome la manzana—. Solo somos amigos.

—Lo negáis tantísimo que parece cierto... —Carrie y Sophia intercambiaron una mirada.

—¿No tenéis nada mejor que hacer que prestar atención a rumores tontos? —preguntó Hang—. ¿Como vivir vuestra vida, o salir con alguien, o lo que

sea?

—En realidad... —Sophia se inclinó sobre la mesa, con la barbilla en la mano—. Chicas, traigo buenas noticias.

Hang permanecía con el ceño fruncido.

—¿Cuáles?

—Mi antigua encargada dirige una tienda de decoración en el centro comercial, y resulta que necesita un par de personas para los sábados. —Sophia sonrió—. Creo que le he hablado de dos amigas mías maduras, honestas y trabajadoras que están buscando trabajo.

Hang aplaudió.

—¡Vuelves a estar viva para mí! Oh, Dios mío, eso es maravilloso, Soph.

—¿En serio? —pregunté, casi embargada por la emoción.

Sophia asintió.

—Quiere que os paséis por ahí un día de esta semana al acabar las clases.

—Es estupendo —sonreí—. Gracias.

Hang y yo intercambiamos una gran sonrisa. Ya estaba: el dinero, la fama y la fortuna iban a ser nuestros. Podía sentirlo.



## CAPÍTULO 29

John: ¿Estás despierta?

John: ¿Eddie?

## CAPÍTULO 30

—Si tuvieras que hacer una lista de todo lo que necesitarías para sobrevivir al apocalipsis, ¿qué valor les darías a los servilleteros? —preguntó Hang.

Puse cara de pensar.

—Mmm. Comida, agua, servilleteros.

—¿Los pondrías por delante de las servilletas?

—¿De qué sirve una bonita servilleta sin su servilletero? —pregunté.

—Cierto.

Con cuidado, puse la pegatina del precio que Hang me había dado en otro espléndido ejemplo del artículo mencionado.

—¿Y tú, qué valor les darías?

—Pues —respondió ella—... prácticamente el mismo.

Nos contrataron y les salió a cuenta. Pero al menos nos contrataron. Box & Jar poseía una amplia y maravillosa selección de todo cuanto pudiera hacerte falta para satisfacer tus necesidades domésticas. La mitad de las cosas eran increíbles. Por ejemplo, a ver: ¿a quién se le había ocurrido inventar tres utensilios diferentes para sacar los pepinillos en vinagre de un bote? Lo mejor era meterlos en un sándwich o en una hamburguesa. Eso sí que estaba bien. Pero, de verdad, ¿sacarlos del frasco en el que se compraban justificaba tener tantos utensilios?

Aparentemente, sí.

—Me he enterado de que ayer por la noche hubo otra fiesta en casa de Sabrina. —Hang me miraba por el rabillo del ojo—. Por lo visto fue la

bomba, de lo mejor, lo máximo, y todas estas cosas.

—¿Anders te llamó?

—Me envió un mensaje —me corrigió—. Quería saber por qué no estábamos allí.

—¿Qué le dijiste?

—Que teníamos trabajo hoy y necesitábamos dormir un poco.

Asentí.

—Y es verdad.

—Así es.

—¿Sabes? Parece que a Anders le gustas de verdad. ¿Estás segura de que no te interesa ni un poquito?

—Hablemos de John.

Cerré el pico.

—¡Chicas! —Miriam pasó junto a nosotras en uno de sus controles regulares—. ¿Cómo lo lleváis?

De pies a cabeza, la mujer emanaba clase con su elegante vestido recto de lino blanco y el delantal azul marino con el nombre de la empresa bordado en el pecho.

Mientras tanto, yo era todo bultos dentro del mismo atuendo, pero muy ajustado, de la talla más grande que Miriam había sido capaz de encontrar. Básicamente, tetas, barriga, mucho trasero y muslos. Y el blanco era un color que me quedaba de pena... El delantal azul marino apenas parecía estar a la altura de la tarea de mantenerme unida. Al más mínimo movimiento erróneo y repentino por mi parte, podría estallar una costura. Vivía en perpetuo temor de que todo se viniera abajo. Y heme ahí, con la esperanza de que mis hoyuelos distrajeran al público de tan abrumador espectáculo de curvas.

—¿Ya habéis terminado de ponerles precio? —preguntó Miriam con una deslumbrante sonrisa—. Muy bien. ¿Sabéis? Este trabajo les habría costado a los de antes todo el día y seguro que hubieran acabado haciéndolo mal.

Ambas le devolvimos la sonrisa.

Previamente, nos había hecho una confidencia: y es que había sorprendido fumándose un porro en el almacén a los empleados que ocupaban nuestros puestos antes. Eso fue una gran ventaja para Hang y para mí. Al haber sido

esos tipos tan increíblemente idiotas, Miriam no tenía grandes expectativas con nosotras. Así que, con tal de que apareciéramos todos los sábados, fuésemos coherentes e hiciéramos las cosas, estaba feliz.

El mejor trabajo de la historia.

—Estoy tan contenta de que Sophia me haya hablado de vosotras. — Poniendo los brazos en jarras, examinó nuestro trabajo—. Y todos están correctamente ordenados. ¿Qué pensáis de los cojines?

Hang me dejó la respuesta a mí.

—Son preciosos —dije.

—Estupendo. —Con la misma gracia que una presentadora de un concurso de televisión, Miriam dirigió nuestra atención hacia una pared llena de estanterías desordenadas—. Algunos clientes los estuvieron mirando ayer. Lo dejaron todo hecho un completo desastre. Ordenadme los cojines de una forma que me cautive, chicas.

—Entendido —dijo Hang.

Examiné el embrollo de volantes y flecos, de botones y lazos. Algunos habían sido colocados de nuevo en sus estantes, pero la mayoría seguían en el suelo.

—Estoy pensando en un arcoíris, tipo declaración del orgullo gay.

Hang asintió.

—Me gusta.

Nos pusimos manos a la obra.

—Las cosas se han puesto incómodas con John después del sexo, ¿eh? — preguntó Hang, mientras seleccionaba todos los cojines azul marino y azul oscuro.

Cerré los labios de golpe. Otra vez.

—Está bien, Edie. —Me dirigió una sonrisa forzada—. Sé que no te gusta hablar de él. Ni de ninguna otra cosa.

—Soy una amiga penosa.

—Ni hablar. Has pasado por mucho. Lo entiendo. —Colocó en alto uno de los cojines—. ¿Llamarías a este azul cobalto, Klein o zafiro?

—Cobalto, ¿supongo? No eres tú, Hang —añadí, en un intento de descubrir cómo explicarme y causándome frustración a mí misma al hacerlo: yo y mis

interminables problemas—. Mi última amiga me fastidió de lo lindo.

—Vaya asco.

—Sí —asentí, con tristeza—. Que ella contara mi vida a los cuatro vientos, haciendo públicos mis asuntos privados, no hizo que me sintiera nada bien. La gente ya hablaba de mí, diciendo todas esas mierdas sobre el robo. Un chiflado de las teorías conspirativas estaba convencido de que estaba metida en el ajo con Chris. De que yo era su novia o algo así. No eran más que patrañas. Cuando no tenían nada cierto que contar, simplemente, se lo inventaban.

Hang apretaba los labios y me miraba con una mezcla de ira y de pena.

—Que te presten ese tipo de atención no es bueno. No tiene nada de divertido —dije, apretando los puños—. Es como si tuvieras encima un foco y no hubiera escapatoria. Para ellos no eres una persona; no les importa lo que pienses o cómo te sientas. Lo único que les importa es obtener lo que quieren de ti.

No. No sonaba amargada y resentida, ni mucho menos. Ni siquiera un poco. Me encogí de hombros.

—De todos modos, ahora ya casi se ha acabado. Sigo adelante.

—Y John también pasó por eso.

—Sí.

—No me extraña que intimarais. Lo digo de una manera no sexual.

Asentí con la cabeza. Ahuecando un cojín de denim, lo coloqué en el casillero correcto del estante para nuestro proyecto de arcoíris.

—Acostarme con él fue probablemente un error —admití, y tomé la siguiente almohada azul—. Lo «necesito» como amigo. Él es el único que entiende lo que fue esa noche. Y lo de después.

—El sexo puede complicar las cosas.

—Ahora me estoy dando cuenta.

—Ya. Obviamente, tenemos que inventar una máquina del tiempo, regresar a esa noche y que en lugar de acostarte con él lo hagas con Duncan.

Y perder todos esos hermosos recuerdos de la piel de John contra la mía. Qué horrible pensamiento. Además, Duncan no había hecho nada por mí. No en comparación con John.

—¿O no? —preguntó tentativamente.

—Para ser sincera, siempre he estado un poco enamorada de John. Lo que pasa es que ahora mi región pélvica no deja de pedirme que haga cosas malas con él todo el rato. Estoy condenada. —Se me hundieron los hombros, pero volví a erguirlos otra vez—. No. Las cosas volverán a la normalidad. Solo llevará un poco de tiempo. Si puedo evitarle durante una temporada, lo superaré.

—Por eso hace poco te fuiste a comer fuera —gimió Hang—. Me preocupaba que te hubiéramos insultado de alguna manera o algo así.

—No. Solo me estaba escondiendo como una cobarde —admití—. Lo hago a veces.

Lentamente, ella movió la cabeza en señal afirmativa.

—Bueno, bueno: eres una persona extraña, señorita Millen. Y lo digo con mucho cariño.

—Vaya, gracias —sonreí—. Creo que tú también eres bastante rara.

—Pero volvamos al problema en cuestión. Sí, claro, podrías seguir evitándolo. —Su mirada no me llenaba de confianza—. Y quizá funcionaría.

—Por supuesto que funcionará. Él siempre tiene tantas cosas... Apuesto a que ni siquiera se dará cuenta si me pierde de vista por un tiempo. Quiero decir, tengo que pensar positivamente. Después de todo, solo estuvimos cadera con cadera una vez. —Levanté un dedo—. Solo una vez. Casi se podría decir que fue un accidente.

—Yaaa... No —repuso ella—. No me lo trago. Acabas de perder toda la credibilidad.

—De acuerdo. Pero muchas personas tienen relaciones sexuales y no es más que una diversión. No significa nada para ellos, cero, nada —dije—. Es solamente ejercicio cardiovascular practicado en posición horizontal y sin la ropa puesta. Un orgasmo o dos y ya están listos para irse, sin más.

—Algunas personas, sí.

Lancé un suspiro.

—Bueno, pues yo podría ser una de ellas.

Hang no dijo nada. Y lo dijo todo.

—Que podría serlo —insistí.

—Tal vez —murmuró, con una mueca—. Pero si lo fueras, en este caso en particular, ¿no estaríamos «no» teniendo esta conversación?

Cerré la boca. Me aparté de mi nueva mejor amiga y pensé en cosas profundas. O al menos lo intenté. Obviamente, la confirmación que necesitaba tendría que encontrarla en otra parte. Y aunque era reconfortante darse cuenta de que, visto lo visto, Hang no me iba a mentir en breve, aun así...

—Aléjate de mí con tu lógica —protesté, poniendo cara de pena.

Levantó otro cojín.

—¿Cielo, ártico o aciano?

—¿Azul claro palidillo? —Levanté las cejas interrogativamente—. No lo sé. Acabemos ya con esta estupidez.

—De acuerdo. —Con cuidado, lo dejó bien colocado en un estante—. ¿Así que no debería decirte nada sobre la fiesta al aire libre que Anders me dijo que habría esta noche?

—No, mejor que no.

Hang me lanzó una mirada suplicante, agitando las pestañas.

—¿Te importa si voy yo? Quiero decir, es que... ya sabes cómo se pone Anders. El muy idiota me estará enviando mensajes cada dos minutos si no aparezco. Por alguna razón, ha decidido que le divierte tenerme a su lado.

—Claro que no, tendrías que ir. Lamento ser una perdedora total y dejarte tirada. Es que me llevará un rato ser capaz de acercarme a John y no imaginármelo sin pantalones. Necesito alejarme de él —añadí muy convencida—. Al menos, durante un tiempo.

Con un hondo suspiro, asintió.

—Sinceramente, Edie, puede que eso sea lo mejor.

## CAPÍTULO 31

Volviéndolo a intentar con el libro de la nueva saga fantástica, sumado al medio quilo de helado de masa de galleta con trocitos de chocolate y al cielo estrellado que tengo sobre la cabeza, el sábado por la noche celebré mi propia fiesta. Fue perfecto. Mamá dijo que saldría con unos colegas del trabajo, pero no la creí del todo. Algo le sucedía. Algo que, estaba bastante segura, causaba chupetones. En cualquier caso, tenía la casa para mí sola. Ah, silencio, paz y serenidad. Había olvidado lo bueno que puede ser estar en tu propio espacio sagrado.

No echaba de menos a John, para nada. Y no me imaginaba que el héroe del libro se le pareciese, porque eso sería un error y justamente lo contrario de lo que estaba tratando de lograr. Aunque me ayudó con mis problemas de concentración.

—Hola.

Grité, con el corazón martilleándome dentro del pecho. Una sombra, cuyo tamaño y forma eran muy familiares, se recortaba junto a mi ventana, que tenía abierta.

—John —dije, respirando un poquito rápido. Lo cierto era que, a esas alturas, se diría que ya tendría que haberme acostumbrado a sus apariciones repentinas—. Mierda.

—He visto luz en tu habitación y he pensado en pasarme.

—Cómo no. —Dejé la lectura y me coloqué en el otro lado de la cama mientras él subía para sentarse en el alféizar de la ventana—. Pensé que



estarías en la fiesta al aire libre.

—Podría decir lo mismo de ti.

La culpabilidad me inundó.

—Mi primer día de trabajo, ya sabes, estaba un poco cansada. Y me ha entrado dolor de cabeza con todas esas estúpidas velas perfumadas.

Asintió. Vestía *jeans* y camiseta blanca y llevaba el cabello recogido en una cola de caballo. Sus pronunciados pómulos le proyectaban sombras en el rostro.

—Sí, he estado muy ocupada —seguí parloteando—. Ya sabes, servilleteros, cojines y esas cosas. Montones de artículos necesarios para el hogar.

—Ya.

Sonreí.

Él, no.

—¿Quieres decirme por qué narices me has estado evitando, Edie?

—No he estado...

—¡No!

Me detuve. Su tono no invitaba al debate. Pero aun así...

—John, entiendo que estás molesto. Pero si vuelves a levantarme la voz, te empujaré para que te caigas por la puñetera ventana. ¿Entendido?

Por un segundo, apretó los párpados, como si tratara de recuperar el control o algo así.

—Perdona. Pero de verdad apreciaría que no me mintieras, Edie.

—De acuerdo. —Tomé aire profundamente—. Está bien.

—¿Qué pasa?

Me mordí el labio y me estudié las manos, cuyos dedos se entrelazaban sobre mi regazo.

—Las cosas se han vuelto un poco raras para mí. Simplemente he estado tratando de lidiar con ellas, eso es todo. Para que se arreglen dentro de mi cabeza.

—¿Qué cosas?

—Tú.

Tenía en la cara una expresión dura como la piedra.

—Es porque hemos follado, ¿no?

Me estremecí.

—Sí.

—Joder, Edie. Fue solo sexo. No significó nada.

En el fondo de mi corazón, acababa de morir una parte de mí pequeña y llena de esperanza; una esperanza estúpida que, para empezar, nunca debería haber existido.

—Lo sé. Estoy fastidiándolo todo. Lo siento.

—Si hablamos precisamente de esto antes de hacerlo. ¿Por qué estás hecha un lío?

—No lo sé —sollocé—. Lo siento, mis sentimientos a veces van por libre. No siempre esperan mi permiso. Son así de simpáticos.

Soltó un bufido, resopló y maldijo un poco más.

—Por eso no hiciste caso de mi mensaje la otra noche. Yo siempre estoy a tu lado cuando me necesitas.

—Tienes razón; estuvo muy mal por mi parte. Lo siento. —El estómago se me revolvió y noté un sabor agrio en la boca—. Aunque no es como si tuvieras problemas para encontrar compañía si realmente la quieres.

Un brillo frío centelleó en sus ojos.

—No necesitaba a alguien a quien follar: necesitaba a un amigo. A ti.

Luego se volvió para irse y saltó desde el alféizar de la ventana en un ágil movimiento.

—Espera. ¡Espera! —grité, cruzando la cama y mirando por la ventana—. John, no te vayas.

Su silueta vaciló.

—No debería haber dicho eso. —La repisa de la ventana se me clavaba en la barriga—. Ha sido mezquino e innecesario.

—Sí, es verdad.

—Es cierto... soy una idiota —dije, lo suficientemente fuerte como para que mis vecinos oyesen la conversación. Por Dios—. Pero, para ser justos, nunca antes había tenido sexo y tú eres muy importante para mí. Así que quizá podrías darme un poco de margen, ¿no?

No se volvió, así que no pude verle la cara con tenue resplandor que venía

de mi habitación. La cara que estuviera poniendo seguía siendo un misterio para mí.

—Tú fuiste quien quiso dejar de ser virgen, Edie. Todo fue idea tuya, tu estupenda idea. Solo quería que estuvieras a salvo, que te trataran bien.

—Lo sé.

—Se suponía que nada cambiaría. Ese fue el trato, ¿te acuerdas?

—Sí —murmuré—. Pero los sentimientos no pueden apagarse y encenderse así de fácil, John.

Lanzó un gruñido. Lo hacía con demasiada frecuencia.

—Mira, tienes razón. Debería haberte hablado del asunto en vez de esconderme.

—Sí, deberías haberlo hecho. Tú también eres importante para mí.

—Gracias.

—Pero eso todavía sigue contigo. —Era bueno saber que no tenía ningún interés en facilitarme las cosas. Cruzó los brazos sobre el pecho—. De una forma u otra, debes lidiar con ello.

—¿Cómo?

—No lo sé. Solo... haz lo que sea que necesites hacer para olvidarte de que tuvimos relaciones sexuales y que podamos volver a la normalidad.

Fruncí el ceño y mantuve la lengua jugando por el interior de la mejilla.

—Un momento. ¿Me estás sugiriendo hipnosis o que me acueste con otra persona para superarte? Estoy un poco confundida.

Resonó el suspiro más afligido de todos los tiempos. En verdad, me sentí mal por el pobre chico.

—Tengo que irme. Le prometí a Anders y Hang que los acercaría a casa.

No dije nada.

—¿Todo bien?

—Sí, perfectamente. —Mi capacidad de contar mentiras piadosas estaba superando todas las escalas. La CIA o Hollywood o alguien así seguro que me llamaría en cualquier momento—. Sin problemas. Prometo no evitarte más.

—Bien. ¿Podríamos quedar mañana?

—Claro. —Medio levanté una mano en señal de despedida—. Buenas noches.

## CAPÍTULO 32

John: ¿Qué tienes ganas de hacer?

Yo: Estoy mala, lo siento. Un poco cansada. Hablamos más tarde.

El teléfono móvil sonó.

—¿Hola?

—Pensaba que ya lo habíamos solucionado —dijo John—. Me estás evitando.

—No te estoy evitando.

—Sí, sí que me estás evitando —repitió, con la voz cortante por la tensión.

—Que no. —Apreté la mandíbula—. Prometí que no volvería a hacerlo. De verdad que no me encuentro bien, John. A veces me pasa.

—Ah, ¿sí? —se burló—. Anoche estabas bien.

—Tienes razón. «Estaba» bien anoche. —La chica del espejo del baño me miraba con el ceño fruncido, tan furiosa como yo—. Pero esta mañana la sangre ha comenzado a brotar del útero y ahora me siento como si me hubieran dado una paliza. No es muy agradable que digamos.

Un largo silencio.

—Sí. La regla me duele un montón, John. Así que, como ya habrás adivinado, no estoy de muy buen humor —dije con los dientes apretados—. Además, me duelen los pechos, y como que me apetece matar a cualquier ser

vivo.

—Mmm, de acuerdo.

—Estupendo, me alegro de que podamos hablar de esto. Adiós —terminé, pulsando con saña el botón de finalizar la llamada.

«Dame fuerzas». Podría haber golpeado algo, preferiblemente a él. En cambio, tomaría dos ibuprofenos, volvería a la cama y sentiría pena de mí misma. En ese orden exacto. Hubiera sido agradable pasar el rato con John y despejar el ambiente de cualquier incomodidad que persistiera. Pero acurrucarse en posición fetal tenía prioridad en ese momento.

Un par de horas más tarde, mi madre entró tentativamente con una mirada curiosa en los ojos y una gran bolsa de la compra de papel blanco en la mano.

—Estoy preocupada. ¿Es posible que tengas un admirador secreto o un acosador asqueroso, pero práctico y rico, del que quieras hablarme?

—¿Qué? —Me senté e interrumpí la lectura del libro.

—Acabo de encontrar esto delante de la puerta —me informó entregándome la bolsa—. Tampones, naproxeno y una caja de magdalenas de chocolate. Poco original pero bastante acertado.

Estallé en carcajadas. Ella ladeó la cabeza.

—Por favor, explícate.

—Asusté a un chico con mi ira menstrual —le conté, repasando el contenido de la bolsa—. Aunque, para ser justos, se lo merecía.

—Mmm. —Mantén las cejas unidas y la mirada perpleja. —¿Va a dejar a menudo cosas en la puerta? ¿Tengo que configurar una cámara con sensor de movimiento para poder verlo?

—«Solo» es un amigo, mamá.

—Sí, claro. —Me lanzó una mirada: «la» mirada—. Esas magdalenas son de la panadería Fancypants. No es barata, niña.

—Ñam. —Abrí la caja, salivando—. Y son todas para mí.

—Te enseñé a compartir... Sé que lo hice. —Sonrió—. Así pues, ¿cómo se llama?

—Solo es un amigo.

—Qué nombre más poco habitual.

—¿A que sí? —Le pasé una magdalena—. Toma.

—Oh, no debería —dijo mientras tendía una mano—. Bueno, quizá solo un mordisco. No me vas a hablar de él, ¿eh?

—No hay nada que decir. Solo somos a...

—Amigos. Sí, ya lo he captado. —Dio un bocado y una expresión de dicha le cruzó el rostro—. Bueno, pues lo amo, quienquiera que sea. Ya tiene mi visto bueno. Son divinas.

Mordiéndome mi magdalena, sonreí. Luego, una vez que mamá se hubo ido, levanté el teléfono móvil y marqué el número de John.

—Hola —dije.

—Hola. ¿Has recibido la bolsa?

—Sí, gracias.

—No hay de qué. —Lo oí exhalar—. Perdona por lo de antes.

—Tienes derecho a desconfiar —admití—. Siempre nos estamos pidiendo perdón el uno al otro. ¿Por qué crees que será?

Una risa.

—No lo sé.

—Mi terapeuta diría probablemente que somos tipos de personalidad interesante que trabajamos nuestros problemas dentro de los límites de nuestras relaciones.

—Jesús —murmuró.

—Ñam. —Di otro bocado, masticando con deleite—. Estas magdalenas son increíbles.

—Qué bien. Llamé a Ruby y me indicó lo que podría gustarte.

—¿La camarera del bar de carretera?

—Sí.

—Sabe lo que se hace —afirmé, chupándome el chocolate glaseado que tenía en los dedos—. Y no te preocupes, superaré mi rareza. El chocolate tiene todo tipo de propiedades curativas y mágicas.

—De acuerdo, muy bien.

Ninguno de los dos dijo nada durante un minuto. Sí, fue un silencio largo e interminable muy cómodo. No fue embarazoso para nada.

—Bueno, debería dejarte —dije al fin—. Mamá quería...

—Sí, claro. Nos vemos en clase, Edie.

Y ya no estaba.

## CAPÍTULO 33

Desconocido: ¡¡SOS!!

Yo: ¿Quién eres?

Desconocido: Yo, tonta.

Yo: ¿?

Desconocido: ¡¡¡¡¡¡¡Anders!!!!!!!!!!

Yo: ¿Qué quieres y de dónde has sacado mi número?

Anders: JC me lo ha dado. Se ha quedado sin automóvil.

Ven a buscarnos, necesitamos que nos lleves al instituto.

Yo: Enseguida voy.

Anders: Por él sí haces cosas. ¿QUÉ HAY DE MÍ?

A la luz del día, la casa de dos pisos todavía parecía más necesitada de algún arreglo, a pesar de la perfección del jardín. La pintura desconchada y las enredaderas ocultaban el gran potencial del lugar. Supongo que su tío estaba demasiado ocupado llevando un negocio como para trabajar en la casa. No era un mal vecindario ni nada así. La mayoría de las otras casas estaban muy bien cuidadas, incluso immaculadas. Solo la de John parecía desentonar, clamando por un poco de amor.

Mi amigo estaba inclinado sobre el motor. Pero cuando salí de mi vehículo,



ya había pasado a tirar una llave al suelo, antes de liberar realmente sus frustraciones pateando uno de los neumáticos de la bestia.

—Maldita sea.

Caramba.

—Johnny. —Un hombre salió de la casa, vestido con una opulenta bata de seda verde. Apartaba su largo cabello sobre uno de los hombros e iba bien afeitado—. Oye, vamos. Cálmate.

Con los brazos en jarras, John miraba a la bestia.

—Se ha estropeado la tapa del distribuidor.

El hombre, posiblemente de treinta y muchos, le puso una mano en el hombro y se lo apretó. Lo que sea que el hombre le dijera a continuación no lo oí, pues estaba demasiado lejos. Hizo un gesto hacia un viejo sedán plateado que había aparcado junto a la bestia y John negó con la cabeza, con los labios pálidos de furia.

Mientras tanto, Anders estaba sentado sobre la hierba del jardín, como si estuviera pasando el rato.

—Oye, fíjate: Edie está aquí, ¡menuda coincidencia!

John se volvió hacia mí, con el ceño fruncido.

—Buenos días —saludé, levantándome las gafas de sol hasta la cabeza.

El ceño fruncido se dirigió hacia Anders, quien simplemente se encogió de hombros.

—¿Qué? Ella va a nuestro centro y necesitamos que nos lleven. Problema resuelto... De nada.

Nada de parte de John. Supongo que no le había dado mi número a Anders ni le había pedido que me escribiera.

—Hola —dijo el hombre y vino hacia mí extendiendo una mano para que se la estrechase—. Soy Levi. El tío de John.

—Edie —respondí—. Encantada de conocerlo.

Levi sonrió alegremente y unas arrugas de felicidad aparecieron alrededor de sus familiares ojos azules.

—Toma tu mochila, John. No querrás tener esperando a la dama.

Todavía con aspecto de descontento, John cerró de un portazo la puerta del lado del conductor de la bestia antes de irrumpir en la casa.

El tío Levi me ofreció una sonrisa cautelosa.

—No ha tenido una buena mañana.

—No, ya veo.

Una vez que John reapareció, con la mochila en la espalda, nos pusimos en marcha. Iba sentado, con aire deprimido, en el asiento del copiloto, mirando fijamente por la ventana, con la mandíbula apretada, mientras Anders se estuvo quejando de tener que ponerse en el asiento de atrás hasta que llegamos a una cafetería donde servían café para llevar a automóviles. Daba igual lo enojado que estuviera John: yo necesitaba mi dosis.

—¿Queréis algo? —les pregunté a mis pasajeros.

Anders negó con la cabeza.

—Café. —John sacó un billete de diez dólares del bolsillo—. Te invito yo al tuyo.

—No hace falta.

El tono de su voz no se había suavizado ni una pizca.

—Considéralo un pago por la gasolina.

—De acuerdo.

Unos minutos más tarde, John tenía su café largo y yo tenía mi café con leche doble. Con suerte, la cafeína lo alegraría. Dios sabía que las mañanas se me hacían más soportables si tenía café a mano. El resto del viaje al instituto transcurrió en silencio; incluso Anders mantuvo la boca cerrada por una vez.

—Gracias —murmuró John al llegar, salió del automóvil y se alejó rápidamente.

Expulsando lentamente el aire, Anders se apoyó en el respaldo de mi asiento y le dio un tirón a mi cola de caballo. Tendí la mano y le palmeé la suya.

—Gracias por venir —dijo en voz baja—. Anoche me quedé en casa de JC. Estuvimos jugando con el ordenador hasta muy tarde. Fue estupendo. Pero de verdad ha sido una mañana de pena.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que ha pasado?

Pero ya había abierto la puerta y había salido. Se había ido, al igual que John. Tomé un sorbo del café, aún caliente, y recogí mis cosas. Todo había sido muy extraño. A pesar de haberle llevado hasta allí, John no se presentó en

clase de Lengua. Y no volví a verlo por el instituto en todo el día.

## CAPÍTULO 34

Los golpecitos en mi ventana llegaron justo antes de la medianoche y dejaron una mancha de sangre en el cristal. Por una vez, debido a la lluvia, estaba cerrada.

—¿John? —Me incorporé y me olvidé del libro. Una tormenta anterior había hecho que la madera se combara un poco y tuve que forcejear para abrir la ventana—. ¡Mierda!

—Hola. —Se tambaleó en la tenue luz, la sangre le cubría la cara—. Hola, Edie. Yo, ah...

—Ven aquí.

—De acuerdo.

Lo agarré del brazo y lo ayudé a entrar. Bueno, a arrastrar a su patética persona contra su voluntad hasta la cama sería una descripción mejor. Su ropa estaba empapada.

—Acuéstate —le ordené, un poco más que atacada de los nervios. Labio partido, nariz sanguinolenta, un ojo negro. Menuda carnicería. Le levanté la camiseta, en busca de aterradoras marcas negras o de cualquier otra señal que pudiera indicar una hemorragia interna o algo así. ¿Dónde había un titulado en medicina cuando una lo necesitaba?

—Estoy bien —dijo—. Solo... yo... me he metido en una pelea.

—No me digas. —Mi voz titubeó por culpa del mini ataque de corazón que me había producido la situación. Joder, me había asustado realmente. Me dirigí a la puerta—. Necesitamos suministros. Quédate aquí. No te muevas.

En el lavabo, mi madre tenía un botiquín de primeros auxilios con lo básico. Lo saqué y también me hice con un par de paños húmedos. Gracias a Dios que estaba en el trabajo. Que John y ella se conocieran en esas circunstancias no sería muy bueno.

—No estoy borracho —afirmó mientras se tumbaba en la cama y comenzaba a limpiarse la cara—. Solo he bebido un poco.

—¿Sí? Lástima. Apuesto a que ahora te duele mucho.

Un gruñido.

Una vez que le hube limpiado la mayor parte de la sangre, las cosas no parecían tan malas. A lo mejor estaba hecho un desastre, pero viviría. Le quité las Converse y metí la camiseta, los calcetines y los *jeans*, todo mojado, en la lavadora, con detergente abundante. Ahí se terminaba mi habilidad para hacer la colada. Con toda probabilidad, las manchas de sangre seguirían allí para quedarse. Con la suciedad, sin embargo, podría apañarme. Lo que me dio algo en qué pensar además del hecho de que John yaciera medio desnudo en mi cama.

—No quería ir a casa —murmuró, con los ojos cerrados—. Lo siento.

—No pasa nada.

Le puse pomada antiséptica por todas partes, una bolsa de hielo en el ojo y una tirita en el corte de la mejilla. El labio partido había dejado de sangrarle, así que lo dejé en paz. Luego me centré en sus manos ensangrentadas.

—¿Por qué te has peleado? —pregunté, curándole con cuidado los nudillos, que tenía cortados—. ¿Con quién te has peleado?

Gimió.

—Nada. No importa.

—Muy bien. ¿Pues de qué quieres hablar?

—No quiero hablar —murmuró con un temblor—. Tengo frío.

Como estaba encima de la colcha, saqué la vieja manta de repuesto del armario y lo cubrí con ella hasta el cuello.

—¿Mejor? —pregunté.

Asintió.

—Con Dillon, discutimos. Fue él quien me estropeó el Charger. Fui a hablar con él.

—¿Tu hermano? Mierda. ¿Y entiendo que la visita no fue muy bien?

—No, para nada —suspiró y lanzó un gemido de dolor—. El negocio va fatal. Quiere que vuelva a vender.

—¿Qué? —mascullé.

—No pasa nada. Le dije que no. Así es como acabamos peleándonos.

«Dios santo, menudo capullo».

Pronto, se le estabilizó la respiración y se relajó. Me senté allí, mirándolo, sin saber qué hacer. Dios, la hinchazón de su cara tenía un aspecto horrible. Debido a mis recientes aventuras con el insomnio, sabía que mamá había estado llegando a casa más tarde. Otro comportamiento extraño viniendo de ella, aunque ahora mismo ya tenía suficiente entre las manos para preocuparme de eso. Además, sabía que no venía a ver cómo estaba cuando llegaba a casa; no si mi puerta estaba cerrada. Ambas sabíamos que el hecho de que yo lograra conciliar el sueño medianamente bien era algo que sucedía tan pocas veces que no había que arriesgarse a hacer ruido. El chico de mi cama estaba a salvo del drama materno.

Esperé hasta que la lavadora hubiera acabado para meter su ropa en la secadora. A esas alturas, había hecho todo lo que había podido hacer. Era imposible que pudiera dormirme después de toda esa emoción. Y con el cerebro a mil por hora, concentrarme en el libro sería igualmente improbable. Así que me acosté al lado de John, mirando cómo el pecho le subía y le bajaba.

Lo siguiente que recuerdo fue la luz de la mañana cegándome los ojos.

—¿Eddie? Vamos, despierta.

—¿Mmm? —Entrecerrando los ojos, lentamente me desperté.

Unos dedos me apartaron delicadamente el pelo de la cara, mientras unos adorables ojos azules me miraban.

—Hola.

—Buenos días —dije, aún sin creérmelo del todo. Pero era realmente así. Me había dormido. Durante horas y horas, sin despertarme presa del pánico por pesadillas extrañas o malos recuerdos. Caramba. No me había sentido tan descansada en la vida.

—Necesito mi ropa —comentó.

—Mmm. De acuerdo. Será mejor que no hagamos ruido, no queremos despertar a mi madre. —Tragué saliva—. No estás muy presentable.

—No, seguro que no. —Trató de sonreír.

Salté de la cama; tenía que dejar algo de espacio entre mi persona y la prueba de lo mucho que la luz de la mañana adoraba la piel de John. Anoche, lo había desnudado y le había dejado en su actual estado de semidesnudez. Sin embargo anoche, estaba demasiado preocupada por lo maltrecho que estaba para apreciar la vista. Para sentir la ardiente emoción del deseo corriéndome por las venas.

Todo estaba en silencio. Me moví por casa de puntillas, tomé su ropa y volví a toda prisa a mi cuarto. El chico casi desnudo había comenzado a hojear el libro que me estaba leyendo.

—Ten cuidado —murmuré mientras intercambiábamos la ropa por el libro—. No me gusta que las páginas se arruguen.

—Lo siento —dijo con una sonrisa de diversión.

«Imbécil».

—¿Dónde has aparcado el automóvil?

—Vine andando.

—¿Que tú «qué»? —exclamé, para inmediatamente taparme la boca, demasiado ruidosa, con la mano—. ¿Pero cuánto tardaste?

—¿Qué?

Retiré la mano y repetí la pregunta.

Se limitó a encogerse de hombros, para luego ponerse los *jeans* y cerrarse la cremallera y el botón. Jesusito de mi vida. Una y otra vez, como un GIF de porno blando, mi mente reproducía esos diez segundos. No podía evitarlo. O no quería. Honestamente, era difícil decir con exactitud cuál de las dos opciones era. Olvidémonos del beicon sobre tortitas cubiertas con sirope de arce: él sí me hacía babear.

Para mi vergüenza. Tenía que existir un nivel especial del infierno para las personas que deseaban ver a su mejor amigo molido a golpes. Sin embargo, ¿cómo no iba a estar loca por él? Esa era la pregunta. Lo mejor para todos los implicados era que se apresurase y se pusiera la camiseta. «Sácame de esta

miseria».

Con la cabeza inclinada, preguntó:

—¿Y esa mirada? ¿En qué estás pensando?

—En beicon canadiense.

Pestañeó.

—Te invito a desayunar.

—¿Tortitas en Awful Annie's?

—Lo que te apetezca.

—De acuerdo, dame de cinco a treinta minutos para prepararme rápidamente.

Me puse a buscar en el armario. Pensamientos limpios, neutrales y felices: no recrearme en los pantalones de John ni en lo que contenían ni en nada; no preguntarme si, además de beber y de meterse en peleas, también había usado a una de sus amigas, siempre dispuesta, para la diversión desnuda como una distracción para olvidarse de toda la mierda sobre su hermano.

En realidad, no quería saberlo.

Definitivamente, era la clase de día para ponerse unos *jeans* negros rasgados. Sandalias Dr. Martens, top de rayas blancas y negras, ropa interior, y ya estábamos listos. Con la ropa seleccionada, me di la vuelta para sorprenderlo revisando mis estanterías.

—No estoy tocando nada —aclaró mientras levantaba sus maltrechas manos—. Lo prometo.

—Puedes tocar. Solo sé cuidadoso.

Otra de esas sonrisas secretamente divertidas, únicamente porque no podía comprender mi amor verdadero y perdurable por los libros. Vaya tipo más capullo.

Me apresuré a tomar una ducha y me limpié la suciedad del pelo con un champú seco antes de recogerlo en un moño. Uf, lo que fuera. Dadas las limitaciones de tiempo, un maquillaje básico sería suficiente.

—Será mejor que salgas por la ventana y nos encontremos al final de la manzana —dije, metiendo las últimas cosas que me hacían falta en un bolso—. Ten cuidado. No vayas a hacerte más daño.

—Estaré bien. —Se movió por la cama, con cuidado de mantener sus



todavía sucias Converse fuera de la colcha. Una vez que se sentó en el alféizar de la ventana, se detuvo y se volvió—. Gracias por dejar que me quedase anoche. Por cuidarme.

—Por supuesto. —Los cumplidos siempre habían hecho que me sintiera extraña. No pude mirarlo a los ojos, así que me estudié los pies. Sí, todavía tenía los diez dedos, con las uñas perfectamente pintadas de negro. Asombroso—. Tú lo harías por mí.

Por culpa del labio partido, su sonrisa estaba limitada.

—Te veo en la calle.

La calidez que persistió en mi corazón después de que se fuera iba más allá de la amistad. Y eso era peligroso.

## CAPÍTULO 35

La semana transcurrió sin problemas hasta después de la comida del miércoles. Si alguna vez fue creado un día cargado de mala voluntad, ese era el miércoles. Era como si estuviese allí puesto, a mitad de la semana, para mofar-se de mí con los dos días de clases que aún quedaban antes de llegar al fin de semana.

Maldito miércoles.

A pesar de no haber podido evitar a John, mi amigo increíblemente atractivo y sexi, ya que él y Anders habían decidido sentarse a comer con nosotras todos los días, las cosas iban bien. Pude controlar mis sentimientos. Quién sabe, a lo mejor la negación y la represión eran buenas para el alma.

Sonó la campana de la clase, los pasillos estaban llenos de gente. Parloteos, risas, toda clase de ruidos fuertes resonaban. Afortunadamente, ninguno de ellos me desencadenó un ataque de pánico. Últimamente no tenía tantos ataques de locura. No sé si era por la terapia o qué, pero me gustaba mucho.

De pie junto a mi taquilla, mientras cambiaba de libros, alguien me tocó el trasero. Y no fue un roce leve, al pasar, posiblemente por accidente: ni mucho menos. Me agarraron un buen trozo de trasero y presionaron de manera contundente. A lo que siguieron unas risas masculinas.

Me volví, sin duda con cara de sorpresa.

—¿Qué narices...?

—Si es lo suficientemente bueno para John... ¿Eh? —dijo el Neanderthal.

Lo que le faltaba en altura lo compensaba en músculos. Creo que lo reconocía de la clase de Química. Más risas de su cuadrilla de amigos, igualmente idiotas y de aspecto atlético.

—Vete a la mierda —exclamé con mi tono más elocuente. Apreté los puños, tenía tantas ganas de pegarle... No importaba que tuviera una musculatura tan desarrollada. Sin duda no acabaría bien para mí, pero me daba lo mismo. Dolor, hospital, castigo, expulsión temporal... Todo ello eran problemas de un futuro remoto. Lo que importaba ahora era la revancha, y reemplazar esa sonrisa de su jeta con algo mucho más feo.

La repentina imagen de mi madre se inmiscuyó en mi ira. La pobre mujer yéndome a buscar al hospital. De nuevo. Su decepción al contarme la conversación con el director. De nuevo.

Los puños se me quedaron quietos a ambos lados, los nudillos blancos.

Mi furia solo les hizo reír con más fuerza. Mierda, incluso algunas personas que pasaban por ahí se rieron. La rabia volvió a cobrar vida dentro de mí. Si alguna vez había sentido ganas de quemar algo, fue en ese momento. Ese tipo no tenía derecho a hacerme eso. A tocarme como le apeteciera. Y después de haberme tocado, a tratar el sentimiento de indignación que tenía como si fuera una broma.

De ninguna manera. Eso no lo permitiría.

Tal vez no podía romperle la nariz sin romperle el corazón a mi madre, pero tenía otras opciones. Solo necesitaba un poco de tiempo para pensar las cosas. La venganza sería mía.

Resultó, sin embargo, que no fui la única que terminó castigada esa tarde (no había sido mi intención volver a cabecear durante la clase de Matemáticas, de veras). Apenas había sacado un libro y un bolígrafo cuando el Neanderthal en persona apareció por la puerta. «Joder, menuda mierda». Trozos de papel higiénico ensangrentado le llenaban ambas fosas nasales, y su nariz parecía gravemente hinchada. Detrás de él venía nada más y nada menos que John.

¿Coincidencia? No tanto.

Con mucha calma, mi amigo se sentó en el pupitre de al lado y sacó un libro de texto.

—No tenías que haberlo hecho —le susurré.

—Lo sé.

—Tengo las cosas bajo control. —Una completa mentira, aunque sirvió para que me sintiera mejor. Capaz, incluso—. ¿Y no decías que la violencia no era la respuesta?

—No me acuerdo.

No quería verse implicado en ninguno de mis dramas en el instituto. Había dicho eso, seguro. Y viendo cómo había dejado de traficar y se estaba esforzando realmente en estudiar, lo entendí. Además, no lo necesitaba para defenderme. Puede que no ganase todas las batallas, pero estaba más que dispuesta a luchar por mí misma.

—Lo digo en serio, no deberías haberlo hecho. —Me incliné hacia él, hablando en voz baja—. Dijiste que te estabas tomando en serio el bachillerato, que querías mejorar tu conducta y no añadir nada más a tu expediente por mi culpa, ¿recuerdas?

—No volverá a tocarte.

—John.

—Relájate —murmuró mientras hojeaba las páginas—. No pasa nada. Estás haciendo una montaña de un grano de arena.

—Y un cuerno —mascullé—. ¿Por qué a mí se me aplican unas normas y a ti, otras?

—Porque nunca antes había conocido a una chica a la que quisiera proteger.

Eso hizo que me callase.

Desde la parte delantera del aula, la maestra nos miraba con un brillo de advertencia en los ojos. Por lo visto, el castigo extraescolar no implicaba lo de ponerse al día con los amigos. No era de extrañar que antes soliese esforzarme más para evitarlo.

—Ya hablaremos de esto más tarde —le dije.

Un hombro levantado, indiferencia completa.

—De acuerdo. Como quieras, Edie.

Se escabulló al acabar el castigo antes de que pudiéramos hablar y no tuve la oportunidad de hablar con él el resto de la semana. Empezó a pasar cada

comida en la cancha de baloncesto con Anders, y era la última persona en llegar a clase de Lengua y la primera en irse. «Imbécil». Supongo que no le había gustado que le dijeran lo que tenía que hacer más de lo que me gustaba a mí.

## CAPÍTULO 36

—Si te hace llorar, no te merece.

Hang me guiñó un ojo y dejó una olla de arroz sobre la mesa del comedor.

—No creo que la haga llorar, mamá.

—De veras que solo somos amigos —afirmé.

—Pues claro. —Hang sonrió—. Es tan poco atractivo, mamá. Edie no podría estar interesada en él. Todos esos músculos y pómulos asquerosos, como los de una escultura de Rodin. Repugnante.

—Chicos —sentenció su madre, con voz llena de desprecio.

En el otro extremo de la mesa, su padre permanecía con la cabeza gacha, echando un plato de pollo y fideos llamado *pho* en un cuenco. Había verduras al vapor y un plato con pescado picante que era el plato principal. Todo olía divino y tenía un aspecto increíble. Muy superior a los macarrones con queso precocinados que había planeado comerme en casa.

—Todo tiene un aspecto delicioso —dije.

—Come —ordenó su madre, que pareció vagamente halagada por el cumplido.

Después de la cena llegó un plato de fruta, al tiempo que la madre de Hang nos interrogaba sobre nuestras notas, nuestra vida social y cualquier otra cosa que le interesara saber. Mientras evitáramos hablar de John, yo era feliz. Por el contrario, su padre apenas dijo una palabra en toda la noche. No podía culparlo. Conmigo ahí y el hermano mayor de Hang en la universidad, el pobre hombre estaba en minoría.

—Llévatelos. —La señora Tran me cargó con unos táperes de comida cuando salíamos. Suficiente para durar días. A pesar de mi talla, parecía tener serias reservas acerca de cuánto tenía para comer en casa. No me peleé con ella. En primer lugar, porque la comida estaba realmente buenísima; y, en segundo, porque solo un tonto trataría de decirle que no a esa mujer—. En casa a las nueve y media, Hang. Es un día entre semana.

—Aquí estaré.

Fuera, las nubes cubrían la mayor parte del cielo. Parecía que llovería más tarde. Una lástima, pero no tenía ganas de retrasar mi misión.

—Pasé por delante de su casa de camino y su automóvil estaba ahí.

—¿De verdad vamos a hacerlo? —preguntó Hang.

—Tú no tienes que...

—Oh, no. Sí que tengo que hacerlo. —A Hang le había indignado el incidente de que me tocaran el trasero tanto como a mí; seguramente, más—. Llaves, por favor.

Se las arrojé.

—Nunca antes he hecho de conductor de huidas —dijo, ajustándose las gafas por encima de la nariz. Resultaba extraño verla con ellas; por lo general, usaba lentillas.

—Confío en ti.

Ya dentro del automóvil, encendió el motor y se puso el cinturón de seguridad antes de lanzar una mirada especulativa a los ocho cartones de huevos que había en el asiento trasero.

—Son muchos huevos.

—La justicia está a punto de ser servida con huevos estrellados.

Carrie y Sophia habían estado en una fiesta en casa del cerdo unos años atrás. Sería un eufemismo decir que se alegraron de proporcionarnos la dirección. De hecho, les entristeció que no las invitásemos a participar. Pero cuantas más personas fuéramos, más probable sería que nos atraparan. Para un visto y no visto, con un sencillo equipo de dos mujeres todo funcionaría mejor. Al menos, parecía más seguro. Las dos nos habíamos vestido de negro, lo que para mí no era gran cosa, claro. *Jeans* negros y camiseta, y en mi caso el pelo trenzado. Hang había elegido unos pantalones cortos y una camiseta con

volantes en la parte delantera, y se había recogido el pelo. Sigilo con estilo.

Una animada canción de The 1975 sonaba en la radio. No era el tema de *Misión imposible*, pero tendría que bastar. Consideré pedirle a John que condujera, pero ya había saldado sus deudas con ese tipo. Además, esto era un asunto de mujeres.

No tardamos mucho en llegar a la casa en cuestión, una vivienda de dos pisos con un bonito estucado y un sauce grande y viejo que llenaba el jardín de delante. Ubicada en una calle tranquila, las luces estaban encendidas tanto en el piso de arriba como en el de abajo; había gente en casa, sin duda. En el ancho acceso para vehículos, había un par de automóviles aparcados. Esa noche, nuestro objetivo era el SUV negro cuyo refuerzo frontal era tan inmenso que tenía que estar compensando algo.

Posiblemente, el tamaño de su pene; sus modales, desde luego. Y el intelecto seguramente también pertenecía a esa lista.

—Mantendré el motor encendido —dijo Hang, con los faros apagados y la música a un volumen muy bajo. Le salía de manera innata—. Deja abierta la puerta de tu lado. Y al primer signo de que aparece alguien, corre.

Asentí. Aunque, sinceramente, la idea de que me atraparan no me molestaba en absoluto. Era incluso emocionante. Pensando en cómo me había agarrado el muy capullo, como si no fuera gran cosa, como si tuviera derecho porque, de todos modos, qué importancia tenía yo... Sonreí.

—Me lo voy a pasar muy bien.

Con las cajas de los huevos en brazos, me acerqué sigilosamente por el camino de hormigón. Con suerte no habría iluminación de seguridad. Sería una pena que me molestaran antes de que mi trabajo hubiera terminado.

Primero fui a por el parabrisas. Las cáscaras emitieron un gratificante crujido al alcanzar su objetivo. Y es posible que no hubiera sido nunca demasiado aficionada a los deportes, pero lo de lanzar huevos me salía de forma natural. Las yemas doradas se deslizaron por el vidrio; otras salpicaron a través del capó. Presté particular atención a la puerta del lado del conductor. Le dediqué una cobertura extra grande debido a su importancia.

Contraatacar fue emocionante.

De pie bajo el cielo plateado y cubierto de nubes, sonriendo como una



chiflada, rodeé el SUV y lo acribillé con todo el glorioso esplendor de los huevos. Un rastro de cajas de cartón vacías yacía desparramado detrás de mí. Sinceramente, ni siquiera escuché el ladrido del perro ni las voces que lo llamaban. Los gritos de Hang tampoco llegaron hasta mí al principio. Sin embargo, cuando empezó a darle al claxon... Me cuadré, parpadeando como si acabara de despertarme de un sueño. Uno bueno. La luz exterior de la vivienda se encendió y me deslumbró.

—¡Oye! ¿Qué narices haces? —gritó una voz masculina, llena de furia, desde dentro. Las llaves se le cayeron mientras luchaba con la cerradura de seguridad de la puerta de la entrada. A sus pies, el terrorífico perro del tamaño de una pinta de cerveza se echó a ladrar. Una vez que la puerta se abriera, iría directo al ataque. Pero todavía había tiempo; tenía que haberlo.

—¡Deprisa, deprisa, deprisa! —gritó Hang, poniendo a todo gas el motor—. ¡Ahora!

«Un segundito». Rompí la tapa del cartón que quedaba y estrellé el contenido contra el costado de su gran SUV.

—Toma esto, imbécil —susurré. Y entonces eché a correr.

Hang salió disparada antes incluso de que yo cerrara la puerta del automóvil, mi compacto acelerando con más fuerza de la que lo habría creído capaz. Con el corazón palpitando y respirando con dificultad, forcejeé con el cinturón de seguridad. Las manos, viscosas por los huevos, me resbalaban.

—Joder —dijo Hang, mirando por el espejo retrovisor.

—Ya está.

—Nadie nos sigue. —Su mirada alternaba entre el espejo y la calzada, con los dedos tan apretados en torno al volante que los nudillos le sobresalían—. Excepto por un pequeño perro cabreado. Lo siento, cachorrito. Hasta luego.

Solté una carcajada.

—Oh, cómo me ha gustado.

—Dios. Casi logras que me dé un ataque al corazón.

—Lo siento.

—Te he gritado para que corrieras y simplemente has seguido allí, de pie, mirando el SUV. —Negó con la cabeza mientras disminuía la velocidad y encendía los faros ahora que ya habíamos cubierto una distancia adecuada—.

Ha sido como si estuvieras en un trance o algo así.

—Solo admirando mi trabajo.

—Y has tenido que agotar hasta el último cartón, ¿no? Mierda, Edie.

—Estaba a punto de acabar.

—¡Casi nos atrapa! —Prorrumpió en una risa que parecía más de incredulidad/histerismo que de felicidad. El blanco de sus ojos nunca me había parecido tan grande—. Estás loca. Ahora mismo, podría matarte. No volvamos a hacer nada así en un tiempo, ¿de acuerdo?

Despatarrándome en el asiento del pasajero, sonreí.

—De todas formas, ha sido increíble.

—Se la has devuelto bien.

—Se la «hemos» devuelto bien.

—Sí, es cierto. —A regañadientes, Hang sonrió—. Capullo.

## CAPÍTULO 37

Anders organizó una fiesta el sábado por la noche en su casa, que resultó no estar demasiado lejos de la mía. Era su decimoctavo cumpleaños.

Su padre se quedó por las inmediaciones, jugando al *fantasy basketball* con unos amigos en la sala de estar. Siempre que no se rompieran leyes o muebles importantes, permanecerían ahí. Mientras que a su padre le había parecido bien la fiesta, su madre, por lo visto, tenía sus reservas. Como de costumbre, estaba el barril de cerveza, aunque esta vez se mantenía oculto en una pequeña caseta de piscina, rodeada por un jardín. Montones de bikinis y música alta, y gente entrando y saliendo de la vivienda con vasos de plástico en la mano, se sucedían.

Ni rastro de John.

—Y aquí hay una gran variedad de zumos vigorizantes. Un montón de vitaminas y nutrientes —dijo Anders, que nos estaba haciendo a Hang, Sophia, Carrie y a mí un recorrido por la fiesta. La brillante tiara que lucía en la cabeza dejaba pocas dudas sobre en honor de quién se celebraba el evento—. Muy saludables. Podríais bailar toda la noche con esta energía natural.

—Se ven deliciosos —repuso Carrie—. Y ahí está la pista de baile. ¡Hasta luego, gente!

Soph se rio y se fueron para allá, tomadas de la mano.

—Sí, mucha fruta y agua. Y algunos refrescos, también. Pero tened cuidado, porque llevan mucho azúcar y eso no es bueno para los dientes. —Anders apartó con cautela los productos sin alcohol para llegar a las botellas

individuales de zumo con vodka que se encontraban debajo. Abrió la tapa de una y se la entregó a Hang, luego hizo lo mismo conmigo—. Nada con alcohol, lo siento, porque mi madre tiene miedo de que Dios nos castigue. Por lo tanto, esta noche solo cosas de niños buenos.

—¿Y qué hay del barril?

—Te lo has imaginando, junto con esa bebida alcohólica que tienes en la mano. No me atrevería a ir en contra de los deseos de mi madre. —Anders sonrió—. ¿Cuándo voy a recibir mi beso de cumpleaños?

Hang levantó la barbilla.

—¿Quién ha dicho que fuera a dártelo?

—Bueno, ¿y si me dejas, entonces, que te meta mano? En la parte superior del traje de baño. Ese sería un buen regalo.

—¡Ja! —Hang se dirigió a la piscina—. Sigue soñando.

—¿Y si me metieras mano tú a mí? Eso también estaría fenomenal. Podría ser mi regalo para ti.

—No va a pasar.

—¿Y si jugamos a girar la botella, más tarde? Solos tú y yo. —Anders la siguió como un cachorro muy grande y ansioso—. No se puede hacer una fiesta sin los típicos juegos de las fiestas, ¿verdad?

Junto a una barbacoa, John Cole estaba sentado en compañía de la flor y nata del instituto. Estrellas del deporte, gente de dinero y gente guapa de lo más diverso, todos riendo, charlando y bebiendo. Erika se había sentado en el regazo de un chico nuevo. No es que me importara. En modo alguno iba a deambular por ahí para saludar a John. Él podía encajar con esos tipos, pero yo no. Me quedaría con mis amigos y me dirigiría a la pista de baile. Era hora de quemar algo de mi frustración reprimida y otras emociones igualmente desagradables con Carrie y Soph.

Nos turnamos para ir a buscar bebidas. Algunas eran agua, otras no. Después de una hora o dos, estaba agradablemente achispada y tenía el cuerpo empapado en sudor y una amplia sonrisa en la cara. Mi amiga Marie de clase de Biología incluso se había unido a nosotras durante un rato.

—¿Piscina? —preguntó Soph, jadeando.

—Piscina —secundamos Carrie y yo.

Ambas llevaban trajes de baño debajo de la ropa, pero yo solo me quité los zapatos. Con eso bastaba. Me tiré dentro, con mis pantalones cortos de denim y con mi camiseta sin mangas y con todo, salpicando de forma notable. El agua fría me cubrió la cabeza y el ritmo sordo de la música siguió vibrando allí abajo, antes de que volviera a salir a la superficie, con su olor a cloro y a verano. Caramba, qué bien me sentó.

Sophia y Carrie comenzaron a dar vueltas en el agua mientras se besaban. En el ínterin, Anders y Hang parecían tener una conversación profunda y significativa junto a las escaleras. Yo estaba sola. Bien. Salí de la piscina en busca, primero, de una toalla y, segundo, de comida. Resultó que John ya tenía lo primero cubierto.

—Hola —dijo conforme me cubría con una toalla de un tamaño monstruoso. Marcas verdes y amarillas le decoraban la cara: los moratones se le desvanecían lentamente. También parecía tener un poco mejor los nudillos.

—Hola. Gracias.

Me escurrí el pelo, del que solo salieron unos cinco litros de agua. Mi ropa mojada dejó la toalla empapada en menos de un minuto. Ese era el problema de haber entrado en la piscina completamente vestida. Bah, y qué.

—Maldita sea —exclamó con una sonrisa—. Necesitamos otra solo para tu cabello... Vamos.

Lo seguí por un lado de la casa hasta una puerta que daba a un lavadero. Supongo que John había pasado mucho tiempo aquí a lo largo de los años. Desde luego, sabía cómo orientarse; en cuestión de segundos, sacó dos toallas limpias del armario. Una sustituyó a la cosa empapada que me envolvía, pero la otra la sostuvo en las manos y la usó para secarme con suavidad el cabello.

—Puedo hacerlo yo —señalé.

—Ya me las apaño. —Bajó la voz, lo que me produjo un extraño estremecimiento por la espalda. Teniendo en cuenta que lo nuestro era algo platónico, la verdad es que me estaba tocando demasiado. No. John era solo un amigo. Solo un a... Mierda, ni siquiera yo misma podía creerme eso ya—. ¿Qué tal estaba el agua?

—Bien. Fría. —Y todo era raro. Muy raro.

Una vez que la ropa llegó a un punto de humedad en el que ya no goteaba,

poco más podía hacerse. Puse la toalla mojada encima de la lavadora, lista para ser tendida en cuanto John terminase de secarme el pelo. Sin embargo, en ese momento lo de secarme la cabeza se estancó, mientras que, con la mirada, iba desde mi rostro hasta el concurso de camisetas mojadas que tenía lugar debajo.

«Oh, venga, no, los pezones». Qué vergüenza.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Cómo has estado? No te he visto desde el último castigo.

—Sí. —Se humedeció los labios—. He estado ocupado.

—Evitándome.

—Es posible.

Me reí.

—Es seguro. No te preocupes, ya no quiero sermonearte sobre los males de meterte en problemas en el instituto. Sobre todo, cuando es por culpa mía.

—¿No? —Su expresión reflejó alivio—. Bien.

—Aunque es muy hipócrita por tu parte evitarme así.

John contuvo una sonrisa.

—He oído que le tiraron huevos al SUV de alguien el otro día. Y, ¿sabes qué?, creo que fue a ese imbécil que te metió mano.

—Vaya, qué casualidad. Y qué ataque tan impactante contra la propiedad privada.

—Mmm.

Mantuve la cara sin expresión. Inocente como un cordelito. «Beeee».

—¿Entonces no sabes nada de eso? —preguntó.

—Nada de nada.

—Sí, sí. —Arrugó el ceño: obviamente, no estaba convencido—. La próxima vez, cuando «no» hagas cosas como esta, házmelo saber para que pueda cubrirte las espaldas, ¿de acuerdo?

Solo sonreí.

—Lo digo en serio, Edie.

—Y te he oído, pero tenía las espaldas cubiertas.

—Qué cabreo le habría entrado a Anders si hubieras metido a Hang en problemas —observó.

—Hang es mayorcita: puede tomar sus propias decisiones.

Por un momento, se limitó a mirarme.

—No me puedo creer que le hayas lanzado huevos a su automóvil.

—No confieso nada.

John esbozó una sonrisa torcida que me hizo sentir un poco mareada. Dios, todo lo que hacía podía conmigo. O eso, o había bebido más de la cuenta. Lo que fuese. Era el momento de una huida de emergencia. Tenía que salir de allí antes de hacer algo estúpido.

—Me voy a ir a casa.

Él se detuvo.

—¿Qué? ¿Ya te vas?

—Sí, necesito cambiarme de ropa —le dije—. Además, he bailado, he bebido, he nadado. Y hoy he tenido mucho trabajo, así que... es hora de que me vaya a la cama.

—¿Cómo has venido?

—El padre de Hang nos trajo. Volveré andando.

—De acuerdo, pues te acompaño.

—No es necesario.

—Siempre me estás diciendo lo que no tengo que hacer por ti. —Negó con la cabeza y sonrió débilmente—. Sé lo que está bien y lo que está mal, y sé lo que quiero. No vas a ir a casa sola y a pie de noche, Edie. Te acercaría en mi automóvil, pero yo también he tomado unas copas.

—De acuerdo, no hace falta que te pongas tan intenso.

Se echó a reír y tiró la toalla a un lado.

—Venga, vamos.

Agarré el bolso y, según el protocolo, les envié un mensaje a las chicas diciéndoles adiós. La brisa era fría. Oficialmente, el verano había llegado a su fin. John se quitó la camisa que llevaba puesta sobre una camiseta y me la tendió sin decir una palabra.

Por fortuna, con eso quedo resuelto el problema de los pezones.

—Gracias.

—Te he visto bailar. Eres buena.

—Años de jugar al «Just Dance» en la sala de casa; y eso que nunca he

alcanzado la puntuación más alta.

—Lo digo en serio.

Lancé un gruñido.

—Me da vergüenza.

—Pues que no te dé.

—De acuerdo —comenté, riéndome con demasiada fuerza—. Desconectaré ese interruptor solo porque tú me lo acabas de decir.

John sonrió y negó con la cabeza. Se diría que lo estaba haciendo mucho esa noche.

—Gracias —murmuré al final.

—¿Por qué las chicas nunca podéis aceptar un cumplido? Siempre tenéis que avergonzaros por algún motivo.

Carraspeé.

—Como si tú lo llevaras mejor.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué hago? —Se rascó la barbilla—. ¿Eh?

—No haces caso. Finges que ni siquiera he dicho nada.

Un movimiento de cabeza en señal de negación.

—Yo no hago eso.

—Sí que lo haces.

—Venga, pues, suéltame uno —exigió.

—Mmm. No sé. —Era la cosa más bonita que había visto en la vida, su cuerpo era un sueño. Era dulce, leal, honesto, amable, fuerte e inteligente y me hacía sentir segura, algo que no creía que volviera a ocurrir nunca en ninguna parte con nadie—. Eres un buen conductor. Muy seguro.

—Gracias, Edie.

—De nada, John.

—Eres muy buena con el billar. Me diste una paliza.

—Gracias —respondí.

En lo alto, las nubes cubrían el cielo. No había luna que mirar, ni estrellas a las que pedir un deseo. Aunque, en realidad, ¿qué más podía desear? John caminaba a mi lado y parecía injusto cargar a un astro lejano con mi deseo de paz mundial. Probablemente, tenía sus propios problemas.

—¿Cuándo vamos a volver a jugar? —preguntó—. Necesito una



oportunidad para vencerte y recuperar mi dignidad.

—¿No soportas ser derrotado por una chica?

La comisura de la boca se le dobló.

—No. No me gusta perder en general, simplemente.

—Normal. Podemos volver a jugar cuando quieras.

—Bien.

Se detuvo y pateó una piedra del camino. Ya habíamos llegado a casa. No estaba nada lejos. La luz del porche estaba encendida y la entrada de vehículos, vacía. Mamá me había dicho que tenía otra cosa con sus amigos; Dios sabía a qué hora llegaría a casa. Últimamente salía muchísimo, pero, como me beneficiaba, decidí no quejarme.

—Gracias por acompañarme —le dije, con los brazos cruzados sobre el pecho otra vez, para ocultar los nervios. Y por qué estaba nerviosa, no tenía ni idea—. ¿Quieres pasar?

La mirada que me dedicó, no supe interpretarla. Estaba custodiada por vallas, puertas, paredes, probablemente incluso minas, y un foso.

—Solo para pasar el rato —puntalicé—. Ya sabes.

—No. —Miró hacia atrás, por donde habíamos venido—. Yo, eh, será mejor que vuelva.

—Hasta luego, pues.

Un movimiento de cabeza.

—No te metas en más peleas —dije—. Por favor.

Solo sonrió.

—Buenas noches.

Mientras abría la puerta, esperó en la acera, mirando. Estaba de pie, con las manos en los bolsillos, y el viento le mecía la melena, suelta, alrededor de la cara. Me despedí con la mano y entré, para cerrar la puerta detrás de mí. Sin embargo, sentía que una parte de mí todavía estaba allí afuera con él. Como si me hubieran cortado en dos.

Qué locura.

Una ducha me quitó el cloro del cabello, lo sequé y me puse mi pijama de lunares blanco y negro favorito. Abrí las cortinas y la ventana de mi habitación, en busca del cielo nocturno. Una pequeña parte de la capa de

nubes que lo cubría se había movido, con lo que se distinguía el brillo de apenas un par de estrellas.

Después de un tazón de cereales Cheerios, mi estómago se sintió satisfecho. Libro en mano, me senté a leer y por fin comencé a llegar a alguna parte. Ahora que el efecto de la bebida se estaba disipando, me gustaba eso de estar en casa. Al fin y al cabo, ya había salido y socializado con poca o ninguna torpeza. «Viva yo».

La pareja del libro no se iba a reconciliar. Qué rabia.

Una voz en la ventana dijo mi nombre.

—¿John?

Sin esperar una invitación, subió directamente. Me eché atrás para hacerle un hueco en la cama. Con las Converse metidas debajo de sus nalgas y las manos sobre las rodillas, se acomodó, mirándome. Estudiándome. Dados mis niveles habituales de paciencia, solo pude aguantar unos diez segundos de su silencio.

—¿Qué pasa? —pregunté, abandonando el libro.

—Nada. No pasa nada.

—Entonces, ¿por qué me miras así?

Tragó saliva.

—Antes quería entrar y pasar un rato contigo, pero...

—Pero ¿qué? ¿Por qué no lo has hecho?

En lugar de hablar, me besó.

Por supuesto, le devolví el beso. Por supuesto que lo hice.

«Caramba». Movimos la boca una contra la otra, mientras me sujetaba la cara con las manos. Esto era lo que necesitaba, lo que había estado esperando sin ni siquiera saberlo. Su piel sobre la mía, su aliento en la cara. No podía sentirme lo suficientemente cerca de él, no importaba cuánto lo intentara. Con ojos brillantes y labios húmedos, me besó lenta y dulcemente. Parecía interminable, tan necesario para la vida como la respiración.

Luego, con las caras separadas apenas por unos centímetros de distancia, nos miramos el uno al otro.

No tenía nada. Me había quedado sin palabras.

Deslizó las yemas de los dedos sobre mi mejilla y luego a lo largo de mi

mandíbula. Tragó saliva.

—Hola.

—Hola.

—Iba a regresar a casa de Anders.

Asentí.

—Eso me has dicho.

—No he tenido fuerzas para hacerlo.

—¿Has estado aquí afuera todo este tiempo?

Su expresión parecía desconcertada y divertida. Asombrada, incluso. El brillo de sus ojos era casi de hilaridad.

—Debo de haber parecido un maldito acosador.

—¿Estás borracho o drogado?

—No. Me he tomado antes unas cervezas, pero ya casi se me ha pasado el efecto.

Vaya.

—¿Te has quedado mirando mi casa, luego has subido por la ventana y me has besado?

—Sí.

—¿Por qué?

Enarcó las cejas.

—No lo sé. Porque era lo único que tenía sentido. Es solo que sigo acordándome de esa noche contigo, en casa.

—Ah, ¿sí?

—Es como si no pudiera quitármelo de la cabeza.

—Yo también pienso en ello —dije—. Quizá necesitamos unas lobotomías.

—El sexo ni siquiera fue muy bueno —opinó sin rodeos—. Sobre todo, para ti.

—Eso no es cierto.

Me miró fijamente.

—Bueno —declaré evasivamente—, quiero decir que creo que lo más seguro es que fuera tan bueno como podría haberlo sido. Para mí.

—Puede ser mucho mejor. Lo prometo —afirmó—. Cuando quieras ir a por una segunda intentona, solo házmelo saber.

Sonreí.

—Me alegra que fuera contigo.

Él también sonrió. Luego me colocó el cabello detrás de la oreja y deslizó suavemente el pulgar sobre la nueva cicatriz que me cortaba la frente.

—Odio la forma en que te hizo daño ese payaso.

—A ti también te hizo daño. Te disparó.

Su sonrisa se transformó en algo mucho más serio.

—Sí. Pero debería haber sido capaz de protegerte.

—No. Los dos salimos vivos. Eso es lo importante.

—Mmm.

Con la cabeza inclinada, colocó la boca contra la mía. Y, así de fácil, volvimos a dejarnos llevar por nuestro beso. Solo que esta vez me tumbó sobre colchón, bocarriba. Todo sin que nuestros labios se separaran ni un minuto. La felicidad tenía que ser esto, con su pulgar recorriéndome la mandíbula mientras el resto de dedos descansaban en mi cuello. Le toqué la cara y le retiré el pelo. Lo besé con mayor intensidad, en un intento de demostrarle cuánto significaba para mí, cuánto me importaba.

En la parte superior de mi top, su otra su mano me acariciaba el costado y al tiempo que me acercaba los dedos al pecho.

«Oh, sí». Cómo me gustaba notar su cuerpo caliente y duro contra el mío. Todo tipo de pensamientos obscenos me cruzaban la mente. Quería más y más: lo quería todo. Supongo que ese era el problema que tenía el sexo. Una vez habías llegado tan lejos, la expectativa era volver a ir allí. Pero no sabía si estaba preparada. Y realmente no sabía lo que podría significar hacerlo con John por segunda vez.

Me separé, respirando con dificultad.

—Está bien —murmuró mientras me besaba en una mejilla—. No tenemos que ir más allá.

—¿Cómo lo has sabido?

—Te has puesto rígida. —Se recogió el pelo detrás de la oreja—. Está bien. Ya me basta con esto.

—¿De verdad?

—Sí.

Fruncí el ceño, avergonzada.

—Pero estás acostumbrado a llegar hasta el final.

—No me voy a morir, Edie —dijo suavemente—. Tranquila.

Tímida doncella confundida, esa era yo. Deslicé la mano debajo de la manga de su camisa y cerré los dedos alrededor de su hombro sano. Lo de tocarle vino naturalmente, no podría haber detenido los dedos ni aunque lo hubiese intentado. No es que estuviera interesada en hacerlo.

—Otra pregunta incómoda: ¿qué significa esto?

—Significa que me gusta estar aquí, besándote.

Dejé escapar un largo suspiro.

—Bueno.

—¿Te basta?

—Sí —respondí, así era. Por ahora—. La próxima vez, no te quedes de pie en la oscuridad. Solo entra, ¿de acuerdo?

Su mirada se suavizó.

—Gracias. No sé por qué lo he hecho, por qué no podía decidirme. Tal vez me estoy volviendo loco de verdad.

—No estás loco.

—¿Estás segura?

—Sí. Bueno, más o menos. —Lo mejor era ser sinceros—. Creo que cualquiera que haya pasado por lo que nosotros hemos pasado está condenado a quedar hecho un desastre.

—Sí —se rio—. Ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que dormí. Pero dormir «dormir», de verdad.

—Entonces, tumbate. —Me acosté sobre un lado y me quedé de cara a John mientras él recostaba la cabeza en la almohada que había junto a la mía—. Cierra los ojos.

Hizo lo que le decían durante unos segundos.

—Me siento como si siempre estuviera nervioso, como si algo fuera a suceder... Solo que no sé el qué.

—A mí también me pasa —declaré—. Casi como si estuviera al borde de un ataque de pánico. Esperando.

—La marihuana a veces ayuda. No siempre.

—El doctor Solomon me enseñó una técnica de respiración. Ponte bocarriba —ordené, haciendo lo mismo—. Ponte una mano en el estómago y otra en el pecho.

—Preferiría poner una mano en el «tuyo». Aunque lo más probable es que no me calmase.

—Ya te digo. Una en el estómago y otra en el pecho. En los tuyos. En ti mismo. —Esperé hasta que me hizo caso, mirándolo por el rabillo del ojo—. Ahora respira durante tres segundos por la nariz. Luego aguanta diez segundos antes de soltar el aire por la boca.

Juntos, los dos hicimos el ejercicio de respiración. Inspirar, esperar y luego espirar.

—Se supone que solamente la mano del pecho se te mueve. Ah, y se supone que debes pensar «relájate» mientras exhalas —comenté—. Otra vez.

—¿En esto derrocha tu madre vuestra fortuna?

—Cállate y respira. —Inhalé y contuve el aire mientras trataba de tener pensamientos pacíficos. Y una vez logrado, lo dejé ir.

—¿Cuánto rato vamos a hacer esto? —preguntó, respirando profundamente.

—Hasta que haga falta. Sigue.

Apagué la lámpara, observando su silueta en la oscuridad, en espera de que mi visión nocturna entrara en acción. Con el ritmo requerido, su pecho se levantaba y se hundía. Entonces me di cuenta de que todavía tenía puestos los zapatos, lo que no era demasiado cómodo. Lidiar con los cordones hizo que las cosas se complicaran y que a lo mejor se riese de mí un poquito por hacerlo a tientas en la oscuridad. Pero qué más daba.

—Cierra los ojos y concéntrate —insistí.

—Los tengo cerrados. —Unos minutos después, bostezó y susurró—: Me iré antes de que tu madre regrese a casa.

—Está bien. —Me acosté a su lado, escuchando su respiración, conforme una brisa fresca entraba por la ventana abierta. Todo era perfecto.

Resultó que ambos nos quedamos dormidos y muy dormidos.

## CAPÍTULO 38

—¡Edith Rose Millen!

—¿Qué...? —balbuceé, esforzándome por despertarme.

La luz me cegó, el largo cuerpo de John se movió contra mi espalda. Allí, en la puerta de mi cuarto, estaba mamá, con las mejillas encendidas y la furia brillándole en los ojos. Y, por extraño que parezca, Matt, su antiguo exnovio, también estaba de pie en mi habitación.

—¿Qué narices está pasando aquí? —gritó mi madre, que se alzaba imponente ante nosotros.

«Mierda, mierda, mierda».

—Mamá. Puedo...

—¿Puedes qué? —Su mirada iba como un rayo de John a mí, hasta que finalmente se posó en él—. Oh, Dios mío, ¿es ese el chico del Drop Stop? Lo es.

—Señora, yo... —John se apresuró a apartar el brazo que con el que me ceñía la cintura, así como la pierna que tenía encima de una de las mías. No pude mirarlo. La vergüenza me acababa de tragar entera y me había escupido solo por pura diversión.

—Es amigo mío. —Me senté y me froté los ojos.

—¿Es amigo tuyo? —repitió mi madre, como un loro, cada palabra cargada de ira.

—Sí.

Matt avanzó y puso una mano en la espalda de mamá.

—Tranquila.

Ella le lanzó una mirada furibunda antes de volver al problema que tenía entre manos: yo.

—Edie, tienes exactamente diez segundos para explicarme esto antes de que te castigue de por vida. Diablos, de todos modos, estás castigada de por vida.

Y por alguna razón, no sé... en el fondo no me importaba; al menos, no de la manera en la que tendría que haberlo hecho. Ahora, con la mente ya prácticamente despierta, el drama no me parecía tan enorme ni aplastante.

—Es amigo mío, mamá, y muy importante para mí. Mucho. —En cualquier caso, mi mejor amigo del sexo opuesto: Hang lo entendería—. Me doy cuenta de lo mal que queda esto, y de que se supone que no debo traer a gente a casa, y mucho menos tener en la cama a un chico conmigo. Pero tiene los pantalones puestos y yo, también. Así que, por favor, cálmate.

—¿Que me calme? —volvió a repetir mamá, con la incredulidad pintada en la cara.

—En lo de los pantalones tiene parte de razón —terció Matt.

Mamá no respondió.

Matt levantó las cejas y me miró, con una mueca sombría en la boca. Mientras tanto, John buscaba sigilosamente su camisa entre la ropa de cama. Menudo follón. Podía notar la rabia que crecía dentro de ella: la justa rabia de su rol materno. De todas las noches en las que ella había decidido irrumpir en mi habitación a las... Dios, eran las cuatro de la mañana. Mamá se balanceó ligeramente, con los brazos cruzados y la cara contraída. Inmediatamente, Matt se le acercó, la rodeó por la cintura con el brazo y la atrajo hacia él. Mi madre llevaba un vestido ajustado y tacones altos. Toda la escena me hizo sospechar. Ese hombre siempre había sido mi favorito de los pocos novios que había tenido mamá, pero ella nunca había querido que sus parejas se quedaran a dormir.

—De todos modos, ¿qué es lo que pasa? —pregunté—. ¿Qué hace Matt aquí? No es que no me alegre de verte, Matt.

Un saludo con la cabeza por parte del aludido.

—Ahora no estamos hablando de eso —replicó mamá con los dientes



apretados—. ¿Estás embarazada?

—¡No! —grité.

—¿Te acuestas con él? —Una brillante uña roja apuntó directamente al corazón de John.

—Por Dios, mamá. No ha pasado nada. Solo estábamos aquí tumbados juntos, ¿de acuerdo? —Lo que era, básicamente, la verdad.

Una sonrisa burlona y una risita de Matt. «Imbécil». Y pensar que había sido mi favorito: pues se acabó. Incluso aunque hubiera sido él quien me había enseñado a jugar al billar. Por su parte, mamá le arrojó una mirada por encima del hombro que habría fulminado a un hombre de menor temple. Pero Matt solo se encogió de hombros.

—Tiene diecisiete años, cariño —dijo—. Venga, piensa en el tipo de líos en los que tú y yo nos metimos a su edad.

—No estás ayudando.

—Creo que debería irme. —John, finalmente, había encontrado la camisa y se la estaba metiendo por la cabeza—. ¿Quieres que me vaya?

—Creo que sería lo mejor —rugió mamá.

—Luego hablamos. —Hice una mueca—. Lamento todo esto.

John asintió y recogió sus zapatos. La mirada de rayos láser de mamá lo atravesó al pasar por delante de ella y salir al pasillo. Era gracioso, pero sería la primera vez en la que en realidad usaría la puerta de entrada. O no era gracioso en absoluto, a juzgar por la cara de mamá.

—Un momento —exclamé ladeando la cabeza, con una confusión de tres pares de narices—. ¿Es eso un anillo de compromiso?

Mi madre abrió la boca levemente. Matt se limitó a sonreír.

—Pero ¿qué demonios pasa aquí? —exigí.

—¿Podrías darnos un minuto? —le preguntó mamá a Matt.

—Te dejo —respondió. Y se fue.

—Le quiero —dijo mamá, después de que él hubiera salido—. No he podido decirle que no de nuevo.

—¿Y por eso has irrumpido aquí a estas horas?

—Puede que hayamos tomado un poco de champán para celebrarlo. Estaba emocionada. —Recuperó la firmeza de su tono—. Además, es mi casa.

Irrumpiré donde me apetezca y cuando me apetezca, muchas gracias.

Desconcertada, moví la cabeza.

—Entonces, déjame ver si lo he entendido bien. Regresaste con Matt hace meses, me mentiste al respecto, ¿y ahora te vas a casar? ¿Y a qué te refieres con que no podías decirle que no de nuevo? ¿Ya te lo había preguntado antes?

Mamá suspiró y se sentó a mi lado en la cama. La reunión familiar más extraña de las cuatro en punto de la mañana de la historia.

—Quería casarse la otra vez que estuvimos saliendo. Pero eras tan joven...

Arrugué la cara.

—No era un bebé, tenía once años.

—Sí, y tenías las hormonas descontroladas. —Me revolvió el cabello con la mano—. Necesitaba estar allí para ti. Además, es posible que te gustase Matt, pero no estabas preparada para nada más. Hacer que alguien se mudara con nosotras y fuera parte de nuestra vida, a tiempo completo... No era fácil. Si incluso cuando se atrevía a quedarse hasta tarde, tú comenzabas a mirar el reloj y a pegarte a mí...

—No lo recuerdo.

Mamá se encogió de hombros.

—Eras un poco posesiva. Pero me necesitabas más que él. No tuvo importancia.

—Obviamente, sí la tuvo si hice que tú y el amor de tu vida rompierais. — Los ojos se me llenaron de lágrimas, a pesar de hacer cuanto podía por evitarlo. Estaba luchando para lidiar con esta revelación, y con la historia que conllevaba, a raíz de que me hubiera descubierto en la cama con John. La culpa, el descubrimiento, la pérdida, el enfado y la compasión se aglomeraban en mi mente y me revolvían las entrañas de arriba abajo—. Dios, qué idiota fui.

—Eras una niña que necesitaba a su madre y que no llevaba bien los cambios. —Me enlazó los hombros con el brazo y me atrajo hacia sí—. Yo diría que eso es bastante normal.

—No deberías haber permitido que os hiciera romper. Y tampoco deberías haberme mentido sobre que volvías a verlo.

—Elegí ponerte primero y no me arrepiento.

«Mierda». Una lágrima se me deslizó por la mejilla y me la sequé rápidamente con la palma de la mano.

—Bueno, pues deberías; también te mereces una vida. Lo siento.

—Yo, no. Y, de todos modos, todo ha acabado bien. —Me dio un beso en la frente y extendió la mano para dejar que el anillo reluciera bajo la luz—. Justo hasta la parte en la que te encuentro en la cama con el traficante de drogas del barrio. Te puse en primer lugar todos esos años atrás porque quería una buena vida para ti. Las dos trabajábamos juntas en eso. Pero ahora lo estás tirando todo por la borda. Incluso desde...

—Ese no es él —la interrumpí—. Ya no se dedica a eso. De veras, mamá. Se mudó con su tío y se está esforzando mucho en el instituto. Su tío tiene un negocio de jardinería y John trabaja para él a tiempo completo. Es una buena persona, te lo juro. —Sorbí un poco, cerrando el grifo de los ojos.

—No me extraña que tus notas hayan caído en picado —repuso, sorda a mis palabras.

—Más bien al contrario: él me mantiene en el buen camino.

Frunció el ceño con incredulidad.

—¿Cómo?

—Desde el tiroteo, parece que algunas cosas no me importan. Cosas como las notas y los deberes me parecen... no sé, irrelevantes. Pero John no es así. Él sí que quiere rendir. Me hace estudiar, me ayuda con los deberes de Matemáticas...

—Se va a la cama contigo...

Apreté los labios. Respiré profundamente.

—Sí, es obvio que me gusta de esa manera y que yo le gusto. Es algo normal entre la gente de mi edad, ¿sabes?

Ella maldijo por lo bajo.

—Venga, tarde o temprano había de descubrir el sexo y tener un novio. No es que tú no salieras de fiesta ni tuvieras novios cuando tenías mi edad. Me dijiste que lo habías hecho. —Lo que me recordó...—. No es que John y yo estemos juntos. Exactamente. Como novios.

—¿Eres sexo de consolación para él?

—¡No! Soy... No lo sé. Estamos trabajando en ello.

Más maldiciones quedas.

—Por Dios, hija. De todas las personas en esta ciudad...

—Él es el único que me comprende. Que sabe cómo fue pasar por lo que pasamos esa noche —le dije—. Y es el único que sé seguro que se pondría en peligro a sí mismo para mantenerme a salvo. ¿Eso no te importa?

—Eddie, sé que te salvó la vida y le estoy agradecida por eso.

Se detuvo para respirar y me lancé de pleno:

—Entonces, dale una oportunidad —murmuré, mirándola directamente a los ojos, sin vacilaciones—. Es realmente importante para mí, mamá. No voy a renunciar a él.

—Lo harás si decido que no puedes verlo.

—No.

Tensó la mandíbula.

—Mira, a tu abuela le encantaría que te fueras a vivir con ella.

—Tampoco me voy a mudar a Arizona.

—Eddie...

—Lo digo en serio —afirmé; la ira y la frustración hacían que me hirviese la sangre.

—Yo también. —Mamá dejó de hablar, soltando aire ruidosamente.

—No lo entiendes: John es bueno para mí, mamá. Hablar con él, estar con él, es en gran medida lo que me mantiene cuerda últimamente —declaré, tratando de mantener el volumen de voz normal a pesar de que lo que realmente quería era gritar—. Mucho más que tomar pastillas y ver a un psicólogo. Tendrías que darle las gracias.

—Caramba, sí —dijo—. La próxima vez que lo encuentre en la cama con mi hija menor de edad, desde luego es lo que haré.

—Ni siquiera hacíamos nada. Solo dormíamos, por el amor de Dios.

—Niña, ni siquiera me has dicho que habías estado en contacto con él, y mucho menos en una situación tan intensa, posiblemente de codependencia. — Se puso de pie, sacudiendo lentamente la cabeza—. Jesús. Creo que ambas debemos calmarnos... hablar de esto más tarde.

—Solo recuerda que tú también me mentiste.

—Tengo más de treinta años. ¡Tú ni siquiera tienes los dieciocho!

—Pero los tendré pronto.

Mamá me lanzó una turbia mirada.

—Duerme un poco. Hablaremos de esto más tarde.

Ya lo creo que lo haríamos.

## CAPÍTULO 39

El lunes por la mañana, John me esperaba junto a mi taquilla cuando llegué al instituto. Le había mandado un mensaje para decirle que todavía me contaba entre los vivos, pero que le explicaría los términos de mi libertad condicional en persona. Nada más verlo de nuevo ya me sentí mejor. Para ser honestos, la intensidad de mis sentimientos por él en el fondo me asustaba. Y superando todo eso estaba el recuerdo, profundamente bochornoso, de mamá perdiendo los papeles ante nosotros ayer de madrugada.

¿Con cuántas mujeres debería de haberse acostado? Pregunta retórica: realmente no quería saberlo. Sin embargo, dudaba mucho que alguna vez se hubiera quedado esperando a que la madre de alguien le dijera que se podía largar.

—Hola —dijo.

Mis zapatillas Keds negras eran tan fascinantes: solo podía seguir mirándolas.

—Hola. Siento lo de ayer, fue...

—Eddie —me interrumpió, el ceño fruncido se delataba en su voz—.  
Mírame. ¿Qué pasó?

Solté la mochila y me dejé caer contra la larga fila de taquillas.

—Bueno, estoy castigada para toda la eternidad, por supuesto. Matt, el prometido de mamá, me acompañará las noches en las que mamá esté trabajando.

—Mierda.

—Ya. —Me encogí de hombros—. Quiero decir, él no está mal. Lo conozco, me siento cómoda a su lado y todo. Pero no va a dejarnos desaparecer por las carreteras ni nada así. Y, al final, mamá va a volver a hacer solo el turno de día. Con Matt viviendo con nosotras, no iremos tan justas de dinero.

John se dejó caer a mi lado, con los ojos puestos en mi cara.

—Siento muchísimo que mi madre te montara una escena —murmuré.

—No te preocupes.

—Si ni siquiera hicimos nada realmente.

Con las cejas levantadas, preguntó:

—¿Ahora te arrepientes de ello?

—Un poco.

Casi sonrío.

—¿Qué hay de los fines de semana? ¿Alguna posibilidad de que te permitan salir?

Silbé entre dientes.

—Esa es la parte incómoda, horrible y un poco complicada.

—Continúa.

—No te va a gustar.

—Dime. —Su hermoso rostro se mantenía tan tranquilo como siempre.

Tener una conversación privada en uno de los pasillos del instituto era un asunto peliagudo. Una chica que pasaba le llamó por su nombre. Él no le hizo caso. Un tipo de aspecto atlético le dio una palmada en la espalda sin razón aparente. Todos los ojos se posaban en nosotros. Por supuesto, cuando estábamos juntos siempre garantizábamos la atención del alumnado. Era triste que no hubiera nada más interesante en sus vidas. A veces la atención me molestaba; esa mañana, sin embargo, carecía de energías para preocuparme. Simplemente.

Solo teníamos unos cinco minutos antes de que empezara la clase, pero prefería soltarlo y terminar con el asunto antes de esperar hasta la hora de comer o después del instituto.

—Está bien. —Respiré profundamente—. Mi madre ha decidido que solo puedo salir los sábados por la noche y que el toque de queda es a las nueve en

punto. Ella va a controlarme el teléfono móvil y a hacer llamadas al azar, porque, por lo visto, actuar como un acosador trastornado está bien si eres padre.

Nada de él.

—Venga, es como si tuviera doce años en lugar de diecisiete. —Increíble, la voz casi ni se me rompió en un gemido—. Ya que estamos, podría meterme en la cama con un osito de peluche y encender la luz de la noche.

—Nos sorprendió en tu cama. —Se encogió de hombros—. La verdad es que me esperaba algo peor. Casi no puedo creerme que te deje salir.

—Las negociaciones fueron intensas. Ayer estuvimos todo el día discutiendo. Las cosas se salieron un poco de madre, y no solo por culpa mía. —Hice una mueca—. Dios, es un asco. Tal vez debería mudarme. ¿Podrías prestarme un poco de dinero?

—Tu madre y tú estáis muy unidas. No quieres mudarte.

—No lo sé.

—¿Y que yo vaya entre semana para estudiar? —preguntó—. ¿Eso está permitido?

Alerta roja. Me sequé las palmas de las manos en los *jeans*.

—Es complicado. ¿Por qué no estudiamos solamente durante la hora del almuerzo en el instituto?

—¿Complicado? ¿Qué ha dicho? —Volvía a arrugar el ceño—. ¿Edie? «Mierda».

—Que si no vamos en serio, no hay necesidad de que vengas a verme durante la semana.

Silencio. Muchísimo silencio.

—Mira, está bien. Quiero decir, que echaré de menos pasar más tiempo contigo. Un montón. —Mis palabras fueron muy torpes: no existía una buena respuesta—. ¿John?

—De acuerdo —dijo.

—¿De acuerdo?

—Hagámoslo, ir en serio. —Suavizó el rostro y todas las preocupaciones desaparecieron de él—. ¿De acuerdo?

Hice una pausa. No era la respuesta que esperaba.



—¿Es un problema? —preguntó, y ahora sonaba menos seguro de sí mismo. Se me acercó un poco más, sin levantarse—. Quiero decir, supongo que primero debería de habértelo preguntado. Pero si esta es la única forma en la que podemos seguir estando juntos...

—No creo que entiendas la profundidad de la psicosis de mi madre —le dije, tratando de hacer caso omiso de los latidos de mi corazón—. Para que ella crea que lo nuestro ya es oficial, tú y tu tío tendréis que venir a cenar. Estoy hablando de un interrogatorio que tendrá lugar con el estofado de ternera sobre la mesa, y lo más seguro es que querrá hacerlo cada dos semanas o algo así. Esperará, además, que aparezcas con flores y bombones. Posiblemente, que te tatúes mi nombre en la frente. No lo sé exactamente. La mujer no está en sus cabales.

—Estoy seguro de que Levi haría un buen papel. Le caes bien, siempre me está preguntando cómo estás.

—Qué simpático. —Tragué saliva—. Pero es solo que mi madre y yo acordamos no mentirnos nunca más. Y me gustaría mantener ese pacto.

Bajó la barbilla.

—¿Crees que estaríamos mintiendo?

—¿No lo haríamos?

La campana sonó, con lo que hizo que la gente se apresurara en todas las direcciones.

—Será mejor que vayamos a clase. —Hice girar la rueda de la combinación de la taquilla a velocidad *warp*, recogí mi mochila y tiré dentro los libros de texto que no iba a necesitar hasta más tarde.

—Eddie.

—Hablaemos de esto en el almuerzo. Mi madre me matará si me castigan por volver a llegar tarde. —Hice un giro de ciento ochenta grados y salí disparada por el pasillo, mientras John me seguía a un ritmo más tranquilo. La cuestión era que «oficial» significaba algo no solo para mamá, sino también para mí. Significaba mucho. No importaba cuánto me gustase besarlo y que nos abrazáramos en mi cama. Tal vez lo mejor sería que las cosas se enfriaran antes de que el muy idiota de mi corazón se engañara más.

Resultó que John estuvo ocupado durante la hora de comer, jugando a meter

unas canastas con Anders. Supongo que ahí tenía mi respuesta. John Cole nunca sería mío. No de esa manera.

## CAPÍTULO 40

Alguien daba golpes en la puerta de entrada.

Mamá, Matt y yo acabábamos de sentarnos a tomar nuestra primera cena oficial de familia: empanada de carne, patatas al horno, mazorcas de maíz y judías verdes, seguido de pastel de chocolate y nata montada. Aleluya. Incluso mi arraigada actitud pesimista no podía negar las cualidades curativas de la nata montada.

Mamá atenuó su almibarada sonrisa por un segundo mientras se levantaba, limpiándose las manos en una servilleta.

—Qué inoportunos. Me pregunto quién será.

—¿Quieres que vaya yo? —pregunté.

—No. Está bien. —Al ir hacia la puerta, pasó los dedos por la parte posterior del cuello de Matt. «Puaj». Abrió la puerta y se puso rígida de golpe al ver a la persona que había allí. Irradiaba hostilidad—. ¿Sí?

—Haré lo que haga falta —dijo una voz profunda y familiar.

—¿John? —me levanté, sorprendida.

—Lo que necesite para que me apruebe, lo haré —siguió John—. No me importa.

Mamá ladeó la cabeza.

—¿De veras?

—Sí.

Con los brazos cruzados, mamá dio un paso atrás y hacia un lado, de forma que pudimos ver a John de pie en la entrada. Vestía con unos *jeans* oscuros y

una camisa blanca con las mangas arremangadas. Llevaba el cabello cuidadosamente recogido en una cola de caballo y sostenía dos ramos de flores de color intenso en los brazos. Estaba increíblemente guapo. Con confianza y decisión, aparte de la prudente neutralidad de su rostro, columpiaba la mirada entre mi madre y yo.

Por el contrario, yo me puse a sudar. El corazón me latía el doble de rápido y, lo que era peor, me dolía. Era ridículo: ¿Cómo podía haberlo echado tanto de menos cuando acababa de verlo esa misma mañana en clase de Lengua?

Matt simplemente sonrió, el muy zalamero.

—Mi hija no es un juguete —anunció mi madre—. Espero que seas consciente de ello.

—Lo soy, señora.

—Si sospecho que estás traficando o si parece que la estás metiendo en algún tipo de lío, te aniquilaré. ¿Queda claro?

—Clarísimo, señora.

—Te ganaste unos puntos por salvarle la vida, pero los has perdido por culpa de tu visita nocturna durante el fin de semana. ¿Lo captas?

Asintió con la cabeza.

—Empiezas de cero. Impresióname.

—Sí, señora —dijo John y le entregó uno de los ramos de flores.

—Buen comienzo. Ven, toma asiento a la mesa —ordenó, cerrando la puerta detrás de él. Todavía con un aspecto muy insatisfecho, le dijo a su espalda—: Espero que tengas hijos algún día para que entiendas cómo es. El miedo. La preocupación. Me habéis hecho envejecer.

John se arriesgó a esbozar la más leve de las sonrisas en dirección a mí.

—Pero no los tengas con mi hija —puntualizó mamá—. O si es con ella, no en breve.

—Sí, señora. —John se sentó a mi lado cuando fui capaz, finalmente, de poner el trasero sobre la silla. Estaba aquí. Caramba, estaba aquí de verdad. En la cena. Acaparó completamente mi atención al darme el segundo ramo.

—Gracias —susurré, aferrándome con fuerza a las flores—. Has venido.

—Ya.

—¿Por qué?

—Porque aquí es donde estás tú —afirmó, como si fuera una obviedad.

No supe qué decirle.

—Amor de juventud —masculló mamá en voz baja. Seguidamente, abrió con un golpe seco la puerta del armario de la cocina y revolvió estrepitosamente el cajón de la vajilla: todo mientras buscaba un plato y cubiertos para nuestro invitado. Que tuvo que sentirse muy bienvenido.

La cena transcurrió razonablemente bien, con Matt y John hablando la mayor parte del tiempo. No sabía qué decir, y mamá todavía estaba enfadada. Por fortuna, Matt la arrastró a ella y a su hostilidad hasta el patio trasero cuando terminamos el postre, con lo que nos dejaron a John y a mí para que limpiáramos. Tuvimos una pequeña charla cerca del lavavajillas, de espaldas a las ventanas.

—Has sido muy valiente —le dije, manteniendo baja la voz, por si acaso.

—Tu madre da miedo. Pero no el miedo que da un drogadicto con una pistola.

—Cierto.

Sonrió, y tuve un orgasmo muy pequeño o algo así. No estoy segura del todo. Pero me gustó.

—Tengo que irme. Anders quiere que entrene con él esta noche —me informó—. ¿Me acompañas afuera?

—Eso debería estar permitido. —Me dirigí hacia las puertas correderas—. Acompaño a John afuera.

—Diez minutos —repuso mamá—. Te cronometro.

Me alejé de ella y puse los ojos en blanco.

—De acuerdo.

Fuera, soplaba una brisa fría. Un viento de otoño.

—Gracias de nuevo por las flores —le dije, tratando de no moverme nerviosamente.

—De acuerdo.

—Y por haber venido.

Una mirada interrogativa.

—No me has dicho nada esta mañana. De si querías que fuéramos en serio.

—No quiero que tengas que hacerlo por mi madre y su nueva condición de

comandante.

—He estado dándole vueltas a eso —dijo con un suspiro, mientras se apoyaba contra el costado de su Charger y me miraba. La pintura negra y el cromado brillaban a la luz de la luna.

Al otro lado de la calle, alguien cerró de golpe una puerta, lo que ahogó el ruido de una voz elevada. Salvo por eso, reinaba el silencio.

—¿Y? —pregunté.

—Imagino que habríamos acabado aquí de todos modos. —Se metió las manos en los bolsillos—. Siendo pareja.

La forma en la que pronunció la palabra, como si no confiara del todo en ella... No me extrañaba que no estuviera convencido. No dije nada.

Frunciendo el ceño, se apartó del automóvil y me tomó la cara entre las manos. Puso los labios sobre los míos y, de repente, todo fue mejor. Las bocas abiertas, las lenguas acariciándose, mis brazos deslizándose alrededor de su cintura. Besar a John lo era todo. Bueno, no todo «todo». No me moriría sin él. Pero todo mi ser lo deseaba: el corazón y la cabeza y el resto. Sin duda, me hacía la vida mejor.

—Por favor, no me digas que voy a tenerme que tatuar la puñetera frente para que me creas —murmuró, mientras me mordisqueaba la oreja.

Estallé en carcajadas.

—Pero si te quedaría muy bien.

—No. —Su cuerpo se sacudió con una risa silenciosa—. No en la frente, al menos.

—Bueno. —Las lágrimas me llenaron los ojos, pero no iba a llorar. No iba a hacerlo. —Te qui... mmm...

Joder, ¿qué había estado a punto de decirle? De ninguna manera podía soltar así que lo quería, incluso aunque era posible que acabara de hacerlo. «Mierda».

John me acarició el cuello, con lo que la cabeza se me fue y el cuerpo se me puso a tope. Esta vez sentí un dolor en el lugar correcto.

Durante un momento, dejé de ser los despojos de la rehén del Drop Stop, que se asustaba de su propia sombra y le había hecho un corte de mangas al futuro. Solamente estábamos él y yo, juntos. Y ese sentimiento arrasó con todo

lo demás.

—¡Ya es suficiente! —bramó mamá desde la puerta principal. Lo que no fue para nada humillante.

John me dio un beso rápido, sacó las llaves del bolsillo y las hizo tintinear en la mano.

—Adiós.

Y de repente oí esa palabra con pasión. La palabra que menos me gustaba de la historia de las palabras.

—Saluda a Anders de mi parte. Hasta mañana.

El motor de la bestia se encendió y me dedicó una sonrisa de despedida, mientras avanzaba a una velocidad extremadamente segura, a prueba de madres. Qué inteligente por su parte: mucho. Lo mejor era no darle más armas al enemigo.

—¿Fue cosa tuya, que apareciera así esta noche? —preguntó mamá, otra vez con los brazos cruzados—. Porque en el futuro preferiría que me advirtieras previamente.

—No, no tenía ni idea.

Entornando los ojos, estudió mi cara.

Me limité a esperar que acabara.

—De acuerdo. —La agresividad le desapareció del rostro, la línea de su boca se relajó—. Sabes que solo quiero que estés a salvo, ¿verdad?

—Sí, pero John no es una amenaza. Y, de todos modos, no puedes protegerme de todo el mundo.

Carraspeó, malhumorada.

Lancé otro vistazo a la calle, aunque las luces de su automóvil habían desaparecido hacía tiempo. Mi novio. Era de locos.

—Sé lista, cariño —dijo—. Eres joven; habrá otros.

—Ha venido y te ha dicho que haría cualquier cosa que quisieras —repuse, mirándola directamente a los ojos—. Mamá, tienes que darle una oportunidad.

Levantó las manos.

—Se la estoy dando. Lo he invitado a cenar, ¿no?

—Sí. Gracias.

Se acercó y me rodeó con los brazos, con fuerza. La abracé.

—Pero, para la próxima vez, ¿podría haber un poco menos de guerra fría en la mesa? —pregunté.

Mi madre suspiró.

—Bueno.



# CAPÍTULO 41

Las cajas de condones comenzaron a aparecer al día siguiente. Otra cosa no, pero mi madre, eficiente lo era un rato. Aunque, seguramente, no se la podría tildar de sutil. En el baño, en la mesita de noche, en mi mochila... Estaban, prácticamente, en todas partes. Llegado el viernes, ya me había preparado para organizar una campaña contra su hábito profiláctico. Incluso metería en esto a Matt si hacía falta, ya que había demostrado su callado apoyo para con John y conmigo.

Cuando estudiamos en casa durante la noche del miércoles, Matt se quedó en la habitación de mamá, trabajando con el ordenador portátil. Y aparte de dejar la puerta de la habitación abierta, nos había dado privacidad. Ni siquiera vino a comprobar dónde estaba, por lo menos no hasta una media hora o así, después de que acompañara afuera a mi novio.

Menos mal.

John me acorraló contra el Charger con un beso. Yo ya tenía las manos encima de él, porque tocarlo acababa de convertirse en el número uno de mi lista de cosas favoritas para hacer. Afortunadamente, los arbustos bloqueaban la visión del vecino de nuestra sesión de porno blando.

John había hablado con Matt de su mesa de billar y de echar alguna vez una partida. Felicitó a Matt por mis habilidades. Me había olvidado de cuánto me gustaba este novio de mamá. A pesar de todo el drama asociado, era agradable tenerlo de vuelta.

Pero regresemos al instituto. Jueves, era la hora de comer y la semana iba

bien.

—¿Más gomas? —preguntó John en voz baja, sentándose a mi lado.

No era cosa mía que supiera lo de los condones. Una caja se me había caído de la mochila mientras estaba intercambiando los libros de mi taquilla el día anterior. Después de haber encontrado otra escondida en uno de los bolsillos de mi cazadora de denim aquel mismo día, había creído que ya estaba a salvo. Craso error.

Por suerte, John parecía sobre todo divertido.

—Sí. —Cerré la mochila antes de que nadie más pudiera verla—. Me olvidé de hacer la búsqueda matutina mientras todavía estaba en conduciendo. Qué locura. Es ella la que necesita tener una larga charla con el psicólogo. — A nuestro alrededor, el ruido y el caos habituales de la cafetería no cesaban. A Dios gracias. Sophia y Carrie estaban ausentes hoy, en una reunión del periódico escolar o algo así.

—Nos llevaría años usar todo esto —dije.

—Años, no.

Le golpeé la rodilla con la mía por debajo de la mesa. Todo lo que hacíamos quedaba fuera de la vista de los curiosos, qué bien. Así no había problema.

—¿No?

—No —repitió.

—Ya casi es sábado. —Di un trago de agua, sin dejar de mirarlo.

—Lo es. —Me devolvió la mirada, con una de esas casi sonrisas en los labios—. ¿Fiesta en la carretera del viejo cementerio, si quieres?

—¿No preferirías ir a un sitio más tranquilo?

La forma en la que su mandíbula se movía y el ardor de su mirada me ponían la piel de gallina.

—Piénsalo —recalqué—. Quiero decir, cualquier fiesta empezará cuando lo haga mi toque de queda.

—¿Podríamos ir al cine? Sabes que valgo para cualquier cosa que te apetezca —murmuró, mientras se ponía un poco más cerca—. No voy a presionarte con el sexo, Edie. Creo que uno de los amigos de Anders también da una fiesta, si no te apetece ir al campo. Y podríamos irnos un poco antes.

Tenemos opciones.

—¿Eh? ¿Qué? —La cabeza de Anders asomó desde donde había estado acurrucado con Hang, susurrándole Dios sabe qué al oído. Al verle los ojos, muy abiertos, y ver cómo se mordía el labio mi amiga, preferí no saberlo. Me pareció que eran amigos de la misma manera que John y yo. Amigos al borde de algo. Hang lo negaba, pero todas las señales estaban ahí.

—¿Vamos a lanzar unas canastas? —preguntó Anders.

—Aún no.

—No nos va a dar tiempo. Otra vez. Ya ha pasado dos veces esta semana. —Volviéndose hacia mí, Anders frunció el ceño; tenía arrugas marcadas en la frente—. Solo dale permiso para ir a jugar.

Me rasqué la mejilla con el dedo corazón.

—Es como si tuvieras su polla atada a una correa o algo así. Es repugnante —despotricó Anders, mucho más fuerte de lo necesario. Aunque, para ser justos, dudo que nunca hubiera empleado otro tono.

—¡Chist! —siseé.

John le lanzó su lata vacía de refresco.

—Cierra el pico.

Anders atrapó la lata con facilidad.

—Si esto es lo que es tener una novia, entonces me retracto, Hang. No hay relación. Lo siento, buuu. Tendremos que seguir usándonos el uno al otro para tener sexo y dejarlo así.

—¿Estás de broma? —le pregunté. Como Anders no respondió, me volví hacia Hang y pregunté de nuevo—: ¿Está de broma?

En un plano superior a todo, Hang mordisqueaba una manzana.

—Y, de todos modos, no es así —comencé—. John y yo solo somos...

—Oh, puaj-favor —dijo Anders—. Él es mi mejor amigo y tú eres... tú. No me mientas.

Hang hizo una mueca.

—Es bastante obvio que ahora estáis juntos.

—Si Edie no quiere que la gente se meta en sus asuntos, así son las cosas. —John miró su reloj y luego se levantó, recogiendo la mochila del suelo—. Hora de ir a clase.

Anders soltó una palabrota y se alejó tras darle un beso por sorpresa a Hang en la mejilla. Ella ya no parecía siquiera molestarse en parecer irritada por el abierto interés del chico.

—¿Crees que no quiero que la gente lo sepa? —pregunté.

John solo se encogió de hombros.

—No importa.

«Huy».

—Con un pasado como el mío, en el fondo no puedo culparte —afirmó conforme se dirigía a la puerta.

—¿Qué?

—Piensa en lo de la noche del sábado y dime qué te apetece.

—John...

Siguió caminando.

—Hoy nos dan la nota del trabajo, ¿verdad?

—Sí, creo que sí. —Iba tras él, y Hang nos seguía de cerca. Justo a tiempo, sonó la campana, lo que hizo que todo el mundo se pusiera en marcha.

—¿John está enfadado por algo? —preguntó Hang.

—No lo sé.

—Es solo que, por lo general, suele estar junto a ti, ¿sabes? —observó.

Vi desaparecer su espalda entre la repentina multitud que inundaba el pasillo.

—Cree que no quiero hacer público lo nuestro por su pasado.

—¿Y?

Un repentino dolor de cabeza se asentó en mi frente. Me froté las sienes, perdida, confundida y posiblemente con un diploma a la estupidez.

—Yo creía que quería mantenerlo en secreto porque no gusto o algo así.

—Repito —insistió Hang—. Por lo general está junto a ti como si fueras su delicada y preciosa florecilla que, en cualquier momento, pudiese necesitar protección del mundo, grande y malvado. O como si necesitaras su ayuda para destruir el patriarcado o algo por el estilo. Creo que, cuando se trata de ti, está dispuesto a cualquier cosa.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Suena eso a que alguien trate de ocultar el hecho de que eres su novia?

—¿De verdad hace eso?

Asintió.

«Mierda».

—Soy una idiota.

—De vez en cuando, todos lo somos.

Sin pensármelo dos veces, me abrí paso a través de la multitud, corriendo tras él tanto como pude. Un par de personas me insultaron, pero no me importó. Tenía prisa. Una vez lo tuve a la vista, lo agarré del brazo y lo detuve. La gente pululaba a nuestro alrededor como una horda ligeramente molesta, incómoda y sudorosa.

John solo me dedicó una mirada interrogante. No alegre.

—Tenemos que hablar —recalqué—. Más tarde.

«Mierda». Por lo general, mis emociones eran un desastre. Nunca se me había ocurrido que John pudiese tener sus propias inseguridades; al menos, no respecto a mí. Realmente, era una idiota: una que necesitaba prestar más atención.

Entramos en clase junto con todos los demás y tomamos nuestros asientos habituales. Inmediatamente, la señorita Ryder comenzó a devolvernos nuestros ensayos sobre Edgar Allan Poe.

—Mucho mejor —dijo, entregándome el mío.

—Gracias. —Un nueve. Increíble. Un arranque de orgullo hizo que me enderezase en la silla. Había olvidado lo bien que sentaba. Me volví para enseñárselo a John, la persona responsable de hacerme estudiar y, de hecho, de que me importara un pito otra vez. Esto era mérito suyo.

—Eso ya lo discutiremos después de clase —le decía la señorita Ryder, mientras agitaba el trabajo frente a su cara—. ¿Entendido?

—¿Cree que no lo he escrito yo? —preguntó John, cuya momentánea sorpresa, dibujada en su rostro, se transformaba rápidamente en enojo—. Cree que he conseguido que alguien me lo hiciera o algo parecido. Porque, para variar, el trabajo es bueno.

La señorita Ryder torció la boca.

—Leí el libro y luego escribí el artículo.

—¿Qué pasa? —pregunté, desconcertada.

La profesora me dedicó una mirada cortante, sus ojos eran duros e inquisitivos.

—¿Qué? ¿En serio cree que él no lo hizo? —dije—. Eso es una locura. Estudiamos juntos, pero él hace su propio trabajo.

—Estudiáis juntos —repitió, como si eso lo aclarase todo.

Nunca en la vida había tenido tantas ganas de darle una patada a un profesor.

—¿No se les permite a las personas que decidan mejorar en sus estudios?

—Eddie... —murmuró John—. No pasa nada.

—No emplee ese tono conmigo, jovencita. —La señorita Ryder se irguió ante mí.

Tener que levantar la cabeza para mirarla solamente logró que me encendiera más.

—Se supone que debe alentar a la gente a que aprenda.

—Discutiremos esto después de clase, señor Cole. —Dejó caer el trabajo sobre su pupitre y condenó a John sin apenas mirarlo.

—Le está negando la oportunidad de una educación —exclamé, con la mandíbula rígida.

Su mano cortó el aire.

—Ya basta. Saquen sus libros.

Perdí los estribos, al tiempo que la rabia me quemaba la cara.

—Oh, puede irse a la...

—Póngame a prueba —me cortó John, con una mirada de advertencia—. Si no escribí yo el artículo, no voy a saber nada... no tendré ni idea sobre el libro. Pregúnteme.

Cerré el pico. Podía hacerlo; yo sabía que podía. Siempre que ella le diera la oportunidad.

—Por favor. —John se inclinó hacia adelante en el asiento—. Tiene razón, he estado durmiendo en clase durante años. Pero no es lo que pasa ahora, ya no. No desde...

«No desde el Drop Stop», esas fueron las palabras que no pronunció. Pero ella tuvo que intuirlo. John pestañeó y posó la mirada en el escritorio.

—No le estoy pidiendo un trato especial. Solo una oportunidad.

Los ojos de la señorita Ryder se entornaron todavía más. Sería sorprendente que la mujer pudiera ver algo así, para colmo mirando por encima de sus gafas de montura metálica.

—Venga a verme aquí después de las clases. Tiene una oportunidad conmigo, señor Cole. Una. No la desperdicie.

—Gracias, señora.

## CAPÍTULO 42

—Te he estado buscando por todas partes.

—¿Sí? —John estaba sentado en el capó de su Charger, fumando un cigarrillo; las aguas oscuras del lago se extendían ante él—. ¿Por qué?

—No contestabas al móvil. —Crucé los brazos, sin atreverme a subirme a su lado, insegura acerca de cómo sería recibida. Por una buena razón—. Anders no tenía ni idea de dónde estabas, y tu tío...

—¿Has ido a mi casa?

—Sí.

Bajó las cejas.

—Pensaba que tenías prohibido salir las noches de entre semana.

—Renegociamos: tengo que limpiar ambos baños por un mes. Era una emergencia, estaba preocupada por ti.

Llevándose el cigarrillo a los labios, dio una calada.

—¿Cómo te fue con la señorita Ryder?

—Bien. —Sacudió la ceniza del costado del automóvil hasta mis pies—. Me puso un notable por el trabajo.

—Estupendo. —Sonreí—. Felicidades.

Se rascó la barbilla.

—Lo siento, casi le dije que se fuera a la mierda —admití, acercándome un poco—. Probablemente, no fue muy constructivo.

—No es la palabra que tenía en mente. Pero, estamos de acuerdo, no lo fue.

—Aunque no deberías tener que suplicar para obtener una educación. Es un



asco.

Sopló un viento frío que venía del agua y me abracé a mí misma con un poco más de fuerza. Lo de haber salido corriendo de casa con tan solo unas chancas negras, unos *jeans* rotos y un top no había sido mi idea más brillante. El otoño estaba haciendo notar su presencia. En cualquier caso, con la frialdad de la tarde, la orilla del lago estaba desierta. Éramos las únicas dos personas a la vista. Que hiciera frío tenía algunas ventajas.

—Pero te equivocabas al creer que me avergonzaba de ti —dije, mientras me apoyaba en uno de los lados del Charger. Siempre tratando de acercarme más a él.

Lanzando una irritada bocanada de humo, se bajó por el otro lado del capó y se detuvo a apagar el cigarrillo contra el suelo.

—Podrías haberme fastidiado mucho en clase hoy, Edie.

—Lo sé. Lo siento.

—Insultarla nunca servirá para arreglar nada. —Caminó alrededor del automóvil, con el ceño fruncido y la boca formando una línea recta—. Quieres actuar como una loca después de lo que pasó, y no te culpo. Yo también sigo estando mal. Pero todas las tonterías que haces tienen sus consecuencias: lo sabes.

Asentí. Incluso si nunca más pudiera preocuparme por las consecuencias que tenían para mí, al menos podría preocuparme por las que tendrían para él.

—Dime que primero te vas a parar a pensar. Porque necesito oírtelo decir.

—Primero me pararé a pensar. Te lo prometo.

—Y no solo con las cosas que tengan que ver conmigo, sino con todo. Porque si te hacen daño de alguna forma, eso también me deja deshecho a mí.

«Mierda». Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Perdóname.

—No llores. —Se acercó y me rodeó con los brazos—. Ya lo resolveremos.

Respirar su olor, tenerlo cerca, me ayudó. Le apreté la camiseta con los puños, para asegurarme de que no pudiera escapar. Jesús, era un completo desastre.

—No volveré a comportarme como una loca —le prometí.

Rio quedamente.

—Nah, eso es imposible. Estoy bastante seguro de que ahora algunas locuras simplemente forman parte de quien eres. Pero mantenlas dentro de unos límites, ¿eh?

—Está bien.

—A veces eres tan valiente que me asusta.

—No me siento valiente —farfullé, con la voz amortiguada por su camiseta.

—¿Hay algo que te asuste? ¡No puedo creérmelo! —dijo en tono burlón.

—Pensaba que te había perdido.

—Eso es imposible. —Apoyó la mejilla sobre mi cabeza y me estrechó un poco más fuerte—. No hemos pasado por tanto para permitir que algunos delitos menores se interpongan entre nosotros. O un trabajo de Lengua.

—Entonces, ¿por qué no contestabas al móvil?

—No digo que no estuviera enfadado contigo, pero no vamos a romper, Edie. —Deslizó las manos en los bolsillos traseros de mis *jeans*—. No es así cómo funciona la cosa.

—¿Acaso sabes tú cómo funciona la cosa?

—Sí. Seguimos intentándolo —dijo simplemente—. Si de verdad lo queremos, entonces no nos daremos por vencidos. Es así de fácil.

Yo no tenía nada que añadir a eso. En realidad, era mentira.

—Nunca podría avergonzarme de ti. No vuelvas a pensarlo en la vida.

—Edie, ya has visto cómo se ha comportado hoy la profesora. Y lo que tu madre piensa de mí. Mi pasado no va a desaparecer solito.

—Ese ya no eres tú. Ya se darán cuenta.

—Te gusta tu privacidad, entiendo eso. —El viento le sacudió la melena, que, suelta, le cayó en la cara—. Además, que la gente sepa que estamos juntos o no, no es demasiado importante. Ya le di un puñetazo a un tipo y amenacé a otro. Nadie va a tener las pelotas para invitarte a salir.

—Qué cavernícola de tu parte.

—Así son las cosas. —Curvó la comisura de la boca—. Las ofertas dirigidas a mí también han caído en picado desde que casi le pegaste a Erika.

Sonreí.

—¿Ves? —dijo.

Apoyé la barbilla en su pecho y contemplé su bello rostro. Como parecía que estábamos teniendo una sesión de honestidad con el corazón en la mano, podía contarle lo peor. Inspiré profundamente y espeté:

—No te asustes ni nada, pero te quiero.

Levantó la barbilla y abrió los ojos.

—¿Me quieres?

—Sí. Te quiero y me voy a esforzar para no liarla más en el futuro. —Y él pensando que nada me asustaba; pero si el corazón estaba a punto de salirse por la boca. Este dolor, el miedo al rechazo, era como volver a tener las costillas rotas. Me sentía como si acabara de saltar desde una roca mucho más alta sin tener ni idea de si había agua debajo—. En fin. Solo es... Creía que tenías que saberlo.

Silencio.

—No es nada del otro mundo.

—Sí, joder, claro que lo es.

Estrelló la boca contra la mía, robándome el aliento: labios cálidos y firmes, y la emoción de sentir su lengua trazando mis dientes antes de deslizarse dentro de mi boca. Besarme con alguien nunca me había gustado tanto. Más claro, imposible. Ningún toqueo, a medias y en la sombra, con otros chicos había tenido ni punto de comparación. La técnica de John merecía la mayor de las alabanzas, pero ahora, lo mejor que yo era capaz de hacer, era gemir. Deslicé las manos bajo su camiseta y exploré su piel, reclamándola.

En un visto y no visto, me apretó contra la puerta del lado del conductor. Me recorría el cuerpo con las manos, a pesar de permanecer en la parte superior de mi top y mis *jeans* y mantenerse fuera de las áreas más obvias para meterme mano. Me acariciaba los brazos con los dedos y los deslizaba por mi cuello. Y sus besos no paraban de cambiar, de dulces y suaves a profundos y persistentes. Los disfruté todos. Cada uno hacía que la cabeza me diera vueltas y que el cuerpo se me iluminara.

Finalmente, hicimos un alto para recuperar el aliento, apretados el uno contra el otro, los corazones latiéndonos como uno solo. Con dedos suaves, John levantó el amplio escote de mi camiseta y lo volvió a colocar sobre los

tirantes del sujetador.

—No tienes que hacer eso —le dije.

—¿El qué?

—No me voy a romper y no me voy a poner de los nervios.

—¿Qué quieres decir?

—Como me has dejado tocarte debajo de la camiseta, puedes hacer lo mismo conmigo.

—Edie. —Tragó saliva—. Nos precipitamos un poco con lo de tener sexo. Pero ahora no hace falta que corramos.

—No estoy corriendo, estoy marcando el paso.

—¿Estás segura?

Me pareció más sencillo actuar que seguir hablando. Así que le tomé la mano y la coloqué sobre mi pecho, encima de la camiseta y el sujetador, claro. Pero, por la forma en la que me apretó suavemente con la mano, notando todo el peso de una de mis tetas, la cuestión ya había quedado zanjada.

Se humedeció los labios con la lengua, con una mirada un poco preocupada, como si temiera que fuera a retirarle la mano; que cambiase de opinión y que le negase el acceso a mi pecho o algo por el estilo. Una, dos veces, me besó en los labios, antes de recorrerme el lóbulo de la cara y el cuello. La pizca de barba que le crecía en el mentón me cosquilleaba sobre la piel; su aliento me calentaba todavía más; sus dientes mordisqueaban mi carne. Me sentí arder. Se había encendido un fuego y no quería que se apagara.

—¿Has tenido a chicas en la parte trasera de tu Charger muy a menudo? —pregunté, respirando pesadamente, al tiempo que le agarraba el trasero con las manos. Menudo trasero tenía.

—Mierda —murmuró, deslizando la mano libre alrededor de mi nuca. Se rio entre dientes—. ¿Por qué me preguntas cosas así?

Me encogí de hombros.

—Curiosidad.

—Un par de veces, sí. Pero no es demasiado cómodo.

—Tal vez no para el sexo de verdad. Pero ¿qué hay de solo darse un revolcón?

Rápidamente, John escaneó el área, para comprobar que no hubiera nadie

cerca.

—¿Te sientes expuesta?

—Siento frío, más que nada. Pero, sobre todo, me apetece besarte en el asiento trasero de tu automóvil.

—Ah, ¿sí? —Con el pulgar, me rozó el pezón endurecido a través de las capas de tela.

Un escalofrío me recorrió y asentí con la cabeza.

—No lo he hecho antes. Será otro primero.

—Entonces, vamos a ello. —Retrocedió y accionó la manija de la puerta trasera. —Después de ti.

Sonreí, demasiado nerviosa para hablar. Qué estupidez, la verdad. Ni que no hubiera estado ya en su habitación y en su cama. El asiento trasero de un automóvil no debería de importar. Pero lo hacía.

Subió detrás de mí y cerró la puerta. Me descalcé y me quité la camiseta por la cabeza. No me detuve a hacer cosas de tonta y cohibida, como cubrirme el estómago con las manos, porque se trataba de John. También, porque lo había superado. O lo superaría. Todo llegaría.

—Ven aquí —murmuré, mientras me echaba un poco hacia atrás.

No más dudas. Se arrodilló en el asiento y se arrancó la camiseta, más que preparado para que su piel desnuda se encontrara con la mía. John tenía razón; era un poco incómodo. Incluso en el amplio asiento trasero del Charger, en realidad los dos éramos demasiado altos para caber. El peso de su cuerpo sobre el mío, sin embargo, hacía que todo valiera la pena. Con las bocas pegadas, su cuerpo descansaba entre mis piernas abiertas. En el momento concreto de separarlas no tenía ni idea. Por Dios, qué gusto daba tenerlo así.

Nos restregábamos el uno contra el otro, gimiendo, jadeando y lanzando exclamaciones de aprobación. No quería que se acabara nunca. Le recorría la espalda con las puntas de los dedos, y al hacerlo le clavaba las uñas, cortas, ligeramente. Cuando trazó con la lengua el borde del sujetador y me excitó la piel sensible del escote, casi enloquecí. Y notarlo a él, Dios, notar su dureza contra la entrepierna de los *jeans*...

—Joder, cariño —susurró mientras me mordisqueaba la mandíbula, para regresar luego a mi boca.

—¿Mmm?

—¿A qué hora tienes que estar en casa?

—¿Eh? No. No te pares.

Volvió a maldecir un poco más. Luego, con un tono de voz muy tranquilo y razonable, dijo:

—Eddie, necesito meterte la mano dentro de las bragas.

—Sí.

Se detuvo.

—¿Estás segura?

Asentí con la cabeza, los músculos del estómago y los muslos se me tensaron, todo mi bajo vientre más que emocionado.

—Por favor, John.

Se sentó sobre los talones, con el pelo cayéndole sobre la cara. Dios, qué guapo estaba, despeinado y medio desnudo a la luz de la luna. Ignoraba cómo podía ser tan afortunada. Me desabrochó el botón y la cremallera de los *jeans* y luego me los bajó un poco.

Se inclinó sobre mí y apoyó todo su peso en un brazo estratégicamente colocado al lado de mi cabeza. Con labios calientes y húmedos besó los míos, al tiempo que con los dientes me mordisqueaba el labio inferior. Luego se llevó la mano libre a la boca y se chupó un par de dedos para mojárselos.

—Voy a hacer que llegues rápidamente, porque te tienes que ir a casa. Todavía estás castigada, ¿recuerdas?

—No me importa.

—A mí, sí. —Deslizó la mano entre mis braguitas y me rozó con los dedos el sexo hinchado, húmedo—. Eddie, nena, cómo me gusta, joder.

Ni se imaginaba lo que me gustaba a mí. Las puntas de sus dedos jugueteaban conmigo, al rozarme apenas los labios de allí abajo. Iba más allá del placer, me transportaba a un mundo nuevo. Se volvió a llevar la mano a la boca y se lamió el pulgar antes de sumergirse de nuevo en mi ropa interior. Sentí una sacudida en todo el cuerpo.

—John —gemí, estirando el cuello y girando la cabeza hacia un lado. Tal vez era cosa mía, pero parecía que ahí había poco aire. O tal vez era que los pulmones no me funcionaban del todo. Levanté los pechos y abrí la boca de

par en par. Todo en mí se centraba en lo que me estaba haciendo, en lo increíblemente bien que hacía que me sintiera.

—Lo sé —dijo en voz baja y sedosa—. Te llevaré hasta allí.

Primero dio vueltas entorno al clítoris con la yema del pulgar, al tiempo que los nudillos rozando ligeramente esa zona tan sensible. Me dolían los pechos, me daba vueltas el vientre. Todo cuanto podía hacer era aferrarme a él, a sus hombros, a sus brazos, a todo lo que hubiera por agarrarse. Sostenerlo con fuerza y mantenerlo conmigo, ahora y siempre.

—Allá vamos. —Me rozó el lóbulo de la oreja con los labios.

La tensión dentro de mí se fue incrementando más y más, dejándome sin aliento y tomando el control. Con un talón clavado en el asiento y el otro empujando contra el suelo, mi cuerpo se apretó en torno a sus dedos, desesperado por estar lo más cerca posible de él.

—¿Te gusta? —me preguntó, moviendo el pulgar un poco más fuerte y más rápido.

—Sí. No pares —dije, con voz casi rota, perdida.

—No, no paro.

—Dios —gemí entre dientes, mientras me sacudía contra su mano y arqueaba la espalda—. John.

El mundo entero desapareció. Solo estábamos él y yo y y... «joder». Cada milímetro del cuerpo me flotaba y tenía la cabeza llena de estrellas. Estaba tumbada en el asiento de atrás del Charger de John y volaba. No me extrañaba que a algunas personas les gustara tanto el sexo. Con la persona adecuada, podía ser increíble. Incluso aunque fuera solamente una masturbación.

Abrí los ojos para encontrarlo mirándome, con los hombros rígidos y respirando con dificultad.

—Bueno, qué sorpresa.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué pasa?

—Nada. Solo que yo...

—¿Solo que tú...? —repetí, mientras el corazón y los pulmones me volvían lentamente a la normalidad. El sudor me brillaba sobre la piel y las ventanas estaban empañadas: no podía hacer nada al respecto.

John frunció el ceño y yo también. Aunque en mi caso el ceño fruncido vino

acompañado, sin duda, de una sonrisa de amor.

Se señaló a sí mismo con la cabeza, hacia abajo.

—Pues que me he manchado un poco.

—Oh.

«Oh».

—Mmm. —Moviéndose lentamente, con cuidado, y todavía con el ceño fruncido, se puso en cuclillas—. Te estaba mirando y... en fin.

—Creo que muestra solidaridad, compromiso con la relación. —Traté de no sonreír, pero sin esforzarme demasiado—. De veras.

—¿Crees que correrme en los pantalones es una muestra de solidaridad?

Me limité a encogerme de hombros.

—Te quiero.

—Tú lo que quieres es... —Curvó hacia arriba la comisura de la boca. De repente, se quitó de encima—. Tenemos que llevarte a casa antes de que tu madre se asuste y decida que no puedo ir más allá de la puerta o algo así.

Comenzó a buscar su camiseta y finalmente la encontró en el suelo. Luego se desabrochó los pantalones y se limpió. No pude ver mucho, pero, en cualquier caso, ¿era muy malo que aquello me pareciera fascinante? De ser así, no quería ser buena.

Me arreglé la ropa interior, me subí los *jeans* y me erguí hasta quedar sentada.

Luego, busqué mi camiseta.

—Me gusta el asiento trasero de tu Charger.

—¿Sí?

Su sonrisa... Era matadora.

—Oh, sí.

Se inclinó para que lo besara y lo hice. Y vaya beso que le di. Y luego le di unos cuantos más.

El aire frío se apoderó de nosotros cuando abrió la puerta y regresamos al ancho y gran mundo. Los pezones, lógicamente, se le encogieron, porque seguía sin camiseta. Yo también salí y abrí la otra puerta para que las ventanas se desempañaran más rápido.

John me acompañó hasta mi automóvil, y mientras lo hacía me acariciaba la



espalda con su fuerte mano.

—Conduce con cuidado —dijo—. No estaré muy lejos de ti.

—No hace falta que me sigas hasta casa. Estoy bien.

—Estaré justo detrás de ti.

Me encogí de hombros.

—Bueno. Conduce tú también con cuidado.

—Lo haré. —No se movió hasta que estuve segura y con el cinturón puesto dentro de mi automóvil—. ¿Eddie?

—¿Mmm?

—Yo también. Sobre lo de... ya sabes.

Ladeé la cabeza.

—¿Te refieres a lo del amor?

—Sí. Eso.

Mi novio.

Que sabía que lo quería y que aparentemente también me quería a mí.

Sonreí todo el camino de vuelta a casa.

## CAPÍTULO 43

Hang: Emergencia. Socorro. Creo que siento algo de verdad por Anders.

Yo: Espera. ¿Quieres decir más allá de tu habitual irritación leve?

Hang: Sí.

Yo: DIOS MÍO.

Hang: No es culpa mía. Ha entrado de alguna manera. Como un virus... uno muy grave. ¿Qué hago?

Yo: A lo mejor esos sentimientos son como un resfriado de veinticuatro horas o algo así, y desaparecen.

Hang: No, no lo creo. Anders es más una plaga que una gripe.

Hang: Decidimos ser amigos con derecho a roce<sup>8</sup> la noche de su cumpleaños. Pero él sigue rondándome y queriendo que hagamos cosas juntos y me agarra la puñetera mano todo el rato. Incluso ha empezado a enseñarme a jugar al baloncesto. Qué mal.

Yo: OK. Caramba. ¿Qué quieres hacer al respecto?

Hang: Tengo la horrible sensación de que intentaré ir en serio con él. Estoy condenada.

Yo: Es guapo.

Hang: No. La locura no es guapa... Bueno, tal vez un poco.

Yo: Al menos te hace reír.

Hang: Es cierto. ¿Cómo estás?

Yo: Le dije a John que le quería.

Hang: ¡Caramba!

Yo: Lo sé. Pero al diablo, la vida es corta. ¿Por qué no decírselo?

Hang: Ahora sabe sin lugar a dudas que no estás evitando que lo vuestro se haga público.

Yo: Eso espero.

Hang: Además, quién sabe, podrías ser capturada en breve por esa jauría de pequineses rabiosos que te esperan ahí fuera. Y entonces, ¿qué harías si no se lo hubieras contado?

Yo: Morir de mordeduras de perro muy pequeñas con el corazón cargado de arrepentimiento.

Hang: Exactamente. Creo que has hecho lo correcto.

Yo: Gracias. Y te agradezco que te tomes en serio mis teorías sobre el apocalipsis perpetrado por perritos.

Hang: No hay de qué. Para eso están las amigas, ¿no?

Yo: Claro.

Hang: Mamá me grita que me acueste. Volvamos a reunirnos para discutir estos temas mañana. Buenas

noches. XX

Yo: Buenas noches. XX

[8](#) N. de la Ed.: Amigos que practican sexo, pero no se consideran pareja.

## CAPÍTULO 44

Entre clases, el viernes por la tarde, Erika se me acercó. Justo lo que no necesitaba: estropear mis alegres pensamientos sobre el fin de semana. El sábado por la noche en compañía de John se hallaba muy cerca y, con un poco más de esfuerzo, mamá quizá derogase lo del toque de queda a las nueve en punto. A lo mejor acabaría limpiando nuestros cuartos de baño hasta finales de año, pero valdría la pena. Las palabras de Matt acerca de que John y yo pasábamos nuestras quedadas de estudio realmente estudiando habían contribuido mucho a calmarla. Así como el hecho de que mis calificaciones escolares estaban mejorando.

Sin embargo, me había encontrado otra caja de condones debajo de la almohada al meterme en la cama ayer por la noche. Por la forma en la que seguía arrojándomelos, se diría que lo que quería era volver a encontrar a John en mi cama.

—Tenemos que hablar —dijo Erika, cortándome el paso.

—Pues creo que no voy a estar de acuerdo contigo al respecto.

Me agarró del brazo para evitar que me alejara por el pasillo. Me limité a mirarle la mano. Qué tentada me sentía de empujar a esa guarra; pero le había prometido a John que me lo tomaría con calma. Aun así, otros estudiantes se fueron parando hasta colocarse a nuestro alrededor, mirando con ojos ansiosos. Qué Dios me librara de los amantes del drama.

Erika me soltó el brazo, pero siguió bloqueándome el camino. Obviamente nerviosa, se mojó labios.

—John no querrá hablar conmigo...

—Es libre de no hacerlo.

—Se trata de Dillon.

—¿Sigues intentando transmitirle mensajes de su hermano? —Me acerqué más a ella, provocándola, porque... ¿Y por qué no?—. ¿Se te ha ocurrido que a lo mejor ya empieza a ser una costumbre?

—No es eso. —Arrastró los pies mientras jugueteaba con la correa del bolso. Parecía, viendo el modo en el que se comportaba, que estábamos haciendo un trato en alguna oscura esquina de la calle.

—¿Entonces, qué? —pregunté—. ¿Qué quieres, Erika?

—Fui la otra noche a casa de Dillon y... no está nada bien. —Su mirada vagó hacia la gente que nos miraba y frunció el ceño—. No paraba de decir todo tipo de locuras.

—¿Cómo cuáles?

—Solo... dile a John que tenga cuidado.

—¿Qué dijo?

Dándome la espalda, se puso en movimiento.

—Solo díselo.

«Uf». Esto, fuera lo que fuese, me daba mala espina. Dillon había logrado asustar a Erika lo suficiente para que sonara como un ser humano preocupado de verdad en vez de como una perra arrogante. Lo que era realmente aterrador.

John me había venido a buscar esa mañana para poder tomar un desayuno rápido, con aprobación materna, de camino al instituto. Después de la extraña charla con Erika, lo encontré esperándome fuera junto a la bestia, mientras Anders estaba ocupado haciendo girar una pelota de baloncesto con el dedo y Hang lo observaba con una sonrisa condescendiente. Y unas narices que nada pasaba entre ellos. Eran tan creíbles como John y yo.

—Acabo de tener una conversación la mar de interesante —dije, apoyándome contra su cuerpo y esperando mi beso de bienvenida.

Él me lo dio con una sonrisa.

—¿Qué?

—Erika dice que tengas cuidado con tu hermano.

Entrecerró los ojos y apretó los labios.

—¿De veras?

—De veras. —Di la vuelta hasta el lado del pasajero y arrojé la mochila dentro del automóvil.

—El mejor amigo es quien va de copiloto —protestó Anders—. Todo el mundo lo sabe.

—Por lo visto, fue a tu antigua casa y él no paraba de decir cosas aterradoras. Erika no me dijo cuáles. ¿Lo has visto desde la pelea? —pregunté, sin hacer caso al idiota que había entre nosotros. Algunas cosas eran más importantes—. ¿John?

Se puso las gafas de sol y miró a un punto indefinido por encima del techo del vehículo con cara inexpresiva.

—Vino la otra semana. Tío Levi le dijo que avisaría a la policía si volvía a verlo cerca de casa. Desde entonces, nada.

—Ah.

Con un dedo, se frotó la nariz.

—Quiero decir, ha intentado llamarme un par de veces. Pero, por lo general, no suelo responderle.

—¿Por lo general? —pregunté, en un tono cortante—. Te golpeó, John.

—Es mi hermano y nos pegamos el uno al otro. Créeme, él tampoco quedó demasiado bien.

No creo que yo tuviera cara de felicidad.

—Eres hija única, Edie. No sabes cómo es —añadió—. No puedo darle la espalda sin más.

Con las cejas arrugadas, saqué mis propias gafas de sol de la mochila. La luz de la tarde brillaba con deslumbrante intensidad.

—¿Así que todavía quiere que trafiques?

—Es más complicado que eso.

Anders coló la cabeza entre nosotros, con la pelota de baloncesto todavía en las manos.

—Hang. Buuu. ¿Me acercas a casa?

—Claro.

—Hablamos más tarde, perdedor. —Le palmeó la espalda a John y luego recogió su mochila.

—¿El sábado por la noche? —me preguntó Hang.

—No lo sé. ¿Qué tal lo del viejo cementerio?

—¿Estás segura?

—Mi madre me ha cambiado un poco el toque de queda. Pero no me importa estar solo al inicio de la fiesta. Le dará a John la oportunidad de practicar con el monopatín.

—De acuerdo. —Con un asentimiento de cabeza, desbloqueó su propio vehículo, que estaba aparcado junto a la bestia—. Te veo mañana en el curro.

—Hasta mañana.

—Vamos a tu casa —le sugirió Anders a Hang—. Pregúntale a tu madre si puedo quedarme a cenar. La comida en vuestra casa es mucho mejor que en la mía.

—Mi madre te odia.

—No, ni mucho menos —exclamó Anders con incredulidad—. Es solo que es tímida.

Hang se rio y cerró la puerta del auto.

Y, así, nos quedamos solos. O tan solos como se pueda estar en un aparcamiento lleno de gente. John subió al Charger y yo hice lo mismo. En el interior, el aire estancado estaba caliente. Los viejos asientos de cuero agrietado me calentaban la parte posterior de las piernas. Dentro de un mes o dos tendría que sacar las medias para el invierno. No es que en el norte de California hiciera un frío glacial, pero lo de llevar solamente vestidos no servía para todo el año.

—Dillon te hizo daño —dije.

John encendió el motor, colocó una mano encima de mi reposacabezas y se volvió para comprobar que no hubiera nadie detrás de nosotros antes de retroceder.

—Lo sé.

Nos metimos en la fila de vehículos que salían desde el aparcamiento hasta la calle. Risas y carcajadas resonaban a través de las ventanas abiertas, ya que todo el mundo estaba de buen humor por tratarse de la tarde del viernes. Casi todo el mundo. El recuerdo de la sangre y los cardenales en la cara y el cuerpo de John, aquella noche, me dio ganas de vomitar.



—Ten cuidado —farfullé, repitiendo la advertencia de Erika.

—Lo tendré.

## CAPÍTULO 45

El sábado por la noche estuve viendo a John, embelesada, mientras hacía sobre su monopatín todo tipo de movimientos geniales. Y con su pecho desnudo, lo que elevaba por diez el calor. Le guardé la camiseta, que olisqueé tal vez una o dos veces a lo sumo. Seguro que, digamos, no más de una docena de veces, porque no soy una asquerosa acosadora. Aunque téngase en cuenta que yo no era la única que lo miraba con pinta de estar al menos medio enamorada. No, no era la única en perder la vergüenza cuando se trataba de olerle la ropa.

En fin. Lo cierto era que, en realidad, dudaba de haber vuelto a aterrizar desde la primera vez que nos habíamos besado.

—Hola. —Hang se acercó con una botella de agua en las manos. A pesar de nuestras payasadas de borrachas en su casa la noche del lamentable incidente de los mensajes de móvil, Hang no parecía beber muy a menudo—. Creo que a Anders le ha dado por la danza contemporánea.

—Tu novio me asusta —dijo Carrie, de pie a mi lado—. He dejado a Sophia para que intente mantener el ritmo de las acrobacias de baile de Anders. Yo ya no podía más.

Hang se rio. Pero no la corrigió sobre el comentario del novio.

—No tengo ni idea de dónde saca tanta energía.

—¿Cómo le va con tu madre?

Hizo una mueca.

—Bueno, no se puede negar que se esfuerza. Pero no veo a mi madre

aceptándolo en un futuro próximo.

—Mmm. Tu madre es implacable, pero yo apuesto por Anders.

—Yo también.

—Seguro. El tipo ni siquiera sabe cómo rendirse. —Carrie se rio entre dientes—. Es como si el concepto no existiera en su mundo.

Hang simplemente sonrió. Me encantaba verla tan feliz.

A nuestro alrededor, el terreno se estaba llenando lentamente de gente, la zona iluminada por los faros de media docena de camionetas y SUV. Me bebí la cerveza mientras Carrie tomaba sorbos de un termo. Eran aproximadamente las ocho y media: temprano para un sábado por la noche. Pero mi toque de queda solo se había alargado hasta las diez y media, y John y yo teníamos planes que requerían privacidad y la comodidad de su cama. Ah, y su tío Levi estaría fuera hasta tarde.

Lo que era crucial.

Y es que, independientemente de las opiniones que su tío tuviera sobre el sexo entre adolescentes, para mí la idea de hacer cualquier cosa si había otra persona en la casa era un gran «ni hablar».

John saltó desde su tabla, que estaba en la parte superior de la rampa en forma de U, y aterrizó con facilidad sobre la plana superficie de hormigón. El chico tenía que ser en parte acróbata o algo por el estilo. Por el contrario, yo apenas podía tocarme los dedos de los pies sin caerme. Una de sus admiradoras se le acercó y él sonrió, asintió y se dio la vuelta. Luego, lanzó el monopatín hasta su mano con un pie y se dirigió hacia nosotras. Otra chica se acercó hasta el borde de la rampa, con su monopatín debajo de una de sus zapatillas. Y «fiuuuu», ya no estaba.

Tal vez algún día debería empezar a practicar algún deporte además de ir de compras. Tal vez.

—Hola —saludó John, mientras una gota de sudor le caía por un lado de la cara. Le pasé un vaso de cerveza y bebió un poco—. Gracias.

—¿No has pensado nunca en hacerte profesional del *skateboard*? —pregunté, con curiosidad.

Con una amplia sonrisa, hizo un gesto con la cabeza hacia la chica que ahora estaba en la rampa.

—Mírala.

—De acuerdo.

Todos lo hicimos, y pronto entendimos por qué. La mujer era impresionante; los saltos y acrobacias que daba eran increíbles.

—¡Dios! —exclamó Hang.

Alucinada, yo solo podía asentir con la cabeza.

—Ese es el aspecto que tiene una profesional —dijo John—. Va directa a Seattle, a un importante concurso que hay la próxima semana. Me sorprendería que se quedara por aquí mucho más tiempo.

—Todavía eres mi héroe —insistí, inclinándome para besarle. Porque besar a John encabezaba mi lista de cosas favoritas.

—Estoy sudado —observó.

—No me importa.

La negrura de sus pupilas casi le engulló el azul de los ojos.

—¿Lista para irnos?

Asentí, volviéndome de inmediato hacia mis amigos.

—Nos vemos. —Carrie me saludó con el termo.

—Hasta luego —dije.

—Ni siquiera preguntaré si tenéis protección —bromeó Hang.

—Los has visto, ¿eh? —comentó John.

—¿La pequeña montaña de condones que intenta esconder en la parte trasera de su automóvil? Sí.

—No es una montaña —repuse, mientras reprimía una sonrisa—. Y no actúes como si no te hubieras llevado alguno.

—Te sentías generosa. ¿Quién era yo para negarme a recibirlos?

John solo se rio, me pasó lo que quedaba de la cerveza y soltó el monopatín para poder ponerse la camiseta. Me la tragué de un sorbo por el coraje extra que daba. Con la mano en la suya, me guio a través de la multitud.

—¡Johnny! —gritó una voz, un hombre atajaba hacia nosotros por entre un grupo—. Hola.

A mi lado, el aludido profirió una palabrota.

—Ahí estás. —El extraño era alto y delgado. Y tenía la cara pálida y envejecida, a pesar de la sonrisa complacida que la iluminaba—. Me alegro

de verte.

—¿Qué estás haciendo aquí, Dillon? —preguntó John, con un tono de voz menos que acogedor. Sutilmente, se movió para ponerse delante de mí.

—Somos hermanos. Pensé que sería bueno que nos pusiéramos al día.

—La última vez que intentamos hacerlo no acabó muy bien.

Dillon frunció el ceño y se rascó un lado de la cara.

—Los hermanos se pelean. No es gran cosa.

A nuestro alrededor, la fiesta se había detenido y la gente nos miraba. «Mierda». Y John todavía me sostenía la mano, solo que por detrás de la espalda.

—¿Quién es esa chica? —preguntó Dillon, alargando el cuello para intentar verme.

—Nadie.

—Una rubia, ¿eh?

—Repito, ella no es nadie que te interese. ¿Qué quieres ahora?

Su hermano se rio.

—Siempre fuiste un capullete muy salido. De todos modos, tenemos que hablar, así que... líbrate de ella. Vámonos de aquí.

—Todo lo que hablemos, será aquí y ahora.

—Johnny.

—Lo digo en serio.

Dillon lanzó un suspiro. Sus ojos duros y hundidos se posaron en los espectadores que estaban más cerca y algunas personas del pequeño coro retrocedieron.

—Vamos, no seas así. Somos familia, tú y yo. Necesitamos cuidarnos el uno al otro, no pelearnos así. ¿Qué crees que dirían nuestros padres?

John inclinó la cabeza y la movió con un ademán de impaciencia.

—Dios, estoy perdiendo el interés rápidamente. ¿Qué es lo que quieres?

—Necesito que me ayudes.

—No tienes más que pedírmelo y te llevo a rehabilitación. Tengo dinero; podemos arreglar esta mierda. Ya te lo dije. —John me apretó con más fuerza los dedos y movió los pies—. El tío Levi ha oído hablar de un sitio muy bue...

—¡No quiero ir a la puta rehabilitación! —exclamó Dillon, apretando los

dientes, obviamente luchando por dominarse—. Pero necesito el dinero.

—No.

—Johnny...

Saqué la llave de casa del bolsillo, lista para clavársela en los ojos al drogata si daba el más mínimo paso hacia su hermano. Jesús, era mucho peor de lo que John había descrito. O, al menos, peor de lo que yo me había imaginado. Su hermano era un manojo de nervios e iba drogado. Igual que Chris en el Drop Stop. Solo de acordarme me entraron ganas de vomitar o de golpear algo. Agarré la llave con fuerza.

—Vende tu estúpido automóvil, haz algo, no me importa. Pero no te voy a dar dinero para drogas, Dillon —exclamó John—. Sé que todavía lo tienes, lo vi aparcado en la calle del tío el otro día.

—Solo quería hablar. Ese idiota, se ha interpuesto entre nosotros. ¿Es que no te das cuenta?

—No. —John negó con la cabeza—. Toda esa mierda que tomas, eso es lo que se ha interpuesto entre nosotros. El tío Levi no ha tenido nada que ver.

Una sombra alta apareció a mi lado y se colocó junto a John.

Dillon sonrió, o lo intentó; en su expresión se mezclaba la rabia apenas reprimida y una palidez fantasmal.

—Anders. ¿Cómo estás, amigo?

—No deberías estar aquí, D.

—¿Tú también? Joder.

Anders no dijo nada más.

—Hermanito —farfulló Dillon—. N-no tendría que ser así. Tendríamos que ayudarnos el uno al otro, ¿sabes?

—No quieres mi ayuda —replicó John, haciéndose a un lado y llevándome con él—. Si me buscas otra vez, la cosa no acabará bien.

—¿Me estás amenazando, mierdecilla? —se burló Dillon. No había levantado los brazos, pero sí tenía los puños apretados.

John no se echó atrás, ni remotamente. La esbelta musculatura de sus brazos parecía hinchada y a punto.

—La próxima vez no me pararé y te romperé algo más que la nariz. Mantente alejado.

Anders dio un paso adelante, con las manos extendidas.

—Cuánta puñetera tensión. ¿Qué tal una cerveza, D? Por qué no nos relajamos y nos tomamos una, ¿eh?

Por un momento, Dillon hizo caso omiso de él para fijar la mirada en John. Pero pronto sus ojos se movieron entre Anders y la multitud que veía a la *skater* profesional pavoneándose con sus piruetas.

—Claro —dijo, abriendo los puños y otra vez con su enfermiza sonrisa en toda la cara, como si el enfrentamiento no hubiera sido gran cosa—. De acuerdo. Vamos.

Mientras tanto, John se movió y me llevó con él. Caminando rápido, nos dirigimos hacia el aparcamiento principal. De noche, los baches y las irregularidades del camino de tierra eran un asco.

—¿John? —murmuré.

No disminuyó la velocidad.

—Lleguemos hasta el aparcamiento.

Con la gracia natural que me caracterizaba, tropecé con la raíz de un árbol y casi aterricé de bruces. Unas fuertes manos me agarraron y detuvieron la caída.

—¡Mierda! —exclamé.

—¿Estás bien?

Asentí.

—¿Podemos calmarnos un poco? ¿Por favor?

—Sí. Lo siento. ¿Te sigue pareciendo bien, lo de venir a mi casa? —preguntó, jugueteando con las llaves del Charger. Me abrió la puerta y me hizo subir—. No hace falta, si no quieres.

—Sí quiero.

—Está bien. —Un músculo de la mandíbula le tembló, algo apenas visible a la luz de la luna. Cerró la puerta con cuidado, corrió hacia el lado del conductor y se metió dentro—. Lo siento, Edie. No quería que estuviera cerca de ti.

—No es culpa tuya.

Dio un golpe con la mano contra el volante, maldiciendo por lo bajo con furia. Luego encendió el motor. No me gustaba nada.

—¿Estás bien para conducir? —pregunté.

Por un instante, reclinó la cabeza hacia atrás contra el asiento y miró al techo. Luego dejó caer los hombros y suspiró.

—Lo siento. Ya me calmaré.

—Tu hermano tiene muy mal aspecto.

John ladeó la cabeza para mirarme a los ojos.

—Está hecho un asco. ¿Qué voy a hacer?

—Has hecho todo lo que has podido —recalqué—. No va a aceptar la ayuda que necesita. Eso no depende de ti.

—Lo sé —murmuró—. Es solo que... mierda.

—¿Fue él el primero en dar un puñetazo, esa noche que os peleasteis?

—Sí. Él empezó. —Se rascó la nuca—. Nada de esto tendría que haberte salpicado.

—No lo ha hecho.

—Aun así. —Me acarició la cara con los dedos, tenía la mirada torturada—. Quizá debería llevarte a casa.

—Quizá deberíamos ir a tu casa como habíamos planeado. Mi madre y Matt están cenando a la luz de las velas —le recordé—. Dudo que, ahora mismo, ella esté pensando siquiera en qué estaremos haciendo.

Me dedicó una sonrisa taciturna.

—Bueno, pues vámonos.

Un par de vehículos venían en dirección opuesta en la angosta carretera. Casi me enfadé con ellos por obligarnos a ir más despacio. Cuanto antes nos alejáramos de su hermano, mejor. Pero, también, quería estar a solas con John, sin distracciones. Quería hacerle sonreír de verdad. Tal vez así era como se sentía un adicto, con esa necesidad constante de acercarme a él, de notar ese subidón que John me daba. Me colocó la mano sobre su rodilla y estuve jugueteando con un pequeño agujero que había en sus pantalones durante todo el trayecto de camino a su casa.

La normalidad empezaba a regresar. Cada kilómetro que el Charger ponía entre nosotros y Dillon hacía que este se desvaneciera en el pasado.

—A mi madre le encanta esta canción —comenté, tarareando *Heart of Glass* de Blondie.



—¿Sí? —Sonrió—. Es una buena canción.

La siguiente fue *Get It On* de T. Rex. Tuvo que ayudarme con esa.

Cuando llegamos, la casa estaba sumida en la oscuridad; solo el porche estaba iluminado. John paró en el desierto acceso de entrada y salté del automóvil antes de que pudiera ofrecerse siquiera a abrirme la puerta. Los buenos modales se agradecían, pero únicamente contaba el tiempo y el reloj corría. Solo encendió una pequeña lámpara que había en una mesita del recibidor. En el interior de la casa, nada había cambiado desde la última vez que había estado allí. Libros, plantas en macetas, televisión gigante, un poco de desorden.

—¿Te apetece beber algo? ¿O lo que sea? —preguntó.

—No, gracias.

—Apesto. Deja que me dé una ducha rápida —dijo, dirigiéndose hacia las escaleras—. Vamos arriba, si quieres, y te distraes en mi habitación.

Quise.

Las sábanas grises cubrían la cama, del mismo color que el de las paredes; al menos, donde no estaban cubiertas con pósteres. Un viejo póster de Led Zeppelin se había unido al de los Ramones. Lo que me hizo que me preguntase...

—No creo que el casete estuviera atascado.

—¿Eh? —Hurgó en un cesto de la ropa, lleno de piezas cuidadosamente dobladas. Primero vinieron unos calzoncillos, seguidos por un par de *jeans* nuevos y una camiseta verde desteñida. Aunque, realmente, ¿quién necesitaba ropa?

—La cinta de casete que afirmabas que estaba atascada en el estéreo de tu Charger —dije, sentándome en el borde de la cama—. No creo que sea así. Creo que te gusta esa música y no quieres admitirlo, por alguna razón.

Dado que no podía verle la mitad de la cara, casi no capté su sonrisa.

—¿Sinceramente?

—Siempre.

—La cinta estaba allí cuando compré el automóvil —contó, mientras se rascaba la barbilla con el pulgar—. Pertenecía a un tipo que, ataño, se dedicaba a la seguridad para las giras de las bandas musicales, todo el día en

ruta con ellas. Pero tuvo una enfermedad que le fastidió la vista, por lo que ya no podía conducir. Por eso me lo vendió.

—Qué triste.

John asintió.

—También me dio los pósteres. Dejé la cinta puesta como una especie de muestra de respeto. Quiero decir, no es que tenga otra para reemplazarla.

Interesante.

—Podrías conectar el teléfono móvil, buscar un sistema para poder reproducir otra música.

—Podría.

Me miró.

—Aunque, ¿sinceramente? —dije.

—Siempre.

—Prefiero la cinta.

—Yo también.

Sonrió.

No devolverle la sonrisa era físicamente imposible.

—Sabes, he estado buscando lugares que ofrecieran esas certificaciones en las que dijiste que estabas interesado.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Me sequé las manos con las sábanas y me agarré al borde de la cama, nerviosa—. Hay un sitio donde enseñan Paisajismo, cerca de Berkeley.

—¿En serio? —Se apoyó en la puerta de un armario—. Allí es adonde quieres ir, ¿no?

Me encogí de hombros, mirando sus Converse. Mucha menos presión que mirarlo a los ojos.

—John, es... solo era una idea. Ya sabes. Por si todavía estabas interesado.

—Déjame pensarlo.

—Por supuesto —dije, con una sonrisa forzada. No rechazó la idea, solo decidió «pensárselo». Además, en todo caso, yo tenía cosas más importantes de las que preocuparme.

—De acuerdo. Ducha. —Se acercó y me besó en la frente—. No tardaré. Lee una revista de *skateboard* o un libro de texto o algo así.

—Gracias. —Me eché a reír.

Al fondo del pasillo, la puerta del baño se cerró suavemente. En cuanto lo hizo, me puse a trabajar y me desaté las botas Dr. Martens. Tras ellas fueron los calcetines, y aparté todo el conjunto a un lado. Entonces me puse de pie y me quité el vestido de mezclilla. Temblaba de los nervios y, santo cielo, mi antigua yo se habría detenido ahí mismo. Pero no. ¿Quién le lavaría la espalda a John si no me desnudaba y entraba allí? Hay que hacer sacrificios. Era hora de ser valiente.

La puerta crujió ominosamente cuando la abrí, la estancia ya se estaba llenando de vapor.

—¿Edie? —preguntó, sorprendido. Lo que era comprensible. Mi valentía también me impresionaba a mí. Con cuidado, cerré la puerta y eché el cerrojo.

—Hola.

Descorrió la cortina de la ducha, los ojos se le ensancharon, su mirada me recorrió el cuerpo antes de regresar a mi rostro.

—¿Quieres entrar?

—La higiene es importante.

—Sin duda.

Se movió para hacerme sitio antes de atraerme hacia sí en el reducido espacio. Luego me besó repetidamente, rozándome apenas los labios con los suyos, me enloquecía con su boca. Se lo tomaba con calma y se tomaba su tiempo. Hacía que el estómago se me contrajera y que la cabeza me diera vueltas: carecía del más mínimo control en la forma en como John me afectaba. Recorrí con las manos su piel húmeda, su pecho y sus hombros, hundiendo ligeramente los dedos.

La desagradable tensión de antes había desaparecido por completo, reemplazada por una sensación diametralmente opuesta.

—Otra primera vez —dije—: ducharme con un miembro del sexo opuesto.

—Me gusta ser parte de tus primeras veces.

—¿Sí? —Deslicé los dedos sobre su vientre plano, para acercarme a mi objetivo—. De hecho, no te he tocado el pene desnudo. Solo a través de la ropa. ¿Te has dado cuenta?

—¿No?

—No.

Unos ojos oscuros e intensos se clavaron directamente en los míos.

—Eddie, puedes tocar lo que quieras.

No necesitaba que me lo dijera dos veces. La piel era increíblemente suave. Pero la carne de debajo había empezado a endurecerse y el miembro empezaba a crecer por la suave presión de mis dedos. Una polla de verdad y en vivo. Dios.

—Tienes el ceño un poco fruncido por la concentración —murmuró, y sus labios me rozaron la frente.

—Bueno, es que encuentro los detalles muy interesantes —contesté.

—Haces que suene como si fuera un proyecto de ciencia.

—Ah, ¿sí?

Bajé los dedos y descubrí la textura, todavía más suave, de sus testículos. Los músculos del estómago se le tensaron y separó un poco las piernas, con el fin de darme espacio para jugar. Aunque, siendo sinceros, era el pene en sí y hacer que reaccionara bien lo que de veras me interesaba. Lo agarré con más firmeza, parpadeando para apartarme el agua de los ojos y ver mejor las venas que le sobresalían. Una y otra vez, rozaba con el pulgar la suave corona o la cabeza o como narices se llamase. Qué forma tan fascinante tenía, especialmente con el pequeño pliegue que interrumpía el ensanchamiento. Supongo que mis torpes caricias no le parecieron muy malas, porque no pasó mucho tiempo antes de que John renegara por lo bajo.

—¿Estás bien? —le pregunté, echándome hacia atrás la melena mojada y apretándole ligeramente la polla—. ¿Te gusta?

El aliento de John se detuvo.

—Ya lo creo que sí.

—Quiero hacer que te corras.

—De acuerdo. Enjabónate la mano —indicó.

Lo hice; luego lo acaricié tentativamente, con los dedos más apretados que antes.

—¿Te gusta?

—¿Te importa si te lo muestro?

—No.

—Así. —Cubrió con la mano la mía y apretó con más fuerza, mientras se movía con mayor rapidez—. Eso es. Dios, cómo me gusta.

Seguimos haciéndolo juntos para lograr que descargara. Su miembro se hizo más grande, con la piel caliente y enrojecida por toda la sangre que había debajo. Notar su dureza en la mano fue magnífico. Y la forma en la que todo su cuerpo se puso rígido, en la que los músculos se le tensaron, y los pulmones y el corazón le bombeaban increíblemente rápido... Fue embriagador. Tocar a John, masturbarle, también me excitó mucho.

—Edie —gimió con voz rota—. Mierda.

El semen me salpicó la barriga y cubrió nuestras manos enlazadas. John temblaba, jadeando, con el rostro levantado hacia el cielo. Luego me rodeó con los brazos y me apretó fuertemente contra él. No había ni un milímetro de separación entre nosotros. Para ser sinceros, costaba respirar. Pero no iba a haber una sola queja por mi parte.

—Gracias —dijo, la palabra amortiguada contra mi cabello mojado.

—No hay de qué. Ha sido divertido.

No pude oírle reír, pero su pecho vibró contra el mío. Un minuto después, murmuró:

—Dímelo.

—¿Eh? ¿Que te diga el qué?

Su boca descendió hasta mi cuello, con lo que todo mi bajo vientre se arrebató de éxtasis. Estar a solas con él, piel con piel, era la dicha completa. Además, darle placer me había excitado.

—Dímelo otra vez —insistió.

—Oh. —«Pues claro»—. Te quiero.

Y la sonrisa gradual que le iluminó la cara, lo fue todo.

## CAPÍTULO 46

—No puedo subirme la cremallera, ¿podrías tú...? —dije conforme bajaba las escaleras, sin dejar de luchar contra esa dichosa cosa, en la espalda del vestido. Debía de haberse quedado atascada con algo—. ¿John?

En la sala de estar reinaban las sombras y un inquietante silencio, mientras que la única luz que había seguía siendo la de la pequeña lámpara de la mesita de entrada. Pero al menos pude ver una cosa: que John estaba cerca de alguien, otro hombre. Uno horriblemente familiar. La oscuridad le cubría la cara, la ropa le quedaba grande. Además, la otra persona tenía algo brillante en la mano que apuntaba directamente a mi novio: una pistola.

—Cariño, vuelve arriba —dijo John en un tono excesivamente tranquilo. Me quedé helada.

—Cariño —espetó el extraño—. ¿Desde cuándo llamas «cariño» a tus zorritas?

«Oh, mierda. Dillon».

No podía pensar, era incapaz de aceptar lo que estaba pasando.

—Pero ¿esto qué es?

—Vuelve arriba —repitió John—. Espérame en mi habitación.

—Esta ni siquiera es tu verdadera casa —dijo Dillon.

—¡Ve para arriba!

Di un respingo ante el tono de voz de John, ante el volumen. Y eso...

Apretando el arma contra la barbilla de su hermano, Dillon gruñó:

—No va a ir a ninguna parte. Mueve el trasero y ven aquí, puta.

Bajé el resto de las escaleras, de una en una. Una parte de mí gritaba de pánico, lo que hacía que incluso poner un pie delante del otro fuera un desafío improbable.

Pero otra parte de mí estaba callada, aislada del miedo. Lo cierto era que sabía lo que estaba sucediendo en la planta baja, incluso antes de ver el destello metálico en la mano de Dillon. El peligro tenía un olor. Un «sabor». Lo reconocí de inmediato. Todo era exactamente como lo había sido. Había vuelto al Drop Stop una vez más. Cerveza y sangre. Cigarrillos y mentiras.

Excepto que una loca parte de mí me decía que la mentira era esto; que nunca había escapado del Drop Stop. Que todo este tiempo habíamos seguido estando allí. Que siempre habíamos sido John y yo y una pistola con balas.

Me detuve al pie de la escalera, debatiéndome entre llegar al lado de John o alejarme de la violencia.

—Preséntame adecuadamente, hermanito.

—No la metas en esto.

Un puño voló e impactó contra su cara, una, dos, tres veces. Luego le agarró con los dedos un mechón de pelo y tiró de él con fuerza.

—Aquí mando yo. Los dos vais a hacer lo que os diga.

John tenía la respiración entrecortada por el dolor que le causaban los golpes recibidos.

—Dillon, déjala ir. Solo déjala ir y haré todo lo que te salga de las narices. Volveré a vender.

—Es demasiado tarde para eso —masculló su hermano mayor, todavía tirándole del pelo—. Desgraciado, todo esto es culpa tuya: salir del negocio, dejarme solo.

—Lo sé.

—Ven aquí —me ordenó Dillon, agitando el arma más o menos en dirección a mí.

No era el miedo lo que hizo que me temblaran las manos: era la rabia. Caminé hacia él.

—Tú eres el imbécil que le estropeó el Charger y que le pegó.

Dillon se rio entre dientes, el muy capullo.

—Me gusta. Demasiado gorda, pero apuesto a que la chupa muy bien. Con

mucha hambre, ¿verdad?

John gruñó de la furia, mientras la sangre se le deslizaba por la barbilla e iba a parar al suelo. Mi corazón se detuvo, dolorido. Ese capullo me las pagaría.

—¿Qué quieres, Dillon? —pregunté, casi con calma—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a ver a mi hermano pequeño. —Agitó a John vía el mechón de cabello que le apretaba. Dios, quería matarlo—. Tenemos unos cuantos asuntos que atender. Necesito tu dinero, toda la pasta que has ahorrado en los últimos años. Sé que lo tienes, coño.

—Es tuyo. Pero ella sale por esa puerta ilesa —respondió John—. Ahora.

—No eres tú quien da las putas órdenes aquí. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—No voy a hacer nada por ti mientras ella esté aquí. —Con el dorso de la mano, se limpió la sangre de la boca.

—Serás...

—¡Ahora, Dillon!

Al oírlo, el aludido se enfureció y movió el arma, que fue a estrellarse contra la cara, ya maltratada, de John, sorprendido por el ataque inesperado de su hermano. Se oyó el crujido de un hueso, pude oírlo. John cayó de rodillas.

—¿Qué has hecho? —Me dejé caer al lado de mi novio, tratando de limpiarle la sangre y de buscarle el pulso. Tratando de hacer algo.

—Solo le estoy devolviendo el favor —masculló Dillon—. Me rompió la nariz, así que se la he roto a él.

Aovillado en el suelo, John no se movía. Apreté los dientes e intenté calmarme, en busca de algún signo de vida. Lentamente, vi cómo movía el pecho arriba y abajo. «Sí. Gracias a Dios». Y allí estaba Dillon, cerniéndose sobre nosotros, muy sonriente. Tan estúpidamente satisfecho de sí mismo, el desgraciado. Hermano o no, lo mataría.

—Has hecho algo más que romperle la nariz, imbécil —dije—. Está fuera de combate.

Dillon frunció el ceño.

—Y ahora cómo crees que vas a conseguir el dinero, ¿eh? —me burlé, más enfadada de lo que recordaba haber estado en toda mi vida. ¿No habíamos



sufrido ya bastante? No. No iba a pasar por lo mismo otra vez. No lo permitiría.

Durante unos momentos, Dillon parecía confuso, parpadeando una y otra vez.

—Bueno, pues esperemos a que se despierte.

—No —repliqué, simplemente—. Dios, eres tan increíblemente estúpido. No planeaste nada de esto, ¿verdad?

—No me hables así.

La pistola se me clavó en la cara, me había puesto el cañón entre ceja y ceja. Y allí me quedé, de rodillas, siendo el blanco perfecto. No importaba. Un error, solo necesitaba que cometiera un error para poder derribar al muy idiota. Si pudiera tomarlo por sorpresa...

—La gente inteligente pone su dinero en los bancos, Dillon. ¿Qué te creías? —mascullé—. ¿Que lo tendría guardado en el colchón o algo así?

—Es dinero de las drogas. No, es imposible que no esté aquí, en alguna parte.

—Está en el banco —dije con un deje de mofa.

—¡Mientes!

«Sí», mentía. Era fácil. Igual que John con Chris, en un intento de salir con vida de esto. Si Dillon pensaba que el dinero no estaba allí, tendría que irse.

—Hicimos diferentes depósitos en diferentes sitios. Lo ayudé a prepararlo, para asegurarnos de que fuera seguro.

—Cállate —rugió Dillon.

—Lo cierto es que no confiaba en ti. Quiero decir, vamos, si prácticamente lo has estado acosando, por el amor de Dios. —Mi sonrisa era todo dientes—. ¿Hola?

—¡No!

—Corre, Dillon. Vete. Ahora. No hay nada aquí para ti.

Al igual que lo había hecho con su hermano, agarró un puñado de mi cabello mojado y me presionó fuertemente la pistola en la frente. Apuesto a que pensaba que me haría llorar o que me mearía encima o rogaría por mi vida. No fue así.

—Son poco más de las diez —comenté, con tanta tranquilidad como pude

—. Pronto tendremos aquí a nuestros amigos de la fiesta al aire libre. A Anders y a Hang y a algunos otros chicos del equipo de baloncesto.

Nervioso, su mirada se precipitó hacia la puerta.

—Sí, un montón vendrán a fumar hierba y a tomarse unas cervezas.

—Mientes —repitió. Aunque ahora ya no sonaba tan seguro de sí mismo.

—¿Por qué crees que estábamos arriba echando uno rapidito? Es sábado por la noche. ¡Toca fiesta, hombre! Tenemos cosas que hacer.

La pistola le tembló en las manos y abrió los delgados labios.

—No. Nadie va a venir. El tío Levi...

— ...no te soporta —terminé por él—. Pero a John, sí que lo quiere. Eso te vuelve loco, ¿no?

—Hablas demasiado, joder. —Me tiró del pelo y me arrancó un poco. Lágrimas de dolor me llenaron los ojos, pero no hice ruido alguno. Se había acabado lo de interpretar a la víctima. Y aun así la mano le seguía temblando y acariciaba el gatillo con el dedo.

—Johnny se despertará pronto. Hasta entonces, mantén el pico cerrado.

—Si es que no le has causado daño cerebral permanente. Podría haber hinchazón, hemorragia interna. —Me detuve, mientras rezaba una rápida oración para que todo eso fueran mentiras—. ¿Es eso lo que querías para tu hermano?

—No le he dado tan fuerte.

—Sí lo has hecho.

—¡Bueno, pues no era mi intención!

—Oh, creo que sí —sentencié—. Necesita una ambulancia, Dillon. Atención médica.

Con la mirada indecisa y desgarrada, miró a John, que aún permanecía inmóvil sobre el suelo. Fue entonces cuando me moví y sacudí la pistola para quitársela de la mano. Le agarré la muñeca y puse todo mi peso corporal en el intento, lo que hizo que perdiera el equilibrio. Era más alto que yo, pero enfermizamente delgado. Al menos, podía intentar arrastrarlo con mi persona. Una especie de sonido de sobresalto salió de su garganta. Luchamos por el arma, yo tratando de tirarle hacia abajo la mano y de abrirle los dedos. El revólver se disparó. El restallido de la detonación, al descargarse, fue como

una onda de choque; nada que no hubiera oído antes. El dolor me atravesó, pero la adrenalina lo ahogó.

Tenía las manos llenas de sudor, pero no fue suficiente. Yo no era bastante fuerte.

Al final, se libró de mí y, por si fuera poco, me pateó en el estómago. La sangre me empapaba el costado y me encogí sobre mí misma. «Mierda». Así que esto era lo que se sentía al recibir un disparo. Apestaba; a más no poder.

Dillon me abofeteó con el dorso de la mano.

Pese a ello, le sonreí.

—Un disparo —comenté con una nota de triunfo en la voz—. Alguien estará llamando a la policía en este momento.

Arrugó la nariz. Tenía una mirada de incredulidad.

—Estás como una puta cabra.

—Y tú no eres el primer imbécil que me apunta con un arma. —Logré encogerme de hombros.

Pobre Dillon. Frunció el ceño todavía más, mientras nos miraba a John y a mí. Al final de la calle, alguien hizo sonar el claxon. Dillon dio un salto.

—Mierda —murmuró—. Eres esa chica. La que estaba en el Drop Stop con él, ¿verdad?

—Sí —repuse con una sonrisa, mientras el labio me sangraba—. Y si crees que hay algo que no haría para proteger a tu hermano, entonces el que está como una puta cabra eres tú.

Se quedó mirándome.

El interior de la boca me sabía a sangre. Qué asco, debía de haberme mordido la lengua. Escupí en el suelo e hice una nota mental para disculparme con Levi más tarde. Si todavía estaba viva. A ese ritmo, vete tú a saber. Pero al menos me iría peleando. John permanecía quieto y en silencio. Sentí que el corazón se me encogía ante esa visión, como si se hubiera reducido al dos o al tres por ciento de su tamaño. Gracias a Dios que le había dicho que le quería.

Si ese era el final, al menos él lo sabía. Y ahora que lo pensaba, Hang y yo habíamos bromeado sobre ello la otra noche.

«Mierda».

No quería morir.

La idea me asaltó golpe. Todas las cosas locas, arriesgadas, salvajes, peligrosas e irracionales que había estado haciendo, como lo de apresurarme por mis primeras veces, las había hecho mal, por desesperación. Solo había estado esperando el final. Esperando al hombre con el arma.

Ahora el hombre en cuestión estaba aquí, y quería más tiempo. No simplemente un montón de emociones rápidas, sino «tiempo».

Tiempo con John y tiempo también con mamá. Tiempo para graduarme y mudarme. Tiempo para viajar y crecer. Quería más de todo, pero no estaba en mis manos.

Me puse de pie, con las piernas temblando.

El cañón del arma estaba suspendido en el espacio, a escasos centímetros de mi cabeza.

La pistola temblaba; la mano de Dillon temblaba. Miré más allá del arma, para fijar los ojos en él. El brazo que sostenía el revólver estaba extendido, el cuerpo del hombre se alejaba de mí, como si la pistola fuera su escudo. Su confianza se había esfumado.

—Dispárame, y te meterán en prisión y tirarán la llave —le dije—. Estarás esposado y encerrado en una celda antes de que John vuelva en sí. Y saldrás de su vida. Para siempre.

No importaba cómo acabaría esto para mí: John viviría. Sería libre. Tendría tiempo.

—Aquí ya no hay nada para ti —declaré—. Y nunca más lo habrá.

Sin decir una palabra, Dillon se dio la vuelta y salió tambaleándose de la casa. La puerta de entrada golpeteó al cerrarse, mientras desaparecía en la oscuridad.

Se había ido. Joder, se había ido.

El alivio me inundó. La esperanza. Por un momento, ni siquiera fui consciente de que las lágrimas me surcaban la cara. El pánico había controlado el dolor. Ahora, con Dillon fuera de la ecuación, la herida de bala del costado me dio una agónica punzada. Me habían disparado. «Mierda». Por suerte, el cerebro volvió a funcionar. Necesitaba un teléfono. Pero lo de moverme era imposible, ya que, de repente, me sentía como si me hubiera atropellado un camión.

—Piensa —me ordené a mí misma.

El bolsillo trasero de John. Allí había guardado el teléfono móvil. Me arrastré más cerca de él y le palpé el trasero sin la euforia que solía asociar a tal acto.

—Eddie... —balbuceó.

Mantuve la cara cerca de la suya, tratando de sonreír, pero no lo conseguí del todo.

—Tranquilo. Estoy pidiendo ayuda.

—Mi hermano, ¿dónde está?

—Se ha ido. Todo va a ir bien. —Dios, esperaba que fuera así.

La pantalla del teléfono móvil estaba resquebrajada, pero se iluminó. La sangre la manchó mientras lo sostenía contra el oído y escuchaba cómo llamaba. No tardaron en contestar. Apreté los párpados y tragué saliva, mientras las lágrimas de dolor y alivio fluían.

—¿H-hola? Necesitamos ayuda...

# EPÍLOGO

—Hemos tenido un comienzo muy extraño, tú y yo.

John levantó la vista del libro de texto y sonrió.

—Hemos tenido un extraño todo.

—Es verdad.

Era Nochebuena y estábamos sentados a la mesa del comedor de mi casa mientras fingíamos estudiar. Era la única forma, lisa y llanamente, de hacer que mamá se sintiera segura. Al fin y al cabo, no podríamos meternos en tiroteos con drogadictos si estábamos estudiando. Sin duda.

Le había tomado un tiempo calmarse después del incidente de Dillon. En realidad, no podía culparla. Que tu hija hubiera estado a punto de ser asesinada dos veces en un año parecía excesivo, incluso para mí. Había intentado expulsar a John de mi vida. Hubo lágrimas y berrinches, y no solo de mi parte. Primero me amenazó con Arizona, luego con hacerme regresar a mi antiguo centro de estudios. Incluso la abuela vino corriendo para gritarme a mí, a mamá y a cualquier otra persona que la escuchase. Afortunadamente, Matt hizo un alarde de encanto y logró tranquilizar a mi madre. Al menos, la mayor parte del tiempo.

Durante más o menos un mes, a John y a mí solamente se nos permitía vernos en el instituto. Pero aguardamos. Yo sentía un nuevo aprecio por lo de tener paciencia, aunque fuera solo un poco, y John fue muy comprensivo con todo el asunto. Después de todo, me habían disparado. Sin embargo, ambos estábamos vivos, y me había dicho que no se iría a ninguna parte sin mí.

No hubo graves heridas internas, gracias a Dios, aunque tuvieron que operarme para extraer la bala. Cuando llegase el verano, la cicatriz no me impediría usar bikini, y la nariz rota de John le daba un aspecto duro que me gustaba. En todo caso, el ataque de Dillon solo nos había acercado más. Éramos nosotros dos contra el mundo, por los siglos de los siglos.

Al informar sobre el ataque, los periodistas locales usaron la misma vieja foto de mierda de la otra vez, Dios los bendiga. De todos modos, continué evitando cualquier noticiero o red social. A lo mejor abriría nuevas cuentas el próximo año, le daría una oportunidad a lo de ser normal una vez que toda esta locura se hubiera calmado.

Durante un tiempo, el instituto se había vuelto un poco histérico con la noticia. Hang, Carrie y Sophia se habían estado turnando para estar conmigo en el hospital y luego me habían visitado en casa. Me traían novedades de John y flores de su parte. Mi madre fue lo suficientemente lista como para no confiscarme el teléfono móvil, así que él y yo pudimos hablar siempre que quisimos. Cuando regresé al instituto, Anders y John desempeñaron el papel de guardaespaldas, asegurándose de que nadie me acosara o se enfrentara a mí.

Y a la larga, todo volvió a ser como antes. De vez en cuando, algunas personas aún me miraban con curiosidad por los pasillos, pero en fin.

Dillon había desaparecido. La policía dijo que parecía que la casa de los padres de John había sido vaciada y abandonada. Tal vez fue difícil para John aceptarlo durante un tiempo, pero yo esperaba que su hermano se hubiera ido para siempre. Su madre me había llamado llorando, disculpándose por lo que había hecho su hijo mayor mientras me agradecía que hubiera protegido a su hijo menor. Sus padres habían venido mientras yo estaba en el hospital y me recuperaba, así que no pude conocerlos en persona. Estábamos pensando en hacer quizá un viaje por carretera para ir a visitarlos, una vez terminase el instituto.

Mientras tanto, en nuestra quedada para estudiar...

Desde el sofá del salón, mamá nos lanzó una mirada; Matt tenía el brazo alrededor de sus hombros y ella una revista de bodas abierta sobre el regazo. La saludé con la mano y ella me hizo un pequeño movimiento de cabeza antes

de volver al especial de Navidad de la televisión. Al menos no había mirado a John. Tal vez la época del año la había ablandado un poco, no lo sabía. Había cumplido los dieciocho hacía unas semanas, y parecía que, desde entonces, la intensidad del cabreo de mi madre había descendido. Pudo haber sido porque John me había regalado un anillo de la amistad: una alianza de platino y diamantes que me había dejado alucinando y le había provocado a mamá un leve ataque de pánico. Lo que creo que, en su fuero interno, John disfrutó. Me había asegurado que todavía tenía fondos para pagarse los estudios de Paisajismo y que se establecería en Berkeley cuando llegara el momento.

—¿Cómo crees que acabará esto? —le pregunté, mientras mordisqueaba el extremo de un bolígrafo.

—¿Cómo acabará?

—Sí.

—¿Quieres que rompamos?

—¡No! Claro que no. —Le agarré la mano y se la apreté con fuerza—. Solo me preguntaba qué podría pasar.

Un profundo suspiro.

—Estás pensando en la combustión espontánea o en la muerte por un ataque fortuito de unos pollos, ¿no? ¿Esa clase de cosas?

—Algo así. Aunque harían falta muchos pollos. —Fruncí el ceño—. Claro que moriríamos trágicamente, cada uno tratando de alcanzar al otro.

—Por supuesto.

—Mientras nos picotean hasta la muerte.

—Parece divertido.

—Bueno, no sé si sería un momento muy ameno. Pero sin duda sería dramático.

Arrugando levemente las cejas, negó con la cabeza.

—Piensa que ya hemos tenido drama de sobra.

Solo sonreí y, durante un rato, permanecimos sentados en silencio.

—Te quiero, ¿sabes? —afirmó.

Volví a sonreír.

—Lo sé. Yo también.

—Y no termina, Edie —precisó, al cabo de un rato—. Continúa. Si



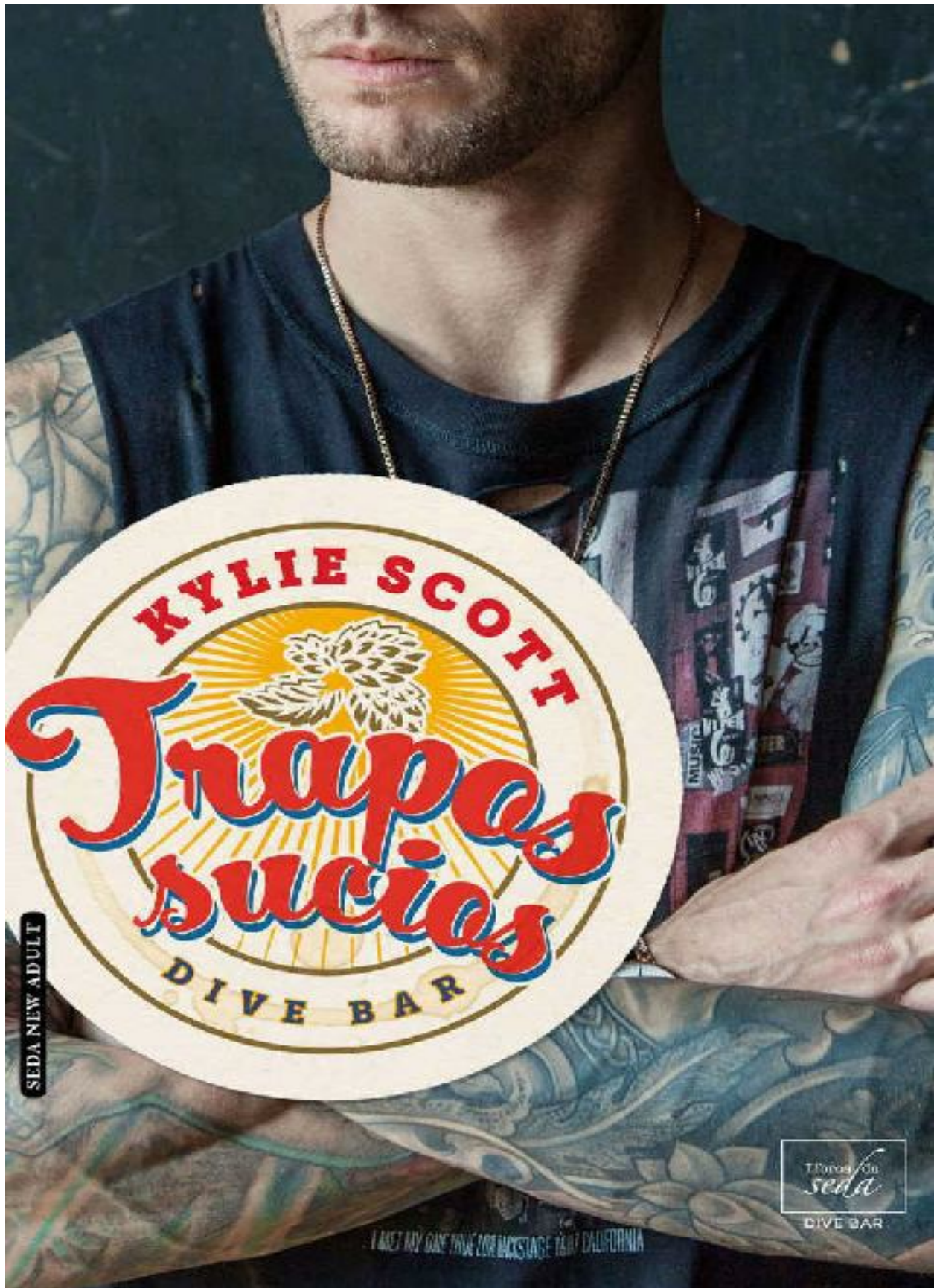
queremos que lo haga.

—Quiero que continúe.

Él asintió como si estuviera decidido.

Porque lo estaba.





SEDA NEW ADULT

Threads On  
*se da*  
DIVE BAR

I MET MY GAY FINE 200 BACKSTAGE TALK CALIFORNIA

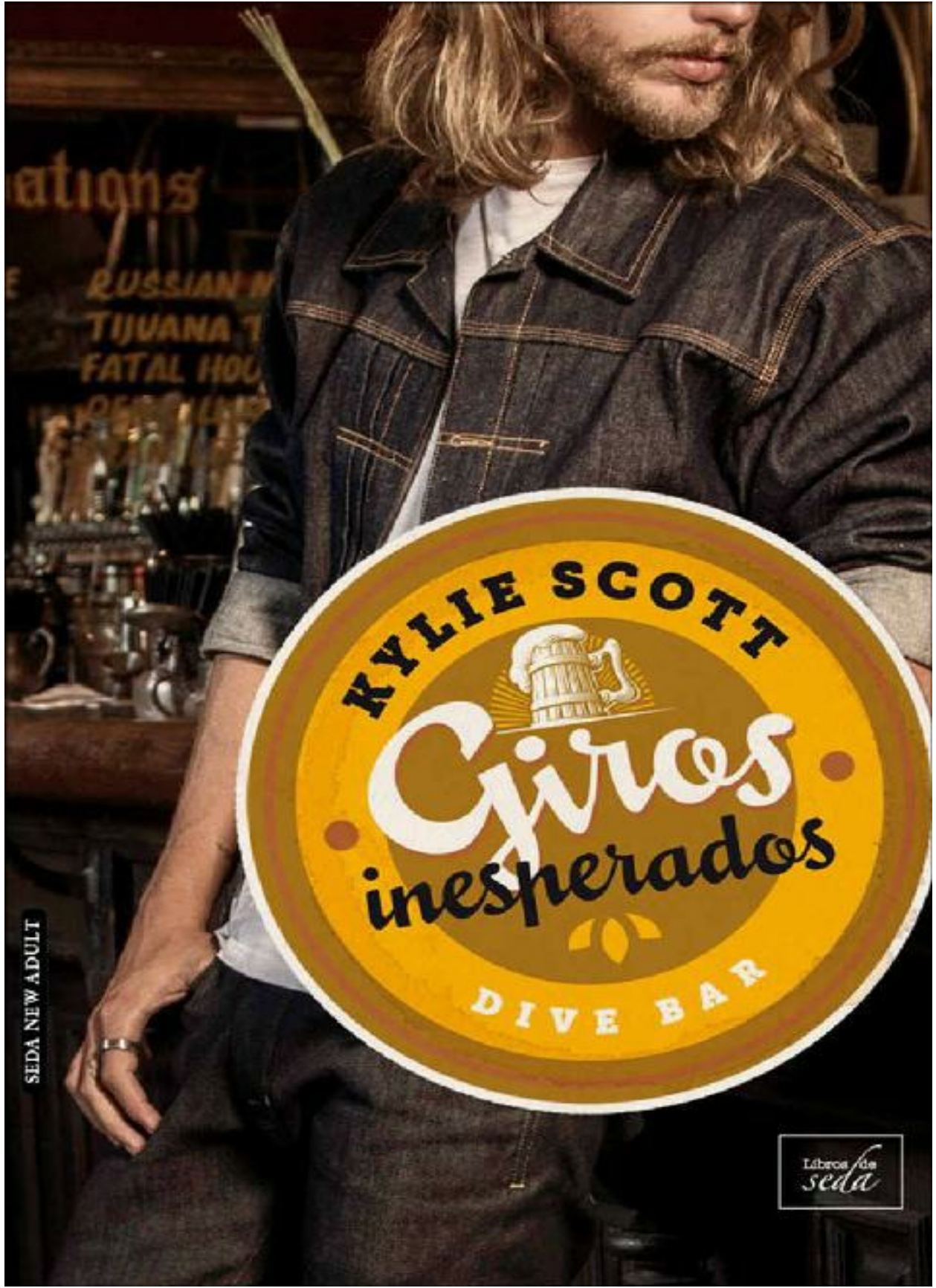
# TRAPOS SUCIOS

**Darte cuenta el día de tu boda de que tu novio es gay puede ser muy duro... y huir y acabar escondiéndote en la bañera de la casa de un desconocido puede tener consecuencias imprevisibles.**

Vaughan Hewson vuelve al que fue su hogar cuando era niño y, al hacerlo, se topa con una novia metida en la ducha a quien según parece acaban de romperle el corazón. Menudo hallazgo: es lo último que esperaba encontrarse.

Lydia Green no sabe si quemar la iglesia donde estaba a punto de casarse o quedarse llorando en un rincón. Y es que descubrir el día de tu boda que el amor de tu vida está teniendo una aventura no es poco. Y es peor aún cuando te enteras de que la está teniendo con el padrino de tu boda. ¿Cómo ha podido suceder algo así? Ella siempre había imaginado que se casaría con un hombre de negocios maravilloso y perfecto... ¡Y menudo fiasco! Vaughan, ex músico convertido ahora en barman, le parece todo menos delicado: más bien es alguien rudo e inestable.

Sin embargo, ¿por qué no intentarlo de nuevo con alguien totalmente distinto?



SEDA NEW ADULT

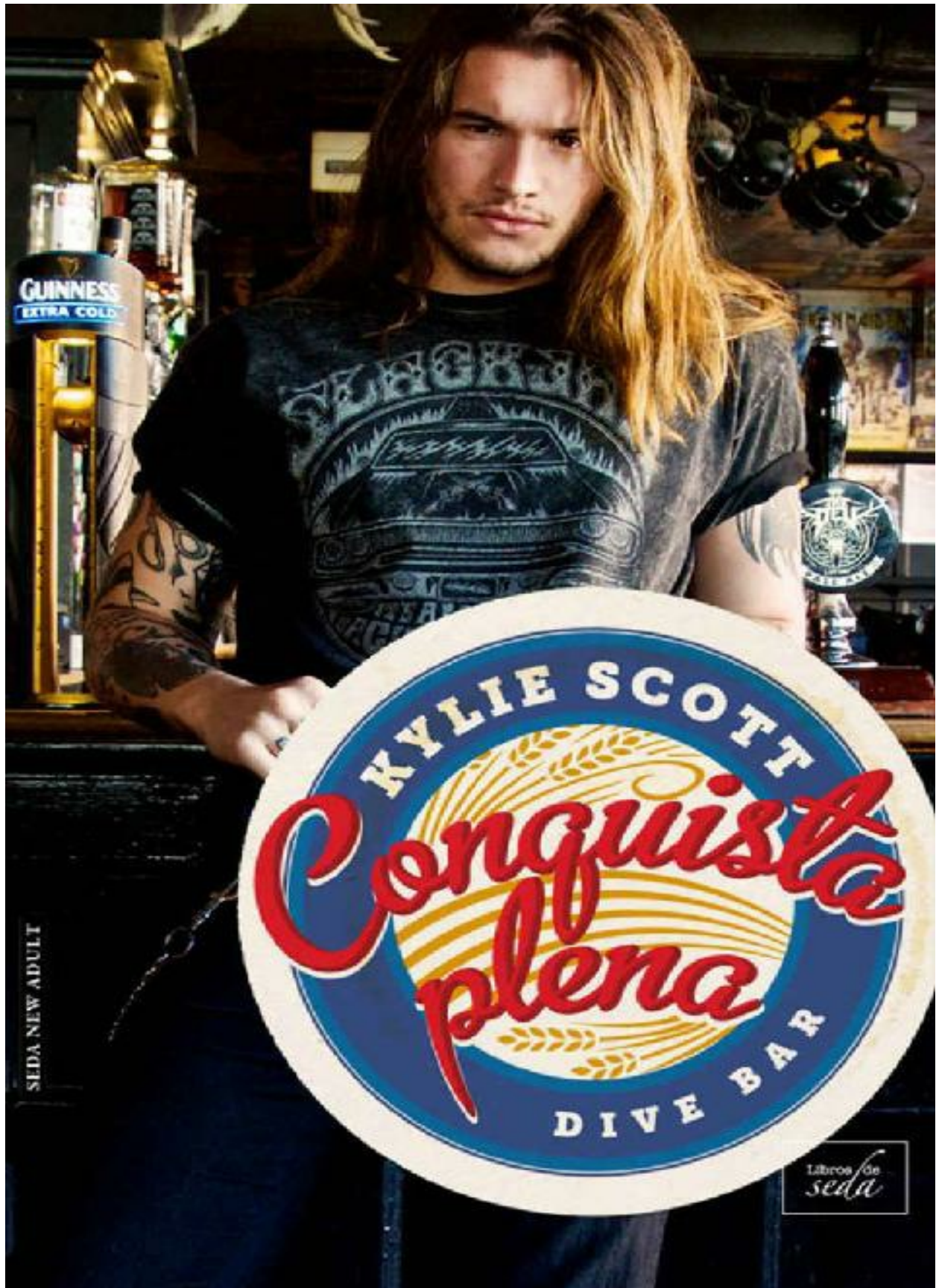
Libros de  
*seda*

# GIROS INESPERADOS

**Lo que empezó siendo una relación por Internet... ¿Podrá convertirse en algo más?**

Eric Collins ha perdido el interés por conocer mujeres en Internet, así que, su hermano Joe, que también trabaja en el Dive Bar, decide cerrar su perfil porque a él tampoco le interesa, hasta que lee los mensajes que ella ha escrito...

Alex Parks es divertida, amable y bonita, todo lo que él ha estado buscando siempre en una mujer. En poco tiempo, ambos inician una relación por email durante la que se cuentan incluso sus secretos más oscuros... Y es que, cuando se trata de amor, lo mejor es ir al grano en lugar de dar rodeos.



SEDA NEW ADULT

Libros de  
seda

# CONQUISTA PLENA

Eric Collins es un chico malo y se ha ganado esa reputación a pulso. Por eso, no está teniendo mucha suerte en el amor últimamente... Cuando Jean llega a la ciudad, cree que los dioses del sexo la han enviado justo para él... El problema es que, primero, ella no quiere saber nada de él y, segundo, está embarazada.

Jean está cansada del estilo de vida que ha llevado hasta ahora. Una ciudad pequeña se le antoja el mejor sitio para empezar de nuevo y ser para su futuro bebé la madre buena y cariñosa que ella nunca tuvo. Al saber que ella está embarazada, el dueño del bar de la localidad, Eric, se olvida de ella. Sin embargo, Jean se pone de parto durante una ventisca, su vehículo se sale de la carretera y no será otro que Eric quien acuda para ayudarla. ¿Acaso él podrá dejar de ser un mujeriego para convertirse en el hombre de su vida?



NEW ADULT

**KYLIE SCOTT**

**PARECÍA UNA  
BUENA IDEA**

# PARECÍA UNA BUENA IDEA

**Tras marcharse de casa a los dieciocho años, una inesperada reunión familiar parece la ocasión para reestablecer la relación perdida. ¿Lo será?**

Volver a casa para la boda de su padre no será fácil para Adele. No solo porque no ha vuelto desde que cumplió los dieciocho años, sino lo que es peor, porque se enamoró del socio de su progenitor y se marchó dejando tras de sí un buen desastre.

Pete, quince años mayor que ella, había sido su amor desde que tenía uso de razón. Sin embargo, aunque ella lo veía como algo más, para él no era sino una confusa amistad. Si a esta ecuación añadimos al padre de Adele, el resultado para Pete fue que le rompieron la nariz y que casi pierde el empleo. Por eso, que ella se fuera le alegró tanto como a los demás.

Ahora, han pasado siete años y todo ha cambiado. Adele ya no es una niña, sino una mujer adulta más que dispuesta a presentarse en la boda de su padre y comportarse. Sin embargo, al volver a verlo, surgen en ella sus antiguos sentimientos. Y es que, a veces, el primer amor nunca se olvida.